A close-up of a man's face, showing his nose and lips, is the primary focus on the left side of the image. He has a slight stubble and is wearing a white shirt with a brown jacket. In the background, a large, multi-story building with a red roof is visible, surrounded by greenery, under a dark, overcast sky.

HQN™

*Mira
Dentro*

María de Castro

*Mira
Dentro*

María de Castro

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 M.D.G. Castro
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Mira dentro, n.º 209 - noviembre 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-246-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

Norte de África, primeros de mayo de 1813

El joven se erguía frente a la ventana, aun sin poder contener la solitaria lágrima que resbalaba sobre su mejilla derecha. No se molestó en apartarla, sabía que, si lo hacía, volvería a brotar. Era una de sus debilidades, o de sus pecados.

—Te echo de menos, viejo marqués. Pensaba que el tiempo diluiría tu recuerdo, que poner distancia con todas aquellas personas que te conocían ayudaría a mitigar mi vacío, pero parece que, con cada día, con cada legua que me alejo de todo, me acerco más a ti —murmuró para sí mismo.

La mano del muchacho, cansada de sujetar su propio cinturón, subió por iniciativa propia hasta la frente, para moverse de uno a otro lado de manera nerviosa, hasta acabar bajando sobre la piel de su rostro y cuello, arrastrando en el camino la humedad que el calor había depositado sobre ella.

—¿Existe un lugar?, ¿algún sitio donde poder volver a sentirte, a oler tu aroma, notar sobre mi palma tus dedos, delgados y ásperos? —habló en alto, aunque era consciente de que solo el silencio lo oía—. Los años que hemos vivido juntos han sido una bendición, pero me han parecido tan poco... ¿Dónde debo buscar por ti, padre? ¿Hasta dónde desearías que continuase? Seguiré, extenderé esta cruzada en tu nombre, aunque sepa que no hay ningún grial esperándome al final del camino, nada que me devuelva lo que he perdido. Ya no estás para repetirme que debo encontrarlo, que sabes que está esperándome en algún lugar, y creo que ha llegado el momento de que me prepare para asumir la verdad. Tengo que volver a casa, enfrentar la realidad y dirigir el legado que me has dejado, ciego o no, soy un hombre del que dependen cientos de personas.

Por unos minutos, Marcos Benedetti evocó la muerte del hombre que le había dado la vida. Una muerte lenta y triste, a pesar de ser esperada. El antiguo marqués de Monteferro había fallecido pocos meses antes; siendo un venerable anciano de casi ochenta años. Un caballero alto, delgado y erguido, pese a su edad. Elegante, inteligente y atento. Un señor. Todo lo que el propio muchacho había aspirado a ser, lo que le habían enseñado a ser desde la cuna. Lo que hubiera sido si el destino no le hubiera dado aquel revés, si las cartas que le dieron la mano ganadora no hubieran sido marcadas con el signo de la enfermedad.

En esos momentos, el joven de veintiún años, recordó la última conversación con su padre.

—Ve, Marcos. Sé que debe existir la cura —le había pedido el anciano, de nuevo y por enésima vez, postrado en su lecho—. Mi tío la encontró, recibí una carta procedente de Oriente dos meses antes de que me comunicaran su fallecimiento, en un accidente montando a caballo. ¿Lo entiendes, hijo? Ningún ciego puede cabalgar. Su capataz aseguraba que había muerto en uno de sus paseos diarios a caballo, y la carta anterior estaba escrita de su propio puño y letra. ¿Comprendes lo que significa? Mi tío abandonó Italia completamente ciego en busca de una cura, y veinte años después era capaz de escribir y de cabalgar. Por desgracia no vivió lo suficiente para responder a la pregunta que le hacía en mi última carta, no pudo decirme dónde encontró la cura.

—¿No te has preguntado, padre, si tal vez murió porque no era más que un ciego loco montando a caballo?

—¡No! Logró recobrar la vista. Encontró la cura de la enfermedad que aqueja a los Benedetti. No quiero que pierdas el tiempo llorando por este viejo, por un hombre que ha recibido más años y más felicidad de la que merece. No permanezcas aquí, ve, sigue los pasos que aparecen detallados en las cartas que nos enviaron sus lacayos. Son de sus viajes, dictadas por mi propio tío. Ve y encuentra la cura, Dios y mi espíritu irán contigo. No me defraudes, Marcos.

En aquella ocasión, Marcos también sintió unas enormes ganas de llorar. Pero había demasiados testigos: dos de sus hermanas y su hermano mayor; y llorar, tal como le había inculcado su padre, era algo poco digno en un hombre. Aun así, no pudo contener la media docena de lágrimas que bajaron

lentas por sus mejillas, mientras el anciano volvía a perder la conciencia, por última vez antes de expirar.

En ese instante, fue tristemente consciente de que no volverían a hablar jamás.

Marcos regresó al momento en el que estaba, apretó los dedos sobre el cuero del cinturón que sujetaba las holgadas prendas árabes que vestía, y volvió el rostro hacia el suelo. Sabía que, más allá, al otro lado de la ventana en la que se asomaba, los coloristas jardines del palacio, en el que habitaba desde hacía tres meses, tal vez se reflejarían sobre sus iris color ámbar. Sus ojos contemplaban el paisaje, todo lo que le rodeaba, aunque nunca enviaran señal alguna a su cerebro.

—Solo servís para hacerme llorar, órganos inútiles —pensó con una sonrisa de resignación, volviendo a erguir el rostro hacia el paisaje, que sabía era montañoso, y se extendía más allá de los muros del elegante edificio.

Se sentía de nuevo una bestia enjaulada. Y no eran los muros del palacio, que su criado le había descrito, los que coartaban su libertad. Ni siquiera esa ropa ajena a su mundo que, como gesto de respeto a sus anfitriones, se obligaba a vestir.

No, esas cadenas, ese anhelo le surgían desde lo más profundo de sí mismo.

Aun así, pensó que el lugar era la jaula de oro perfecta, un entorno repleto de aromáticas plantas, suave olor a azahar y ruido de agua corriendo libre, saltando de una fuente a otra y de una piscina de agua a la siguiente. El palacio del caíd Malik era una bonita cárcel de barrotes de oro e incienso, pero una cárcel, al fin y al cabo. Una jaula en la que cientos de hombres, y más de dos docenas de mujeres, estaban recluidos bajo el capricho de un solo hombre.

El caíd Malik era dueño de cada ser, persona, pájaro y flor que respiraba entre aquellos lienzos de muralla. Y en esos momentos, él solo era un pájaro de exótico plumaje. Tal vez, un ave del paraíso que había volado hasta las manos del caíd por propia voluntad, desesperado por encontrar su propia liberación.

Y por cumplir la absurda, pero necesaria, promesa hecha a un padre moribundo.

Hasta allí había viajado bajo la invitación de su compañero de estudios en

Madrid, el hijo segundo, aunque preferido, de Malik. Muy al contrario de su padre, el joven Alí era un hombre culto, políglota y de mente abierta, que fácilmente hacía olvidar su origen árabe si no se observaba su leve acento. Alguien se lo había descrito como un hombre fuerte, de mediana altura y rostro agradable, aunque de líneas duras.

La invitación le llegó de inmediato cuando su amigo oyó hablar a Marcos con su hermano mayor, Carlos, el duque de Azahara, con el que compartía solo la madre. Marcos pretendía realizar un viaje de investigación, seguir la estela del realizado por su tío abuelo, hacía casi cuarenta años, relatado en sus cartas y diarios. Iría a por esa cura que sabía no encontraría, pero cuya búsqueda acallaría su conciencia, y tal vez hiciera que su padre descansase en paz, allá donde estuviera.

Alí insistió en acompañarlo parte del viaje, especialmente la que se llevaría a cabo en suelo africano. Sin embargo, nada más regresar a su pueblo, el poderoso Malik había rogado, con fuerte convencimiento y poderosa capacidad de persuasión, para que su amado hijo permaneciera un tiempo junto a él. Si para obligarlo debía hacer que cada uno de los galenos que vivían en mil leguas a la redonda acudiera a ver al compañero de su hijo, no habría fuerza de la naturaleza que lo evitara. Marcos se había visto obligado, por amistad y respeto, a aceptar la hospitalidad del temido e irascible mandatario.

Hacía más de dos semanas que Marcos no hablaba más que con Alí en su propio idioma. No había habido más que unas pocas frases intercambiadas con sus propios criados, y solo en las escasas ocasiones en las que se los había tropezado por los pasillos. Su anfitrión los mantenía apartados. No se trataba de una maniobra de mala intención, no tratándose de Alí. A pesar de su origen y educación familiar, su joven amigo era muy occidental en sus costumbres, y la mayoría de su pensamiento adulto e ideas los había adquirido durante su época de estudiante, en el mismo colegio interno que Marcos.

El marqués no podía decir lo mismo de su padre, el poderoso Malik.

El padre, un grueso hombre de más de cincuenta años, era el digno heredero de su propio abuelo pirata, el hombre que realmente había forjado el imperio sobre el que ahora gobernaba con un puño de hierro su descendiente. Malik era un hombre despiadado, a ratos cruel, y el legítimo representante de esos antepasados, que habían repleto de historias de malvados piratas y

asesinos bereberes los libros de aventuras que tanto gustaban a los niños occidentales.

Hasta el continente europeo había llegado la fama del caíd, con tal cantidad de detalles que todos habían llamado loco al marqués de Monteferro cuando les reveló sus intenciones de viajar hasta el territorio que gobernaba el hombre. Fue la palabra dada por su amigo Alí, de que nadie ni nada le haría daño, lo que lo obligó y le llevó al punto en el que se encontraba. Un huésped de primera categoría en el palacio más decadente de occidente.

Gracias a los cielos, ni él era tan santo como creían sus conocidos, ni el caíd tan malvado como lo hacían sus hazañas.

Nada más llegar al palacio, su amigo los agasajó, a él y a sus sirvientes, disponiendo que todos ellos fueran tratados como invitados de honor. Eso sí, cada uno en un ala diferente del edificio, de acuerdo con su nivel social. Era por eso que, desde su llegada, solo una legión de lo que suponía Marcos que debían de ser hermosas esclavas lo habían servido. Para el caíd, enviar a un hombre a atender sus necesidades más básicas era un insulto que se guardaba mucho de hacer.

Por esa razón, las frases en español, surgidas desde el patio central del palacio, le llamaron poderosamente la atención. Especialmente cuando notó que eran voces de mujer. Con los brazos asidos sobre el alfeizar, intentó oír mejor las palabras, desplazándose hasta casi sacar el torso por la ventana. Marcos sabía que solo veinte escalones lo separaban del suelo del patio y, en esa posición, el sonido le llegó con mayor claridad. Agudizando el oído y apartando el ruido del ambiente, fue capaz de distinguir la voz de tres personas diferentes. Una de ellas era, sin lugar a dudas, la del brusco consejero del caíd; alguien, si cabe, más cruel que su propio amo. La voz aguardentosa indicaba a un hombre por encima de los cincuenta, pero, como cada vez que se cruzaba con una persona que no le agradaba, Marcos había obviado preguntar por su aspecto exterior, su mente se bastaba sola para dotar de rostro a ese tipo de personajes.

La otra era una mujer y, Marcos tembló al darse cuenta de ello, la tercera era la voz de alguien muy joven, demasiado para hacer incluso distinguible su sexo. Una chiquilla o un chiquillo español.

—¡No se acerque a ella! Le he dicho que no la toque. —La mujer de más edad habló en claro castellano, un castellano fino y educado, a pesar del odio que destilaban sus frases—. Diga a su jefe que quiero que mande recado a mi

marido, es el principal armador del puerto de Algeciras.

—No se apure, mi señora. —A pesar del tratamiento educado, la voz del hombre sonó rasposa y cruel—. Mi amo sabe perfectamente quién es su marido y quién es usted, él siempre examina la mercancía antes de comprar.

—¡No sea estúpido, ni yo ni mis hijas somos mercancía! Vaya a llamar a su jefe, me consta que mi marido tiene negocios con él.

—Veo que está informada de los tratos de su marido. Por desgracia para usted, esos tratos son más profundos de lo que piensa. No me haga perder el tiempo y siga a las sirvientas, ya tendrá ocasión de hablar con mi señor. Cara a cara, se lo garantizo.

Todavía apoyado sobre el alfeizar de la ventana, Marcos tembló levemente mientras sus puños se volvían blancos bajo la fuerza de su agarre. Se temía que él mismo había entendido mucho más de aquella conversación que esa pobre mujer. No tenía muy claro el negocio concreto que compartían el caíd y aquel armador. Lo que era evidente es que, fuera cual fuera, no era nada ni legal ni moralmente aceptable. Y lo que era peor, la familia del hombre iba a pagar cualquier desavenencia que existiera entre ambos.

Todavía resonando en sus oídos las protestas airadas de la mujer, Marcos abandonó su propia estancia para buscar lo más rápidamente posible a su compañero de colegio. Si alguien era capaz de salvar a aquella gente era el hijo preferido del dirigente bereber.

Marcos encontró a Alí jugando al ajedrez, en el balcón de una de las estancias que daban a la entrada principal. Esa ala estaba reservada a los hombres de la casa, el amo y todos sus hijos varones a partir de los trece años. Ninguna mujer paseaba por aquella zona, incluso los empleados dedicados a la limpieza eran hombres. El joven Alí jugaba con uno de sus antiguos maestros, un venerable anciano de voz profunda y modulada, al que Marcos había conocido en Algeciras hacía unos años, durante uno de los viajes que ambos muchachos hicieron juntos hasta el sur de la península. El hombre le había parecido alguien muy interesante, e incluso casi era capaz de evocar alguno de sus rasgos. Aunque en el momento en que se conocieron la visión le había abandonado en las distancias medias, por aquel entonces Marcos aún era capaz de ver, casi con nitidez, los rostros situados a un par de palmos de distancia.

—Debo hablar contigo, Alí. —Sabedor de que nadie más que el anciano profesor, de todos los que se pudieran encontrar en la habitación

acompañando al otro joven, era capaz de entender el castellano, Marcos se atrevió a traslucir algo del nerviosismo que lo asaltaba desde que había oído la conversación en el jardín—. Hay mujeres con Hamid en el jardín delantero.

—Siempre hay mujeres con Hamid, mi querido amigo. Aunque ellas nunca desean su compañía, su brazo es lo suficientemente fuerte como para obligarlas, ya lo sabes. Y yo, a pesar de lo que pueda pensar de sus actuaciones, no tengo ni el poder ni el deseo para enfrentarme a él.

—No me has entendido, Alí. Hay mujeres españolas con Hamid.

—¿Españolas? —Alí abandonó la observación del tablero de juego para mirar a su amigo—. No he oído que tengamos más huéspedes españoles que tú y tus empleados.

—Me temo que no son huéspedes. —Marcos caminó los tres pasos que le quedaban hasta plantarse enfrente de los otros dos hombres—. El tono de Hamid no me ha parecido demasiado hospitalario. Por favor, son al menos dos, y hay una mujer muy joven entre ellas, no me gustaría ser testigo de uno de los despropósitos de tu padre.

—No deberías hablar así del hombre que te ha recibido en su casa con los brazos abiertos, mi amigo. Por mucha razón que tengas. De igual forma que yo no debería permitir que lo hicieras en mi presencia y mantuvieras la cabeza sobre los hombros. —Depositando el alfil negro que sujetaba entre los dedos sobre el lateral del lujoso tablero, Alí se levantó para enfrentarse a su amigo—. Por suerte para ti, a veces, mi lado occidental es mucho más fuerte que mi corazón árabe. Dime dónde has visto a Hamid, y averiguaré lo que pueda en tu nombre. De cualquier forma, no creo que a los negocios de mi padre les convengan ese tipo de escándalos. Los europeos no veis con buenos ojos la tenencia de esclavos, al menos mientras estos tengan la piel tan blanca. Pero te advierto que poco harán mis palabras para cambiar cualquier idea o negocio que haya ideado mi padre.

—No sé lo que conseguirás, Alí, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados; ni tu tampoco.

—Bien, vayamos entonces a salvar a esas damas en apuros.

Marcos oyó marchar a su amigo, sabiendo de antemano que la espera sería larga y angustiosa.

No fue hasta dos horas más tarde que Marcos por fin pudo hablar con Alí.

Tal y como presagiaba el tono en el saludo de su amigo, las noticias no fueron nada buenas. Según le contó, las mujeres estaban allí como parte de una transacción comercial. Sí, eran mujeres españolas, y había alguna que todavía era una niña. El caíd no había aceptado, ni transigido con ninguno de los argumentos o peticiones de su hijo. Al parecer, Malik había accedido a cobrar una deuda con el marido de la mujer, quedándose con la esposa como una cara y bella esclava occidental. Para su desgracia, en la caravana en la que viajaba la mujer también lo hacía alguna de las hijas de la familia y un par de sirvientas. El caíd recibió una grata sorpresa con una de las niñas, y había decidido prescindir de la ruidosa mujer del armador para saldar la deuda con la joven hermosa, y aún virgen, que le había caído en las manos.

—No puede hacerlo, él no se puede permitir romper las delicadas relaciones entre España y vuestro sultán, y un escándalo de ese tipo no hará más que eso.

—Eso me gustaría que se lo hicieras comprender a él. Al parecer son mujeres muy hermosas, incluso la madre es una belleza poco corriente, aunque según mi padre debería cortarle la lengua antes de quedársela; con lo cual, como comprenderás, perdería mucho de su valor en un harén. — Marcos, a pesar de que pretendía mantenerse serio, no pudo evitar sonreír ante la alusión de Alí—. Pero la niña... dice que no ha visto una criatura así en su vida, y todavía es pequeña, cuando crezca no tendrá precio como amante o como un caro obsequio. No, a ella no la dejará escapar de sus garras por mucho que yo se lo pida.

—¿Te estás oyendo, Alí?, ¿sabes lo que estás diciendo? Estás condenando a esa chiquilla a un futuro peor que la muerte.

—¿Y tú?, ¿te oyes tú? —Alí cortó a su amigo de forma brusca, nada acorde a lo acostumbrado en un hombre de carácter tan pausado—. ¿Peor que la muerte? Pocas cosas hay peor que la muerte, y desde luego una de ellas no es ser la preferida o incluso esposa de un señor árabe. ¿Acaso estaría mejor casada con uno de tus ancianos nobles?, ¿o no es eso lo que les espera a muchas de tus jóvenes españolas de buena familia?

—Te equivocas, ya son muy raras las bodas de ese tipo, ahora los padres buscan emparejamientos más igualitarios.

—Forzados la mayoría de ellos, al fin y al cabo. Enlaces basados en el nombre de la familia, el dinero y el poder, ¿o eres capaz de negarme lo que yo mismo he visto con mis ojos?

—Es cierto que sigue habiendo algunos casos, pero...

—Siento no poder ser de más ayuda. Y especialmente lo siento porque la niña será separada de su madre. Mi padre dice que empaquetará a esa bruja de vuelta en el primer barco que zarpe, o se la dará a sus esclavos para que la hagan callar de agotamiento. Pero no lo siento por ella, porque estoy convencido de que a la niña no le esperaría un futuro mejor en la península. Esa muchacha irá a parar al palacio de alguien muy rico e influyente, para decorar uno de sus harenes o ser la esposa de uno de sus hijos y pasar el resto de la vida cantando, cosiendo y hablando con otras mujeres y, tal vez, visitando a su señor una o dos veces por mes, si se encapricha de ella, o pariendo al próximo caíd o jefe de alguna tribu bereber. No, no es digna de mi lástima, siento defraudarte en ese sentido.

—Evidentemente, Alí, mucho más que las pocas leguas de mar del estrecho de Gibraltar separan nuestros dos mundos.

—Ciertamente, así es, amigo mío. ¿Puedo esperar de ti que acates la decisión de mi padre?

—Creo que no necesitas que te responda, simplemente haré lo que mi conciencia y mi educación me dictan.

—Así lo pensaba. Ten cuidado entonces, debajo de Malik hay una fiera mucho más brutal de lo que piensas.

—¿Crees que aceptaría que yo pagara por la muchacha? Al fin y al cabo, ya has dicho que para él no es más que una transacción comercial.

—Si quieres a la madre, creo que puedes conseguir fácilmente que incluso te la regale, pero no aceptará dinero por la niña, ya te he dicho que debe de ser algo excepcional para haber llamado su atención de esa forma.

—Una pena, ya sabes que soy un hombre muy rico.

—Malik también lo es, y ambicioso.

—De cualquier forma, lo intentaré.

—Y siento que perderás el tiempo.

—Es mi tiempo, amigo, lo perderé con gusto.

Aquella misma tarde, Marcos pidió audiencia con el poderoso juez. Tras una espera de más de una hora, fue recibido con la cortesía que solo los árabes saben dispensar a sus invitados más queridos.

Cortesía y buenos modos que para nada cambiaron el carácter belicoso del

hombre del sultán. Como se temía, el caíd se mostró intratable. Era una cuestión más de honor que de comercio. Creía que el armador había intentado jugársela, enviándole una mujer arisca de la que quería deshacerse. Le devolvería el favor, mandándole a la esposa de vuelta y quedándose con la hermosa muchacha. Sabía que, si se la vendía al joven marqués, esta estaría de vuelta con su padre rápidamente. Su honor como comerciante no le permitía dar su brazo a torcer.

Marcos había pasado toda la semana pensando en una joven, que ni había visto ni con la que había intercambiado una sola palabra, pero que ocupó la mayoría de sus pesadillas. Por alguna razón, se sentía responsable del futuro de la muchacha.

El patio estaba desierto y, como de costumbre, olía a verde y azahar; ya no había pájaros, la tarde estaba demasiado avanzada, solo un retazo de sol asomaba sobre los tejados del edificio que daban hacia el oeste. A Marcos le gustaba esa hora y ese lugar. Se oía el agua procedente de las numerosas fuentes, agua corriendo a través de cada canal y cada piscina horadada en el suelo en pendiente, atravesando las líneas de naranjos en flor, alejando por unos momentos todo el calor del día. El calor sofocante de la primavera de África. Sabía que nadie lo molestaría en ese momento. Era la hora en la que sus anfitriones árabes acudían a la mezquita.

Orientó el rostro hacia el sol, los últimos retazos de rayos le indicaron la dirección del poniente. Pensó que le resultaría curioso, a cualquiera que lo observara, contemplar cómo un ciego se extasiaba cada tarde mirando con su rostro el adiós del día.

Quizás es aquello que añoramos lo que nos hace vibrar el corazón.

El joven la oyó aproximarse mucho antes de que la diminuta mano se enterrara en su palma, enredándose descaradamente entre sus propios dedos. No hizo el intento de mirar hacia abajo, ya casi había logrado dominar ese gesto inútil. Tampoco lo necesitaba para imaginar la blanca palma que ahora sujetaba su propia mano.

—Te he visto venir cada tarde. —Si no lo hubiera sabido por la confirmación de su amigo, ahora, teniéndola tan cerca, hubiera notado sin ningún lugar a dudas que aquella voz era la de una joven dama que apenas le llegaba al pecho—. He oído decir que no puedes ver, pero yo creo que

realmente los engañas a todos. Unos ojos tan bonitos no pueden ser ciegos. ¿A que tengo razón?

Solo una sonrisa acompañó el exagerado gesto de sorpresa de Marcos, aunque su cuerpo le pedía soltar una carcajada mientras abría los ojos desmesuradamente frente a la niña, fingiendo enfado. Lentamente, se agachó hasta colocar las rodillas en el suelo, asegurándose de que sus rostros estuvieran casi a la misma altura.

Ahí estaban sus ojos de nuevo, traidores y al parecer tan bellos como cuando no era más que un niño, atrayendo la mirada hacia el único lugar que nunca hubiera deseado que nadie contemplara. Su debilidad, su sello, y la herencia que dejaría si algún día fuera tan loco como para tener un hijo.

—No siempre la belleza es lo que parece, pequeña. Has oído bien, bonitos o no, son tan inútiles como una flor sin aroma.

Le aclaró sin dejar de apretar levemente su mano. Era cálida y suave, y ella no dejaba de acariciarle sus propios dedos, como si lo conociera de toda la vida.

—Entonces, ¿de verdad no ves?

—Nada absolutamente.

—Pero sé que me has visto llegar, has notado cuando estaba cerca, y no has huido como si fuera uno de ellos. Así que, o sabes que era yo, o no les tienes miedo. —Luego tiró de su brazo, obligándolo a volver el rostro hacia ella—. Y estoy segura de que tú también les tienes miedo.

—¿Te han hecho algo? Dime si alguno de ellos te ha maltratado o te ha tocado.

—No, realmente ni siquiera entiendo a la mayoría. Pero me miran de forma extraña. Y mi madre dice que no deje que nadie se me acerque, que quieren hacerme cosas terribles. ¿A ti también te quieren hacer cosas terribles?

—No, a mí no me harán nada. Y creo que no todos son malos.

—Pero, si no los ves, ¿cómo sabes quiénes son malos?

—Puedo oír, y te aseguro que mucho mejor que tú.

—¿Me enseñarás cómo? Así, como tú, sabré quién se acerca solo oyendo sus pasos. Quiero esconderme cuando llegue el hombre malo del turbante verde. Es tan gordo... y me mira achicando los ojos. Una vez oí a mi aya que había sitios donde los hombres se comían a las niñas, cuanto más gorditas y blancas mejor.

—Créeme, existen esos sitios y esos hombres, y espero que nunca te

encuentres frente a uno. Pero, si lo haces, corre todo lo que puedas.

Marcos movió la cabeza cuando reconoció, a pesar de no haberlo visto nunca, el hombre al que ella describía, sin duda el secretario del caíd.

—Ven a mí la próxima vez que se te acerque el hombre del turbante verde... o cualquier otro, yo cuidaré de ti.

—¿Lo dices en serio? Mi hermano siempre me ha dicho lo mismo, y me lo repitió el día antes de salir de Algeciras, pero aún no ha venido a por mí.

—Tal vez tu hermano esté ahora en camino. Y pronto venga a cumplir esa promesa.

Nadie llegó ese día a rescatar a las mujeres. Ni al siguiente, ni en las dos semanas después tras la conversación del patio. Marcos acabó temiendo que el armador realmente había dado a sus mujeres como pago por unos negocios fallidos. Solo el empresario hubiera podido negociar con el caíd, ya que tanto las mujeres como la deuda eran suyas, y Malik se hubiera visto obligado a aceptar el dinero a cambio de la devolución de su familia.

Capítulo 1

Residencia de los marqueses de Monteferro, sierra de Madrid, junio de 1821

Las sombras habían vuelto.

Esas que parecían haberlo abandonado hacía ya más de dos lustros. Por aquel entonces, cuando desaparecieron por primera vez, él creyó que no las echaría de menos.

Conocedor de que el temor se basa la mayoría de las veces en esperar con ansia un mal, y siendo consciente de que cuando este llega, cuando realmente está con nosotros, solo nos queda olvidar el miedo e intentar recuperar parte del camino perdido, plantear un nuevo comienzo partiendo de cero, el hombre suponía que cuando por fin ocurriera, cuando la enfermedad llegara a su cenit, también lo haría su ansiado descanso.

Al menos, eso es lo que se había forzado a creer.

Pero las cosas no habían resultado tan fáciles. Ahí estaba, suspirando por verlas otra vez; girando el rostro sobre la almohada en un intento de capturar, nuevamente, algún espectro a su alrededor.

Lo cierto era que se había pasado los últimos años anhelando, deseando volver a distinguirlas. Parecía increíble creer que un día las sintió molestas. Esas sombras que, como fantasmas, como espíritus danzantes, habían aterrado tanto al joven que un día fue. Unas sombras que, como funestos mensajeros, u oráculos de lo inevitable, le habían anunciado la llegada inexorable de la oscuridad, de la negrura en la que ahora vivía.

La ceguera total.

Sudoroso, temblando y agitado, el hombre irguió el tórax, descansando todo el peso sobre los poderosos antebrazos. Poco a poco, la negrura lo atrapó

de nuevo. Se habían ido de nuevo los marrones oscuros, los leves matices de grises, los retazos de luz atravesando su cabeza.

Inútilmente, giró el rostro a derecha e izquierda intentando enfocar de nuevo, mientras el largo cabello, oscuro y húmedo por su propio sudor, le golpeaba ambas mejillas. Unos instantes, procurando recuperar el ritmo pausado en su pecho.

Poco a poco, dejó caer la espalda otra vez sobre el colchón. Un sueño más.

No se había tratado de una pesadilla. Solo era un sueño, conjurando cada uno de sus deseos más preciados. Las pesadillas traen dolor, infelicidad, incluso terror. Aquel sueño era anhelo, deseo, ansiedad. Para el hombre la verdadera pesadilla de cada día era despertar, volver a abrir los ojos y encontrarse con que, nuevamente, todo lo que le rodeaba no era más que oscuridad.

Con el despertar, las sombras se habían marchado, escapando de entre sus dedos, como anguilas o lazos de seda; como los cabellos casi plateados de la mujer que inundaba sus sueños, una mujer que nunca había conocido en realidad, pero que llevaba años viniendo a él en la noche, hermosa y casi real.

Él no había visto jamás a una mujer así. Nunca había conocido a un ser tan hermoso; y en su vida solo recordaba haber tropezado una vez con alguien con ese color de cabello, y ese alguien era un hombre. Y por supuesto, aquella visión no había sido digna de quedar impresa en su retina.

¿Por qué?, ¿por qué entonces se obsesionaba con ella?

Un hada, una princesa inexistente, una mujer que, aunque algún día se cruzara cara a cara en su camino, él no sería capaz de reconocer.

Cerró los ojos, se tapó los párpados con las palmas abiertas y apretó, hasta casi el punto de dolor. Luego las retiró, mientras sus ojos se abrían de par en par.

Nada, ni siquiera el rojo de su propia sangre acumulada tras los párpados. Definitivamente, las sombras habían muerto.

Recordó el principio, el inicio de su pérdida, la enfermedad que se había escondido oculta en su cuerpo de niño, para aparecer violentamente cuando dejó de serlo. El muchacho que había sido pagó con sus ojos convertirse en hombre. Fueron años conviviendo con esos retazos de oscuridad, dejando que se colaran en cada rincón, en cada recoveco de su mente. Sombras grises, pardas y malvas, tal vez mezcladas con el pulso que palpitaba tras sus ojos.

Agitó de nuevo la cabeza mientras se incorporaba, dejándose descansar

sobre el magnífico dosel de su cama. Debía apartar esos recuerdos, esas sombras. Solo el sueño las traía ahora, vagas y deliciosas, y cada vez que habían llegado se habían quedado muy poco junto a él. Aunque sí lo suficiente para hacerle anhelar, recordar lo que había perdido. No quería ser un hombre amargado, no, ni lo quería ni permitiría que sucediera. No se dejaría vencer por la desesperación, había cosas peores que ser ciego.

Aunque, a veces, le fuera complicado hacérselo creer a sí mismo.

Haciendo que su corazón volviera a serenarse, se recreó en la oscuridad que lo rodeaba. Era tan agradable cuando no había nada, solo negrura y tranquilidad, sin movimiento ni ruido, sin olores nuevos, sin caos, sin la necesidad de dotar a todas esas señales de volumen.

Estaba amaneciendo. Le era fácil notarlo en el cantar de los pájaros, en el sutil calor a través de la ventana abierta, en la llegada de la actividad matutina. En el tararear de alguna criada. En el grito de su propio cuerpo, una llamada a la vida que le decía, sin ninguna duda, que ya estaba despierto.

Esa mañana no era diferente, las sombras que habían llegado durante la noche lo habían hecho para no quedarse. Bien, él no las quería, no las necesitaba, no eran más que vagas esperanzas, más mentiras. La luz nunca volvería a él, y aunque esa verdad era incuestionable, su mente rogaba por negarla una y otra vez, incluso en aquellos instantes de autoconvencimiento; los instantes en los que, a pesar de persuadirse de que sería capaz de levantarse un día más, anhelaba volver a ser el hombre que había sido, un hombre completo. Cuando aún podía ver.

El hombre volvió a estirarse sobre la cama, despreciando su cuerpo, cubierto por el sudor que le hacía brillar la piel bajo los rayos que atravesaban la ventana, abierta de par en par.

—Sigues esperando milagros cada mañana, Marcos. Y los milagros no existen. ¿Quién hubiera pensado que con más de treinta años todavía eres capaz de creer en ellos? —se dijo en voz alta, volviendo a parpadear en busca de un resquicio de claridad.

El sonido de la puerta lo trajo de golpe a la realidad. No giró la cabeza cuando oyó el pomo, no era tan iluso como para pensar que vería a la persona que entraba en ese momento. Tampoco lo necesitaba, el típico olor a sándalo de su criado oriental le anunció quién era.

—Supongo que ya son las ocho, Huan.

—Se equivoca, mi señor. Las ocho ya llegaron y se fueron hace dos horas,

¿ha vuelto a dormir mal, marqués?

Sin esperar su consentimiento, el hombre atravesó el dormitorio, hasta situarse frente al amplio armario. Ni siquiera intentó cruzar la vista con su señor, era un hombre entrenado, conocedor de cada uno de los estados de ánimo del joven que aún reposaba semidormido. Y aquel era un mal momento para hacer bromas.

—Su secretario lleva media hora esperando. Ayer tenía usted muy mala cara, por eso no lo he despertado antes.

—¿Y qué cara tengo hoy? —dijo el hombre más joven, sin mucha esperanza de ser contestado.

Poco a poco, la conciencia y la humanidad parecieron regresar al hombre tumbado sobre la cama. Era conocedor de que debía controlarse, apartar ese lado salvaje que cada vez necesitaba que lo dominaran bajo un lazo más férreo. Hoy sería un poco más difícil que ayer. Como cada día, el delicado disfraz de humanidad que lo cubría parecía resquebrajarse un poco más.

No, el marqués de Monteferro no era el joven amable que aparentaba. La mayoría de sus constantes sonrisas eran totalmente insinceras. No era tan iluso como para mentirse a sí mismo, sabía en lo que se estaba convirtiendo: un ser envidioso, ruin y amargado. Y quería gritarlo al mundo entero, quería confesarlo. Y aquellos despertares, ese tipo de mañanas, tras una noche de pesadillas, parecían el mejor momento.

—Sujete su lengua, mi señor.

—¿Ahora también sabes lo que pienso, Huan? Es evidente que te pago menos de lo que mereces.

—Nunca será capaz de pagarme lo que merezco, señor. Y cada mañana, después de despertarlo, usted me lo recuerda.

—Deja de darme sermones filosóficos, es demasiado tarde para rescatar este alma. Y prepara mi ropa, mi secretario no esperará mucho más. Al menos, no con el lápiz en la mano y la sonrisa en los labios con los que imagino me suele recibir. Aunque, a él le pago tanto que posiblemente me perdone cualquier cosa que le haga. ¿Crees que se ofendería mucho si apareciera tal como visto ahora? —dijo, señalando su pecho desnudo.

—Aunque no dudo de que las criadas os lo agradecerían, estoy seguro de que vuestro secretario os reconocería, tanto como yo, que os cubrierais, siquiera un poco, antes de abandonar la habitación.

—¡Salvemos entonces el dudoso pudor de mi empleado! —anunció,

mientras separaba la sábana, lo único que cubría su cuerpo—. En cuanto al tuyo, me temo que tendrás que aguantar esta visión. Pero te pido que cierres la puerta antes, no he oído que lo hayas hecho cuando has entrado, y no quiero que mis criadas revoloteen a mi alrededor.

—No las culpo, don Marcos, al fin y al cabo, hasta yo reconozco que puede ser un placer veros como vuestra madre os trajo al mundo.

—No, definitivamente no te pago lo suficiente.

Sonriendo, Marcos tomó con mano ágil el trozo de tela mojada que su empleado le alargó, para asearse frente a la palangana de agua helada. No erró al coger la toalla o la camisa de lino. Ni necesitó que el hombre le indicara nada para saber dónde estaba la prenda, o precisó su ayuda para colocársela.

Tampoco lo hizo cuando tomó los pantalones, ni siquiera el elaborado nudo del cuello necesitó la ayuda del criado. Los ojos de Marcos permanecieron fijos sobre la pulida superficie del espejo mientras se vestía. La superficie que, supuso, le devolvía la imagen de un hombre joven y alto, una imagen que no había vuelto a ver desde hacía más de diez años.

—¿Acaso ha tenido alguna visita esta noche, señor?

—Sí, pero no la que hubiera deseado, o si no, ¿por qué crees que tengo esta cara que seguro está repleta de ojeras? —murmuró, señalando con precisión su rostro sobre el espejo—. No, no ha sido una hermosa muchacha lo que me ha acompañado esta noche. Han sido «ellas», y me temo, esta vez han venido para quedarse por un tiempo.

El hombre más joven no necesitó explicar a su criado a quién se refería al hablar de ellas. El oriental llevaba varios años a su lado, y conocía cada una de las bestias que acosaban a su empleador.

—No quiero que se haga falsas esperanzas. Ya sabe que tal vez solo sean malas pasadas de su mente. Solo ve esas sombras durante la noche. Si fueran reales, aparecerían también durante el día.

—Lo sé, lo sé, pero es tan difícil hacérselo entender a mi cabeza mientras es de noche. Algo que nadie salvo tú o yo comprendemos. Nadie pensaría que la noche y el día puedan ser tan diferentes para un ciego. Pero no es la noche lo que las atrae hacia mí, sino el sueño. Y ese aún he podido mantenerlo a raya en las horas diurnas.

—Y no.

—¿No qué, Huan?

—No tiene ojeras. Sigue siendo el maldito hombre más guapo de España —apuntilló con sorna el sirviente.

Las palabras fueron seguidas por la carcajada del joven marqués.

—Recuerda que te suba el sueldo.

En veinte minutos Marcos Benedetti, el marqués de Monteferro, se encontraba vestido, desayunado y dispuesto en la puerta de su despacho. Desde allí, contempló, sin ver, al hombre que caminaba nervioso de un lado a otro de la habitación.

—¿No le han ofrecido mis criadas algo para hacerle la espera más llevadera, señor Martínez? Supongo que hoy no ha venido con su hijo.

—No —contestó el hombre con una risilla—. Evidentemente hoy he llegado solo y, sin mi hijo soltero y joven, mi simple persona y mi aspecto avejentado no parecen suficientes para hacer que sus empleadas deseen atender y obedecer cada una de mis órdenes. Tan solo la anciana gobernanta se ha atrevido a ofrecerme unas pastas y a traerme una taza de café —añadió señalando, sin darse cuenta de lo inútil de su gesto, la taza aún llena que reposaba en la mesita junto a la ventana—. Siento decirle que la mujer está un poco mayor, de nuevo ha confundido la sal y el azúcar. De lo cual supondrá, he acabado dando un buen buche a un brebaje inmundito.

—Me temo que el no ver a mis sirvientes lleva consigo algunas desventajas: ancianas a cargo de demasiados quehaceres y sirvientas hermosas. Un patrón ciego es algo que atrae a las muchachas bonitas. Así creen asegurarse que nadie irá tras ellas, por mucha tentación que supongan. Lo cual es un gran error, como hombre ciego, no necesito un buen rostro y un succulento cuerpo para perseguir a las mujeres que pasen por mi lado, una voz dulce y un suave aroma son suficientes para mi imaginación. A mi lado, todas corren peligro.

—Exagera, caballero. Nunca he oído a ninguna de sus sirvientas quejarse de sus atenciones.

—Y muchas horas de concentración que me cuesta semejante control. De cualquier forma, supongo que un marqués joven y soltero sigue pareciendo un buen partido, por muy ciego que esté.

—Nunca ha sabido usted aparentar modestia, mi señor. Le ruego que no lo intente ahora.

—Tal vez tenga razón, caballero... En fin, comencemos a trabajar, ya hemos perdido más tiempo del debido.

Con el gesto de la mano, Marcos pidió a su interlocutor que se sentara al otro lado del elegante escritorio de nogal.

Durante más de cuatro horas, ambos hombres trabajaron como un equipo. El secretario se limitaba a tomar notas y dictar cada una de las operaciones que el hombre más joven acababa resolviendo utilizando solo su cabeza.

Afortunadamente, Marcos no volvió a sentir que las sombras regresaban para turbar la paz de su plana existencia. Tampoco la bestia salvaje, hoy oculta bajo el elegante traje de caballero, salió a la luz ese día. La pequeña victoria y las horas inmerso en el trabajo le hicieron pensar al hombre que quizás pudiera con ello, que tal vez le sería posible controlar la presión constante que apretaba sus hombros. Al menos durante un día más. Una relajación y una debilidad de las que él mismo era consciente, y que sabía que tal vez le pasarían factura en el futuro.

Cádiz, 10 de octubre de 1821

La mujer volvió a girar el rostro hacia la única ventanilla del carruaje de postas, pero la persistente lluvia que los acompañaba desde hacía dos horas no le permitía vislumbrar del exterior nada mucho más allá de un palmo. Aburrida, recolocó el velo musulmán que cubría su cabello y rostro, y trató de acomodarse sobre el duro asiento de madera, apartando la vista de la ventana situada al final de la cabina.

Unos segundos observando a sus vecinos de asiento, y optó por mirar hacia el otro lado, donde el cuerpo ancho del conductor le imposibilitaba ver los caballos y el enlodado camino de más allá. Por fortuna, el corpulento cochero también impedía que la lluvia entrara torrencialmente en el habitáculo, y acabara empapando irremediablemente a los viajeros que ocupaban cinco de los seis asientos disponibles en el vehículo.

El mal estado de los caminos, tras cuatro días de lluvias continuadas, había provocado que ella y su acompañante perdieran el barco desde Ceuta y, por tanto, no llegaran a Algeciras con tiempo suficiente para avisar a su familia de que las esperasen para acompañarlos hasta Madrid. Hubiera sido un trayecto igual de largo, pero infinitamente menos incómodo en el elegante

landó de sus tíos.

Su compañera de viaje, la mujer de poco más de cincuenta años sentada frente a ella, miraba hacia delante impasible; hacía más de dos horas que no la veía más que observar los intrincados dibujos que formaba la madera del carruaje. Fascinante visión, a juzgar por el tiempo que llevaban absorbiendo la atención de la mujer.

La mujer más joven suspiró, más por oírse a sí misma que por necesidad. El reducido y mal ventilado espacio, que se obligaban a ocupar, y los baches que los hacían rebotar de un lado a otro parecían haber dejado dormidos a todos los ocupantes, excepto a ellas dos.

—Tus tíos debían haberte esperado unas horas —gruñó la más anciana, repitiendo por décima vez la cantinela que remachaba sus oídos desde hacía cientos de leguas—. Pese a lo que piensen de tu familia, y del estado de sus finanzas, eres una señorita y ellos tus familiares.

—Mis tíos me han ayudado muchísimo estos últimos meses, no habría podido mantenerme por mí misma sin su ayuda. Ojalá tío Anselmo hubiera sido mi padre, y no solo el hermano de mi padre. Él nunca hubiera dejado que su familia pagara sus propios errores y faltas. Quizás la carta que enviamos desde Tetuán no les había llegado. Lamentarnos de lo que no tiene remedio no lleva a ninguna parte, ¿no es eso lo que siempre me has repetido?

—No intentes instruirme con mis propios argumentos, muchachita. Y la carta salió con suficiente antelación, conozco a la estirada de tu tía, siempre susurrando al oído de ese pobre hombre. —El acento extranjero de la mujer, elevado un par de octavas, hizo resoplar al grueso hombre situado a su diestra, aunque no fue lo suficiente elevado para hacerlo bajar de los brazos de Morfeo—. Permitir que viajes en semejante cuchitril es un pecado.

—Recuerda quien soy, aya. Que el pañuelo que llevo no te engañe —remarcó la muchacha señalando el hiyab sobre su rostro.

—Sé perfectamente quien eres, y quienes son tus padres, niña. Espero que tú no lo olvides nunca.

—No, prometo no hacerlo. Ni siquiera cuando deba entrar a servir en una casa como criada.

—¡Eso nunca sucederá!

—Yo no estaría tan segura. No sé qué nos traerá este viaje, pero sé que no será la pérdida de un ápice de la libertad que por fin creo haber conseguido. Si para ello tengo que limpiar bacinas, te aseguro que me oirás cantar

mientras lo hago.

—¿Tan terrible ha sido lo que has tenido hasta ahora?

—Saca tus propias conclusiones. Solo te diré que el tiempo ha pasado muy lento desde que viajé a África, hace ya casi diez años.

—Ya verás cómo ese mismo tiempo pondrá a todos en su lugar.

—Sí, eso me temo —acabó por decir la más joven, mientras volvía el rostro, para perder de nuevo la mirada en el manto de agua que asomaba tras la ventanilla sin cristales—. Eso me temo.

Dos horas más tarde, el coche hizo su parada final en Cádiz. Ambas mujeres bajaron ayudadas por las manos del cochero, que las miró unos segundos antes de decidirse a agasajarlas con el gesto. Finalmente, el acento refinado y claramente español que le había oído a la mujer más alta y delgada lo persuadió de que tal vez aquellas dos musulmanas fueran mujeres de buena cuna. El par de relucientes monedas que la más mayor depositó en su mano acto seguido lo convenció de lo acertado de su decisión.

—¿Puede usted sugerirnos un lugar decente donde pasar la noche?

La mujer que volvía a hablar era la más alta, así que el hombre se giró hacia ella contemplando, por primera vez, la frente clara y los bellos y extraños ojos, de un color azul casi violáceo, que dejaban ver el velo. Realmente era una mujer pequeña, pero la anciana a su lado era tan sumamente diminuta y rolliza que la hacía a ella parecer un hada bajo un montón de seda azul.

—Sí, señora, ahora mismo las acompaño —balbuceó el hombre, sorprendido por lo que evidentemente era una mujer occidental bajo una vestimenta árabe—. Esta zona no es muy recomendable a partir de las siete de la tarde. Pero si me esperan mientras bajo el resto del equipaje de los viajeros, yo mismo las llevaré hasta la puerta de una buena posada. Conozco a la dueña, y puedo conseguirles una bonita y confortable habitación por el mejor precio, y no tendrán que caminar cargando con sus cosas —añadió, recuperando de un gesto la bolsa que acababa de entregar a la mujer más anciana.

Por unos instantes, el hombre trató de distinguir lo que se escondía bajo aquellas vestimentas musulmanas, sin conseguir más que atisbar el rostro de la mujer mayor. Aunque, al contrario de la joven, no parecía española en su

acento, decidió que tampoco hablaba como las mujeres árabes que solían abundar por las tierras fronterizas del norte de África español, estaba claro que aquellas dos eran personas muy elegantes y cultas.

La muchacha estaba intranquila, por algún motivo, y aunque no tenía evidencias, sabía que todavía iban tras ellas. Por fortuna, la casa de postas a la que las había acompañado el cochero parecía realmente respetable, a pesar del ruido y la algarabía que llegaba desde abajo. No se trataba de ruidosos borrachos, sino de familias felices con muchos niños a su cargo, llevaban todo el día oyendo gritos de chiquillos y llantos de bebé.

Además, la puerta de su habitación parecía realmente recia, y le constaba que la señora Ruiz, la gruesa dueña del local, era una mujer que miraría con lupa a cualquier intruso que osara pisar su territorio. De hecho, a ella misma la había examinado con detenimiento antes de oírla hablar. Fue su acento refinado y claramente castellano, además del tintineo de su bolsa, los que la convencieron igual o más rápidamente si cabe que la insistencia del cochero en asegurar que eran personas de bien.

De cualquier forma, no se sentía segura. El caíd la había mirado de arriba abajo mientras ella lo interrogaba, y esperaba que no hubiera reconocido sus ojos después de ese tiempo; afortunadamente, la cultura árabe la ayudó en este caso, al permitirle permanecer con el rostro y el cabello cubierto en presencia del hombre y todo su séquito.

También estaba su otro problema.

No iba a volver con su familia, hacía años que lo había decidido, aunque reunir el dinero y el valor suficientes le hubiera llevado mucho tiempo. No, no daría ni un paso atrás.

La muchacha se irguió rápidamente cuando llamaron a la puerta. Por instantes dudó en contestar, si permanecía en silencio tal vez se marcharan. Pero si tenía que enfrentarse a su perseguidor quizás sería mejor hacerlo en ese terreno. Al día siguiente alquilarían un coche, con el poco dinero que les quedaba, para viajar a Madrid. Y los caminos serían menos seguros que esa ruidosa posada repleta de buenas familias.

—¿Qué desea? —habló hacia quien aguardaba en silencio al otro lado de la puerta.

—Soy la dueña, señora Gil. Le traigo su cena, su acompañante ha bajado y

me ha dicho que se encontraba indispuesta.

—Pase, por favor.

Aun temblando de indecisión, la muchacha se acercó a la puerta para recorrer el ancho cerrojo que la separaba del exterior. Apenas pasó el pestillo, se apartó de la puerta alejándose hacia la pared más distante.

—¡Señora! —habló la gruesa mujer mientras atravesaba la estancia que permanecía oscura—. ¡Encienda una lámpara, doña Isabel! Esta casa puede permitirse gastar cera para clientes como usted.

La mujer dejó la bandeja sobre la mesa situada en el lateral opuesto a la cama, sirviéndose de la escasa luz que había entrado en la oscura estancia proveniente de las lámparas de aceite del pasillo.

—No puede comer sin luz. Ordené a mis muchachas que prepararan la habitación encendiendo el brasero de carbón y un par de quinqués de petróleo. Me extraña que el combustible se haya acabado tan pronto. Me van a oír si no los han repuesto desde el último cliente.

—No, por los cielos, no les diga nada. He sido yo quien ha apagado las luces, me duele mucho la cabeza del viaje en barco desde África, y el coche de caballos tampoco era muy estable. Necesitaba descansar unos minutos.

—Aquí tiene, un puchero de gallina y un par de huevos en tortilla, ya verá como con el estómago lleno se encuentra mejor. Yo misma encenderé ese brasero.

—Muchas gracias.

La mujer se apartó unas pulgadas de la pared con intención de acercarse a la mesa. Realmente tenía hambre, apenas había probado bocado desde que habló con el caíd.

—¡Ah, otra cosa, doña Isabel! Creo que el señor Gil, su marido, ha llegado. Ha preguntado por usted. ¡Qué hombre tan elegante y educado! Él ha cenado, y me ha dicho que coma usted tranquila, que no subirá hasta dentro de media hora.

La mujer reuló involuntariamente de nuevo hacia la pared ante las palabras de la cantinera. Sintió cómo le crujían los dientes, castigados por sus mandíbulas excesivamente apretadas. Tendría que darse prisa si quería escapar de nuevo.

Y hacer funcionar su cabeza con tremenda celeridad.

La tensión entre su perseguidor y ella estaría en su punto álgido cuando se encontraran. Ella sabía que no estaría muy contento cuando por fin la tuviera

frente a él.

La muchacha se intentó calmar, observando a la mujer entrar y salir en la estancia para depositar carbón al rojo sobre el brasero. Luego, se obligó a gesticular una palabra de agradecimiento hacia la mujer que se marchaba, esforzándose en retener la agitación que había empezado a asaltar su pulso.

—Dígale al caballero que no lo esperaba tan pronto, que bajaré en cuanto coma y me recupere del viaje —añadió antes de oír cómo la puerta se cerraba, dejándola sola y con el apetito completamente perdido.

Media hora más tarde, cuando su acompañante regresó, la muchacha seguía en penumbra, alumbrada tan solo por las exiguas llamas del brasero.

—No te has comido lo que le he pedido a la cantinera para ti, niña —afirmó la mujer, señalando la comida que permanecía intacta en el mismo lugar en que la había dejado la casera.

—Perdí el apetito en el momento en que me dijeron que Daniel está aquí.

—¡Lo sabía! —habló la mujer mientras se entretenía en encender la lámpara sobre la mesa central—. Ya te dije que era una tontería ocultar este viaje, y que finalmente tendrías que volver con tu familia. Seguro que tu tía les ha escrito en cuanto abandonamos su casa de Algeciras para cruzar el estrecho. ¡Gracias a los cielos no eran los hombres del caíd!

—Mi tía siempre ha hecho lo que ha dicho mi tío, y sabes que él nunca ha sido ciego a los defectos de mi padre. No, mi tío no me delataría. Daniel es un perro cuando decide encontrar una presa escapada. Al menos hemos podido llegar hasta África y hacer las averiguaciones que había planeado. Aunque estas no nos hayan llevado a ningún lugar en concreto.

—Ya sabías que era muy difícil. Han pasado demasiados años, y todos erais unos niños por aquel entonces. Ni siquiera estoy segura de que os reconocierais estando cara a cara.

—Dudo mucho de tu afirmación, ninguna somos difícil de olvidar.

—¿Qué vas a hacer ahora?, ¿qué quieres que haga yo? Todavía estamos a tiempo de salir por la puerta de las caballerizas y buscar un carro que nos aleje de él.

—No sé. Estoy cansada de buscar, estoy cansada de esconderme. Quizás sea hora de volver y hacerles frente. Hayan hecho lo que hayan hecho, son la única familia que siempre he tenido.

—Piénsalo bien, yo estaré a tu lado, niña, como siempre.

—Lo sé, lo sé.

Capítulo 2

Madrid, febrero de 1822, fiesta de Carnaval

Ely era consciente de que ningún hombre respetable, ni guapo ni feo, ni joven ni viejo, pondría los ojos en ella con intenciones amorosas honorables. Realmente, eso no le importaba demasiado, ella carecía de ideas románticas. Lo cierto es que, según sus allegados, también carecía de corazón.

Pero esa verdad incuestionable no tenía cabida aquella noche. Para ella, la vida durante los últimos diez años no había sido más que soledad, un sentimiento de desamparo que a veces la asaltaba, y que se acentuaba en lugares como aquel.

Sin embargo, Ely estaba cantando, no lo hacía a menudo, y menos en una fiesta. Pero aquella noche era feliz, dichosa, absolutamente maravillosa. Y su primer baile de carnaval.

Realmente, uno de sus pocos bailes multitudinarios. Recordaba los tres anteriores, pero ciertamente no creía que aquellos contaran demasiado, aunque cada uno se le hubiera quedado grabado en la memoria. El primero fue en un cortijo que sus padres alquilaron en Toledo, aquello sucedió la tercera vez que se mudaron, intentando huir de sus acreedores de Cádiz. A la fiesta apenas asistieron algunos de los empleados de más alto nivel de su madre y el médico del pueblo. Todos ellos salvo el doctor, al que había visto solo un par de veces, la conocían de hacía años. Aquellas personas siempre habían ido de una ciudad a otra, acompañando a la familia cada vez que cambiaba a un nuevo domicilio, irremediabilmente siempre más modesto que el anterior, y estaban acostumbrados a mirarla sin verla.

Los dos siguientes puede que sí se pudieran considerar bailes, al menos uno de ellos. En aquel entonces aún era tan tonta que acudió realmente

ilusionada. No tardó en escuchar el primer rumor en una esquina. Al parecer, su bien merecida fama había llegado a la capital.

Ningún hombre menor de cincuenta años se le acercó a más de tres varas, y solo dos viejos, achacosos y medio ciegos, osaron bailar con ella. Por desgracia, pisó a ambos ancianos, habría que añadir que con cierta saña y bastante premeditación por su parte. Acción que acabó con su noche de baile, y sus dos pretendientes doloridos y tumbados en sendas otomanas.

El siguiente baile fue una invitación; los nobles vecinos de la última casa que su padre adquirió en Madrid celebraron la pedida de mano de su hija mayor, e invitaron a sus nuevos vecinos. Al parecer, nadie se percató de que la invitación a nombre de toda la familia la incluía a ella, o tal vez nunca se la tropezaron en la acera antes de enviar la tarjeta.

Ninguna de las hijas del matrimonio pudo evitar su desagrado cuando apareció en el salón de baile. Aunque peor fue la teatral bienvenida que le procuraron los hijos, tres de ellos de una edad levemente mayor a la de la propia Ely. Los muchachos creyeron divertido pelearse públicamente por pedir el primer baile a la curiosa invitada, y Ely, como medida correctora, tuvo la genial idea de vomitar el ponche en los zapatos del que tenía más próximo. Lo cierto es que, aunque reconocía la falta absoluta de delicadeza que había esgrimido con aquella acción, jamás se arrepintió de ello. Cosa que le dio la razón a todos los que proclamaban que era tan horrible por dentro como por fuera.

Desde ese día, su madre dejó de pretender sacar el mínimo partido de su persona.

De acuerdo, había decidido hacía mucho Ely que creciera su fama si era necesario. Era ruin, envidiosa y horrible, ¿a quién pretendía engañar soñando, siquiera, con disimular ese hecho?

Así que, aquella noche en el baile de máscaras, ella, la desgracia y oveja negra de su familia, ese familiar infame que todos tienen que esconder, al fin era libre en medio de una muchedumbre.

Disfrazada de forma que nadie pudiera reconocerla, podía caminar por fin sin trabas por un salón de baile. ¡Hasta había recibido una invitación para bailar un vals! Una noticia maravillosa, si se hubiera molestado en aprender a hacerlo. Por unos segundos se arrepintió del maltrato verbal con el que trató a aquel lechuguino francés, que su madre contrató para tal fin. Aunque, también era cierto que unos pocos minutos de vals, disfrutados de incógnito

en un baile de disfraces, tampoco hubieran compensado la tortura de aguantar al hombre durante largas semanas, dudaba mucho de que tuviera otra oportunidad para demostrar tales habilidades en el futuro.

¡Oh, sí! Ojalá la vida fuera un eterno baile de disfraces. Una noche loca e interminable, repleta de rostros y cuerpos cubiertos de pies a cabeza.

Esa noche era una zíngara, una gitana vestida de amplias faldas y blusa colorida. ¡Y, hasta ese instante, nadie había relacionado aquel ser desconocido con la infame señorita Fernán-Gil!

No, ni uno solo de los hombres que se habían atrevido a bailar con ella lo habría hecho si hubiera atisbado a mirar bajo el antifaz que cubría su rostro. Una máscara blanca veneciana que su hermano había traído para ella de su último viaje. Una bendición tallada en fina porcelana, portando el rostro blanco, perfecto y sonriente de una mujer hermosa.

La mayor mentira de su vida. Y ahora, esa inmensa farsa la hacía sonreír. ¿Tan bajo había caído su autoestima que algo así le bastaba para alcanzar ese estado de semilevitación?

Le daba igual, bienvenidos fueran la mentira y el engaño. Esa noche soñaría que aquel era su rostro, y ella la mujer perfecta, esbelta y de curvas precisas, que aparentaba con aquel disfraz. Flotaría, volaría sobre las suaves chinelas que calzaba, y volvería a mentir cuanto fuera preciso en la búsqueda de ese estado de patética alegría en el que ahora nadaba.

La muchacha caminaba hacia el exterior. Su habitual aspecto huraño, y a ratos rencoroso, la abandonó por unos instantes, haciendo que comenzara a tararear el estribillo de una conocida canción. Tal era su agitación, que ni siquiera notó cuando los primeros compases de un pasodoble empezaron a sonar en el salón que poco a poco iba dejando a sus espaldas.

Caminó y, a cada paso que daba hacia la terraza, el sonido y el torrente de su voz aumentaba.

¡Ah! Hacía tanto que no cantaba con el corazón, casi diez años, desde que su hermana Bel desapareció de sus vidas para siempre, sentenciada por sus malas acciones, por su miedo y por su abandono. La mujer puso en la difícil melodía todo el amor que había negado al resto del mundo durante casi la mitad de su existencia. Y su voz, en el silencio amortiguado por el rumor de la fiesta que se desarrollaba en el interior, reverberó como el más hermoso de los sonidos.

Ely caminó hacia el barandal que separaba el mirador de los jardines, para

acabar inclinada sobre la balaustrada, observando la negrura que quedaba más allá de la influencia de los candiles de petróleo que mantenían la luz en el edificio. Se apoyó sobre las palmas de las manos antes de cantar, poniendo lo que le restaba de corazón en la última estrofa.

—¡Qué belleza!

Las inesperadas palabras, partiendo del rincón más oscuro, la devolvieron de un empujón a la realidad. Girándose, Ely se enfrentó hacia la voz.

—Sin duda alguna, la oscuridad me favorece. O ¿acaso se burla de mí, caballero? —contestó con sinceridad, por casi primera vez en mucho tiempo.

Pronto se arrepintió de aquel momento de debilidad. La había abstraído tanto el instante previo que había perdido por unos instantes la coraza que la cubría casi continuamente. Enderezándose, intentó distinguir el cuerpo tras aquella voz, profunda y sugerente.

Nada. El hombre había elegido bien el lugar para observar sin ser visto. Y no hizo ningún esfuerzo para facilitarle la labor de identificarlo.

—Da igual, imagino que irá disfrazado, como todos esos otros —dijo, enderezándose y abandonando su intención de distinguir a su interlocutor entre las sombras.

—Sin duda, tan disfrazado como usted, supongo.

—Sí, el mejor disfraz que habrá visto en mucho tiempo, gracias por decir que es bello. Mi costurera estará feliz cuando le informe de sus palabras.

—Ciertamente, será un disfraz hermoso, pero me refería a usted cuando he hablado de belleza. Tiene usted una voz poco corriente, de una dulzura que he oído en pocas ocasiones.

—Gracias, admito que lo he heredado de mi madre. Sus hijas tenemos su voz, por desgracia para algunas, ha sido más parca al repartir su aspecto.

—Créame cuando le digo que soy consciente de las sorpresas que pueden darse en las familias, herencias ciertamente mal repartidas en muchos casos.

—Y supongo que no todas referidas al dinero.

—Así es, señora.

—Señorita.

—Y bien, señorita, ¿qué la trae tan lejos del bullicio y la fiesta? Porque presumo que su intención no era alegrarme la noche con su voz.

—No, no lo era. Aunque usted sí que me la ha alegrado con su cumplido. Verdaderamente esta noche se está convirtiendo en una magnífica experiencia. Pocas veces he oído los adjetivos bello y dulce referidos a mi

persona —agregó con un toque de ironía.

—Alguien con una voz así debería estar acostumbrado a los halagos.

—Sí, debería, pero... y usted ¿por qué se esconde de todos? —Ely trató de nuevo de ver al hombre con el que conversaba, y de nuevo fracasó en el intento. Aunque sus ojos, en esos momentos algo más adaptados a la oscuridad, fueron capaces de distinguir los contornos de su figura.

Era muy alto, decidió la mujer. Aunque no grueso, sí bastante fornido. No pudo aventurarse a decir nada más de su interlocutor. Perdida en sus pensamientos, casi no oyó su pregunta, hasta que él la repitió por tercera vez.

—¿Y bien?

—Disculpe, pensaba en otra cosa.

—Ya veo, ¿por qué está aquí, señorita?

—Me escondo, como usted, creo.

—Se equivoca, realmente estoy aquí para ver mucho mejor.

—Nadie podría ver mejor en esta penumbra. Lo siento, pero he de volver al salón.

—Yo sí, créame. —La voz se hizo profunda, con un matiz rico y vibrante que ella no había oído desde hacía mucho tiempo—. Yo sí la veo perfectamente.

—Realmente debo dejarlo, caballero. —Ely se apartó con más brusquedad y rapidez de lo que hubiera deseado. Como si una mano invisible le hubiera dado un pellizco sobre el corazón.

De pronto se sintió violenta con aquella conversación. Él parecía saber exactamente dónde se encontraba en cada momento, mientras a ella le era difícil distinguir apenas unas sombras en aquella oscuridad. La cosa le había parecido divertida en un primer momento, pero acostumbrada como estaba a ser la que moviera los hilos que manejaban las acciones de todos los que la rodeaban, aquella inseguridad le producía un extraño desasosiego.

Ciertamente hablaría con su hermano, y averiguaría quién era aquel hombre que, por primera vez en años, la había turbado de esa manera. Para bien o para mal, él había captado su interés, y ella llevaría aquel encuentro hacia el lugar que más le interesara: el rincón más oscuro de sus recuerdos, donde los sucesos y las situaciones desagradables quedaban para siempre, y de donde nada salía sin su permiso; o a su casa de muñecas gigantes, ese lugar en el que todos bailaban al son de la maquinadora mente que se escondía bajo aquella perfecta máscara veneciana.

Dos horas más tarde, Ely caminaba por uno de los pasillos de la casa. Girando hacia la habitación de la derecha, buscó la oscuridad en la que se sentía tan a salvo, y en la que podía observar, calibrar y tramar sin ser vista.

Los ligeros pasos, suavizados por los suaves escarpines de baile, no evitaron que Marcos reconociera el sonido de una aproximación. Abochornado por sentirse un espía, y deseoso de mantenerse oculto de una fiesta en la que lo abrumaban continuamente con charlas inútiles y presentaciones de nombres sin rostro, reuló unos pasos intentando confundirse con las sombras que sabía lo rodeaban. Era una maniobra, tan magistralmente aprendida y ensayada, que casi le salía sin pensar; y en ocasiones, como aquella, segundos después de haberla ejecutado se preguntaba invariablemente por qué lo hacía si no tenía nada ni nadie de quién ocultarse.

La mujer, porque los pasos eran suaves y amortiguados, frenó levemente la marcha. Marcos supuso al instante que ella intentaba que sus ojos se acostumbraran a la súbita oscuridad. La oyó tanteando el mueble de la derecha, en busca de una lamparilla, vela o alguna cosa que le proporcionara una fuente de luz.

Ely gruñó poco femeninamente cuando comprobó cómo la lamparilla, que de ordinario hubiera encontrado preparada a la entrada de la habitación, no estaba en su sitio, y tuvo que adentrarse en la sala más de lo esperado. Ciertamente que para ella las sombras eran siempre bienvenidas, pero prefería no arriesgarse a sorprender a ninguna pareja aprovechando los recovecos de la habitación. Sabía que aquellas situaciones eran típicas de ese tipo de fiestas informales, amparadas por la inmunidad que daban los disfraces.

No oyó ruido alguno, pero sobre la piel sintió la presencia de otra alma en la habitación.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la mujer en alto, procurando no mostrar el leve retazo de miedo que de pronto la asaltó.

Silencio.

Por unos instantes, Marcos dudó en contestar la sencilla pregunta. Había reconocido la voz de la mujer de la terraza, y aunque había notado que ella buscaba sobre el mueble alguna forma de iluminar la sala, era consciente de que no hallaría ninguna. Él mismo se había ocupado de hacerla desaparecer,

y ahora todo el material necesario para obtener luz estaba junto a su propia pierna, apoyado sobre el suelo, hasta que él decidiera que era hora de abandonar su refugio y la devolviera a su sitio. Normalmente, el no hallar la lámpara para encender luz, a partir de los candelabros que quemaban cera en el pasillo, hubiera hecho desistir rápidamente a cualquier invitado no deseado. Pero parecía que aquella mujer era más insistente de lo esperado.

—¿Quién anda ahí? —Ella repitió la pregunta, lo que le confirmó que era la misma mujer, su oído no solía fallarle en esas circunstancias.

—¿Ely? —La voz de otro hombre hizo a Marcos detener su instinto de contestarle por fin.

Parecía que estaba a punto de asistir a un encuentro amoroso y, sin saber muy bien quiénes eran aquellos dos, decidió que no se aventuraría a delatar su presencia. Nunca le habían gustado mucho ese tipo de enredos amorosos, procuraba alejarse de las provocaciones y de las consecuencias; y dos personas citándose en una habitación a oscuras, en medio de una fiesta de disfraces, parecían indicar muchas cosas que ocultar.

—¿Ely? —Los pasos recios del hombre dejaron de retumbar, indicándole a Marcos que el desconocido había llegado junto a la mujer, aunque él permaneció en el marco de la puerta, mientras ella había dado unos pasos hacia el interior al oír que la llamaban—. Te he estado buscando desde hace rato, ¿dónde te has metido?

—Ya sabes dónde, en cualquier lugar oscuro o desierto. ¿Para qué me preguntas, si conoces la respuesta? —La voz dulce, que había cantado aquella hermosa canción en la terraza, desapareció para dejar paso a un tono seco y rancio—. ¿Para qué me buscas, Daniel?

—Nuestra madre quiere abandonar la fiesta, creo que es hora de marcharse.

—¡Ni sueñes que me vas a llevar cuando a esa bruja le apetezca! —El tono de la mujer fue, si cabe, aún más desagradable—. Me estoy divirtiendo como no lo hacía desde hace años, y no voy a irme porque esa vieja haya decidido que le duelen los pies.

—¡No consiento que hables así de ella! ¿Olvidas que es tu madre y le debes respeto a pe...?

—¿Respeto? ¡Le debo el placer de tener que aguantar el resto de su vida junto a ella! Y todo gracias a sus propias acciones y a las de mi difunto padre. No, no le debo nada, ¿me entiendes? No le debo nada ni a ella ni a nadie de

esta gloriosa familia que me ha tocado.

—Tú tampoco eres una joya de la que vayamos a presumir, Ely.

Marcos decidió que debía permanecer quieto, allí mismo, camuflado sobre la pared. Era evidente que no corría peligro si no se movía o hacía el mínimo ruido. Aquella pareja no era de las que se adentrarían en la habitación en busca de rincones incluso más oscuros. No, se quedaría allí y no daría idea de su presencia en la habitación. Menos mal que no existían los ángeles de la guarda, así no tendría que sentirse mal por sus acciones, podría seguir disfrutando sin tener que explicar que lo había oído todo y se había regocijado, como cada vez que se encontraba en una habitación oscura, de ver mucho más que cualquier otro ser humano. Menuda familia debía de ser aquella a la que pertenecían los supuestos hermanos, ¡y menuda joya era la pareja!

—¿Has conocido al señor Miguélez? —preguntó el hombre, controlando por fin el torrente de voz, tal vez siendo consciente de que no veía lo que se podría esconder en la oscuridad que los rodeaba.

—¿Ese viejo sin pelo y sin dientes?

—Ese hombre rico como Creso, que por algún increíble milagro ha decidido pasar por alto tus muchos defectos.

—Pues dinero parece ser que es lo único que le queda, porque además de pelo y dientes le falta inteligencia si piensa que me voy a casar con tal esperpento.

—No es que tú tengas una fila de pretendientes para elegir.

—Ni ninguna prisa para hacerlo. No me pienso casar con...

—¡Ely!, sabes cómo está la situación, si fueras alguien diferente, alguien como...

—¿Como tu querida Bel?

—No, no iba a decir eso y lo sabes. Deberías olvidar a Bel, deberías haberlo hecho hace años, y quizás las cosas fueran algo diferentes.

—¡No me habéis permitido hacerlo! Bel está presente en cada uno de nosotros, cada vez que me veis y pensáis que debería haber sido yo, que se llevaron a la hija equivocada.

—Nunca he dicho eso.

—Pero lo piensas, y te doy la razón, a ti y a nuestra madre. Debí ser yo, pero no fue así, y no solo por mi culpa, ya lo sabes.

—No es momento de revolver el pasado. Para bien o para mal, solo nos

quedas tú, y en la situación en la que está la familia una boda ventajosa es necesaria para...

—De acuerdo, ¡cásate tú! Al fin y al cabo, eres el guapo de la familia. ¿A qué esperas? Busca a tu propia vieja viuda rica y salva a esta familia.

—Sabes que eso no es posible, yo...

—Tú estás casado desde hace años con un fantasma.

—¡No está muerta!

—No lo sabes.

—Lo sé, y de cualquier forma no podría casarme hasta no estar absolutamente seguro de ello.

—Entonces, pues que se case la señora viuda. ¡Ella sí es lo bastante hermosa para atraer a quien desee! Y seguro que sus pretendientes hasta conservan algunos dientes.

—Sabes que ya la obligaron a hacerlo la primera vez, nadie en este mundo la forzaría a pasar por eso.

—En cambio, ¿puedo pasar por eso yo? Así ganáis un pariente rico y le pasáis el problema a otro, ¿verdad? Solo es necesario que busquéis alguien lo suficientemente horrible para pasar por alto mi rostro.

—No solo es tu rostro lo que tiene que pasar por alto.

—Ya lo sé, no necesito recordatorios de quién y qué soy. Ve en busca de tu madre.

—Es también la tuya.

—Dejó de serlo hace tiempo, y en esa ocasión sabes que no fue mi culpa.

—Piénsalo, Ely. Si no conseguimos dinero pronto vamos a perderlo todo.

—Bien, pues seremos unos españoles más, tendremos que trabajar como el resto.

—Yo quizás sí, pero ¿en qué lo harías tú? ¿Crees que te contratarían como institutriz o sirvienta?

—¿Tan horrible soy que los niños se asustarían?

—¡No digo eso! Lo sabes. No tienes experiencia ni en uno ni en otro trabajo, y no posees la dulzura necesaria para tratar con una anciana o con un enfermo como acompañante.

—¡Qué sabrás tú de dulzura!

—Sé, al menos, distinguir dónde no existe. —Con esas duras palabras, acompañadas de un fuerte taconazo, el hombre abandonó la sala.

Marcos creyó que su oído lo había engañado por primera vez en mucho

tiempo, y la mujer había salido con el hombre, dejando un profundo silencio a su alrededor. Agudizó el oído durante medio minuto, hasta que un resentido suspiro atronó en la estancia. Por momentos, pensó que a aquel lastimero sonido le seguiría un doloroso llanto, algo previsible tras la desagradable discusión de la que había sido testigo.

Para su sorpresa, una aguda carcajada resonó en la sala.

—¡Cásate tú, bastardo! O la puta de tu madre. No me obligareis a tragar las babas de un viejo para satisfacer vuestro ego y vuestro afán de notoriedad. — Las palabras, pese a ser dirigidas a ella misma, llegaron con claridad a los oídos de Marcos—. Engañaré, robaré o timaré si es necesario, pero no me doblegaré ante vosotros ni ante nadie —añadió la mujer antes de salir por la puerta.

La noche estaba siendo asombrosamente productiva. Ely, escondida en los retretes que daban al tocador de señoras, oía todo lo que hablaba cada uno de los grupos de mujeres que habían pasado por allí. Aquello le divertía mucho, y le daba armas para cualquier posible eventualidad futura. Había decidido hacía tiempo que no se podía fiar de nadie, salvo de sí misma, y que en cualquier guerra todo era lícito.

Ya había descubierto tres infidelidades aquella misma noche y, algo que la había dejado con la boca momentáneamente abierta, el encuentro evidentemente amoroso entre dos mujeres casadas. ¡Vaya! Había oído y visto muchas cosas en su vida, pero eso era realmente nuevo y sorprendente. Decidió que ahondaría en el tema, ya conocía todo lo que estaba al alcance de una mujer soltera sobre ese tipo de relaciones entre hombres, especialmente lo que contaban escritos de origen griego o latino, pero nada parecido a esto había llegado a ella, o puede que al ignorar la posibilidad lo hubiera pasado simplemente por alto.

—¿Le has visto? Todavía tengo que pellizcarme para asegurarme de que no estoy dormida. —Alguien abrió la puerta que daba a la sala exterior de los retretes, donde una mesa central soportaba unas pilas con el agua y dos espejos de mano.

Ely se levantó de la silla de enea, que algún criado amable había colocado junto al retrete, y se preparó para escuchar de nuevo.

—¿Crees que alguna mujer de ese enorme salón ha dejado de verlo? —La

segunda muchacha habló con voz aún más excitada que la primera. La efusividad del tono hizo que Ely pegara el oído sobre la madera que la separaba de la pareja, que ahora trasteaba sobre el lebrillo y la jarra que se habían colocado en el tocador para lavar las manos—. Si no me hubiera manchado comiendo esos caracoles, te juro que no me lavaría las manos después de haberlo tocado.

—¡Es tan guapísimo! Y amable, y simpático... y rico.

—¡Y marqués!

—¡Y soltero!

—¡Y tan ciego como un topo! Con lo cual cualquiera de nosotras es una candidata aceptable a ser marquesa, aunque no seamos las bellidades de la temporada.

—Claro, esa es una gran ventaja, que para nada le quita valor a él y nos lo da a nosotras, aunque es una pena que esos ojos ámbar no vean.

—Sí, no había visto ese color en la vida. Me hace temblar solo de pensarlo, y por unos instantes me ha costado creer que realmente no me estaba viendo mientras hablábamos. ¡No me ha quitado la vista de encima y ha seguido incluso el movimiento de mis manos!

—Mi hermana dice que se ríe de todos nosotros, que en realidad ve.

—¡Bah! Bobadas. Si lo hiciera, no hubiera hablado una hora con ese adefesio de Merceditas Letrán, ¿no crees?

—¡Oh, pobre! Si parecía aún más horrible y gorda situada al lado de semejante hombre.

—Eres mala, Clara, muy mala.

—Sí, y mucho más guapa y delgada que Merceditas, y creo que él lo ha notado cuando ha hablado conmigo, ¡qué educación!, ¡qué voz!, ¡qué hombre!

—¡Ay!, ¡venga, vayamos e intentemos acercarnos otra vez!

Media hora más tarde, y por tercera vez en la misma noche, Marcos se encontró con el olor dulzón del perfume de aquella mujer. Un olor que por minutos le parecía más desagradable, posiblemente el haber oído aquella interesante conversación repleta de amor fraterno, aumentó el desagrado hacia ella. Por instantes, Marcos deseó poder ver, para comprobar si el aspecto de ella era tan horrible como reflejaba su carácter. Luego agitó la

cabeza, eliminando todo rastro de aquel pensamiento, el mundo estaba repleto de cosas y seres hermosos para contemplar, y por lo que había oído ella no era, ni de lejos, uno de ellos.

Era consciente de que ella lo había oído moverse entre los estantes de libros, así que dejó de intentar ser invisible. Además, sabía, por el calor que había sentido al entrar en la habitación, que las luces de las lámparas de aceite que alumbraban el pasillo de llegada posiblemente alcanzaban a dar algo de claridad a la estancia.

Ely volvía a darle vueltas al mismo asunto, aunque había intentado evadirse espiando en los aseos, aún le martilleaba el corazón, agitado al recordar la conversación con su hermano. Todavía, y a esas alturas de su vida, Daniel tenía la facilidad de sacarla de sus casillas. Siempre había sido así entre ellos, desde que no eran más que unos críos de cinco y diez años. Por desgracia, aquella rivalidad infantil había cambiado de curso bruscamente después de lo ocurrido a su hermana pequeña. Realmente, la pérdida de Bel lo había cambiado todo.

Ely se frenó bruscamente cuando atravesó la puerta de la biblioteca. Esta vez, atisbó a ver con claridad la silueta del hombre de las sombras. Sabía que era él, pocos hombres eran tan altos. Estaba girado hacia los libros, sosteniendo algo entre las manos que no acertaba a ver, tapada como estaba por sus amplios hombros. No se volvió, aunque ella sabía que había notado perfectamente su presencia.

—No tema, estoy junto a la pared de su derecha, señorita.

—Ya lo he visto, caballero. Aquí hay suficiente luz. Es usted otra vez, ¿verdad? —Ella caminó lentamente, adelantándose un par de pasos hacia el rincón que él ocupaba, intentando, aunque era inútil, horadar entre las sombras para distinguir el rostro que ahora se había girado hacia ella—. Adelántese, por favor, no lo puedo distinguir.

—Yo, en cambio, soy capaz de verla completamente.

—Ya me ha dicho eso en la terraza y lo dudo, esta estancia sigue estando demasiado oscura. Pero no se preocupe, la luz es algo que prefiero dejar para los demás, no me suele favorecer en exceso.

—Entonces, señorita, somos afortunados de haber encontrado este rincón en un palacio tan ostentadamente iluminado. A mí también me beneficia la oscuridad.

—¿Qué está leyendo? —preguntó la mujer, pensando en ser educada con

aquel hombre. No era su naturaleza comportarse de forma amable, pero estaba empezando a sentir curiosidad, y el no verle todavía el rostro parecía anclarla irremediabilmente al lugar en el que se encontraba. No le gustaba no saber hasta lo más profundo los detalles de cuanto la rodeaba.

—Nada absolutamente —dijo por fin, avanzando medio paso hacia la claridad, lo justo para que la luz que entraba por la puerta le iluminara el trozo de camisa, pulcramente blanca, que no cubría al completo la capa oscura que vestía.

—¿No va disfrazado?

—No, no me gustó nada de lo que me sugirió mi sastre. No creo que tenga imaginación para el disfraz, aunque es único elaborando una buena capa española. —El brazo del hombre señaló la prenda, y avanzó un par de pasos. Mientras, poco a poco, el resto de su persona iba apareciendo ante los asombrados ojos de Ely.

Entonces, ella comprendió que tenía ante sí lo que había deseado desde hacía años. También entendió que sería capaz de hacer lo que fuera necesario para conseguirlo.

Residencia de la familia Fernán-Gil, Madrid, julio de 1822

Eran casi las dos de la tarde cuando el carruaje que había transportado a las tres mujeres se acercó hacia la verja de la casa solariega. Desde la ventana, la mujer más joven se entretuvo contemplando el aspecto decadente del enrejado que daba paso a los descuidados jardines. Patéticos recuerdos de un lugar que evidentemente había vivido mejores momentos.

Ely descendió de un salto por la puerta del coche de alquiler, sin dar tiempo siquiera a que el cochero bajara del pescante, ante la mirada atónita de las otras dos mujeres que la acompañaban en el interior. Necesitaba escapar cuanto antes de aquel ambiente asfixiante. Llevaba toda la mañana oyendo la voz de su madre, y no aguantaría ni un segundo más de lo necesario a su lado.

La mujer frente a ella masculló una palabra que Ely ni entendió ni quiso aclarar. Era Bashira, la criada de mediana edad que las acompañaba desde hacía años, y uno de los muchos sirvientes árabes que desde que tenía uso de razón habían abundado en su casa. La mujer, a pesar de vestir ropas y

modales occidentales, tenía la peculiar costumbre de mascullar en susurros y en su propia lengua cuando algo la molestaba. Y bajar de un coche sin dejar que le abrieran la puerta era una enorme transgresión de sus enseñanzas.

—Ya está bien, Bashi —habló Ely, usando el diminutivo con el que llamaba a la mujer que, con un movimiento de cabeza, señalaba hacia el cochero que había bajado de un salto al comprobar que sus clientas abrían por sí mismas—. Con tu gruñido acabas de abochornar al hombre.

—Lo has abochornado tú sola. —La voz de su propia madre, sentada junto al lugar que ella misma acababa de abandonar, hizo que Ely apartara la vista de la criada para contemplarla—. Debes esperar a que te abran y te ofrezcan la mano.

—Es un coche de alquiler barato, madre, no una carroza. Y yo una simple muchacha, no una princesa.

—Ni nadie sería tan tonto como para confundirte con una —apuntilló con crueldad la aludida.

—Está bien, gracias por su ayuda, caballero —habló Ely, ahora vuelta hacia el hombre que intentaba auxiliar de cualquier forma a las mujeres que quedaban en el interior del vehículo—. Puede ayudarla a ella, si es tan amable. Como ve, mi madre no es capaz de descender por sí sola esos minúsculos escalones —acabó, señalando la escalinata que ella había evitado de un salto y a la mujer rubia, y aún suficientemente hermosa pese a sus más de cuarenta años, que empezaba a aparecer por la puerta del carruaje tras ella.

Bashira torció el gesto en una mueca de humor ante las palabras de la muchacha, bajando el rostro para que doña Cristina no se percatara de su gesto. Que Ely recordara, la mujer siempre había trabajado para la familia Fernán-Gil, y era la única que soportaba con estoicismo, y hasta una sonrisa furtiva, el humor negro de Ely. Incluso, a veces, la propia Ely creía que la mujer era capaz de pensar que ella misma era la muchacha más inteligente, agradable y generosa que jamás había conocido.

Sin lugar a dudas, se trataba de una empleada fiel.

La realidad era que, en la mayoría de las ocasiones, la criada debía arreglárselas para intentar disimular cada una de las malas acciones de la joven. Ely reconocía que incluso en algunas ocasiones apreciaba que actuara como su propia conciencia ausente.

—Eres malvada —oyó la muchacha mascullar a su propia madre—. No sé qué se me pasó por la cabeza para hacer lo que hice. —Ely se giró para

contemplarla. No sintió nada, de nuevo, solo ausencia de sentimientos, aún sin reconocer en aquella avejentada y amargada mujer a la madre de hacía tantos años—. Está claro que Dios me ha castigado, mi pobre niña, tan hermosa y obediente.

—Tú lo has dicho madre, tú cometiste la equivocación. Tú y solo tú hiciste la elección, para tu tormento y para mi desgracia.

—¿Te atreves a culparme a mí? —Cristina la contempló con un pozo de rencor. Ahí estaba su hija, desafiante de nuevo. Su vergüenza y la de toda su familia. Aquella muchacha irritable, áspera y rencorosa que era ahora su única hija. Con tristeza, recordó la familia que eran antes de viajar a África por última vez. No, no lo permitiría, no dejaría que esa jovencita la amargara, que le estropeará los años que le quedaban. No ahora que casi era capaz de disfrutar de la vida después de un matrimonio obligado y aborrecido desde el instante en que conoció al hombre que fue su esposo.

—Yo no acuso, madre, solo recuerdo. Como lo haces tú, cada vez que me miras, y no ves más que lo que ha quedado de tu obra. —Diciendo estas últimas palabras, se apartó de ella, encaminándose hacia los escalones que daban paso a la casa. Antes de subir el primero, contempló con desgana la puerta de lo que se suponía era un hogar.

—¡No te vayas mientras te hablo! —La voz de Cristina volvió a resonar a sus espaldas—. ¿Me oyes? Es tu turno, y vas a salvar a esta familia. El señor Miguélez es el único con estómago para casarse contigo. Ni tu carácter ni tu aspecto te permiten aspirar a otra cosa. ¡Demos gracias al cielo por el señor Miguélez! Haz lo que te he pedido y ve al salón a aceptar la proposición de ese hombre.

Cristina aceleró el paso, para intentar infructuosamente acoplarlo al de su hija. Aunque Ely pensaba que aquella orden no se merecía ni una mirada, no pudo evitar el impulso que siempre la obligaba a hablar más de la cuenta. Antes de tocar el pestillo de la puerta, se giró para enfrentar el rostro de su madre.

Cristina tuvo que refrenar el paso antes de colisionar con el cuerpo rígido de su hija, parada de improviso ante ella después de sus últimas palabras. Hubieran caído ambas de espaldas si, en el último instante, Cristina no hubiera apartado la vista de sus castigados zapatos de paseo, para elevar el rostro al frente. Lo que vio la hizo añorar la imagen de las avejentadas y casi rudas botas de cordones que calzaba, fruto de la precaria situación en la que

se encontraban las finanzas familiares desde hacía un par de años. El rostro de Ely era aún más desagradable a sus ojos de lo que le parecía de ordinario, encendido por la ira que sus argumentos habían sembrado en la joven.

—Sí, Cristina. —Llamarla por su nombre de pila la hacía sentir desapego por la mujer que le había dado la vida. Solo la vida, y nada más, pensaba Ely mientras la observaba—. Soy fea, no lo negaría, ni a ti ni a nadie, pero soy lista, y si he de casarme me ocuparé de encontrar alguien que no sea capaz de ver ni mi cara ni mi corazón. Y si es preciso, acudiré al chantaje y a la extorsión para obtener lo que quiero.

Todavía con la boca abierta de asombro, la mujer observó a la muchacha que caminaba atravesando el hall de entrada de la casa de alquiler en la que residían desde hacía unos meses. Una vivienda que, sin duda, era la más modesta que habían tenido la desgracia de habitar. Y que, si no lograba convencer a aquella cabezota muchacha, sin duda sería un palacio comparada con la que les esperaba en un futuro no muy lejano.

Con renovado odio, observó la espalda de la chica que se alejaba, de nuevo con paso casi hombruno, removiéndole irreverentemente las faldas y las manos mientras avanzaba.

¿Había sido ella, era ella la creadora de aquel monstruo?

Agitando la cabeza, Cristina se desprendió de cualquier retazo de culpabilidad. No, no era su error. Solo el de su difunto marido, y especialmente el de aquella muchacha. Fue la propia Ely la que se empeñó en hacer los cambios, a espaldas de su padre, para que ella y su hermana pequeña estuvieran en el barco que las llevó a África. Ella la que había organizado por capricho aquel funesto viaje, ella la que se había vuelto malvada mucho antes de que perdieran a su hermana, mucho antes de abandonar a Bel buscando su propia salvación.

Tendría que hablar con Daniel de forma inmediata.

Sí, Daniel sabría lo que hacer para convencerla. Su interés en esa boda era incluso superior al suyo propio. Daniel precisaba el dinero que su futuro cuñado le había prometido para seguir su propia y, a ojos de Cristina, perdida cruzada.

Agitando la cabeza, Cristina pensó con cierto grado de pena en la mujer con la que se había casado su hijo hacía diez años. Una fuga y una boda absurda que habían actuado como puntilla en las finanzas de la familia. El muchacho se había encaprichado de la hija de dieciséis años de uno de los

guardabosques, y la había dejado embarazada. Luego, cierto absurdo sentido del deber, que evidentemente no había heredado de ninguno de sus padres, lo había obligado a casarse con ella. La chica desapareció tres meses antes de dar a luz de forma extraña y sin dejar rastro. Aquello hubiera sido un alivio en otras circunstancias, pero la historia de la boda ya era conocida en muchos círculos, y sin la muchacha para dar su consentimiento a una improbable anulación, o sin el cadáver a mano para convertir a Daniel en un consolable viudo, la vida del hombre había quedado en un callejón sin salida.

Daniel había gastado parte de su fortuna en buscar a la joven, sin ningún éxito hasta el momento. Y lo peor de todo era que Cristina se temía que, si en algún momento la encontrara, era tan tonto como para quedársela de nuevo.

¡Qué absurdo era eso del amor!

Al menos, podía afirmar que desde luego Ely no poseía ese inconveniente defecto.

Aún resonando en su cabeza los gritos de su madre, Ely pasó de largo la escalera doble que debía dirigirla hacia el salón de visitas, y su supuesto pretendiente, y se encaminó al despacho. Por el camino, se sorprendió fijando la vista sobre las molduras descascarilladas de lo que una vez había sido un hermoso techo de escayola barroco. Como todo lo que hacía su madre, aquel lugar era excesivo en sus pretensiones y patético en los resultados. Posiblemente, esa fue en algún momento una de las villas madrileñas más renombradas en su estilo y decoración, pero aquellos años brillantes del edificio habían pasado, hacía al menos diez lustros. Ahora era tan solo una triste casona destinada a la ruina. Como le ocurría a ella misma, la de aquel edificio había sido una belleza efímera que ahora parecía más patética por su exuberancia.

El estilo del edificio no debería seguir sorprendiéndola, dada la predilección de su madre por intentar mantener las apariencias y su gusto por lo recargado. Pero hasta alguien tan superficial como doña Cristina debería haber tenido en cuenta que tal profusión de adornos necesitaba de muchas más manos para mantener el lugar, si no en perfecto estado, al menos limpio. La capa de polvo y moho que se había quedado adherida a sus guantes, cuando inadvertidamente había rozado el pasamanos de la escalera de entrada, le confirmó que, evidentemente, su madre no había tenido en cuenta esos detalles insignificantes.

Tomando un sorbo de aire, Ely abrió la puerta del despacho para

encontrarse con su hermano.

Daniel, apartando a un lado el libro de cuentas que tenía sobre la mesa, y sobre el que había estado trabajando en inútiles esfuerzos de intentar cuadrar las ruinosas finanzas de la familia, la enfrentó. Ella no se sorprendió de la mirada de resentimiento no disimulado que encontró, hacía años que no ocultaban sus sentimientos mutuos. Nada parecía quedar de esos compañeros inseparables que fueron una vez los hermanos Fernán-Gil.

—Pasa, Ely, supongo que mamá ya te habrá comunicado la increíble buena suerte que has teni...

—Sí, Cristina es única dando noticias. —Ely cortó la frase del hombre mientras cerraba tras de sí, caminando hasta situarse frente al escritorio del despacho.

Aquella mesa era de los pocos muebles que habían podido trasladar de casa en casa, cada vez que se habían mudado, y sobre ella todavía perduraban los arañazos que el descuido de su padre hacía mientras desprendía los sellos con su abrecartas favorito. Por fortuna para el mueble, el puñal, coronado con una horrible cabeza de serpiente disecada, se había extraviado en el primer traslado.

Contempló cómo él se reclinaba hacia delante sobre la mesa, colocando las palmas extendidas apoyadas en los papeles que reposaban sobre ella. El gesto de su hermano la hizo elevar la comisura de los labios en un amago de risa irónica. Había visto cientos de veces esa postura en su padre común. Usualmente cuando el hombre sabía que estaba próximo a perder un negocio importante.

—No creo que necesites saber de antemano la contestación que le voy a dar a ese fantoche, yo no...

—¡No puedo permitir que desaprovechemos esta oportunidad! —Tal como esperaba, la fachada de control le duró a Daniel pocos instantes. De un gesto, él apartó hacia atrás la silla en la que se sentaba para erguirse ante ella. Hasta las rubias cejas del hombre parecieron erizarse de ira.

—Me da igual lo que puedas o no permitir. Ya te dejé bien clara mi postura en la fiesta de disfraces.

—Creo que no entiendes en la situación en la que nos encontramos. Esta familia está en la ruina y, como ya te expliqué, la tuya es la situación más desesperada. Las deudas que dejó papá...

—... sumadas a las que ha generado la búsqueda infructuosa de tu difunta

mujer —volvió a cortar ella, esta vez con un acento mucho más cruel.

—¡Ella no tiene nada que ver! —Daniel se inclinó hacia delante, elevando amenazadoramente las manos mientras hablaba.

—¡Tiene mucho que ver cuando es la responsable de los mayores gastos en esta familia! ¿Te has creído que no sé que has contratado media docena de hombres en los últimos cuatro años y que no te has cansado de pagar informadores que no te han contado más que mentiras? —El tono de Ely, en contraste, era fríamente calmado, haciendo que los ojos azules de su hermano chispearan, y que el hombre volviera inconscientemente a sentarse tras el escritorio, desinflando el gesto de amenaza—. Sí, siéntate y escúchame tú ahora. No soy tonta, ni una inútil. He hablado con mi albacea y sé que has firmado documentos falsos en mi nombre para obtener el dinero que nuestro padre dejó para mi boda.

—¿Qué te ha contado ese bocazas?

—Más de lo que piensas, sabes que puedo ser muy convincente cuando me lo propongo, y sabes que durante años me he dedicado a observar y acumular información, y que conozco secretos de todo el mundo. No he necesitado más que dejarle caer un par de realidades y ha hablado, y me ha dado los documentos, suficientes para que bajes de ese pedestal de impunidad en el que crees estar. Así que, hermanito, creo que el que está en una situación desesperada eres tú. Porque no voy a dejar que me abandones o me obligues a casarme con un anciano para salvar a esta familia. Si vamos a vivir siendo pobres, viviremos juntos. Al menos tú y yo, puedo soportarte el resto de mi vida. Pero a ella, a ella la puedes casar con el viejo.

—No hables así de nuestra madre.

—¡No empieces! Ya me has cansado con tus demostraciones de hijo fiel. Sabes que nunca respetó a papá, nunca lo quiso y lo engañó hasta volverlo loco de celos y rencor. Y sabes que casi fue el motivo de que él acabara quitándose la vida.

—El odio por lo que te sucedió te ciega la razón. Papá nunca fue un buen hombre, ni la trató mínimamente bien durante su matrimonio. Deberías olvidar aquello y perdonarla.

—¿Perdonar? Me gustaría haberte visto en una situación mínimamente parecida a la mía.

—Hice lo posible para evitarla. Tú te empeñaste en ir a África y en que también viajara Bel, contra la voluntad de mamá y sin el conocimiento de

padre.

—Bel, Bel, Bel... siempre Bel, ¿y yo? Nadie piensa en la pobre Ely. —Ely giró el rostro buscando un sillón a sus espaldas. Encontró uno a solo unos pasos, y caminó hasta él para sentarse cara a Daniel—. Yo no era más que una niña, yo... yo la quería, yo... —La voz le vibró unos instantes antes de recomponerse totalmente—. Olvidemos el pasado por unos minutos. Olvidemos a esa esposa que te abandonó.

—No me abandonó.

—Pues entonces acepta que está muerta.

—Tampoco lo está.

—Y aquí andamos, por tu capricho y tu deseo por la hija de un guardabosques. Quiero dejarte claras dos cosas, y no deseo alargar el tema más de lo estrictamente necesario.

—De acuerdo, te escucho.

—La primera, y no quiero que me interrumpas mientras hablo, es que no pienso casarme con el señor Miguélez.

—¿Y la segunda?

—Vas a hacer lo imposible para que me case con el marqués de Monteferro.

Un ignominioso silencio siguió a las palabras de Ely, luego, la carcajada histérica de Daniel rompió el aire de la tarde, traspasando el espacio entre ellos hasta clavarse en el corazón de Ely. Por unos segundos, la mujer sintió el dolor de la traición. Solo por unos segundos. Luego, la dura coraza que envolvía el corazón de la muchacha tomó su lugar habitual.

—Si he de casarme, y al parecer soy la única dispuesta a ello, será con él. Lo quiero a él o no accederé.

—¡Deliras! ¿Sabes de lo que estás hablando? El marqués de Monteferro es el maldito hombre más asediado en los salones desde hace una década.

—Sí, ya lo sé. Aunque hacéis lo posible por mantenerme oculta y alejada de esos salones, es fácil estar atenta a los cotilleos de las criadas. Así que ponte en marcha cuanto antes y haz lo que sea necesario. Eres consciente de lo que nos debe el marqués, a mí y a toda esta familia. Será una buena forma de cumplir la promesa que te hizo hace años.

—¡Es ciego, Ely, no tonto o sordo! No verá tu aspecto, ni tu rostro, pero oirá todo lo que dicen de ti otros y, sobre todo, en cuanto te conozca verá claramente lo que realmente eres, lo que hay en ese corazón podrido que

tienes.

—¿Acaso a ti también te parezco esa bruja de la que todos hablan?

—¿No crees que tus acciones o tus palabras hablan por mí? ¿Qué te has hecho, Ely? No eras así, mi hermana no era así.

—Te equivocas de hermana, Daniel. Creo que te refieres a tu hermana Bel, la hermosa, cariñosa e inteligente Bel, esa que perdiste en Marruecos. Te has quedado con la peor, esta que está aquí ha sido siempre así. No es solo el fruto de ese viaje que llevó esta familia al desastre, ni de lo que allí ocurrió.

—No, Bel era buena, pero tú...

—Yo siempre fui así, no te engañes. Aquellos acontecimientos solo hicieron que me retirara el velo de disimulo que llevaba. Bel no volverá, y tampoco el personaje que yo interpretaba. Siento que esta bruja que tienes delante sea lo único que te quede. Pero voy a conseguir lo que quiero, al menos por una vez en la vida. Por desgracia para ti, lo quiero a él.

—No hay forma humana de que yo convenza a un hombre decente para que te acepte por esposa, por muy ciego que sea.

—Piensa lo que quieras, pero recuerda dónde y qué contienen esos documentos que me ha dado mi albacea, y dónde te podrían poner delante de toda la sociedad de Madrid y de los jueces. Luego decides cómo vas a abordar a mi futuro marido.

Capítulo 3

Residencia de los marqueses de Monteferro, Madrid, septiembre de 1822

Para casi todos, Marcos Benedetti, el marqués de Monteferro, era el perfecto caballero, cortés y seguro de sí mismo. Un hombre íntegro y cabal. Durante toda su vida había sido admirado y bendecido por la fortuna. Un bebé vivaz, espabilado y precioso que a los diez años se convirtió en un niño alto, perspicaz, educado. A sus treinta años, el marqués de Monteferro era un hombre que hacía volver la cabeza para seguir recreando la vista a toda persona que se cruzara con él, ya fuera hombre o mujer. Elegante, alto, fuerte, moreno y guapo; Marcos solo tenía un defecto que lo alejaba una milésima de ser el hombre perfecto: era completamente ciego.

Como todo aquello que siempre hemos tenido, Marcos no valoró lo maravilloso que era mirar el mundo hasta que, cumplidos los quince años, empezó a perder la visión. Sus ojos, esos que no habían sido más que un punto de color sobre su rostro, un adorno de ámbar amarillo en una cara ya de por sí excepcional, pasaron de ser un simple valor añadido a su aspecto, a convertirse en un órgano vital que le permitía apreciar la belleza del mundo que le rodeaba, el principal vehículo de comunicación con el resto de la humanidad y su vía de escape sumergido en un libro de interesante lectura. Una joya impagable.

Tal vez hubo un comienzo, un día en el que despertó y, de pronto, parte del mundo que había existido el día anterior desapareció. La pérdida fue en aumento, dejando su campo visual reducido progresivamente, día a día, mes a mes, año a año, hasta que la oscuridad lo cubrió todo.

Al parecer se trataba de una vieja herencia familiar, tan de los Monteferro como el propio marquesado. Una enfermedad que había aquejado a varios de

sus antepasados, incluido su propio tío abuelo. La fortuna había preservado intactos los ojos de los primogénitos de los Monteferro hasta ese momento; Marcos era el primer marqués ciego que accedía al título cuando la visión ya le había abandonado por completo.

Durante sus primeras etapas, Marcos, sus padres y hermanos buscaron con ahínco cualquier cura posible para la enfermedad. Consultaron a decenas de médicos, sanadores, curanderos e incluso algún charlatán con ánimo de embaucar. Por fortuna, ni la familia ni el enfermo eran tan incultos ni estaban tan desesperados como para probar curas poco profesionales.

Ya que no pasó de ser vidente a ciego de la noche al día, el cuerpo y los sentidos alternativos de Marcos se fueron acomodando y agudizando con la ceguera progresiva, demostrando que la adaptación al entorno es una poderosa fuerza de la naturaleza. Su familia, sus criados, su casa y toda su vida, sufrieron un cambio que a ratos le pareció dulce, cuando las cosas que antes carecían de importancia fueron tornándose fundamentales.

El sonido del canto de un pájaro en la mañana, el gotear del agua de lluvia sobre el alfeizar de una ventana o la voz melodiosa e inteligente de una muchacha fea, cobraron un nuevo valor en la cabeza de Marcos. No había noches ni días, solo silencio y ruidos; no existía viejo o nuevo, solo experiencia e ignorancia. Sus manos y sus oídos lo fueron conectando al mundo, mientras los colores acabaron quedando tan solo en el recuerdo, cada vez más descoloridos, hasta tornarse en un monótono tono gris.

Como último recurso, su padre, una semana antes de morir, lo había obligado a prometer que viajaría siguiendo los pasos de uno de sus tíos, ya que pensaba en la existencia de una cura milagrosa para su enfermedad. Obligado por la promesa, Marcos partió con dos criados solo una semana después de enterrarlo. Estuvo casi ocho meses en el extranjero, sin que ninguno de sus hermanos, ni siquiera su inseparable Carlos, supieran su paradero. Regresó dos semanas antes de Pascua, tan ciego como se había ido, pero mucho más maduro y oscuro, acompañado de un oriental llamado Huan, que desde ese momento sería sus ojos y su sombra.

Solo Huan era consciente de que Marcos únicamente mostraba su otra cara cuando estaba a solas, encerrado en sí mismo y en su casa. La cara que nadie veía, la de alguien muy diferente a lo que todos creían. Por desgracia, ya que respetaba y valoraba realmente a su señor, esa era la cara que, últimamente, Marcos llevaba casi a diario.

Durante el último año, las sombras y las pesadillas habían acosado al hombre, cada vez con más asiduidad, haciéndole recordar al joven nervioso, perdido y amargado que conociera por primera vez. El joven al que a duras penas pudo salvar de su autodestrucción hacía años.

—Un hombre desea verlo, señor —Huan habló después de abrir la puerta del despacho—. Dice que se llama Daniel Fernán-Gil, ¿lo conoce?

—Hoy estoy muy ocupado, Huan. —Marcos levantó levemente el rostro hacia la entrada, apartando a un lado la tablilla sobre la que apuntaba el resultado de sus cálculos mentales con ayuda de un punzón. Lo hizo lentamente, procurando no reflejar la angustia que le había provocado el nombre de su visita—. De todas formas, recibiré al hombre, espero que esta sea una visita breve, ya me es lo bastante difícil llevar una cuenta sin detenerme como para dejarlo durante varios minutos. Bien, haz pasar al caballero, cuanto antes termine, mejor.

—Cuanto antes, mejor. Muy bien —repitió Huan, moviéndose sin ninguna prisa.

De todos los lugares en los que había vivido con el marqués, Huan reconocía que aquella magnífica casa era el mejor. Un auténtico palacete en el centro de la capital. Posiblemente la vivienda más elegante de toda la nobleza madrileña; hermosa, cuidada y con tanto estilo como su dueño. Sin embargo, era donde el marqués procuraba pasar menos tiempo, prefería de lejos la acogedora finca de la sierra. Desde el exterior, el lugar asombraba al visitante con su fachada decorada con gruesos sillares de piedra y relucientes ventanales, forjados en el mejor hierro toledano. Incluso en los días nublados, como el que había amanecido esa misma mañana, las dos semitorres, situadas a ambos lados del edificio, relucían a través de las vidrieras que atravesaban toda su longitud, y que proporcionaban la claridad diurna a sendas escaleras. Pero Huan también sabía que el mayor asombro del visitante se producía al atravesar la puerta repujada que daba acceso al interior. Nadie era capaz de intuir toda la belleza que escondían aquellas paredes: pinturas renacentistas, mármoles griegos y romanos, suelos decorados con mosaicos, tapices traídos de todos los rincones del mundo. No obstante, para el joven marqués aquello carecía de importancia. El lugar más hermoso para alguien que jamás volvería a ver toda esa belleza creada por la mano de los hombres.

Marcos solo pernoctaba en la casa cuando su hermano se encontraba fuera de Madrid. En caso contrario, la vivienda permanecía cerrada, y él prefería la

acogedora familiaridad que encontraba en la casa del duque de Azahara. Sabía que su hermano Carlos, su queridísima cuñada María, y los cuatro hijos de ambos, dos niños y dos niñas de cuatro y dos años, fruto de sendos embarazos de gemelos, lo recibirían con los brazos abiertos, proporcionándole el calor que necesitaba su helada existencia.

—Muévete de una vez, Huan. Sé que aún estás en la puerta. ¿A qué esperas?

—Trato de averiguar de qué humor se ha levantado hoy, marqués. Así podré poner sobre aviso a ese pobre hombre.

Marcos no habló, se limitó a girar el rostro hacia la voz y torcer el gesto en una semisonrisa. El hombre que esperaba para verlo no iba a ser muy afortunado aquella mañana. Como cada vez que pasaba más de dos días en esa casa, durmiendo en la misma cama en la que había muerto su padre, sus pesadillas no lo dejaban descansar. Otro hombre cualquiera hubiera optado por cambiar de alcoba, pero él sentía que hacerlo era como huir, una muestra de miedo infantil. No era un niño para esconderse en un armario huyendo del coco.

Resoplando, volvió a la tablilla frente a él, y a intentar resolver mentalmente la operación que había empezado antes de que su sirviente lo interrumpiera. Los pasos de Huan, que se alejaban por el pasillo, lo hicieron desconcentrarse de nuevo. Sintió un repentino deseo de llamar al hombre y anular el encuentro con el visitante.

El ser consciente de que no le serviría de nada, lo hizo apartar definitivamente la tabla y esperar enfrentando el rostro hacia la puerta. Al final el hombre regresaría y él tendría que volver a estar en ese lugar, de cara a esa misma puerta, para ese mismo propósito. Estaba claro que esa visita era inevitable, y llevaba esperándola años.

Solo parpadeó un par de veces mientras el sonido de pasos, ahora de regreso y claramente dobles, resonaba en el pasillo de entrada.

Levantó el rostro cuando oyó el ruido de la puerta desplazándose sobre sus goznes. Enderezó los hombros e hizo un gesto con las cejas a los hombres que entraban.

—Buenos días, señor Benedetti —oyó al visitante. Aunque no era capaz de reconocer la voz después de tantos años, solo la conciencia de su presencia en la misma habitación le trajo a la mente cientos de recuerdos en un mínimo lapso de tiempo.

Una leve inclinación de cabeza, en un gesto de afirmación, fue la respuesta de Marcos. Todos permanecieron callados mientras el hombre se desprendía de los guantes y el sombrero frente al marqués, para entregárselos a Huan.

La voz de Huan hizo que Marcos girara la cara apartando los ojos de su visita.

—Le ruego que me disculpe, señor, me retiro. ¿Quiere que mande traer algo de beber? —Sin esperar la respuesta, el hombre volvió a desaparecer por el pasillo.

Mientras daba tiempo a que el señor Fernán-Gil se sentara frente a él, Marcos intentó olvidarse de la sensación que había venido sintiendo desde que llegara a aquella casa, hacía tres días. Por mucho que lo había pretendido, le había sido complicado apartar la idea de que estaba a punto de suceder algo, algo que lo iba a apartar de su plana y anodina existencia. Lo había sentido en el instante en que retiró la sábana que cubría aquel mismo escritorio en el que se sentaba, y el hombre ante él no hacía más que confirmarle esos presentimientos.

Marcos era consciente de que, fuera cual fuera el motivo de esa visita, no podía llevar a nada bueno. Hacía años que había conocido al hombre, en unas circunstancias que había luchado por apartar de su memoria sin éxito. Luego, aunque no creía habérselo cruzado de nuevo, no había podido evitar seguir su rastro, le había llegado mucha información de él y de su familia, y jamás había sido algo halagüeño. Al parecer, el hombre había dilapidado los restos de la fortuna de su padre, un jugador y borracho empedernido que se había acabado pegando un tiro en la boca cinco años antes, empujado al parecer por sus deudas, las infidelidades y las peleas con su mujer. Timador, embustero y aficionado a las apuestas, el hijo era especialista en arrastrar a jóvenes nobles a su círculo de decadencia. Esa actitud no sorprendía a nadie pues, al fin y al cabo, el hombre había sido modelado a imagen y semejanza de sus padres.

Cuanto más duraba el silencio, mayor era la sensación de inseguridad en Marcos. Odiaba sentirse así, que alguien tuviera ese poder sobre él. Pero permaneció callado, no diría la primera palabra en esa conversación. Poco a poco, comprendió que el silencio de su interlocutor no se debía a su deseo de intimidarlo, sino a su propio miedo. Era el hombre frente a él el que estaba realmente aterrado por lo que había venido a decir.

—Buenos días, señor Benedetti —lo oyó por segunda vez.

Marcos se irguió, para asegurarse de que sus ojos se cruzaban con los de

Daniel. Enfrentarse cara a cara con los problemas era el primer paso hacia su solución.

—Caballero —dijo, en su habitual modulación calmada.

—Gracias por recibirme. —El tono reflejaba cierta actitud defensiva.

—Le prometí que le ayudaría cuando me lo pidiera. Yo siempre cumplo mi palabra.

Marcos se forzó en mantener una expresión endurecida, como había sucedido siempre que había hablado con ese hombre, y se preguntó cómo había dejado que aquello sucediera tantos años atrás. Sabía que sus propias palabras lo condenarían y ennoblecerían a un tiempo, él mantendría su palabra, costara lo que costara. Le demostraría a ese ser despreciable que él nunca hubiera abandonado a nadie en aquel lugar.

—Seré breve —comenzó por fin el caballero—, no voy a intentar hacer parecer esto más que lo que es: un chantaje. He venido hasta aquí para decirle que ha llegado el momento de que cumpla lo que me prometió. Habrá una boda. Va a hacer los arreglos para casarse con mi hermana Ely.

Si había algo que Marcos nunca hubiera esperado que le pidiera ese hombre era aquella estupidez. Entendía que él algún día vendría a su puerta, que llegaría el momento en el que le instaría a cumplir su promesa, pero siempre supuso que tendría que pagar con oro el error cometido. Pero aquella palabra, boda, muy a su pesar, lo dejó sin aliento cuando la escuchó.

Durante diez años, Marcos había evitado cualquier referencia que hiciera su madre a su futuro en ese sentido; y, cualquiera que conociera a Susana, la marquesa viuda, lo sabía, aquella no había sido una labor fácil. Poco a poco, la mujer pareció ir percatándose de cuál era el origen de su reticencia a casarse, y lo había dejado más tranquilo. Él siempre había sabido que no se casaría nunca, su enfermedad era claramente hereditaria, y algo que no pasaría a ningún hijo suyo de manera consciente. Y ninguna mujer de su posición aceptaría un matrimonio sin hijos.

Solo una vez había flaqueado y pedido la mano de una mujer, y únicamente por quién era ella, la que luego sería su cuñada María. La muchacha se había visto envuelta en un escándalo, y él había acudido a su rescate. No porque fuera ningún paladín o caballero errante, sino porque era la mujer más increíble que conocía: hermosa, inteligente, divertida y suave y jugosa como una fruta madura. Y porque cabía la remota posibilidad de que estuviera embarazada de su propio hermano. El arreglo le había parecido una

idea genial para acabar con varios problemas. Se habría asegurado de que María saliera de los chismes y corrillos. Y si cabía la posibilidad de que ella estuviese embarazada, hubiera sido la dicha completa. Él se habría ocupado de que no le faltara de nada a su posible sobrino, ni siquiera un apellido, y se hubiera encontrado con el mejor heredero posible de su título y fortuna, el hijo de su hermano. Además, el arreglo incluía a la magnífica María, la única mujer que había conocido capaz de hacer tambalear su determinación de permanecer soltero.

Marcos se mantuvo quieto, inmóvil, disimulando la mezcla de impotencia y rabia que sentía en ese momento. No iba a permitir que el hombre frente a él notase la más mínima señal de claudicación. No le daría esa satisfacción.

—¿Mi boda? ¿Con su hermana? No recuerdo haber realizado ninguna proposición —dijo, escondiendo cualquier retazo de sentimiento detrás de la máscara de indiferencia, que tan bien había perfeccionado en los últimos tiempos.

—Sí. Mi familia es de linaje noble, aunque no tengamos ningún título, hay dos tíos que poseen sangre real en sus venas y ella... —Agotada la paciencia, Marcos extendió ambas manos sobre el tablero de la mesa. En ese momento no le importó que sus bien ordenados utensilios para tallar las tablillas cayeran rodando hasta el suelo. No pensaba casarse, pero si en algún instante decidía hacerlo, no sería porque alguien lo obligara a ello, y mucho menos un individuo ruin como el que tenía delante. Pero no habló, dejó que el hombre soltara el discurso que al parecer traía preparado—. En fin, no voy a ser tan iluso de hacerle pensar que se va a llevar una belleza, ya habrá oído rumores acerca de su... su problema, pero en este caso, a usted, en sus circunstancias, le debe de dar igual.

—¿Piensa que ya que no veo puede endosarme un adefesio?

—Escúcheme, amigo —comenzó a balbucear Daniel.

Marcos se levantó como un resorte, apoyando los antebrazos sobre el escritorio tras el que se sentaba, inclinó el torso hasta que su rostro estuvo a menos de una pulgada del de su interlocutor. El gesto fue tan rápido, que Daniel no tuvo tiempo siquiera de mover la cabeza hacia atrás, para evitar que el aliento del hombre, mezclado con las palabras frías y cortantes, le diera directamente en la cara.

—No soy su amigo, señor Fernán. Ni lo seré nunca, así que no se atreva a poner ese calificativo junto a mi nombre. No tengo intenciones de ceder ante

un chantaje tan burdo y tan evidentemente absurdo. ¿Acaso no sabe con quién está hablando?

—Me lo debe, marqués. Perdí una hermana por su culpa, ya solo me queda ella y, como medio Madrid anda pregonando, es alguien a quien únicamente un ciego aceptaría.

—Usted perdió a su hermana por las actuaciones de su padre, señor. Cierto que cometí un grave error, pero las circunstancias no me permitían actuar de otra forma.

—En África me juró que tenía una deuda conmigo, dijo que acudiera a usted si necesitaba su ayuda —le cortó el hombre con voz desesperada.

—¿Acaso está loco? ¿Piensa que soy tan simple como para aceptar su propuesta? Si necesita ayuda la tendrá de mi parte. Soy un hombre de palabra y la cumpliré. Pídamelo dinero, que interceda por usted en algún negocio. Puedo hablar con quien quiera para ayudarle a sanear sus finanzas, si están dañadas de alguna manera. Pero no es mi intención, ni lo ha sido nunca, casarme.

—No me tome por imbécil, marqués. Se casará, como lo hacen todos los hombres, es ley natural. Necesita una mujer, una mujer decente en la que satisfacer sus necesidades bajo los auspicios de la Iglesia. No es ningún niño, debe de tener casi treinta años, y si no se casa empezarán a hablar mal de usted. Además, ningún noble dejaría de casarse y propagar su apellido y su estirpe.

—¿Una estirpe y un apellido lacrado con esta enfermedad? —lo interrumpió Marcos, casi enseñando los dientes al hombre frente a él. Aunque no lo veía, sabía que era un hombre no demasiado alto, por esa razón se esforzaba en inclinar el rostro hacia él mientras hablaba. Gesto que sabía desconcertaba a los oyentes—. ¡Y me importa un carajo lo que piensen de mí usted, los que son como usted y hasta la santa madre Iglesia! No me casaré, y nadie, y menos usted, me dirá si debo o no hacerlo, ¡y mucho menos con quién demonios! —habló, enérgicamente, aunque sin levantar más que un ápice la voz sobre su tono habitual, de fingida calma.

Lentamente, Marcos recobró el aliento, el pulso y los modales, volviendo a sentarse en su sillón de trabajo.

—De acuerdo, si es así tendré que informar a su hermano, el duque de Azahara, de los funestos acontecimientos que tuvieron lugar hace diez años en Marrakech. Tal vez él, como hermano mayor, pueda indicarle lo que,

como hombre de honor, le corresponde hacer a usted para resarcir el terrible daño que infringió a mi familia por aquel entonces.

Miserable, pensó Marcos, aunque no dejó traslucir el odio que en ese momento le inspiraba aquel hombre. Estaba claro que no había salida, no tenía elección, tendría que claudicar y hacer lo que le pedían. No podía dejar que su hermano se viera salpicado por los sucesos de Marruecos. Quizá podría haberse negado si todo hubiera sido diferente, si hubiera confesado todo hacía tiempo, pero ya no había vuelta atrás.

—Deje a mi hermano al margen de este asunto. ¿Sabe lo que está haciendo, Daniel? ¿Quiere condenar a su hermana a vivir con un hombre que no la quiere, no la respetará y la odia por verse obligado a tomarla como esposa?

—Le aseguro que ella se merece y merecerá cualquier cosa que usted le haga, marqués, simplemente cumplo su voluntad, obligado también por el chantaje al que ella me somete. Ella quiere ser marquesa, su marquesa, señor; quiere su dinero y lo quiere a usted. Me alegrará saber que usted se ocupará de hacerle pagar su penitencia, señor.

—Así sea, pues —claudicó, tras unos instantes de tenso silencio entre ambos hombres—. Que el ciego, cobarde y asesino, cargue con la fea, ambiciosa y maquinadora. Traiga los papeles que yo deba firmar a mi secretario y proceda a los preparativos.

Cinco horas después, asomado a la ventana de su despacho, Marcos respiró medianamente tranquilo por primera vez aquella tarde. Recreándose en la brisa que le agitaba el cabello, largo hasta más allá de la barbilla, repitió mentalmente y por segunda vez la decisión que había tomado. Se iba a casar, pero eso no significaba que nada fuera a cambiar sobre su idea inicial, nunca tendría hijos propios. No iba a acercarse a su mujer, y lo que había oído de ella le aseguraba que aquello no iba a necesitar ningún sacrificio por su parte.

Capítulo 4

Residencia de los marqueses de Monteferro, sierra de Madrid, diciembre de 1822

Realmente el día señalado llegó deprisa. La mañana amaneció tan siniestra como sus propios pensamientos, acompañada por un relámpago repentino que pareció sacudir al mismo tiempo los cimientos de su vida y de su casa. Era el día de su boda. Una boda que él no deseaba, y a la que acudiría odiando en lugar de amando.

La puerta sonó, el ruido del llamador de bronce le llegó claro, a pesar de la cacofonía de sonidos que asolaba el primer piso de su residencia de la sierra de Madrid desde apenas el amanecer. La casa entera había madrugado aquella mañana y rebosaba de movimientos, propiciados por la inminente boda del señor y la llegada de una nueva marquesa. Marcos incluso oyó los pasos, lentos y cansados, de su vieja gobernanta, y el chirrido de las bisagras de la puerta principal. Sabía que sería su hermano, Carlos, y venía a recoger al hombre que se casaría con su novia.

—¿No ha cambiado de idea, señor? —El hombre que llevaba casi diez minutos en silencio, suponía que, observando su propia espalda envarada, habló tras él.

—No, Huan, no lo he hecho, ni lo haré. —Marcos estaba seguro de que el hombre repetiría de nuevo la pregunta media docena de veces antes de abandonar el edificio, antes de partir a hacer la tarea que él mismo le había encomendado—. Haz lo que te pido, y podrás volver a tu casa durante varios meses.

—No es mi deseo marcharme, señor.

—Pero quieres traer a tu familia, ¿no es así? —Marcos se apartó del borde

de la chimenea sobre la que se acodaba. Aunque ya solo quedaban rescoldos, desprendía un agradable calor que invitaba a su cercanía tras la cruda noche que habían sufrido—. Ve y haz lo que te he pedido. Trae a esa mujer a la casa, y luego ve a por tu familia, y asegúrate de ser un hombre dichoso a partir de ahora. No es justo que yo viva con alguien a quien no quiero, y hasta me atrevería a afirmar que realmente acabaré odiando, y tú debes estar separado de las personas que amas.

—El señor no la conoce bien, puede que ella sea lo que ha estado esperando todo este tiempo.

—Gracias, amigo, pero no he estado esperando nada todo este tiempo. Simplemente me he limitado a dejar que el tiempo pase. Nunca ha sido mi intención casarme y propagar esta enfermedad entre mis herederos. No soy un gato en celo con afán de procrear. Cuando llegue el momento, adoptaré al segundo hijo de mi hermano y él, libre de la maldición de los Benedetti, será el próximo marqués de Monteferro.

—Ya no puede pretender que eso siga adelante. Eso era válido mientras era un hombre soltero, marqués. Ahora tendrá en su casa una mujer que...

—Tú lo has dicho, tendré una mujer nueva en la casa, pero no una esposa. No pienso doblegarme a los deseos de nadie, y menos a un chantaje.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya lo verás, pero no te apures, dejaré que vuelvas para que presencias mi venganza. Me gusta servirla fría.

—No haga nada de lo que se arrepienta.

—Me arrepiento ya de haber firmado esos papeles de compromiso, Huan. Y me arrepiento de que dentro de unas horas firmes el registro de bodas en mi nombre, pero no me arrepentiré de mucho más. Me ocuparé de que sean otros quienes lo hagan.

A pesar del desagradable día que había amanecido, el párroco se creía el más afortunado de los mortales. El hombre no cabía en sí de felicidad y, según sus propias palabras, tenía sobrados motivos. Hoy iba a ser protagonista.

Ciertamente no el actor principal, pero al menos uno de los secundarios más importantes, en lo que probablemente fuera el acontecimiento más importante que había ocurrido en aquella aldea desde 1669. Cuando la reina

regente, doña Mariana de Austria, decidió que debía detener a toda su comitiva en aquel preciso lugar en medio de la nada. Al parecer, Su Alteza deseaba vaciar su organismo de aguas menores en la única posada existente en muchas leguas a la redonda. Quiso la fortuna que la reina se equivocara en su percepción de lo que necesitaba, y acabara pasando allí cuatro noches con sus días, recuperándose de unas muy inoportunas diarreas.

Poco más, digno de mención, había ocurrido en aquel grupo de casas que formaban las tres calles contadas del pueblo. Eso sí, inmaculadamente blanqueadas con cal. Se podría decir que Apeadero de la Reina era la aldea menos conocida y transitada que alguien pudiera visitar.

Así que, el hecho de que el marqués de Monteferro eligiera el lugar para celebrar sus nupcias se podría tildar como el segundo suceso más importante en la historia escrita del lugar.

El marqués no podía haber elegido una localidad más discreta para celebrar su boda. Nadie lo conocía de vista y nadie, salvo el párroco, al que un buen puñado de monedas doradas en el cepillo acallarían para la eternidad, sabría que se casaba por poderes. Era, por tanto, el lugar ideal para llevar a cabo un matrimonio que nadie sabría que se había celebrado hasta mucho tiempo después.

El edificio en sí era una construcción de diseño moderno. Nada de una bonita capilla encima de una montaña con una historia de apariciones y milagros sucesivos. No, ninguna visión mariana había andado sobre el suelo dónde la iglesia, de planta cuadrada y un pequeño campanario, adosado más con fe que con estilo, se erigían.

Ely, su madre y hermano, junto a la vieja Mohana, habían salido de Madrid poco después de despuntar el día. Cristina había insistido en encontrar una casa en el pueblo, limpia, elegante y decente, para que todos ellos se bañaran y arreglaran antes de la hora de la ceremonia. Decía que era importante que el marqués se llevara una buena impresión de sus futuros parientes el día de la boda.

—Es un hombre ciego, madre —había insistido Ely con una media sonrisa, ante los intentos infructuosos de su madre de vestirla como una novia radiante el día de su boda—. Podría ir vestida de harapos y despeinada sin que el hombre parpadeara. Eso sí, cubierta de agua de rosas, en honor a su nariz.

—¡Eres desesperante, hija! Deja que te vista de forma correcta, al menos

dame ese mínimo placer.

—Vale, madre, te dejaré jugar a las muñecas por última vez —murmuró la muchacha, mientras el costoso vestido de crepé verde agua le caía por la cabeza.

Habían llegado montados en un discreto coche de punto, alquilado por horas en la plaza de los Carros del centro de Madrid. Si no hubiera sido por la constante cháchara, repleta de frases sin sentidos y quejas sobre lo triste que era que no hubiera sido la querida Bel la que hubiera tenido la oportunidad de casarse con un marqués rico y apuesto, el viaje hubiera sido hasta casi agradable para Ely. Al fin y al cabo, pocas veces en la vida tiene una la oportunidad de casarse con el hombre de sus sueños.

Nada más llegar al pueblo, el dueño de la casa de postas los recibió como los futuros nobles que serían. Rindiendo pleitesía a su madre y hermano y, hay que decir en honor de la templanza del hombre, sin asombrarse de forma escandalosa del aspecto de Ely. Era evidente que se estaba ganando realmente cada real prometido por su trabajo.

Pocos minutos después, el párroco se presentó. Y, como le quedó claro a Ely por su gesto de asombro y hasta casi repulsa, evidentemente, el hombre no había sido advertido de lo que podía esperar de la futura marquesa. Aquel hecho tiñó levemente su estado de casi euforia. Solo por unos mínimos instantes. Está claro que la costumbre nos hace fuertes ante la adversidad.

El asombro del hombre no descendió ni un ápice cuando, unos minutos después, oyó las palabras cortantes que le dirigió Ely mientras caminaba hacia el dormitorio alquilado, para acabar de prepararse.

—¡Cierre la boca, buen hombre! Ha venido a casarme con otro, nadie le pedirá que se despose usted mismo conmigo y me bese, su alma permanecerá cerca de las puertas del paraíso, al menos de momento.

—¡Ely, por todos los cielos! —le riñó su madre, mientras ella subía las escaleras, e imaginaba la señal de la cruz dibujada sobre la frente del cura en un gesto de persignarse.

Tres horas más tarde, lavada, vestida y perfumada, bajaba las escaleras de la posada del brazo de su elegantísimo y guapo hermano. El cloqueo de los tacones de su madre, adecentando las arrugas del traje de novia mientras caminaba, la acompañó hasta las escaleras de la iglesia.

Diez minutos después de llegar, la muchacha todavía permanecía de pie junto a la verja que daba paso al patinillo de entrada a la iglesia. Manteniendo el gesto serio, se volvió hacia su hermano, que caminaba nervioso de un lado a otro.

—No comprendo por qué aún no ha llegado, debe de hacerlo de un momento a otro. Tal vez deberías esperar dentro. Aquí hace demasiado frío.

—¿Y acabar siendo una autentica novia dejada en el altar? —respondió la muchacha sin mudar el gesto—. No, muchas gracias, prefiero ser una novia abandonada, al menos solo en la puerta de la iglesia.

—Vendrá. Prometió que se casaría contigo y es un hombre que...

—No temo que el marqués no cumpla su palabra, temo que tú no hayas cumplido la tuya y no hayas hablado con él. Aunque no acabo de entender qué sacarías con esa maniobra, más que el par de meses que has tardado en fijar el día de la boda. Si no me caso hoy, te prometo que mañana mismo...

El sonido de un coche que se acercaba acalló a Ely. Con un gesto, en el que la satisfacción no pudo menos que aparecer, la muchacha observó el vehículo tirado por cuatro caballos que se acercaba al galope.

Miró a su madre y hermano, situados junto a ella, que también observaban al carro que llegaba. Con fuerza, la mujer apretó el ramo de margaritas que tenía en la mano. Ely, muy a su pesar, comenzó a sentir el sabor del triunfo. Nadie más que el marqués viajaría en un coche tan elegante. Y nadie más que un hombre que llegaba con retraso a su propia boda, maltrataría de ese modo a semejante tiro de caballos.

Sí, sus diez años de amargura parecían poco precio por el placer de ver llegado ese día. Un día que había ansiado desesperadamente, y que hasta hacía unas semanas no había sido más que un sueño imposible.

La muchacha apartó la vista del camino, y la dirigió hacia su madre y hermano. El tiempo justo para perderse el instante en el que el carruaje se detenía y un hombre saltaba con las ruedas aún girando sobre los ejes.

Un hombre que, cuando ella por fin volvió a enfocar, descubrió que no era, ni de lejos, el hombre que había esperado.

Y en ese momento, aunque nadie había hablado, Ely supo que de nuevo había perdido algo que deseaba con todas sus fuerzas. Que sus actos venían a cobrarse su libra de carne. No habría final feliz para ella, como nunca lo había habido. Ella no era Bel, y nunca habría un «felicis para siempre» para Ely.

Y aquello era tan claro para la muchacha como el hecho de que en realidad ella sabía que nunca sería lo bastante buena para merecerlo. No, ella no era buena, ni hermosa, ni cariñosa.

Ella no era Bel.

Desde el día que nació, Bel había representado todo lo bueno del mundo. Ely la había visto crecer, cómo había pasado de ser un bebé adorable a una niña hermosa. Una jovencita que, todos sabían algún día, se casaría con un hombre muy afortunado que la haría la más feliz de las mujeres.

Durante esos primeros años, para Ely era un placer observar cómo Bel era avasallada con cariño por parte de sus padres. Aunque para ella quedara poco, habría aceptado que su hermana fuera el centro de su mundo, hubiera hecho cualquier cosa para protegerla.

En ese momento un segundo hombre descendió de la carroza, cortando los recuerdos de la muchacha. Ely reconoció cierto parecido con el que debía haber sido su futuro esposo. Aunque aquel hombre era algo mayor que su novio.

Había llegado la hora de conocer la verdad. Así que Ely irguió el rostro y se preparó para ver la repulsión en la cara de los dos extraños, mientras trataban de explicarle que no habría boda. Cuanto antes comenzaran, antes podría retirarse a su habitación de la posada, y quitarse aquel odioso corsé que su madre se había empeñado en que usara.

El hombre más bajo se acercó desde su derecha, situándose justo frente al sol, de forma que no pudo verlo claramente mientras avanzaba. Luego, un gesto de sorpresa acudió a los labios de Ely cuando pudo contemplarlo por fin. Por unos instantes, Ely pensó que el aspecto de aquel rostro era casi tan llamativo como el suyo propio, nada común entre la población española. Lo observó acercarse. El pelo negro le brillaba por la intensa luz de la mañana. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que se situó frente a ella, mirándola con sus ojos rasgados justo a la misma altura de los suyos. Era realmente un hombre bajo.

Antes de que pudiera decir una palabra, el segundo hombre, mucho más alto que el primero, había llegado también a su lado.

—¿Señorita Fernán-Gil? —La pregunta salió en un tono plano, calmado. Ely tuvo que reconocer que aquel hombre, o bien estaba preparado para lo que iba a ver, o tenía un dominio poco habitual de su persona—. Siento el retraso, señorita —continuó hablando el hombre más alto, mientras le hacía

un gesto de reverencia, tras observar su asentimiento—. Nuestro cochero no conocía demasiado bien el camino, y ha errado un par de veces.

—Me gustaría que fuera al grano, caballero. Dígame por qué no ha venido mi prometido con ustedes, ¿o acaso venía en otro carruaje que ha errado muchas más veces el camino?

Un amago de sonrisa rompió el gesto pétreo del hombre, dotándolo de una belleza poco convencional que hizo a Ely convencerse de que aquel debía de ser el famoso duque de Azahara, el hermano de su presunto prometido.

—Veo que es usted una mujer con humor, señorita.

—Aunque no lo crea, algo me tocó cuando repartieron las gracias femeninas, y le aseguro que además canto muy bien. Es usted Carlos Ramírez de Aristarán, ¿cierto?

—Así es. Vengo en nombre de mi hermano. Él no podrá venir.

—No se preocupe, comprendo que... —Ely elevó el rostro, mirando fijamente al hombre ante ella. No pudo evitar que las manos, agarradas al ramo de flores, le empezaran a temblar. Rezó para que él no viera ese gesto de debilidad.

—No le estoy diciendo que no haya boda. —Segura de que había oído mal, la muchacha lo miró con recelo. El hombre se giró indicándole al hombre oriental situado junto a ellos—. Él es Huan, el hombre de confianza de mi hermano, y la persona que se casará con usted en su nombre.

—¿Qué demonios intenta decirme? —La confusión del principio, cuando había creído que el hombre solo le anunciaría un retraso en la ceremonia, empezó a convertirse en desconfianza—. ¿Me ha mandado un sustituto?

—No, no, no me ha entendido. —El duque alargó hacia ella un documento mientras hablaba—. Aquí tengo un poder que permitirá a Huan casarse con usted en nombre del marqués de Monteferro. La ceremonia se realizará de igual manera, y usted será la marquesa de Monteferro cuando acabe.

—¿Y estaré casada con su hermano y no con este hombre?

—Sí, con todos los derechos. Le doy mi palabra de que todo es correcto, señorita.

—Lo conozco a usted menos que a su hermano, caballero. No se ofenda si le digo que su palabra, ahora mismo, tiene menos poder que la de matrimonio que me hizo su hermano.

—Tengo entendido que él nunca ha llegado a pedir su mano de manera formal, digamos.

—Firmó unos documentos en los que sí lo hacía, ¿acaso eso no tiene el mismo valor?

—Supongo que, a efectos legales, así es. No entraré en detalles sobre la relación de ambos y el motivo de esta boda tan evidentemente extraña, señorita. Mi hermano me ha enviado para celebrar una boda, ¿querrá hacerlo usted o no?

—¡Ely, muchacha! Si el señor duque dice que todo está bien, debes creerlo —oyó decir a su madre, que poco a poco había logrado colocarse junto a ella y miraba extasiada al hombre.

—¿Por qué no? Al menos tendré un marido no más horrible que yo misma al final de la mañana. —Girándose hacía Huan, Ely lo obsequió con una de sus sonrisas torcidas.

—Lo siento señora, sé que es un momento difícil encontrarse conmigo el día de su boda, le prometieron un príncipe y solo le han mandado un sapo —habló por fin el hombre a su derecha—. Pero él la estará esperando al final de la jornada, y entonces no habrá nadie en su lugar.

—Gracias, caballero. Es evidente que algunas, nos vistamos como nos vistamos, siempre seremos merecedoras de solo sapos —añadió Ely, en un derroche de sinceridad poco habitual en ella—. Aunque, me pregunto si tal vez me he equivocado en mi decisión y no debí elegir con la vista, sino con el corazón, y al igual que la princesa del cuento, buscar al verdadero príncipe en el lugar más insospechado.

—Yo, en cambio, me pregunto si el verdaderamente equivocado en este caso es el marqués, y soy yo quien está ante la magnífica princesa que dejará de ser una simple rana en cuanto le demos una oportunidad.

—No, señor Huan —ironizó con una risa—, no intente ver en mí más de lo que realmente hay. No es mi naturaleza hacerlo, pero usted ha empezado a caerme bien, y quiero advertirle de que no debe fiarse jamás de mi persona.

—Soy obstinado, señora, y prefiero llegar a mis propias conclusiones por mis medios. —Tomando la mano de la mujer, el oriental realizó una graciosa reverencia—. Ahora, mi señora, permítame el placer de ser su esposo, al menos por media hora, ¿vamos? —añadió, girándola hacia la entrada de la iglesia, donde el cura esperaba sobre el altar.

Durante la ceremonia, ambos se limitaron a contestar cuando les tocaba. El hombre deslizó un anillo, excesivo y recargado, en su dedo. Posiblemente se trataba de una reliquia de la familia de su marido. Un enorme rubí rodeado de

filigrana de oro, nada personal y nada delicado ni elegido especialmente para ella. El aro flotó en su delgado dedo, obligándola a cerrar el puño para evitar que cayera rodando a sus pies.

No hubo misa, ni coro de niños. El único sonido con algo de ritmo que adornó el culto fue el constante hipido de doña Cristina, en un esbozo de llanto. Por fortuna para Ely, aquella parodia no duró más que unos escasos veinte minutos. Cada uno de los cuales le pareció lento y eterno. Luego, como si aquella verdad surgiera en su cabeza de pronto, se dio cuenta de que había quedado permanentemente unida a Marcos Benedetti.

Cuando el sacerdote dio por finalizada la ceremonia con el proceso de firma de documentos, la muchacha no esperó ni un segundo, apartándose del grupo reunido en torno al altar, sin mirar hacia atrás mientras abandonaba la capilla. Su deseo se había hecho realidad. Al igual que tantas otras veces que había colmado un capricho, Ely notó la presión en el pecho al intentar respirar.

Como si los pulmones de repente se le hubieran quedado vacíos.

De nuevo esa sensación de nada.

El viaje hacia su nuevo hogar no fue un idílico viaje de novios. Para empezar, no había nada parecido a un novio junto a ella, ni siquiera se le había dejado llevar consigo a Bashira. Su madre descubrió en el último instante que no podía desprenderse de ella. Al menos, sí permitió que la vieja Mohana, su otra aya originaria de Otaheite^[1], la acompañara. Poco a poco, cada legua que la separaba de su nueva vida fue quedando atrás.

Dos horas después, por fin atisbó a ver la residencia de los Monteferro. Cuando el cochero detuvo el tiro de caballos, Huan bajó rápido del pescante para ayudarlas a salir, a ella y a su vieja aya. El duque de Azahara bajó utilizando la otra puerta del carruaje para, rápidamente, acercarse a ella.

—Siento decirle que yo me tengo que marchar. Bienvenida a esta familia, Ely. —Con una inclinación de cabeza, el hombre se apartó sin esperar ninguna respuesta de su parte.

En dos zancadas estuvo de nuevo en el vehículo, que volvió a ponerse en marcha con su ilustre ocupante en el interior. La muchacha sonrió ante la huida del hombre. No se explicaba qué tipo de artimañas había usado su reciente marido para involucrar en aquel sainete a alguien tan evidentemente

serio y recto en sus acciones como el noble que acababa de dejarla abandonada.

Ely, abrochándose el grueso abrigo de lana, y manteniendo sujeta entre los brazos la bolsa de cuero en la que llevaba la capa con capucha, que siempre la acompañaba en sus viajes, giró el rostro hacia su nuevo hogar.

Tal como recordaba desde la última vez que había contemplado la vivienda a hurtadillas, escondida en un coche de punto de alquiler, la casona relucía elegancia y magnificencia. Sin dejarse apabullar por la evidente importancia del título que ahora llevaba, comenzó a subir los dos tramos de escalera que la separaban de la entrada principal seguida de Huan.

A propósito, lo hizo lentamente, dando tiempo a que su marido apareciera en el umbral, para recibirla antes de que ella llegara al último escalón. Tuvo que detenerse antes de tocar la puerta ya que, a pesar de su demora, esta permaneció cerrada.

Por unos instantes, la tensa espera cruzó el ambiente entre ella y Huan, parado a su derecha, esperando pacientemente que Ely diera el primer paso.

Finalmente desistió de tal espera, era evidente que nadie saldría a recibir a la nueva señora de la casa. La rabia y la decepción la hicieron agarrar con más fuerza de lo debido la bolsa que tenía entre los brazos. Vaciló unos momentos, reevaluando su decisión de permanecer con el rostro descubierto, sin ocultar quién era en realidad. La mano que sujetaba la bonita capa roja tembló por unos instantes ante el deseo, totalmente primitivo, de volver a hacerse invisible ante sus semejantes. En el último instante, cuando estaba a punto de claudicar, encontró la fuerza necesaria para, de un solo gesto, arrojar la bolsa con la prenda a la mujer que subía tras ellos.

—¡Guarda esto en el baúl de invierno, Mohana! Creo que aquí no lo necesitaré por mucho tiempo. —La mujer, pese a su edad de más de sesenta años, atrapó con agilidad la capa antes de que cayera al suelo—. Al fin y al cabo, me he casado con un hombre ciego.

Ely respiró, para evitar que la rabia saliera de su cuerpo. Se sentía cansada, sucia del viaje y dolorida de soportar los vaivenes del carruaje, pero sobre todo sentía en el pecho una aprensión y un miedo que no era capaz de rechazar. Lo cual le provocaba un malestar que no estaba demasiado acostumbrada a soportar, al menos no sin gritar a todos los que se encontraban a su lado.

—Ya estoy en casa —murmuró, más para sí misma que para las dos

personas que la acompañaban frente a la puerta principal—. Es evidente que no nos esperaban tan pronto —añadió con un deje de ironía, mientras sujetaba el enorme llamador de cabeza de caballo que coronaba la gran puerta.

Uno, dos, tres golpes.

Lo suficiente fuertes como para despertar a un muerto.

Uno, dos, tres minutos.

Eternos, mientras Ely agarraba entre sus manos el vuelo de la falda esmeralda de su traje de novia.

—¡Al demonio! No necesito que nadie me abra la puerta de mi propia casa —habló mientras giraba la palanca del pestillo.

No sabía qué esperar, pero fuera como fuera iba a entrar allí. Aunque tuviera que dar la vuelta al edificio buscando la entrada de servicios, o una ventana a medio cerrar del piso inferior. Como comprobó con cierto grado de tranquilidad, nadie la había ido a recibir, pero tampoco nadie había cerrado la casa por dentro.

Por desgracia, tampoco había nadie en el amplio recibidor que surgió al traspasar el umbral. Sin saber hacia dónde dirigirse, vaciló unos segundos. Entonces giró el rostro, para enfrentar los ojos de Huan, que la miraban con cierta expectación, como intentando adivinar qué haría a continuación.

«El muy cretino se está divirtiendo», pensó.

Por fin, justo cuando su boca estaba a punto de insultar a aquel desgraciado, al final de un pasillo a la derecha, apareció una figura con un candelabro. Encorvada y lenta, vestida de falda, camisa y toquilla negras, y pulcro delantal de hilo blanco, se fue acercando hasta convertirse en una anciana de al menos setenta años. No pareció verla hasta que se aproximó a pocos pasos, pero en cuanto lo hizo, la mujer realizó una reverencia, esbozó una pequeña sonrisa y caminó hasta colocarse junto a Huan.

—Buenas tardes, señoras —dijo, inclinando levemente la cabeza.

—Buenas tardes, doña Teresa. Esta es la marquesa. Doña Ely, le presento a nuestra gobernanta. —Huan hizo las presentaciones—. Y esta es su asistente, la señora Mohana —acabó indicando a la anciana criada.

—Bienvenidas, señoras.

—Por favor, acompañe a doña Ely a su alcoba y ayúdela en lo que necesite. El viaje ha sido algo incómodo y largo —añadió Huan mientras se giraba para dejarlas con aquella anciana en medio del pasillo.

Ely miró a Huan y luego a la mujer ante ella. Finalmente, acabó hablando a la espalda del hombre que se alejaba.

—¿El marqués no me recibirá?

—No puedo decirle lo que hará o no el marqués, señora. No suele informar de sus intenciones. Por mi parte, tengo que atender unos asuntos. Doña Teresa está capacitada para ayudarlas en lo que sea.

Ely se esforzó en que su boca no se abriera demasiado y agitó la cabeza sin saber muy bien cómo actuar. Mezcla de la sorpresa entre lo que le había dicho aquel hombre y el propio descaro que había esgrimido.

¿No vería a su marido?

Y ¿acaso no era ella la marquesa y aquel tipo bajito su empleado?

—Es que creía que...

Pero Huan ya no la escuchaba. Había continuado andando hasta perderse en el recodo del enorme pasillo.

Ely lo vio desaparecer, manteniendo la mirada en el vacío que había dejado, preguntándose si realmente había pensado en encontrar un aliado en aquel hombre. Durante todo el viaje él había sido muy educado y, a diferencia del serio duque, se había mostrado demasiado interesado en darle conversación. Era tan tonta que había creído posible que el hombre no viera realmente su aspecto, incluso pensó que ya se conocerían mejor cuando llegaran a la casa, y que sería un buen sirviente y un aliado perfecto.

Al parecer, eso no iba a suceder.

—¿Señora? —dijo doña Teresa, volviendo a atraer su atención.

Con sorpresa, Ely se dio cuenta de que los ojos de la anciana gobernanta parecían casi tan ciegos como los de su amo, cubiertos con nubes blancas que le harían muy difícil la visión.

Estupendo, uno menos para mirarla con pena, repugnancia o extrañeza. ¿Habría suerte y serían ciegos todos los empleados del marqués?

Contemplando el brillante y limpiísimo recibidor en el que se encontraba, descartó inmediatamente aquel absurdo anhelo.

—Si son tan amables de seguirme, les enseñaré sus habitaciones.

Ely estaba sola, como había estado las dos últimas horas. Aunque la palabra correcta hubiera sido abandonada. Apoyada en el borde de la cama de un dormitorio regio y engalanado pero carente de personalidad, tal como ella

se había sentido desde que atravesó la puerta de la casa de los marqueses de Monteferro en la sierra de Madrid, su propia casa.

«Mi propia casa», se esforzó en repetirse de nuevo, mientras con pereza se levantaba para dirigirse al enorme mueble peinador y pararse ante él. Con tristeza y rencor renovados, contempló a la mujer que la miraba desde el espejo.

En esos instantes, Ely pensó en que tal vez había cometido el mayor error de su vida. Aunque el pensamiento solo le pasó levemente por la mente, luego, como era habitual en ella, lo borró de su recuerdo, para erguirse sobre sí misma y sobre las circunstancias, cualesquiera que fueran, pasadas, presentes o futuras. Apartándose del frente del tocador, hacia cuya pulida superficie de espejo sus ojos tenían tendencia a girar una y otra vez, pese a sus deseos de olvidarse de su propio aspecto, caminó para acabar apoyándose de nuevo en el borde del colchón.

Condenado Daniel. ¿Qué le habría dicho al marqués para enfadarlo a tal punto de no asistir a su propia boda? Ni siquiera para conocer a su esposa. ¡Qué tonta! Había estado más que satisfecha de conseguir su objetivo, sin pensar ni en los medios ni en las consecuencias. Estaba claro que, al menos por el momento, no sería ella la que dijera la última palabra.

La mirada se le desvió hacia las lujosas cortinas que rodeaban la cama, estaba claro que su marido era un hombre muy rico, aunque el estampado de flores indicaba que no había sido él quien había elegido aquel tejido, colorido en extremo.

«La marquesa viuda ha estado mangoneando a gusto en tu vida, ¿eh, Marcos? Puede que al menos tenga entretenimiento con mi suegra. He oído hablar del carácter de la señora en muchas ocasiones», pensó, mientras se mordisqueaba el labio inferior, volviendo a observar los cortinajes.

Realmente el estampado no hubiera estado tan mal sobre la pared de estuco verde, al menos si el fondo del tejido no fuera azul índigo.

Ely regresó a su habitación después de la cena, una cena a solas con el señor Huan, que ocupaba el extremo opuesto de una mesa para doce comensales. En una habitación anexa a su dormitorio, encontró una bañera de cobre esperándola. Además, alguien se había ocupado de encender la chimenea, y el ambiente era templado y agradable. Alguien, con seguridad el

ama de llaves, había ordenado preparar todo lo que podría necesitar: una pastilla de jabón, una manopla y varias toallas, primorosamente bordadas con el escudo del marquesado, supuso que obra también de, al menos, la mente de su suegra. Alguien también se había entretenido en sacar su mejor camisón de su baúl. Con cierta aprensión, no exenta de vergüenza, pensó en el deteriorado ajuar que se habría encontrado quien fuera que hubiera hurgado en sus pertenencias. Su madre, después de gastar más de lo previsto en el vestido de bodas, no había considerado necesario invertir ni un real más en el resto de su ropa. Por lo que Ely se había tenido que conformar con rebuscar entre su deteriorado guardarropa, intentando hallar algo que no fuera digno de una criada de pueblo.

Los tres únicos vestidos que había llevado consigo no tenían menos de cuatro años, pero al menos no era fácil encontrar ningún remiendo sobre ellos. No podía decir lo mismo de dos de sus camisones. Esperaba que su marido, además de ciego, tuviera poco tacto, porque sería un milagro que no acabara enganchándose en alguno de los deshilachados de ambas prendas. El tercero de ellos, que reposaba ahora en la cama, no era lo que se espera del camisón de una recién casada. Especialmente porque había pertenecido a su madre, y había pasado por la tina del tinte tras la muerte de su padre, hacía años.

No, una novia no vestiría de negro la noche de bodas. ¿Verdad?

Aunque, al parecer, alguna criada con ánimo de diversión había considerado oportuno vestirla de luto esa misma noche, ya que la prenda destacaba sobremanera en la colcha blanca de la cama.

Casi tanto como el enorme gato negro de pelo largo que ahora había captado su atención por vez primera.

—Escucha, animal inmundo, no me gustan los bichos, y menos los de tu especie, y mucho menos los negros con tantísimo pelo. —El aludido se limitó a erguirse sobre sus patas delanteras y mirarla fijamente con sus expresivos ojos naranjas mientras bostezaba—. ¿Me has oído? Quiero que salgas ahora mismo de mi cama y de mi alcoba.

Ante la desesperación de la muchacha, el animal bajó la cabeza para dedicarse a limpiar, una tras otra, cada una de sus patas, y acabar tumbándose sobre el camisón que ella estaba a punto de coger.

—¡Fuera! —gritó Ely mientras tiraba del extremo libre de la prenda—. Debes de ser el gato más gordo de España, ¡nunca he visto semejante bola de

pelo!

Impaciente por darse un baño y vestirse antes de que apareciera Marcos, jaló hasta que el animal claudicó, ocultándose debajo de la cama. Con un suspiro de resignación, Ely intentó olvidarse de su peludo visitante. Ya lo agarraría en un descuido y se ocuparía personalmente de que acabara con su regio trasero en el pasillo.

Lentamente, empezó a desnudarse; por fortuna, su madre había pensado, no sin acierto, que tendría que desvestirse por sí sola la noche de bodas, y el abotonado estaba sobre el canesú, en lugar de en la espalda como correspondería a una marquesa.

Se quitó el vestido por los pies, cansada de tratar aquella prenda con tanta delicadeza, al fin y al cabo, dudaba de que volviera a ponérsela. Al sacar las piernas, se quedó mirando el vestido esmeralda, que ahora reposaba en la cara alfombra: su vestido de novia.

Llevaba años pensando que nunca llegaría a ver ese día, dudaba que alguien más allá de un viejo verde o chocho reclamara su mano, y no pensaba casarse con semejante novio, así que nunca creyó que se casaría realmente.

Sin ninguna ceremonia, decidió recoger el vestido del suelo, no quería que su noble marido tropezara con él cuando se acercara a buscarla al lecho. Era consciente de que no podría sofocar la carcajada que acudiría a su boca ante tal parodia, y dudaba que eso hiciera que su matrimonio empezara con buen pie, si eso era posible aún.

Lo dejó con desgana sobre el sillón a los pies de la cama. Observándolo con detenimiento, decidió que aquella era realmente la cama de una marquesa. El mueble era enorme, y supuso que necesitaría impulsarse para llegar hasta el colchón. O tal vez su flamante esposo la trasportara hasta allí. Sonrió, porque no creía que el marqués se dignara a tal galantería.

Con pereza, abandonó la vista del lecho y se giró sacando con lentitud cada una de las horquillas que Mohana había colocado en su cabello. Con gran placer se masajeó el cuero cabelludo, nunca había soportado esos peinados tan rígidos, ni la sensación de tirantez que las horquillas le producían. Dejó que la melena le cayera libre hasta la cintura. Orgullosa, contempló su pelo en el espejo del tocador. Aquella mata era, junto a su voz, uno de sus mayores tesoros.

Para ser sincera con ella misma, no creía que hubiera nada más destacable en su persona. Aunque a Ely lo de ser sincera era algo que evitaba, incluso

con ella misma. Si hay que mentir se miente. Primera ley de los mandamientos de Ely.

Sonriendo para sí, caminó lentamente, dirigiéndose a la pequeña habitación contigua y a la cálida y enorme bañera de cobre. En el camino, sujetó de nuevo su cabello atándolo con una cinta y un par de palillos cruzados en un recogido muy flojo. Podía respirar el húmedo ambiente que la rodeaba. Pensaba darse el más largo baño de su vida. Al fin y al cabo, su esposo no la sorprendería con una visita rápida, según parecía; y si lo hacía, no vería un solo centímetro de ella, por muy desnuda que se encontrara en ese momento.

Casi lloró de placer cuando el agua caliente abrazó la piel del pie derecho. Sonriendo, pensó que aquel baño para ella sola, en la semipenumbra de esa lujosa alcoba, en una casa llena de silencio, bien valía una cuota de estancia en el infierno, o al menos en el purgatorio.

Casi había acabado de aclararse los últimos vestigios de jabón, cuando oyó ruido a sus espaldas. Alguien había abierto y cerrado la puerta de la alcoba. Se quedó quieta, de pronto consciente de estar desnuda, y sintiéndose vulnerable casi por primera vez desde hacía años. Luego, como un resorte, su cuerpo se elevó del agua.

Justo cuando sacaba el primer pie de la bañera, alguien apareció en el umbral. Paradójicamente, hizo lo primero que se le vino a la cabeza, volver a meter el pie en el agua y tomar la toalla que reposaba en la silla de enea a la derecha de la bañera, para tapar la mayoría de su cuerpo.

—No se moleste en cubrirse, señora. Supongo que ya le habrán informado de que se ha casado con un hombre ciego.

Enfadada porque él, a pesar de su ceguera, fuera consciente de su aturdimiento, la muchacha dejó caer al suelo la prenda.

—Tiene razón, señor —habló—. Aunque le informo que no soy tan tonta para cubrirme, solo me secaba —acabó mintiendo.

—Creo que no debe de estar muy seca, señora, aún oigo cómo le gotea la piel.

Sintiéndose un poco estúpida, Ely no tuvo más remedio que dar la razón al hombre, cuando el silencio que siguió reveló el ruido claro al que él había hecho referencia. Con brusquedad, se agachó para recoger la prenda y seguir secándose.

Recuperada de su momento de duda, lo observó parado ante ella. Con sorpresa, reconoció que era la primera vez que se encontraba desnuda frente a

un hombre, y aquello la perturbaba, aunque fuera consciente de lo absurdo de su sentimiento.

Él estaba de pie en el vano de la puerta. Vestido tan solo con lo que parecía un kimono oriental blanco, abierto hasta la cintura, donde lo ataba de forma desordenada dejando al descubierto la línea del ombligo. Estaba descalzo, y era evidente que solo aquel trozo de tela la separaba de contemplarlo en toda su desnudez. Sus ojos parecían fijos en los suyos propios, como si supiera exactamente dónde estaba ella.

Viéndolo allí parado, Ely empezó a salivar de forma inconsciente. Quizás alguien en el cielo se había apiadado de ella finalmente, porque realmente no creía que hubiera algo más hermoso sobre la Tierra que el hombre inmóvil ante ella.

Por su parte, Marcos aún temblaba. Y el odio hacia la mujer ante él aumentó, si cabe, un ápice.

Nunca la perdonaría por sentirse así de indefenso y nervioso. De pronto fue consciente de que había aparecido semidesnudo ante ella. Por suerte, en el último instante antes de abandonar su propia habitación, había tomado el kimono que reposaba sobre el sillón de la entrada.

No tenía muy claro qué había pretendido al presentarse allí. Ni qué debía decir en ese momento, pero nunca había sido su estilo rehuir los enfrentamientos, y llevaba todo el maldito día haciéndolo. Estaba claro que no hubiera podido dormir ni un minuto si no aclaraba de una vez todo aquel despropósito.

Sin embargo, llevaba todo el día aplazando el encuentro.

Como un cobarde, había permanecido escondido. Estuvo entrenando en el invernadero desde que habían salido hacia la boda, y no descansó hasta que Huan regresó con ella. Volvió a la casa evitando hacer el mínimo ruido, y entrando por las puertas del jardín, como un vulgar ladrón. Luego comió en su propio dormitorio mientras la oía hablar claramente con sus criados y caminar de un lado a otro de la casa. Aquella mujer tenía un torrente de voz increíble, y no solo lo empleaba para cantar como un ángel, tal como había descubierto.

Durante las últimas horas, había tenido en su mano una copa de brandy, a la que apenas dio dos sorbos seguidos. Luego volvió a retomar su entrenamiento, y tras cansarse golpeando el saco que colgaba en el invernadero había intentado relajarse con otra nueva copa de brandy, de la

que disfrutó incluso mucho menos que de la primera. Necesitaba tiempo.

Incluso se había bañado y metido en la cama, esperando que pasaran las horas, y la noche y el agotamiento le trajeran un poco de silencio y sueño.

Fue imposible, la mujer se había empeñado en cantar mientras se bañaba. ¡Cómo era posible que esa voz tan exquisita perteneciera a un ser así de horrible!

Marcos no cruzó al interior de la sala de baño. Ely tampoco se movió, permaneció erguida dentro de la bañera, aún apretando sobre su cuerpo el trozo de tela, ya bastante húmedo.

—Así que mi marido por fin viene a verme —dijo Ely, con mucha dificultad para vocalizar—. Conocerme —rectificó, cuando se dio cuenta del absurdo que acababa de decir.

—Sí, señora. Aunque creo que nos hemos conocido con anterioridad.

Marcos lo supo de forma inmediata. No, no se había confundido cuando había reconocido su voz cantando, pocas veces había oído semejante timbre. Tampoco ahora había lugar a dudas, realmente se había casado con la bruja de la fiesta de disfraces, parecía que las cosas se ponían incluso peor de lo que había pensado en un principio.

—Marcos —comenzó ella, asintiendo lentamente. Cerró los ojos y, un momento después, lo miró y sonrió—. ¿Realmente me has recordado?

Tuvo que contenerse para no atravesar el espacio que los separaba y saltar a su cuello.

—Marqués, o señor Benedetti, si no le importa, señora. Y sí, me acuerdo de la fiesta de disfraces.

El tono cortante hizo que casi se sintiera golpeada. ¡Qué tonta!, pensar siquiera por un momento que él la hubiera recordado después de tanto tiempo, mucho menos habiendo conocido a la vez a la maravillosa Bel.

—Sí, la fiesta de disfraces —dijo en un susurro de desilusión—. Ha tardado mucho en venir, señor marqués.

—Marqués es suficiente.

Cansada de estar en esa posición, Ely comenzó a salir de la bañera, el agua estaba empezando a quedarse tan helada como su propio corazón. En un gesto de valiente desafío, la mujer decidió ser ella quien moviera ficha. Arrojanado a un lado la toalla húmeda, comenzó a caminar. Sabía que Marcos era consciente de cómo ella se aproximaba hacia dónde él estaba, totalmente desnuda.

Sin modificar el gesto, el hombre pareció pasar la mirada sobre toda ella. Era imposible, pero Ely sintió como si de verdad la contemplara y viera lo realmente horrible que era, por fuera y por dentro, decidiendo que no merecía ni un segundo de su tiempo. Lo vio fruncir el ceño en un gesto de repugnancia, y ajustarse el kimono sobre el pecho antes de girar y alejarse por donde suponía había llegado, mientras solo se dignaba a regalarle un seco:

—Buenas noches, señora.

Cuando cerró la puerta, supo que, de algún modo, desde donde estuviera, su ángel de la guarda, ese traidor que la abandonó siendo una niña, se estaba regodeando con lo sucedido.

Ely se despertó con ansias de venganza.

Primero tuvo el impulso de romper algo, ya fuera el magnífico espejo sobre el peinador o alguna de las impolutas ventanas emplomadas que daban al jardín principal de la casa. Lo cierto es que ese deseo la había acosado toda la noche. Deseo de venganza acompañado de un nudo en la garganta, que no sabría dilucidar si era de odio, impotencia o pena.

Lo había intentado controlar, el cielo era testigo.

Se había vestido con su camisón negro de novia y metido entre las sábanas, bordadas con el escudo del marquesado. Había hecho todo con la máxima lentitud, tal como Mohana siempre le recordaba.

«Respira, lo más hondo que puedas, niña, olvida el mundo y no pienses, concéntrate en mover un pie tras otro, y dejar de lado el resto. Si eso no resulta, cuenta hasta diez antes de dejarte llevar, hasta cien si es necesario».

No recordaba haber contado tanto antes de caer dormida de agotamiento. Ni la decena ni la centena le habían bastado. Tenía la sensación de haber llegado al menos al setecientos cincuenta. Entonces soltó una blasfemia mental, justo antes de que su boca comenzara a insultar con frases dignas de una pescadera.

Tampoco eso fue suficiente, así que se entretuvo en machacar la almohada, que se suponía estaba destinada a usar su reciente esposo, golpeándola contra la pared.

Nada.

No logró nada.

La angustia, la rabia y la impotencia siguieron agarradas a su pecho y garganta. ¡Dios!, si al menos esa bola de pelo negro que la había acosado aquella noche estuviera cerca. Ese sí hubiera sido un buen objetivo sobre el que arrojar la almohada.

Para fastidio de Ely, el bicho inmundo parecía haberse olido su estado de ánimo y desaparecido del cuarto.

Finalmente, la muchacha enterró la cabeza bajo la almohada. Salir a buscar a alguien a quien golpear no le pareció una buena idea. Teniendo en cuenta, además, que su carácter la hubiera llevado derecha al dormitorio del señor marqués.

Así que el alba le trajo la misma rabia que la noche, acrecentada por horas de insomnio. Lo que era mucho decir para el carácter, de por sí belicoso, de Ely.

La mujer se vistió con su segundo mejor traje, un sencillo vestido de lana gris, que no necesitó siquiera la ayuda de Mohana al abrocharse en el frente. Las precarias finanzas de su familia los habían obligado a ir prescindiendo de criados, y el vestirse por sí mismos, ella y su hermano, fue la consecuencia final.

Por supuesto, doña Cristina se guardó para sí la ayuda de Bashira, la más culta y diestra de sus doncellas. Alegando que no podía dejar en la calle a la mujer después de tantos años trabajando con la familia. Toda una demostración de buen corazón, ya que ello le permitía seguir vistiendo modelos de la mejor calidad.

Parada frente al espejo del tocador, decidió peinarse ella misma con un recogido bajo la nuca. No creía que hubiera visitas ese día, y poco haría por mejorar el aspecto ajado de su traje y su rostro un bonito peinado. Le llevó poco tiempo dominar la mata de pelo liso en un único moño, y sonrió cuando comprobó que casi todo estaba pasablemente en su lugar. Cuando bajó la mano para dejar sobre la peinadora el caro cepillo de mango de carey que había usado, llamaron su atención los perfumeros alineados junto al espejo. Casi no recordaba la última vez que había tenido uno propio, en su casa solo su madre administraba los perfumes y, por supuesto, siempre se compraban a su propio gusto. A ella exclusivamente se le permitía acceder a unas pocas gotas en eventos muy contados, supuso que como medio para apartar el olor a humedad que desprendían sus vestidos de fiesta, usados año tras año y guardados en la oscuridad durante meses hasta el próximo evento.

Ely alargó la mano hacia el grupo de tres preciosos perfumeros de vidrio coloreado. No tenían más de medio palmo de altura, pero el trabajo y la terminación eran exquisitos, estaban decorados con flores doradas, sobre la boca de la botella y en el círculo aplanado que servía de base a cada uno. Tomó entre los dedos el situado más a su izquierda. Era un ejemplar fabricado en vidrio prensado coronado por un tapón de hueso tallado. Girándolo entre los dedos, comprobó que existía una inscripción en la base, el texto, aunque ilegible en su significado completo, era claramente francés. Volvió a poner en vertical el recipiente cuando comprobó que el líquido se derramaba entre sus dedos y que, para su fastidio, aquel perfume se parecía demasiado a las preferencias de su madre, dulzón y tremendamente penetrante. Distraídamente, retiró el líquido de sus dedos refregándoselos por el vuelo de la falda.

—¡Demonios! —maldijo, arrepentida de su gesto involuntario. Luego caminó hacia el lavamanos para retirar lo máximo posible—. Voy a llevar este olor durante semanas.

Renegando por no saber siquiera la distribución de la casa, Ely salió de la alcoba y descendió hacia la planta baja, buscando la que supuso sería la zona de servicios de la vivienda.

Reinaba un silencio opresivo. Le extrañó no encontrar el bullicio que se podría esperar en una casa de ese tamaño, conociendo que al marqués no le faltarían criados para atenderla. A pesar de la pulcritud que había en cada recoveco, no había sirvientes deambulando de un lado a otro, ni doncellas subiendo las escaleras con cestas de ropa limpia. Todas las estancias estaban vacías y oscuras.

¡Cómo era posible que en ese enorme caserón no apareciera ni un criado dispuesto a guiarla!

Ely caminó varios minutos, antes de decidirse a gritar el nombre de los sirvientes que conocía.

—¡Doña Teresa!

Un silencio absoluto siguió al eco que pareció repetir el nombre como una burla.

—¡Huan!

Agarrada a sus propias caderas, la paciencia de la mujer se agotaba a pasos agigantados mientras miraba el laberinto de pasillos que tenía ante ella. Las puertas cerradas a ambos lados acrecentaban la sensación de profundidad, así

como los espejos colocados en las paredes.

—¡Doña Teresa! —repitió con un graznido nada elegante.

—¡Miauuuu!

El lastimero maullido fue acompañado con una dolorosa punzada en su pantorrilla derecha. Aquella bestia salvaje se había estirado sobre sus medias mientras se desperezaba.

—¡Otra vez tú! —Ely acompañó la frase con una patada en los cuartos traseros del animal, que por un pelo no dio en el objetivo—. ¡Aparta de mí!

El gato saltó lo justo para colocarse fuera de su alcance, luego se sentó sobre sus patas traseras y se paró a observarla.

—Al menos podrías decirme dónde se han metido todos. Seguro que alguien te ha dado de comer bien temprano, esa barriga enorme no es fruto de tu caza de ratones. —El gato ni siquiera se dignó a mover una de sus orejas, simplemente permaneció allí, observando—. Entonces, ¿me vas a decir dónde están todos?

—¡Válgame el cielo! Habla con los gatos negros.

Ely apenas atinó a ver el vuelo de una falda marrón que se alejaba de su lado, mientras la dueña de la prenda recitaba una oración. Estupendo, aquella criada tenía la evidencia definitiva de que ella era una auténtica bruja.

Una carcajada sincera atronó en medio del pasillo. Ely no recordaba haber reído con más ganas en muchos años. De hecho, ni siquiera atinó a ordenar a aquella desgraciada que volviera a hablar con ella.

Al menos podía seguirla hasta donde seguro habría toda una legión de sirvientes reunidos en torno a un buen café de puchero. Estaba convencida de que esa casa necesitaba muchos de ellos para lucir tan impecable.

Siguiendo la estela de la falda, Ely empezó a oír un murmullo al final de uno de los recodos del largo pasillo. A medida que se acercó, comprobó que todos sus ahora empleados estaban reunidos, posiblemente tomando el desayuno. Al menos quince de ellos se sentaban alrededor de la mesa de la cocina, repleta de tazas y platos con olor a café y pan tostado.

—Os prometo que es una auténtica loca. Hablaba con el gato del señor. Y daría mi brazo derecho asegurando que él la entendía. Ya sabéis que ese animal solo atiende cuando quiere comer algo. Si no, no se acerca más que al marqués. —La que hablaba con la voz entrecortada por la emoción supuso, por su atuendo y falta de resuello, que era la mujer de la falda marrón.

—Tonterías, Marta. La señora hablaría con ese gato como lo hacemos

todos alguna vez. ¿O tú misma no te dedicas a cantarles a las rosas del jardín para que florezcan antes? —Ely reconoció la voz acentuada de Huan.

—¡Ay, señor!, pero yo no tengo ese aspecto terrible, ni las plantas me entienden.

—¡Marta! —El vozarrón de doña Teresa cortó a la muchacha—. Que no te oiga decir una palabra más sobre la señora o te prometo...

—... te prometo que la señora te pondrá de patitas en la calle, Marta. — Finalmente ofendida, Ely entró en la habitación mientras acababa la frase de doña Teresa.

—¡Jesús! Si parece que ha venido flotando por el pasillo, ni siquiera se le oyen los pasos. —Pese a que lo dijo inclinándose sobre el hombro de la anciana Teresa, el fino oído de Ely captó la frase que salió en un susurro de los labios de Marta.

Por un instante, la boca de la marquesa se torció en un gesto avinagrado. No sabría decir si causado por la evidente indisciplina y falta de tacto de la muchacha, o por la abrumadora belleza morena del rostro de esta. ¡Dios, si ella tuviera solo la mitad de ese aspecto!

—Así que te llamas Marta. Espero que tengas algún lugar donde volver cuando acabe de hablar con tu señor.

Con esas secas palabras, la mujer desapareció de la cocina dejándolos a todos en silencio, mirando con pena a la chica que estaba a punto de perder su puesto en un lugar tan privilegiado.

A Ely le llevó tres horas más encontrarse de nuevo con su marido. Todos los criados parecían tener algo que hacer en otro lugar de la casa cuando ella aparecía en una habitación. Los que logró interrogar, se limitaron a bajar el rostro, evitando contemplar el suyo propio, contestándole con míseros monosílabos cada una de sus preguntas. Aburrida, pasó varias horas en el jardín frontal del edificio, cortando algunas flores y decorando el ancho pasillo del hall principal.

Finalmente, y cansada de tanto desaire, la marquesa se dirigió directamente al despacho donde había visto entrar a Huan, segura de que el hombre sabría dónde encontrar a su marido. Huan no fue mucho más generoso en sus respuestas que el resto de los empleados, hasta que una pista le dio a Ely idea de cuál era el problema.

—El marqués está en el salón, tomando un café de media mañana. Pero yo no lo molestaría intentando despedir a nadie. El señor lleva más de dos años con el más reciente de sus empleados, y nunca ha tenido quejas de nadie.

—Yo no voy a intentar... —Ely se paró de pronto, reflexionando sobre las palabras del hombre—. ¿Así que ese es el problema? Nadie me dice dónde está el marqués porque piensan que voy a despedir a esa deslenguada.

—Es lo que usted misma ha dicho.

—También le he dicho a ese gato que lo voy a lanzar por la ventana, y no lo he hecho. Aunque, si le soy sincera, no sé cuánto podré reprimir el deseo.

—¿No quiere despedirla?

—No. —Ely irguió la cara, para enfrentar la mirada del hombre, y asegurarse de que él veía la sonrisa que se le dibujaba en el rostro—. Prefiero tenerla cerca para torturarla yo misma.

Antes de esperar la respuesta de Huan, Ely se giró buscando la dirección del salón, y al hombre que era su marido.

—Marcos, tengo que hablar contigo sobre esas criadas tuyas que...

—¿Quién le ha dado permiso para llamarme Marcos?

La brusca contestación hizo a Ely casi quedar parada en el marco de la puerta. Nunca hubiera pensado que él fuera tan hosco, menos aún delante de tres de sus criados que trabajaban limpiando el polvo de los estantes, y que afortunadamente salieron discretamente al oír el tono de su empleador.

—Yo... pensé. Ya que ahora soy la marquesa de Monteferro que...

—¡La marquesa de mierda! Eso es lo que eres ahora.

Mientras gritaba, el hombre se levantó del escritorio, haciendo que el recio sillón de piel golpeará la pared a su espalda. Ely se envaró sobre sí misma. No era cobarde, ni asustadiza, pero el gesto del que era su marido la tomó totalmente por sorpresa.

—Está ebrio —sentenció, observando la botella de vidrio azul, solo llena hasta un cuarto de un líquido oscuro, y la copa que él apuraba en su mano derecha.

—En fin, señora —habló Marcos, sin molestarse en negar la evidencia. Era cierto que llevaba ebrio desde casi la noche anterior, cuando por fin logró dar varios tragos de brandy a su copa. Luego le siguieron muchos más, mientras recordaba el violento encuentro con la que ahora era su esposa—. Parece que

acaba de descubrir con quién se ha casado realmente. Finalmente puede comprobar que somos más parecidos de lo que pensaba. Horribles, irascibles y hoscos, ambos.

—No nos parecemos en nada. Y lo sabe. Usted, señor, seguirá siendo un ángel hermoso, caído o no. Yo quizás llegue al nivel de bruja. —Un leve hipido acompañó la última palabra de Ely.

—No llore. Odio la debilidad, quizás más que la fealdad, al fin y al cabo, esa no puedo apreciarla.

—No lloro, marqués. Se caerá el cielo antes de que usted note una sola lágrima en mí. Mucho menos si es usted el que la piensa provocar. Si no soy la marquesa, dígame qué se espera de mí.

—Haga exactamente lo que quiera, señora. Gaste mi dinero en lo que le apetezca, creo que podré con todas sus facturas en rollos de telas caras y ríos de perfume. Casi he creído que era mi madre cuando ha entrado en la habitación, ella también gusta de esos aromas dulzones. Solo quiero que lo haga todo lo más alejado que pueda de mí.

En ese momento, Ely se arrepintió de la decisión de usar los perfumes que suponía su suegra había dejado en su dormitorio. Con una sonrisa torcida, se regodeó en el hecho de que él no fuera capaz de contemplar el barato vestido que aún llevaba.

—Muy bien, no se preocupe. En cuanto a lo que le intentaba comentar de las criadas...

—Haga lo que le plazca, sirva al menos para gobernar esta casa de forma adecuada.

—En ese sentido no tendrá queja, si hay algo que se me da bien es dirigir a las personas.

—No me cabe la menor duda de ello —apostilló con una sonrisa irónica Marcos.

Ely se envaró, pero no mostró un ápice de incomodidad con las palabras del hombre. De acuerdo, no era bienvenida en esa casa, y no se la necesitaba más que como una criada. Desaparecería de allí, y haría que él se arrepintiera de dejar los gastos de la casa en sus manos. Marquesa era, y como marquesa gastaría su dinero, mientras se encargaba de que toda aquella mansión funcionara como un reloj.

Marcos caminó hacia la salida, molesto por el insulto y los comentarios que acababan de salir de su boca hacia la que ahora era su esposa. No solía

comportarse con esa falta de educación, pero aquella mujer y toda esa situación que había sido incapaz de evitar lo llevaban a límites incontrolables. El dolor de cabeza incesante que desde hacía un par de días se le había instalado detrás de los ojos tampoco ayudaba demasiado. Además, estaba tan ensimismado y embotado por el alcohol, al que había recurrido para alejar las migrañas y el caos en el que se había convertido su vida, que olvidó el bastón junto al escritorio. Era consciente de ser vulnerable cuando no lo llevaba, su movimiento lateral le daba una visión del mundo que lo rodeaba, pero no mostraría debilidad regresando a recogerlo.

Fue consciente del error cometido cuando tropezó con la primera silla en su camino por el largo pasillo. Cuando tropezó por segunda vez, cayendo de bruces acompañado por el sonido de loza rota, maldijo en voz alta.

—¿Quién demonios ha puesto esto aquí?

—¡La marquesa de mierda! —oyó decir a la figura que había oído caminar tras él mientras se alejaba del despacho.

Con otra maldición, comprendió que era Ely quien estaba sobre él, posiblemente disfrutando de su postura ridícula, y de su persona mojada por el agua del jarrón que acababa de destruir.

—Venga a ayudarme, señora. Ya que usted me hizo caer.

—Levántese por usted mismo, marqués. Esta marquesa también odia la debilidad. Y se ha caído usted solo, es difícil cargar con ese enorme ego —la oyó decir mientras se alejaba por el largo corredor.

—¡Ely! Vuelve a ayudarme antes de que aparezca alguien, maldita seas.

—Lo siento, señor marqués, y desde este momento no soy para usted más que la señora Benedetti.

[1] La isla más grande de la Polinesia Francesa, actual Tahití.

Capítulo 5

Finales de enero de 1822

Un mes más tarde no se puede decir que la convivencia fuera horrible. No, cuando no había convivencia alguna. Marcos evitaba a su esposa todo lo que le era posible, y eso era bastante, dado las dimensiones de la casa. Así que Ely se fue acomodando poco a poco a la situación. No tenía marido a efectos prácticos, pero tampoco a su odiosa madre ni a su pesadísimo hermano. Realmente apenas hablaba más que con Mohana, y esta no era lo que se dice una mujer de muchas palabras.

Y, además, la buena comida y las habitaciones limpias y caldeadas estaban garantizadas, lo que no era poco, teniendo en cuenta la situación económica de su familia durante los últimos años.

Ely no era tan tonta como para sentirse feliz en esa situación. Ciertamente había mejorado, pero se daba de cabezazos cuando pensaba cómo había estado ilusionada hacía unas semanas con su boda con el marqués de Monteferro. Y especialmente había disfrutado sabiéndose la mujer más envidiada de Madrid. Fea o no, miles de mujeres hubieran dado un imperio por estar en la piel de Ely. La vida tiene mucho sentido del humor en ciertas ocasiones.

De cualquier forma, parecía que el destino no le tenía reservado ningún final feliz. Mirando su rostro en el espejo del salón, Ely suspiró por enésima vez. ¿Qué esperaba cuando la pulida superficie le devolvía una realidad tan demoledora?

Por el rabillo del ojo divisó a una de las chicas de la limpieza. Aquel grupo de muchachas era la que más incomodidad le producía. Invariablemente todas la miraban con temor, y lo que era peor, en muchas ocasiones con pena. Para

las criadas más mayores Ely seguía siendo una mujer rica y joven, el evidente defecto sobre su rostro era un problema mínimo. Pero esas cuatro osaban tenerle lástima, y eso era algo que no podía tolerar.

¿Cómo se atrevían a cuchichear entre ellas y mover la cabeza en signo de penosa resignación?

Aguardaría, y las vigilaría. Tarde o temprano todas ellas cometerían algún error imperdonable en una casa del nivel del marquesado, y ella tendría el arma para ponerlas de patitas en la calle. Entretanto, se contentaba con esperar y castigarlas con pequeños sustos. Los cadáveres que Sultán, el gato de Marcos, gustaba de dejar en su propia cama, estaban haciendo una buena labor. El animal quizás pensaba que a Ely le afectaban esos presentes. Como todos en la casa, el gato también la subestimaba, a Ely siempre le había gustado jugar a cosas de chicos, y cazar alimañas era una de sus favoritas. Así que Sultán solo la ayudaba, evitando que ella misma tuviera que salir a cazar.

—¡Ay! —El ruido de porcelana rota acompañó al quejido, y al golpe que hizo el mango de madera del plumero al aterrizar sobre el suelo de mármol—. Por todos los cielos, ¡qué asco!

Ely, con una sonrisa ladeada, vio toda la acción a través del espejo. Antes de girarse, recobró la mirada seria y severa de marquesa.

—¿Vuelves a romper un jarrón de doscientos años?

—Ay, señora, yo no... —Marta se giró hacia dónde la marquesa, que la observaba con un gesto mucho más siniestro de lo habitual, estaba.

—¿No has roto un jarrón del bisabuelo del marqués? Debo estar perdiendo la vista tanto como mi esposo.

—No, señora, digo sí, señora. —La muchacha empezó a tartamudear sin control. Si perdía ese trabajo bajaría mucho en la escala social. Y su padre la mataría a palos—. Pero vea su señoría lo que había en el interior —dijo, señalando la bola de pelo gris y casi maloliente que sobresalía de entre los restos de cerámica.

—¿Te asustan los ratones? Creo que debes tener espíritu de duquesa, muchacha.

—Pero está muerto.

—¡Gracias a los cielos! Si estuviera vivo habrías roto todo lo que hay en la mesa para subirte sobre ella, mientras esperabas que yo atrapara el animal. ¿O no recuerdas lo que ocurrió la semana pasada?

—Ay, mi señora, qué bochorno. Pero coincidirá conmigo en que aquello era un ratón del tamaño de un conejo. ¡Y se me subió por el refajo!

Ely controló el gesto de sonreír. ¡Cómo había disfrutado con aquella escena! Especialmente porque ella misma había colocado el animalito sobre las medias de la muchacha mientras la pobre ilusa limpiaba el polvo de una lámpara subida a una silla. Por fortuna, nadie la vio hacer aquello. Ely había perfeccionado con los años ese tipo de maniobras.

—¿Me va a despedir? Por favor, señora, mi padre me matará si eso ocurre.

Por unos segundos, Ely valoró la posibilidad relamiéndose el labio inferior.

Mantuvo el silencio, mirando alternativamente a la muchacha y al desastre que tenía a los pies. Con sus maniobras, Ely había conseguido que Marta rompiera al menos media docena de caros objetos. En su mayoría se trataba de adornos elegidos por ella misma que, aun siendo antiguos, le parecían horribles. Suponía que el nefasto gusto de la marquesa viuda, su suegra, estaba de por medio.

—¿Señora? —murmuró la chica entre dientes.

Ely sonrió.

—No —dijo Ely.

Marta soltó en un suspiro de alivio el aire que había estado reteniendo.

—De momento.

Diciendo aquello, la marquesa abandonó la sala.

No, no la despediría, aún había mucho adorno inútil del que quería desprenderse.

Nunca era un buen día para recibir a su madre. Y no es que Marcos no la adorara con todo el cariño que puede profesar un hijo. Solo que, en cuanto al carácter insufrible de la señora marquesa viuda, su hijo no era en absoluto ciego.

Hubo un tiempo en el que Marcos casi se habría permitido soñar despierto con llegar a un estado de felicidad absoluta en lo que se refiere a su relación con su progenitora. Incluso creía que su trato había sido muy tolerable mientras su padre vivía. Era tal la devoción que la mujer tenía por su esposo, que aceptaba con una sonrisa todas y cada una de las críticas de Marcos respecto a su comportamiento, no demasiado dulce la mayoría de las veces. Y, también en honor a esa adoración, doña Susana era capaz de modelar su

carácter hasta casi parecer inofensiva.

Por desgracia, toda esa supuesta serenidad había desaparecido de un plumazo nada más morir el viejo marqués. Sus hijos creyeron que la situación pasaría cuando la viuda aceptara por fin el fallecimiento de su esposo y acabara el duelo.

Pero la situación nunca llegó. Susana se convirtió en una piedra, una bonita figura de alabastro, vestida de negro riguroso, que no vertió ni una sola lágrima por la muerte de su marido.

Lo que era mucho más triste que si hubiera llorado de forma desgarrada.

Marcos esperó, rogó y azotó con su lengua a la mujer en un intento de romper esa dura coraza. Siempre había sabido que, de todos los hijos de Susana, él mismo era el más parecido a ella en carácter, aunque físicamente fuera casi una copia de su padre. Por eso conocía cada uno de los dragones que se escondían bajo la capa de indiferencia aparente de la mujer.

Fantaseó con las posibilidades e hizo cuanto estuvo en sus manos para quebrarla, para hacer que su madre, no la fría valquiria, sino la mujer lastimada que había debajo, acudiera a él bañada en lágrimas, a pedirle por fin ayuda.

Él podría salvarla solo entonces. Podría bajar con ella desde el purgatorio perenne, en el que se encontraban ambos, hasta el infierno, juntos, mano a mano. Solo de esa forma, cuando no hubiera lugar más bajo al que llegar, podrían empezar a remontar la subida.

Triste que solo alguien tan al fondo como él mismo pudiera impulsarlo a moverse de donde estaba.

Pero al contrario de Marcos, al que las lágrimas acudían sin invitación en los momentos más inoportunos, Susana no lloraba. En su infancia, ella le había rozado la cabeza en cada uno de esos momentos de debilidad, erguida y seria, «No te preocupes, Marcos», le recordaba siempre. «No eres débil, solo que Dios ha decidido que seas tú quien llore por mí».

En ese momento, tantos años después de la pérdida de su padre y, de en cierto sentido, también de la de su madre, él sabía que se le había acabado el tiempo de soñar. Sus intentos de dialogar con ella, de retarla hasta hacerla reaccionar, habían acabado. Uno únicamente posee las esperanzas que caben en su pecho y, sacar cada una de ellas, siempre rotas, lo habían llenado de cortes cada vez más profundos y difíciles de cicatrizar. Hacía más de un lustro que no se permitía imaginar un mundo en el que le importara algo lo

que opinara su madre, y no estaba dispuesto a empezar a hacerlo otra vez de nuevo.

Estaba convencido de que la mujer ya conocía su reciente boda. Los anuncios que había colocado en los periódicos de la capital, divulgando el evento, ya deberían de circular por todo Madrid.

Pronto un carruaje aparecería en la puerta de su casa.

Y si su vida era un desastre hasta ese momento, el infierno se abriría cuando ambas mujeres se vieran cara a cara.

La tarde en la que, cual condena penal, se cumplían un mes y un día de su matrimonio, sus temores vieron la luz. Se encontraba en el despacho, agrupando números y códigos en una tablilla, cuando perdió la cuenta de toda una columna de más de cien sumandos por el ruido de un carruaje en el camino de entrada a la casa. Marcos se irguió resistiendo el impulso de asomarse en la ventana. Sabía lo que no vería ni necesitaba contemplar para imaginar. El tiro de caballos sería mayor de lo habitual, seis en lugar de los dos o cuatro de máximo en un coche normal. También estaría sobredimensionado el tamaño del carruaje, acorde con el número de animales y el volumen de baúles que cargaría sobre el techo de la cabina.

Oyó que alguno de sus lacayos anunciaba desde el pasillo la llegada de la visita. Como él mismo, sus empleados conocían sin tener que verlo a quién debían esperar cuando abrieran la puerta de entrada.

Lentamente, Marcos se incorporó y salió para recibir a la marquesa viuda de Monteferro, su madre.

No necesitó ver a la mujer para imaginarla descendiendo del carruaje mientras arrugaba la nariz mirando en todas direcciones, como si sus cuidados jardines fueran campos de coles y sus lacayos meros vagabundos pidiendo limosna a sus pies. Susana no le dirigiría la palabra a nadie, simplemente señalaría sus equipajes y caminaría regia hacia la entrada, esperando que alguien, adelantándose a sus deseos, le abriera cada una de las puertas en su camino, franqueándole la entrada a la casa.

Durante el camino se retiraría cada guante y el sombrero, dejándolos caer a su derecha, en el convencimiento de que habría una mano dispuesta a evitar que sus caras posesiones tocaran el suelo.

Llevaría un vestido negro. Un luto repleto de encajes sevillanos y pedrería, dignos de una reina.

—¡Tú, joven! Llama a mi hijo, el señor marqués.

—No deberías llamar joven a Huan, madre. Ya te he dicho que apenas es diez años menor que tú. —Marcos, parado en el vano de la puerta, se apoyaba sobre la pared con una rodilla doblada y los brazos cruzados al frente mientras hablaba.

—Sabes que soy incapaz de distinguir la edad en un rostro tan, tan, mmm... —Marcos la podía imaginar con la boca formando una mueca mientras hablaba—. Tan exótico —acabó por fin.

—Él debe de pensar lo mismo de ti, madre, no te apures.

—Dame la bienvenida como corresponde y deja de reñirme. El hombre no debería ofenderse por llamarlo joven, más bien agradecerlo.

—Bienvenida, madre. —Marcos caminó hasta abrazar a la mujer. Sabiendo de antemano que sufriría una lluvia de besos de más de dos minutos.

A pesar de su forma de ser, era consciente de que ella lo amaba y lo idolatraba por encima del resto de sus hijos. Si no por otra cosa, al menos porque le recordaba al único amor de su vida.

—¡Ay, mi niño bonito! —habló mientras todavía lo apretaba por el abdomen—. Dime, hijo, ¿cómo has estado este tiempo sin mí? Seguro que esta casa necesita de nuevo mi presencia, todas esas criadas tuyas no sirven para mucho sin una mano dura. Y, ¡mírate!, tienes el rostro como el de un jornalero de nuevo. Olvidaste llevar sombrero, ¿verdad? Y has adelgazado, te dije que cambiaras de cocinera, pero seguro que no me hiciste caso, ¿no es así? ¿Y te has enfriado?, ¿no es cierto? Las ojeras no me engañan nunca, y tu voz suena rasposa, ¿has salido de nuevo con lluvia? —El hombre esperó pacientemente a que soltara toda la serie de preguntas recurrentes, sabía perfectamente que su madre no esperaba en realidad ninguna respuesta—. Y, dime, por todo lo más sagrado, que las noticias son un error, mi niño.

¡Ah!, por fin la única cuestión a la que su madre buscaba respuesta. Marcos suspiró y movió la cabeza buscando la forma de desprenderse de su presa. Necesitaba espacio para la discusión que vendría.

—El error está plantado en el hall, señora marquesa.

El hombre notó los pasos de Ely un segundo antes de que esta hablara en voz alta. Estaba claro que ya empezaba la función. Cambiando de opinión, Marcos intentó retener a su madre manteniéndola de espaldas a Ely.

—Bienvenida a nuestro hogar, marquesa, ¿no me vas a presentar a mamá, querido?

—¡Jesús bendito! —La mujer no pudo contener la impresión cuando se giró para contemplar a la muchacha—. Creo que en estos momentos no lamentas ser ciego, hijo.

—Se equivoca, marquesa —apuntilló a su vez Ely—. Apostaría mi cuello a que lo que en este momento lamenta su hijo es no ser sordo.

—¡Por los cielos, hijo!, de todos los disparates que puede cometer un ciego... —terminó por pinchar doña Susana, mirándola con las cejas levantadas.

—¡Ely! ¡Madreee...! —Marcos comenzó a hablar, pero no hizo más que alargar la e, mientras ambas mujeres aguardaban en silencio esperando que se postulara por alguna de ellas. Finalmente recuperó la cordura—. Bien, señora marquesa, señora marquesa —terminó por fin, inclinándose en dirección a donde suponía que se encontraba cada una—. Ni es esta mi lucha ni dejaré que lo sea. Buenas tardes.

Y diciendo aquello, se dirigió escaleras arriba.

—¡No te había tomado por cobarde! —rumió Susana.

—¡Gallina! —espetó Ely a la vez.

Ambas frases las hicieron girarse una hacia otra. Ely contempló a la mujer a menos de un metro de distancia. De cerca, el vestido de la marquesa era aún más impresionante, haciéndola mucho más consciente de su vestido de algodón marrón pardo. Al menos tres capas de encaje finamente decorado con cuentas de azabache adornaban a la mujer. No vio mucho de Marcos en el rostro de la madre, salvo el gesto de repulsa que últimamente utilizaba cuando se cruzaban. Era muy hermosa, aunque debía de estar por encima de los cincuenta, si tenía en cuenta que él era el más pequeño de cinco hijos. Una mujer guapa, pero de una belleza fría, presidida por una boca que parecía lucir una mueca de desprecio perpetua.

Ely inclinó la cabeza e hizo un gesto de reconocimiento, intentando esconder en la espalda las mangas raídas de su vestido. Permaneció estática, soportando el escrutinio silencioso a la que la sometió, claramente consciente de lo que le pasaría por la cabeza a esa mujer, a esa madre.

—Bueno, joven —dijo al fin la mujer—. Me había preparado para esperar cualquier cosa, pero confieso que me ha dejado sin palabras.

Luego, la dejó plantada en el hall.

Maldita fuera su estampa. Podía soportar el asco, el odio o la indiferencia. Pero aquella mujer la había mirado con pena. Y contra eso, a pesar de llevar

tantos años intentándolo, aún no había aprendido a luchar.

Si algo habría que olvidar de aquel día, seguro fue la cena, que resultó más desastrosa de lo que Marcos hubiera pensado. Parecía que ni su madre ni su esposa tenían intención de callar, o al menos disimular, todo lo que se les pasaba por la cabeza. La marquesa interrogó a Marcos sobre al menos una docena de jovencitas, todas ellas «hermosísimas, inteligentes y agradables», según la mujer no tuvo empacho en señalar. Por supuesto todas solteras y enamoradísimas del señor de la casa.

Preguntó a Ely sobre sus dotes con el piano y la pintura, y cuando ella respondió que prefería el canto, desvió el tema hacia el bordado y la costura, suspirando antes de agregar:

—Es evidente que el bordado no es lo tuyo, querida, aunque veo que remiendas sorprendentemente bien, y eso a pesar de la mala calidad del tejido que usas —añadió elevando las cejas—. Una verdadera labor digna de una magnífica mucama.

Ely se agitó en su silla, y hasta juraría que Marcos también lo hizo. Con disimulo, ajustó las faldas de su vestido bajo la mesa, tocando de forma mecánica el roto en forma de siete que había zurcido esa misma tarde. Respiró lentamente, ya sabía que aquel detalle no le pasaría por alto a su suegra, aunque había fantaseado con que no lo sacara a relucir de forma tan poco elegante. Tragó saliva, dispuesta al enfrentamiento dialéctico, aunque la ira que sentía le impidió levantar la vista del plato y del filete que cortaba con precisión de cirujano.

—No me extraña que se sorprenda, señora, ya suponía que usted no ha dado una puntada útil en su vida —se oyó decir Ely antes de poder sujetar su genio.

Si le hubieran preguntado, Marcos hubiera jurado que su madre había gruñido. Aunque su oído siempre había sido de una finura exquisita, últimamente lo sentía demasiado embotado para afirmarlo de forma categórica. Lo que no le cupo duda es que la mujer soltó los cubiertos de manera poco delicada sobre la fina porcelana de su vajilla.

—¿Me estás llamando...? —No hizo falta que terminara la frase.

Inútil.

El adjetivo flotó en el ambiente durante unos segundos.

Que recordara, nadie, absolutamente nadie, había insultado a su madre de forma más clara.

Por unos instantes dio la impresión de que la mujer mantenía a duras penas las formas. Unas formas que, Marcos sabía perfectamente, eran pura fachada.

—No, no tengo necesidad de dar ni una sola puntada o cualquier otro acto que lleve a un trabajo manual útil. Ni la he tenido en toda mi vida. No como...

—Creo, madre, que mi esposa se ha expresado mal. —Marcos decidió que deseaba cenar tranquilo lo que quedaba hasta levantarse de la mesa, girándose hacia Ely le dedicó una sonrisa forzada—. ¿No es cierto, Ely?

En el lenguaje de las insinuaciones, aquello significaba claramente «Cierra el pico».

—¿Me he expresado mal? —inquirió con voz afectuosa la aludida—. Lo lamento. Está claro que no puedo expresarme en tu presencia con un lenguaje demasiado elaborado. —Girándose hacia él, se acercó hasta rozarle la mejilla con la yema de los dedos de una mano, y entonces habló pronunciando cada sílaba por separado—. He dicho que tu madre es in-ca-paz de ha-cer na-da útil.

—Ely...

—Bueno, bueno, querido, no esfuerces esa preciosa cabecita intentando entender la frase, al fin y al cabo, tu madre seguro que la ha captado de inmediato. Aunque... —continuó con un exagerado tono de duda— igual estoy equivocada, he oído decir que las últimas investigaciones afirman que la inteligencia se hereda.

Marcos se agitó preparado para contestar en el momento justo en el que alguien entró en la sala para servir el segundo plato. Cansado de que sus sirvientes los oyeran discutir, mantuvo la boca cerrada a la espera de una mayor intimidad.

Entonces ella le tomó la mano, que él había dejado caer sobre la mesa en un intento de no romper ningún cubierto, dándole unas palmaditas condescendientes.

—No te molestes, mi amor —lo consoló—. Compensas tu poco ingenio con un aspecto que quita la respiración. Además, eres todo un marqués, nadie podría echarte en cara que seas de escaso intelecto con semejante pedigrí.

Marcos retiró la mano para no ceder al deseo de unirla a la otra y ahogar a aquella deslenguada. Varias respuestas ingeniosas acudieron a su mente, pero

justo en el instante en que se disponía a azotar a la mujer con su conocida facilidad de palabra, la aguda carcajada de su madre lo hizo girar hacia el otro extremo de la mesa.

—Ciertamente, hijo, jamás había conocido a nadie capaz de convertirte en un ciego totalmente mudo, y en solo un mes —añadió—. Al menos mis nietos no serán demasiado tontos.

Tres días después, el ambiente de la casa casi se podía cortar. A Susana, cada vez que se cruzaba con la nueva señora Benedetti, se le encogía el estómago y procuraba desviar la vista. La mujer odiaba ese gesto de debilidad, siempre había presumido de afrontar los retos y problemas de cara. Pero en este caso el esfuerzo no compensaba la victoria.

Pero, aunque no la enfrentara cara a cara, la mujer no perdía la más mínima ocasión para clavarle los afilados dientes y azotarla con indirectas realmente muy directas. Pronto comprendió que la joven mujer de su hijo no era un ser tan simple como hubiera deseado. La muchacha esquivaba cada saeta con simple silencio, o una frase lapidaria que no acertaba a rebatir en la mayoría de las ocasiones.

Estaba claro que sus hijos no habían buscado meros floreros para adornar sus casas. Si María, la mujer de su hijo mayor, era terca y salvaje como una gata callejera, Ely se podría comparar con una sibilina víbora, escondida en un rincón oscuro a la espera de caer sobre su víctima sin apenas hacer un ruido.

Ante la imposibilidad de conseguir que Ely abandonara su silencio y respondiera a cada una de sus puyas, se había dedicado a fustigar y criticar con sus modos a todos y cada uno de los empleados de la casa.

Trato especial recibieron la cocinera y Huan, a los que acababa culpando de los mínimos errores que cometían el resto de criados.

Ely entró en la sala de costura el quinto día de refriega. Comprobó que la mujer estaba allí, y aunque su instinto le gritó que la evitara, estaba cansada de ese juego del ratón y el gato. Especialmente porque, por una vez, ella era el asustado roedor. Y eso no podía dejar que su suegra lo notara.

—Ely, muchacha, ¿dónde está mi hijo? —preguntó, sin apenas mover la vista del caballete en el que apoyaba el esbozo de jarrón que estaba dibujando

a acuarela.

—Posiblemente en el lugar más alejado de esta habitación, como supongo ya sabe desde que llegó a esta casa.

Ely giró la vista hacia el fondo de la habitación, y no pudo contener el gesto de irritación. En los pocos días que llevaba allí, su suegra había transformado al menos cinco estancias, cambiando muebles de un lugar a otro y retirando las cortinas para colgar otras que había traído consigo. Sus sirvientes apenas descansaban lo suficiente para llevarse algo a la boca y dormir unas horas antes de que aquella arpía los levantara al despuntar el día con nuevas órdenes. En la mayoría de los casos los obligaba a volver a recolocar aquello que ella misma les había hecho mover horas antes.

—Veo que ha vuelto a cambiar las cortinas de su casa, señora.

—Lo hago todos los años. —Mientras hablaba, la mujer mantenía la vista sobre el rudimentario bodegón que se empeñaba en copiar, evitando el contacto visual con Ely, dejándole claro que su ocupación era mucho más importante que la conversación que mantenían—. No soy capaz de ver el mismo diseño más de una temporada seguida, además de que es una demostración de poca elegancia vestir una habitación con telas pasadas de moda.

—Por lo que deduzco, piensa que su hijo es poco elegante, y en conclusión yo misma.

—No sé a qué te refieres. Nunca he hablado de tu evidente falta de gusto o poca elegancia, que yo recuerde, al menos.

—Pues levante el rostro de esa naturaleza muerta y gírelo hacia esa otra monstruosidad de color borgoña que ha ordenado colocar en esta sala, doña Susana. Supongo que después de haber sido retirada de su casa por ser de poco gusto para sus cánones.

—¿Tienes idea de lo que vale ese tejido? —El tono daba a entender que era improbable que la respuesta fuera afirmativa—. No, supongo que alguien que se atreve a vestir como una harapienta no es capaz de distinguir algo tan fino y delicado. Tendrías que agradecer al cielo que yo esté aquí para evitar que esta casa acabe siendo un establo.

—Debería volver a su casa, señora. —Cansada de seguir fingiendo un mínimo de cortesía, la voz de Ely atravesó la sala de costura mientras enfocaba la vista sobre el lienzo que Susana castigaba con borrones de acuarela. —Estoy segura de que allí la inspiración le permitirá mejorar sus

escasas habilidades pictóricas.

—No sueñes que vas a ganar. Él no te querrá jamás, supongo que lo tienes claro, y ni siquiera tendrás el consuelo de los hijos. ¿Te ha dicho ya que no piensa ser padre? —La sonrisa de Susana se amplió cuando comprobó que la noticia era nueva para la muchacha—. Veo que no te lo ha contado. Su ceguera es hereditaria, por nada del mundo tendría un hijo conscientemente, y olvídate de engañarlo para quedar encinta, no te lo perdonaría. Ya ves, no hay nada para ti en esta familia, no serás nunca para él más que una molestia. En cambio, esta es, ha sido y será siempre mi casa. ¿Crees que puedes echarme de aquí así como así?

—Puede estar segura de que, si supiera la forma de echarla siguiendo mis deseos, ese culo respingón suyo ya estaría camino de Madrid.

—¡Oh! —Los dos pinceles que sujetaba en las manos pasaron a una pulgada escasa del rostro de Ely—. Eres horrible, y no es ninguna metáfora, maldita vagabunda.

—Ni pretendo negarlo, como otras —contestó Ely mientras recogía los pinceles del suelo para depositarlos en la mesa que ocupaba el centro de la habitación—. Yo, al contrario de usted, reflejo en mi rostro lo que soy realmente.

—No eres más que una amargada envidiosa.

—Totalmente de acuerdo, señora. Pero esta amargada tiene al hombre que ha deseado desde hace diez años, y no lo va a soltar. Ni siquiera para devolvérselo a su madre.

—Parece que por fin habéis descubierto entretenimientos comunes. —La voz dura de Marcos hizo que ambas mujeres retuvieran la frase que estaban a punto de decir.

Ely no se giró, solo lamentó la mala suerte y el propio carácter irreflexivo que la había impulsado a confesar aquello. Él se estaría retorciendo de asco y satisfacción sabiendo lo que ella sentía de forma tan patética.

—Me marchó, hijo —acabó por sentenciar Susana, rompiendo el molesto silencio que se había instalado entre los tres—. Está claro que mi presencia aquí no es deseada, aunque no dudo que sea totalmente necesaria. Es un hecho conocido que no se puede prestar ayuda a aquel que no desea aceptarla de buen grado.

Marcos permaneció erguido junto a la puerta de la salita por la que acababa de aparecer. Sabía que su madre estaría allí contemplándolo, esperando que

rebatiera sus afirmaciones e intentara convencerla de permanecer en la casa y acabar con sus diferencias con Ely. Y conocía casi palabra por palabra las frases que saldrían de su boca después de eso.

No dijo nada, el silencio se mantuvo durante los siguientes dos minutos. Normalmente discutía cada punto de vista con ella. Al contrario de su hermano Carlos, jamás había aprendido a mantener la boca cerrada en ninguna circunstancia. Mucho menos con su progenitora, a la que siempre gustaba llevar la contraria, aunque finalmente acabara dando por imposible y obedeciendo, en parte porque la quería mucho más de lo que era capaz de explicarse a sí mismo.

Pero esa tarde era distinta.

El insufrible ataque de migrañas que lo asaltaba desde que Ely había llegado a la casa había pasado a ser casi constante, haciendo que la sangre en las sienas le golpeará como el agua en una cascada. En un continuo aporreamiento a la altura de los ojos.

—¿No tienes nada que decir? —oyó decir a la marquesa viuda.

—Nunca escuchas lo que te digo. ¿Para qué quieres que hable?

—Eso es muy injusto por tu parte. —La voz sonaba afectada. Y Marcos casi tuvo el instinto de acercarse a la mujer y tomar sus manos antes de pedir perdón por sus palabras.

Casi.

En lugar de ello, permaneció callado, solo se limitó a elevar la mano derecha hasta la frente, en un intento vano de hacer descender la presión en su cabeza.

—Bien, hijo. Ni tú ni tu mujercita me vais a hacer perder ni un minuto más de tiempo. No sé qué ha hecho esta arpía para obligarte a esta boda, ni entiendo cómo te has dejado doblegar y engañar de semejante manera. Y no me intentes convencer de que es amor. Aunque no puedas verla sé que sabes cómo es, y nadie en este mundo se sentiría atraído por un ser así.

—Lo que hay entre Ely y yo se queda entre nosotros, madre. No te he pedido ni deseo tu opinión.

—Pero si al menos fuera buena y cariñosa...

—¡Imposible! —La risa ronca del hombre resonó en la sala y en el pasillo —. Eso sería como esperar que una serpiente diera calor, madre.

Diciendo eso, el hombre se internó en la habitación pasando junto a Ely y golpeando su falda con el extremo de su bastón, como si solo se tratara de un

mueble mal colocado en la estancia.

Ely no lo había ordenado. O quiso creer que no lo había hecho. Aunque le fue imposible sujetar su pierna, tanto como la carcajada que a punto estuvo de salir de su boca cuando Marcos calló de bruces sobre la alfombra, propiciado por la pierna que ella había adelantado a su paso.

—Deberías cuidar mejor por dónde caminas, querido. En esta casa hay resbalosas serpientes por todos los rincones —agregó la muchacha abandonando la habitación ante el gesto de sorpresa de ambos.

Capítulo 6

La carta apareció en la bandeja de la entrada tres días después de que su suegra se hubiera marchado de la casa, colocada sobre la abundante correspondencia dirigida a Marcos. Ely contempló el sobre cerrado, y la dirección con su propio nombre escrita con una letra desconocida. Hacía mucho tiempo que nadie escribía su verdadero nombre sin traducir, solo su padre se empeñaba en llamarla así, un nombre con el que la había bautizado, pese a las reticencias de su esposa, en honor de la abuela paterna de Ely, de origen londinense. Tampoco estaba acostumbrada a la coletilla de marquesa de Monteferro, por lo que le costó unos segundos comprender que aquella carta estaba realmente dirigida a ella.

No es necesario añadir que no era habitual para Ely recibir correspondencia, casi nadie le escribía ningún tipo de misiva.

Aunque puede que algún día la gente elegante de Madrid se olvidara de su apariencia y empezaran a aparecer cientos de invitaciones a su nombre. O tal vez contara con una legión de amigas con las que intercambiar correspondencia. También algún día puede que los burros volaran.

La muchacha torció el gesto con ironía antes sus pensamientos. Ni siquiera su propia madre le había dirigido una mísera línea desde la boda. No es que echara de menos a la mujer, ni la apenaba la ausencia de noticias de su triste familia. Pero no hubiera estado de más una carta de disimulado amor materno, Cristina sabía bien disfrazar sus sentimientos hasta parecer una persona dulce y preocupada por los suyos, y a veces empleaba sus dotes de actriz en ese sentido.

Alargando la mano, tomó el sobre cerrado. Giró para ver el remitente, encontrándose con un reverso totalmente vacío. Fuera quien fuera el autor de la misiva, no quería ser reconocido, salvo por el destinatario de la misma.

—¿Sabes quién ha traído esta carta? —preguntó a Mohana, que en ese momento caminaba hacia ella desde las cocinas.

—No, niña. La han traído después de que llegara el correo ordinario. Si lo deseas, preguntaré a las muchachas quién abrió la puerta. Yo oí llamar, y luego alguien le comentó a doña Teresa que un muchacho trajo algo para ti, todos se sorprendieron, ya sabes que no suele ser muy habitual.

—Di más bien que nadie me escribe nunca, Mohana. No es necesario enlucir la verdad.

—No conoces a mucha gente aún. Llevas pocos meses en Madrid, y mucho menos en esta zona, es normal que...

—No me gusta que me protejas, Moha, cada vez te pareces más a Bashi, y yo no soy ya ninguna niña desvalida.

—Para mí siempre serás mi niña, y nunca olvidaré lo que te hice.

—Tonterías, Moha, ya hemos hablado mil veces sobre esto y no quiero volver a oírte decir nada sobre eso. Fueron muchos los errores cometidos en Marruecos, pero ninguno fue tu culpa.

—Solo si hubiera sospechado que aquel sacrificio iba a ser totalmente inútil, yo...

—Tsee —Ely tomó a la mujer por el hombro mientras la hacía callar, los dedos de la muchacha apretaron con suavidad los frágiles huesos de la anciana, intentando transmitirle la serenidad que ella misma perdía cada vez que recordaba aquellos momentos. Tragando saliva, se esforzó en hacer que las palabras surgieran de su boca, ocultando la rabia que en realidad bullía dentro de ella—. Yo te rogué, te supliqué que hicieras algo para sacarme de allí, solamente me obedeciste, siguiendo las instrucciones de mi propia madre. Ya casi he olvidado aquello, no me hagas recordarlo de nuevo —mintió.

—Mi dulce y hermosa niña —la mujer habló alargando la mano hasta posarla en la mejilla de la muchacha. Los dedos, huesudos y ásperos, rozaron la piel durante unos segundos, antes de volver la vista hasta enfrentar la mirada de Ely.

—Al menos yo sigo aquí, quizás no soy consciente de lo que te debo, Mohana.

Diciendo esas palabras, Ely se separó de la vieja criada para dirigirse a la biblioteca. Siempre tenía esa sensación de impotencia cuando la anciana recordaba aquellos días. Debía reconocer que durante casi un año la odió por

lo que le hizo, hasta que sorprendió a su madre confesándole a su difunto padre que había sido idea suya, y que la pobre mujer solo se vio obligada por las circunstancias, en el convencimiento de que evitaba un mal mayor. Agitando la cabeza, fue incapaz de reprimir el gesto de rozar su mejilla izquierda, resbalando los dedos desde debajo del párpado hasta la mitad del pecho derecho. Recordaba vívidamente cada uno de los pinchazos, cada punzada de dolor en su piel inmaculada de niña.

Algún día alguien pagaría por todo ese sufrimiento, por cada lágrima vertida, por cada gota de sangre derramada por ella.

No necesitó hacer mucha fuerza con los dedos para abrir la carta, la ira le dio de sobra para abrir mil misivas. Con lentitud sacó la única hoja de papel del interior. La letra, idéntica a la del sobre, era fina e inclinada, ausente de florituras, aunque elegante, y tardó casi cinco minutos en digerir los escasos dos párrafos escritos.

Luego, despacio, caminó hasta la ventana para volver a revisarla mucho más lentamente. Apoyada sobre el alfeizar, llevó un puño a la boca, tratando de sofocar el sollozo que a punto estuvo de partir de su garganta. Sintió que las piernas le fallaban, y buscó un lugar próximo donde sentarse. Muy poco a poco, dejó que su cuerpo se inclinara sobre el sillón tapizado en piel de vaca que estaba a unos pasos. La blandura del relleno la rodeó, abrazándola como un triste amante.

Media hora después, aún con el papel sobre su regazo, Ely comenzó a respirar de nuevo con normalidad. La noticia que llevaba buscando casi una década había llegado a sus manos. Ella estaba en Madrid, la búsqueda parecía haber llegado a su fin. Ahora, Ely, solo tenía que hacer lo posible para que Bel siguiera siendo invisible para el resto del mundo. Traerla a su casa y ocultarla de todo aquello que las había tratado a ambas tan cruelmente, protegerla. Con renovadas fuerzas y esperanza, caminó hasta el escritorio y tomó papel y tinta, dispuesta a devolver todo lo que un día quitó, y hacer que el destino tomara el camino que nunca debió haber abandonado.

Ely se sabía desagradable y muy brusca, y ciertamente no pretendía corregir ese carácter. Menos aún en esa casa en la que todos parecían conocer el desprecio no velado que el marqués profesaba a su reciente esposa. Para encontrarla, a Huan le bastaba con seguir el sonido de sus gruñidos y riñas a

las criadas. Todas parecían ratones asustados cuando ella se hallaba cerca.

El hombre se preguntaba por qué no intentaba cambiar aquella forma de comportarse. El caso es que, no sabría decir en base a qué, porque era evidente que la actitud hosca de la joven marquesa no daba lugar a mucha duda, creía en el fondo que aquella no era más que la actuación de alguien a quien el mundo ha arrinconado hasta convertirla en una fiera acorralada, que solo sabe dar zarpazos a todo el que se acerca.

Estaba claro que era el único capaz de ver algo bueno en aquella mujer. Por fortuna, aunque él había estado delante del cura en el momento de la boda, ella llevaba el apellido del marqués.

Siguiendo el sonido de su voz, y la fila de criadas asustadas que salían en la dirección contraria, el hombre encontró a la marquesa en uno de los salones que daban al jardín trasero.

—¿Me ha llamado la señora? —preguntó desde la puerta.

—¡Por fin alguien que no tengo que cazar antes de hablar con él! —oyó renegar a la mujer mientras se aproximaba hasta donde ella se encontraba, junto a las puertas abiertas que daban al jardín—. ¿Siempre han sido los criados de esta casa tan reacios a hablar con la marquesa? Y no ofenda mi inteligencia afirmando que es mi carácter agrio el que los aleja, conozco de sobra a mi suegra, y hasta diría que todos ustedes han ganado con mi presencia aquí.

—Ninguno de sus empleados trata de ofenderla, señora.

—Huan, no pretenda hacer ver que invento cosas. La inteligencia es una de las pocas cosas que heredé de mis padres. Aunque a ellos ciertamente les ha valido de poco. —Mientras hablaba, la mujer se sentó en una de las sillas del salón—. Voy a prescindir de la señora Teresa como gobernanta.

—¡Pero la mujer lleva cincuenta años sirviendo en esta casa! No puede echarla. —Huan, todavía de pie, se aproximó hasta situarse a un palmo de Ely. Desde esa posición, la mujer tuvo que elevar el rostro para contemplar la cara del hombre.

Sonrió ante el gesto de claro intento de intimidación de su empleado.

—¡No voy a echar a nadie, demonios! —Ely habló, recuperando la verticalidad, y haciendo que sus ojos se enfrentaran con los de Huan directamente a la misma altura. — ¡Qué manía les ha dado a todos por pensar que disfruto mandando gente a la miseria!

—¿Y no lo hace?

La risa de Ely atronó en la sala, una risa espontánea por la ironía de las palabras del hombre.

—Muchísimo —afirmó cuando recuperó el aliento—. Pero quizás la mujer sea útil para guiar a la persona que quiero que la sustituya. Al fin y al cabo, conoce esta casa desde hace medio siglo, y su cabeza funciona perfectamente, no sería inteligente por mi parte desperdiciar tanto valor —acabó con una sonrisa ladeada.

—¿Y cuándo llegará esa mujer?

—¡Ay, señora!, ¡señor! Vengan rápido. Algo le ocurre al marqués. —Marta gritaba en ese momento, entrando como una loca en la habitación con las manos sujetando su propia cara.

—¿Qué? —atinó a decir Huan.

—He entrado en su cuarto para limpiar y sigue acostado. No me responde cuando lo llamo y está muy caliente, señor. Y sudado como si estuviera recién bañado.

Antes de dejar que la muchacha siguiera explicándose, y sin que tuvieran que intercambiar ni una palabra, Ely y Huan salieron corriendo en dirección al dormitorio del marqués.

Ambos se aproximaron con lentitud hacia la cama. La habitación había permanecido cerrada muchas horas seguidas, y era evidente el olor a enfermedad que flotaba en ella. Ninguno dijo nada mientras caminaban hasta situarse a ambos lados del lecho. La sorpresa por lo que encontrarían se transformó en consternación al ver la postura, poco natural, en la que se encontraba el cuerpo del hombre. Estaba bocarriba, y uno de sus brazos caía lacio hacia el suelo, mientras que la pierna izquierda permanecía doblada hacia atrás, en una postura demasiado incómoda para estar durmiendo. Estaba desnudo, aunque eso no sorprendió a Huan, su señor nunca utilizaba camisa para dormir.

El hombre se inclinó, y notó rápidamente los círculos rojos alrededor de sus ojos. Estaba muy pálido, nada parecía quedar del color bronceado que solía lucir el marqués. Alargó la mano para apartarle los cabellos de la frente, húmedos y pegados sobre ella, y quedó tenso. Estaba muy caliente.

Huan levantó el rostro para enfrentar la mirada de Ely. No tuvo que decir nada, ella misma estaba tocando el cuello del hombre, comprobando la temperatura desde el otro lado de la cama. La mujer se giró hacia la puerta, pareció ir a gritar, posiblemente llamando a alguna de las criadas, pero

ningún sonido salió de su garganta. Lo consideró un instante y desistió de su primera intención, volviendo el rostro hacia Huan.

—Hay que llamar a un médico. Pero antes vamos a hacer que baje esta calentura, o podemos perderlo en el camino —dijo de forma sucinta. Apenas revelando si la situación del hombre le producía el más mínimo pesar. Con pasos largos se dirigió hacia la enorme cajonera que ocupaba casi la totalidad de la pared más alejada de la cama.

—Vamos a necesitar la ayuda de uno de los sirvientes. No podemos moverlo nosotros solos —aclaró Huan.

—Lo sé. Bajaré inmediatamente a buscar un par de hombres y a pedir que llenen la bañera de esta habitación con agua fría. También mandaré llamar al doctor cuanto antes. Colóquele paños húmedos mientras. —A la vez que hablaba, las manos de Ely se movían, sacando trozos de paños de los cajones que iba abriendo, toallas que ofreció a Huan para que las humedeciera—. Debe de haber agua en la jarra de la palangana. Úsela.

Con esas palabras, la mujer abandonó la habitación.

Ely bajó despacio, no porque no tuviera el corazón acelerado. Hubiera querido poder estar en el lugar de Marcos, si eso fuera posible, pocas vidas había más preciadas para ella. En su corta existencia únicamente había querido realmente a dos personas: su hermana Bel y el hombre que en ese momento había dejado yaciendo febril en la cama. Parecía que el destino jugaba a golpearla de nuevo. Era consciente de que no era nada para Marcos, y eso no iba a cambiar, a juzgar por los hechos del último mes. Pero saber que él estaba cerca de ella la mantenía respirando cada día. Fue duro llegar a esa triste conclusión justo en ese momento. Amaba al hombre con el que se había casado, y él, en cambio, la odiaba y despreciaba profundamente.

Un ruido sobresaltó a Ely. Abrió los ojos y le costó unos segundos darse cuenta de dónde estaba. El dormitorio de Marcos no le era nada familiar. A duras penas recordaba haber entrado en él en solo dos ocasiones antes de esa misma tarde. Una de ellas cuando doña Teresa le mostró la casa; la segunda, corriendo detrás de Sultán, en un intento vano de recuperar uno de sus guantes de paseo. No tuvo éxito, y el gato lo devolvió a su almohada dos días después, roto y raído, como todo lo que le llevaba. Al menos en este caso el presente no apestaba a animal muerto.

El cuarto permanecía en penumbras, solo unos hilos de luz se colaban por las contraventanas, cerradas a pesar de haber amanecido hacía unas horas. Entonces se acordó de Marcos. Llevaba varias horas sentada en la misma butaca cuando, al parecer, el cansancio la había vencido por fin. No recordaba haberse quedado dormida, pero la luz que empezaba a clarear le habló de las horas que habían pasado desde que entró en la alcoba. Le costó varios minutos convencer a Huan de que se marchara, de que era ella la que debía ocupar el lugar frente al enfermo. Finalmente tuvo que acudir a su lado más desagradable para hacerse obedecer. El oriental había salido murmurando, lo que supuso eran maldiciones, en su propio idioma.

Ely estiró y masajéó cada una de sus doloridas articulaciones antes de que estas por fin obedecieran las órdenes de su cerebro, tendría que buscar algún catre u otro mueble con algo más de tendencia a la horizontalidad si pretendía seguir velando al enfermo. Y estaba segura de que nadie sobre la Tierra la obligaría a salir de allí.

La mujer se acercó hacia el lecho, con el fin único de comprobar que el hombre sobre él seguía respirando. Con un suspiro de tranquilidad, observó cómo su pecho continuaba subiendo y bajando.

El doctor le había parecido un hombre muy serio, también poco dado a la mentira o a suavizar la verdad. Estaba convencido de que aquello no era un simple enfriamiento. Algo estaba atacando a Marcos, y solo cabía esperar, procurando mantener la temperatura corporal por debajo del punto letal, y rezar para que el organismo del joven expulsara por sí mismo la enfermedad. Tenía los pulmones y las vías altas afectados, y respiraba con mucha dificultad. Además, su temperatura seguía siendo elevada en ese momento, lo que era muy peligroso. Esa misma tarde les había costado mucho hacer que se enfriara, aun sumergiéndolo por completo en el agua más fría que habían encontrado.

Mientras seguía oyendo la respiración áspera del enfermo, Ely se entretuvo en contemplar la extraña cama, enorme y con aspecto oriental, repleta de intrincados diseños de figuras, cuadrados y círculos conformando el dosel, y fabricada en madera teñida de rojo y dorado. Marcos permanecía tumbado de espaldas, un largo cuerpo desnudo, cubierto a penas con una sábana hasta las caderas. Sin embargo, su aspecto, aun en su inconsciencia, bastaba para que ella se sonrojara. No pudo evitar la sensación de sentirse una fisgona, él nunca le hubiera permitido acercarse tanto a su persona estando despierto.

El cuerpo sobre el colchón se agitó.

—¡Huan! —La voz sonó demasiado débil. Obligando a Ely a acercarse casi hasta rozar su oreja con los labios del hombre.

—Soy Ely, Marcos.

—¡Por todos los diablos, aparta! —juró Marcos, haciendo que la mujer se retirara abruptamente, aunque la voz del hombre no era más que un susurro —. ¿Dónde está Huan?

Recuperada de la primera impresión, Ely volvió a reclinarse sobre el enfermo.

—Debes descansar. El médico ha dicho... —Él tuvo una especie de sobresalto al oír de nuevo su voz, retirándose de forma poco delicada de su lado.

—¡Huan! ¿Dónde demonios se ha metido ese hombre? —volvió a preguntar con un hilo de voz.

—Estás muy débil, yo le dije que...

—No te necesito aquí, trae a Huan, mujer.

Ignorando la punzada de indignación con que acogió sus palabras, Ely se irguió sobre sí misma.

—Soy yo, Ely, tu esposa y el médico ha dicho que...

—Sé perfectamente quien eres, puedo olerte a mucha distancia. Trae a Huan y vete. Solo quiero descansar hasta que mi cerebro y mis oídos vuelvan a funcionar. Pero si voy a morir, no quiero que tu voz de bruja sea lo último que oiga antes de ir al infierno.

A pesar de que sabía que era imposible, casi creyó que la estaba viendo realmente. Sus ojos parecían enfocarla, aunque perdidos a ratos en algún punto sobre su hombro izquierdo. Su aspecto enfermizo la hizo temblar unos segundos, tenía la piel pálida y el pelo le colgaba por encima de la cara en mechones húmedos.

—No me voy a marchar —se obligó a decir.

—No eres bienvenida y no hay nada para ti aquí. —La voz del hombre, apenas un silbido, estaba cargada de hiel—. Trae de vuelta a mi criado y márchate. Busca alguna de mis sirvientas sanas para maltratar, bruja.

Ely casi sonrió ante sus palabras. Ni siquiera moribundo era capaz de tolerar su presencia. Una sonrisa que dibujó una mueca torcida y cruel que, supuso, le iría perfectamente a su propio rostro maltratado.

Lástima que él no pudiera disfrutar de cómo sus palabras le atravesaban el

pecho con aquella punzada de dolor, tan segura estaba de lo odiada que era.

Antes de empezar a avergonzarse a sí misma con lágrimas inútiles, Ely alcanzó una de las almohadas que reposaban en el sillón, dónde lo había velado durante horas, y se la arrojó a la cara. Marcos, notando el movimiento del aire a su alrededor, se movió de forma mecánica, intentando evitar el golpe del objeto que sabía se le aproximaba, no antes de que le diera de lleno en el pecho. Los años de entrenamiento no fueron suficientes para compensar su estado debilitado. Ese conocimiento lo llenó de ira, más que el inofensivo golpe.

—Haz el favor de dirigirte a mí como señora Benedetti o marquesa, no admito que me tutees, desgraciada rata de alcantarilla —gruñó Ely con el ceño fruncido.

—¡Fuera! —Esta vez, su voz transmitía, si cabe, aún más ira y resentimiento.

Por un instante, se lo quedó mirando, enfrentando su mirada opaca. Luego retrocedió, abochornada por la humedad que empezó a germinar en sus ojos. La vergüenza aumentó exponencialmente cuando se giró para ver a Huan detenido en el marco de la puerta.

Haciendo acopio de todo el orgullo que había acumulado durante los últimos diez años, Ely tragó saliva, se irguió más allá de lo humanamente posible, y pestañeó apartando cualquier señal de debilidad mientras caminó hacia la salida. No pretendía hablar con el hombre allí parado, ni siquiera rozarlo al pasar junto a él. Intentó ignorar su presencia y la escena que acababa de ocurrir.

—Está lleno de demonios, señora. —Ely no pudo seguir caminando, la mano de Huan le aprisionaba el codo como una garra, mientras le hablaba muy próximo a su oído—. No solo es usted su enemigo.

—No, no soy su único enemigo, pero sí uno de los que quiere vencer a toda costa —susurró a su vez sobre el hombro de Huan—. Cuide de su señor, creo que necesito salir a montar en mi escoba antes de acabar por ahogarlo mientras duerme. ¿Y bien? ¿Me va a dejar pasar? —le preguntó observando la mano que todavía sujetaba su brazo—. ¿O va a insultarme usted también?

—La verdad, señora, no me creo capaz de añadir nada que supere a desgraciada rata de alcantarilla.

Aún con una sonrisa inoportuna en el gesto, Ely respiró aliviada en cuanto cerró la puerta dejando a ambos hombres dentro. De haberse quedado, se

habría portado como una auténtica bruja. Era la vieja rabia que siempre la atrapaba entre sus garras. Furia consigo misma, con la vida, con los absurdos giros del destino que lo habían devuelto a ella después de diez años. ¿De qué servía tenerlo tan cerca y no tenerlo en absoluto? No quería engañarse pensando que algo podría cambiar. Nunca fue suyo y lo supo desde el principio, ese honor habría pertenecido a alguien perfecto como Bel. Quizás era hora de aceptar la verdad.

La enfermedad de Marcos siguió prolongándose. Evolución previsible, lo había llamado el médico. La fiebre siguió acosando al hombre cada día durante una semana y cada vez, ellos lucharon contra ella con baños fríos y paños húmedos. Poco a poco dejó de comer y hablar, apenas les oía cuando entraban en la habitación. Ely siguió durmiendo todas las noches junto a él. Pero en cada ocasión, cuando un leve rastro de conciencia acudía al hombre, las únicas frases que salían de su boca eran para arrojarle insultos más y más descarnados e hirientes, como si su odio se fuera recalentando con el paso de los días y la enfermedad.

—¿La señora me mandó llamar? —Huan habló desde la entrada del despacho. Si se sorprendió al ver a la marquesa sentada en el escritorio dónde Marcos solía trabajar, no lo demostró. Habían pasado casi diez días desde que Marcos cayó enfermo, era normal que la señora Benedetti se ocupara de las finanzas y la correspondencia. Manteniendo el semblante pétreo, se acercó hacia la mesa.

—Siéntese, por favor. —Ely le señaló la silla frente a ella, valorando en silencio y con una sonrisa que el hombre no pusiera objeción alguna a su decisión de ocupar el despacho de su marido.

La muchacha llevaba dos días pensándolo. Había tenido la esperanza de que Marcos se recuperara pronto, pero aquello evidentemente no iba a suceder, la enfermedad ya duraba más de una semana.

—Pronto llegará la nueva gobernanta, yo me marcho a Madrid, Huan.

La boca del oriental se abrió desmesuradamente. Hubiera esperado cualquier noticia de los labios de aquella mujer, cualquier pregunta sobre las finanzas del marquesado, pero no aquello. Se marchaba, y él la había tomado por una mujer al menos luchadora e inteligente.

—Pero, señora, no creo que sea el mejor momento. Estando su marido tan

enfermo.

—Si hay alguien en este mundo que sepa que el marqués es tan marido mío como usted mismo, con meridiana claridad, es usted, Huan. No parece que mi presencia aquí sea ni deseada ni valorada, y no voy a permitir que ese hombre me insulte cada vez que me acerco a su lado. Es testigo de que he intentado comportarme como una buena esposa, y he soportado más desprecios de los que le he aguantado a nadie en toda mi vida. Además, cualquier cosa que yo diga será suficiente para que él se niegue a hacerla. Mi presencia y mis palabras solo hacen que se oponga a colaborar.

—Pero...

—Está decidido. Quiero que les hable a todos de la nueva gobernanta. Ella tendrá mi confianza absoluta y potestad para controlar lo que ocurra en esta casa, por supuesto quiero contar con su ayuda. Sé, por doña Teresa, que mi marido le había prometido unos meses de descanso para viajar a su país, le voy a pedir que lo aplace hasta que Marcos se recupere.

—Nunca pedí esas vacaciones, señora. Y nunca me marcharía dejando al señor enfermo. Pero ¿cree que esa mujer estará capacitada?

—Estoy segura de que tanto como yo. Además, todos nos ahorraremos oír parte del repertorio de insultos que tan bien conoce su señoría. Alguien desconocido y con la autoridad suficiente quizás pueda hacer que no se comporte como un niño caprichoso, y lo obligue a tomar algo de comida en los escasos periodos en los que tiene conciencia.

Hacía días que Ely tenía un nudo en el estómago, pero en ese momento la sensación era tan fuerte que creía que estaba a punto de vomitar. Que alguno de los criados que esperaban hieráticos en el amplio hall de la casa tuviera que acabar limpiándolo no sería una buena manera de anunciar su marcha. Todos aguardaban lo que tenía que comunicarles, aunque Huan se había encargado de adelantar la noticia de que pronto tendrían una nueva gobernanta para reemplazar a doña Teresa, sabía que la sorpresa que les causaría la llegada de la mujer se multiplicaría con su propia partida.

Todos, desde el primer mayordomo, doña Teresa, las tres doncellas, la cocinera y dos de los pinches estaban allí reunidos. Hasta el último chico de las caballerizas se encontraba presente, aguardando las palabras de la marquesa, y curiosos todos por conocer la identidad de la mujer que tomaría

las riendas de la casa.

Uno de los dos baúles, que habían acompañado a Ely a su llegada, aguardaba junto a la puerta, para ser enviado a Madrid en un coche que saldría esa misma mañana. Poco había de utilidad en él. Ely pensó en la sorpresa que les esperaba a sus empleados de la casa de Madrid cuando lo abrieran y encontraran su colección de ropa barata, remendada y pasada de moda. Si había suerte, algún salteador de caminos lo reclamaría para sí en algún cruce solitario. Debería advertir al cochero de que no presentara resistencia si tenía la fortuna de que ocurriera un suceso delictivo de ese tipo.

Solo quedaba presentar a la nueva gobernanta, pero Ely se había quedado callada, mientras reforzaba la resolución que había tomado hacía unos días. Finalmente, la mujer dio un paso al frente.

—Como supongo ya sabrán, me marchó hacia Madrid. Dentro de unos días llegará una mujer. Su nombre es señora Gil y vendrá para sustituir el trabajo de doña Teresa. Todos, sin excepción, harán lo que ella diga, sin discutir una palabra. Y especialmente espero que usted, doña Teresa, y el señor Huan colaboren con ella en todo lo que les pida.

—Pero, señora, si el marqués... —comenzó a decir una de las doncellas de más edad.

—A nadie se le escapa que mi marido no está en condiciones de ordenar nada. Ni lo estará en mucho tiempo. Solo Huan y la señora Gil decidirán lo que se hace y cuánto se le puede permitir al marqués. La prioridad es que se recupere totalmente, y eso será posible únicamente si seguimos las instrucciones del doctor, o lo que es lo mismo, lo que decida en cada momento la señora Gil.

—Creo que la señora marquesa debería tener en cuenta que...

—¿Está cuestionando mi autoridad y mi decisión? —Ely interrumpió las palabras de la cocinera, arrojando más templanza de la que tenía en ese instante. Realmente estaba más nerviosa de lo que podía permitirse. Mucho dependía de lo que sucediera en los próximos días. Si la marquesa se marchaba, debía asegurarse de que cada una de las personas que habitaba en la casa estuviera de acuerdo con su decisión y siguiera al pie de la letra sus instrucciones.

—No habrá ningún problema, señora. Yo me encargaré de que todos sigan las instrucciones de la señora Gil —se apresuró a asentir Huan.

Por fin, uno por uno, cada uno de los presentes reafirmó las palabras del

hombre de confianza del marqués. Ely enderezó los hombros e hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, pueden volver a sus quehaceres. —La mujer habló tan alto como el silencioso suspiro de nerviosismo reprimido que le atenazaba la garganta le permitió.

Capítulo 7

Madrid, finales de febrero de 1823

Ely caminaba por el centro de Madrid, con la cabeza y la cara cubiertas de nuevo. Y se odiaba por ese signo de debilidad.

Quería ser capaz de ser ella misma, de elevar el rostro y mirarlos de frente, cruzar la vista con todas aquellas personas que se encontraba a su paso, sin preocuparse por las miles de preguntas mudas. Deseaba poder vivir, tener lo que otros no valoraban, y luchar contra el profundo deseo de escapar de todo. Sabía que de nuevo era cobarde, que si pudiera se agazaparía sobre la plana vestimenta que lucía, agachándose para hacerse pequeña, una diminuta luciérnaga en todo ese mundo de luces que apenas había vislumbrado a través del ojo de una cerradura.

Pobre ilusa.

Pobre tonta y horrible Ely. No había nada para ella más allá del velo que cubría su rostro. Estaba marcada, señalada con la inicial de la vergüenza y el desprecio, grabada en su piel y en su alma. Y ni siquiera había sido capaz de ocultar esa verdad a un ciego.

La muchacha caminaba por el centro de la ciudad evocando los diez últimos años de su vida, esos años solitarios. Seguía siendo Ely, a pesar de que había cambiado su ropa vieja por vestidos caros y elegantes, aunque discretos. Sentía que la seguían mirando, igual que lo había sentido desde hacía años. Cuando, a pesar de las advertencias de su madre, ella insistió en salir a la calle sin cubrirse. Cuando todos se arremolinaron en torno a ella para comprobar que no era ni maquillaje ni una broma lo que había en su rostro.

Sentía que la seguían mirando, aunque el color de sus ropas se había ido

haciendo neutro con el tiempo: grises, marrones, pardos, en un intento inútil de hacerse invisible mimetizándose con el entorno. Los primeros años los pasó casi sumida en el silencio, mientras su pecho se habituaba al dolor. Todos le sonreían. Todos los integrantes de su pequeño mundo aislado.

Sonrisas falsas, encubriendo una mueca de tristeza, de pena por la pobre niña. Muecas que la hicieron mucho más consciente de su aspecto que su propio espejo. Tal vez nunca llegó a dejar que su mente indagara en aquello que sentía crecer en el pecho. La misma desazón que la había acompañado en su paso a ser mujer, elevada hasta el infinito en ese mismo instante.

Ese día, a solo dos manzanas de encontrarse con su pasado, atravesaba las concurridas calles, sumida en la nube que la impaciencia, el temor y el cansancio le provocaban. Acababa de descender del coche que la traía desde la casa de los marqueses de Monteferro en Madrid. Una hermosa casa, un hermoso carruaje, y una horrible marquesa.

Aceleró el paso dispuesta a recorrer los últimos pasos de incertidumbre. Necesitaba encontrarla, y desatar todos esos nudos que ella misma había elaborado hacía diez años. Enfrentarla, cara a cara, y devolverle cuanto le había quitado, la vida que siempre debió tener, la que ella le arrancó.

—No debe caminar como un militar, señora. Todo el mundo la mira. —La voz de Bashira la hizo frenar un poco mientras se giraba para contemplar a su acompañante.

—¿Todo el mundo? Nadie me puede reconocer, si me miran es por el pañuelo, aquí no es como en Cádiz, un musulmán les parece como un ser sacado de los cuentos.

—Ya le he dicho que no entiendo por qué se esconde, marquesa.

—¿Ahora voy a ser para ti señora y marquesa?

—No puedo llamarte Ely, no sería correcto.

—Lo incorrecto sería no tratarme como siempre lo has hecho. No he hecho nada para ganar ningún título, Bashi. Ni siquiera el de señora de nadie. No ofendas al cielo otorgándome lo que no merezco.

—Debí negarme a dejarte sola —murmuró la mujer, volviendo a tutearla—. No sé qué te ha ocurrido en esa casa, pero ese marido tuyo no se merece respirar si te ha hecho algún daño.

—¡Ay, mi fiel Bashi! Todo lo que me pasa me lo he merecido con creces, y lo sabes bien. No hay nada gratuito en mi vida. Ahora deja de sermonearme, no te he mandado llamar para eso. He de ver a ese hombre y

necesitaba alguien de confianza como acompañante. Ya sabes que Mohana se quedó en la sierra, no podía dejar sin cuidados al marqués estando tan enfermo.

—No te vuelvas, niña. La señora madre de tu esposo camina hacia aquí, con cuatro de sus amigas, esas tontas engreídas que siempre la rodean.

—¿Conoces a doña Susana?

—Todo Madrid conoce a doña Susana, y conoce lo que ha hablado de la mujer de su hijo menor. Siento decirte que hasta tu madre ha tenido que salir en tu defensa en varias ocasiones.

—Mi vida debe de haber caído en el pozo más profundo cuando hasta mi madre ha salido en mi defensa.

Ely dejó de hablar cuando se paró en el escaparate de una sombrerería. Más allá de los caros diseños cargados de plumas, observó su propio aspecto, reflejado sobre el cristal. Su vestido gris de corte clásico, con ligeras líneas verticales de color anaranjado. Un ropaje serio y aristocrático, si no fuera por el pañuelo que, como el de una mujer árabe, cubría su cabello y su rostro, dejando solo visibles los ojos. Por unos segundos se imaginó a sí misma sin él. Teniendo el valor de presentarse ante todos tal y como era.

Sin pensarlo mucho, retiró la prenda lentamente. La vanidad era un feo pecado, pensó mientras observaba su imagen en el cristal. Puede que fuera imperfecta, pero era alguien y era hora de que todos se atrevieran a mirarla tal como era realmente.

—¡Pero niña! ¿Qué haces?

—Tú misma me has preguntado por qué me escondo, y tienes razón. Solo hay una persona en este maldito mundo que no desearía que viera cómo soy, Bashi. Pero él ya lo ha hecho, y ni siquiera ha necesitado verme. No, no voy a volver a esconder lo que soy, y no voy a desviar el rostro nunca más, que lo haga quien le ofenda mirarme.

La muchacha habló mientras se giraba de nuevo hacia la acera, enfrentando al grupo de mujeres, comandado por su suegra, que caminaba en su dirección. Tal como había predicho, no fue ella la que giró el rostro al cruzarse, ni ella la que omitió un saludo de reconocimiento. Luego atravesó la calle, consciente de cada murmullo, cada gesto de asombro a su paso, hasta entrar en el local donde el hombre la esperaba. El hombre que, ahora estaba segura, venía a devolverle a su hermana Bel.

Era el mejor café de la plaza de España. Un lujo que su familia no se podía

permitir hacía muchos años, pero un regalo, quizás de los últimos, que se permitiría la riquísima marquesa de Monteferro. Irguiendo el torso atravesó el local sin hacer caso de la sorpresa que generaba a su paso. Supuso que, como todo, el tiempo acabaría por volverlo costumbre.

El hombre estaba al final del local, sentado junto a la pared forrada de rojo burdeos. Vestía como un caballero, solo el leve tono caramelo de su piel lo hacía destacar del resto. Eso y su rostro.

Hacía diez años que no lo había visto, pero recordó con facilidad la impresión al verlo por primera vez. Los años lo habían tratado muy bien, ahora era mucho más atractivo de lo que recordaba. Supuso que fue el murmullo generado por su presencia lo que le hizo dejar la taza que tenía entre los elegantes dedos y levantar la cara hacia ella.

Si se sorprendió de su aspecto no hizo ningún gesto que lo delatara. Con fría gentileza, se levantó para saludarla regalándole una de las más sinceras sonrisas que recordaba en muchos años.

—Ely —la saludó con una leve inclinación de cabeza, tomando la mano que ella le alargó.

—¿Dónde está ella?

—Cerca, pero es mejor que te sientes, Ely. Creo que hay mucho de lo que debemos hablar.

Residencia de los marqueses de Monteferro, sierra de Madrid, cuatro días después

La mujer levantó la vista hacia la ventana del coche en el que viajaba, para contemplar la casa que aparecía al final del camino; no había cristales ni cortinas que empañaran su visión, el enorme edificio apareció en todo su esplendor, y su pulso se aceleró. Elevando las manos, recolocó la cofia que le recogía el pelo. No solía llevar ese tipo de prendas, su cabello era demasiado abundante para poderse sujetar en un trocito de tela tan diminuto. Pero iba a ser la gobernanta de una importante casa solariega, y debía mantener el aspecto de una de ellas. También acomodó las faldas y el corpiño abotonado hasta el cuello del rígido vestido de algodón, unas ropas grises y serias, como correspondía a su posición.

La mujer suspiró por enésima vez, temblando interiormente ante lo que la

esperaba. Cuando ya se había convencido de que todo estaba perdido para ella, parecía que las cartas se habían barajado de nuevo, el destino le había devuelto a uno de sus seres más queridos, ahora lucharía por el segundo. Ella se lo había pedido, y tal vez esa sería su última oportunidad, no podía dejar que se le escapara de las manos.

Había recibido un regalo, y haría de nuevo todo lo posible para conservarlo. Aunque acabara con cualquier girón de autoestima que le quedara.

Respirando profundamente, sujetó las manos sobre la falda esperando a que el cochero del carro de alquiler que la llevaba le abriera la puerta, cuando se detuvo frente a la fachada de la casa de los marqueses de Monteferro. No pudo retener el gesto de sorpresa cuando fue la cara del oriental la que se encontró al otro lado.

—¡Bienvenida, señora! —lo oyó decir mientras la ayudaba a descender—. Así que finalmente la marquesa la ha enviado a usted, todos la esperábamos con impaciencia. Ruego que cumpla las expectativas que hemos puesto en su persona, el señor marqués es muy querido por todos sus empleados.

—Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para no defraudar a tan devotos servidores —respondió la mujer, señalando con la vista su equipaje sobre el suelo del camino.

—Supongo que solo trae esa maleta que ha bajado el cochero.

—Supone bien. Ya aprenderá que soy mujer de gastar poco en cosas inútiles.

—¿Ahora es inútil vestir bien, señora?

—Lo es, si te vistes para un hombre ciego —aclaró mientras caminaba hacia los escalones de la entrada.

La mujer obvió la mirada de sorpresa de los dos lacayos que le franquearon la puerta, también la de las dos criadas que apenas la saludaron mientras atravesaba el hall. Solo se dirigió a la mujer que salía al parecer de las cocinas, aún limpiando sobre el delantal los restos de amasar el pan. Con un gesto de asentimiento, la cocinera hizo retirar al resto de los allí presentes obsequiándolos con una seca mirada, quedándose frente a ella. Era una mujer atractiva de edad indeterminada. Aunque no tenía arrugas en la cara, el moño negro que llevaba en la nuca estaba cubierto de canas.

—Creo que debo darle la bienvenida, señora Gil, en mi nombre y en el de todos esos desagradecidos que la han mirado con descaro —dijo la mujer

mientras seguía envolviendo las manos en la tela—. Y supongo que no desea perder el tiempo con saludos innecesarios y ver inmediatamente cómo se encuentra el señor.

—Así es. Ya hablaré con todos a la hora de la cena. Ahora lléveme a verle.

—Llamaré a la señora Teresa y a Mohana, entre todas le contaremos la evolución del señor mientras subimos.

La mujer esperó a que la cocinera y la vieja gobernanta se marcharan para girarse hacia Mohana con una amplia sonrisa.

—Me alegro de tenerte de vuelta, mi niña. —La anciana apretó las manos de la muchacha con un gesto de enorme cariño—. Verás como todo se solucionará ahora, ni tú ni tu hermana merecéis nada más que la más absoluta de las dichas.

—No estoy segura de que esto sea lo correcto, Moha. Ella es la que debería estar aquí, siento que estoy usurpando su lugar, yo no...

—Tsee, mi pequeña. —La sonrisa de la anciana hizo a la muchacha repetir el gesto de forma involuntaria—. Esto es lo que ha debido ser siempre, este ha sido siempre tu lugar, junto a ese hombre. Entra en esa habitación y haz que vaya a ti.

—Te equivocas, Moha —pretendió corregirla—. No he venido para atraerlo hacia mí, solo para arrancarlo de las garras de la desesperación, la enfermedad y la muerte.

—El destino se escribió hace muchos años, mi niña. Ni tú ni tu hermana podéis jugar con él, ni cambiarlo.

Mohana la dejó junto a la puerta del dormitorio del marqués, luchando aún contra su propia conciencia y el miedo a entrar en la habitación. Las noticias eran malas, pero no tanto como había temido, parecía que la fiebre iba remitiendo, aunque muy lentamente, y que el hombre comenzaba a respirar con menor dificultad.

Caminó en silencio, no quería turbar el sueño del enfermo, pero necesitaba ver cómo estaba. Ese tiempo encerrada en el coche que la había llevado hasta allí, sin saber lo que se iba a encontrar, era más de lo que había creído soportar.

El cuerpo inmóvil sobre la cama, pese a la palidez por los días de enfermedad, seguía siendo el de un dios. O tal vez el de un hermoso ángel

caído, tan fuera de su alcance uno como otro.

Lentamente se aproximó a la cama para tocar su mano. Por un momento recordó aquella vez en Marrakech, rememoró aquel jardín de naranjos y al guapo muchacho que parecía observar el horizonte. También recordó la niña alegre que un día había sido.

—¿Lo ves? —le había dicho su hermana, pellizcando el interior de su brazo—. Te dije que saldría hoy también.

—¡Ah! —De un manotazo, retiró los dedos que le habían dejado un cerco rojizo sobre la blanquísima piel. —Eres una bruta, te he dicho que no me vuelvas a hacer eso. ¡Mira como tengo la tripa de los pellizcos de anoche! —terminó, levantándose la ligera camisa de algodón hasta el esternón.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan blanca como leche, y no aprieto tan fuerte, eres una debilucha y una cobardica.

—No soy débil, y mucho menos cobarde. —Mientras hablaba, volvía a girar la cabeza hacia el joven del cabello negro.

—Demuestra que no lo eres. Ve y habla con él.

—Lo haré, pero deja que se me pase el dolor del brazo.

—¡Gallina! —se burló de nuevo la niña del cabello rojizo.

Irguiéndose en toda su altura, la muchachita se encaró en dirección hacia el joven, aún recriminándose por dejarse influenciar por aquella diabla de pelo de fuego.

—Y no olvides decirle mi nombre, y pedirle que venga a verme mañana por la mañana. Recuerda que yo lo vi primero.

—¡Eso no es cierto! —Indignada, se giró para enfrentarla en un susurro airado—. Yo lo vi primero, y le pregunté a Mohana por él. Será mi marido.

—Estás loca si te lo crees. Verás cuando le cuente a mamá que me has estado pegando y tirando del pelo.

—¡Yo no te he pegado! Tú eres la que me marcas en la piel y mamá...

—Mamá sabe que tu piel se marca con cualquier roce, nunca creerá que te he tocado. —Con un gesto de burla, la muchacha la empujó a caminar de nuevo hacia el joven—. Ve, necesito que alguien me lo presente formalmente, si no, pensará que soy una descarada y no me tendrá en cuenta como su futura esposa.

Supo que él la oyó aproximarse, pero no hizo ningún gesto intentando girarse antes de que su mano se enterrara en su enorme palma, enredándose

descaradamente entre los dedos masculinos. Nunca pensó que llegara a tener tanto valor para hacer aquello, pero la tarde casi acabada, el silencio del patio repleto de aromas, y la belleza abrumadora del muchacho le dieron el empuje necesario, mucho más que las palabras retadoras de su propia hermana.

—Te he visto venir cada tarde...

La mujer sonrió, tomando de nuevo la mano del hombre en las suyas, aunque había crecido, y su mano era ya la de una mujer, seguía perdiéndose entre los dedos de él. Había esperado diez largos años para repetir el gesto, cerrando los ojos se deleitó en evocar el momento una y otra vez.

¿Por qué no la sacó de aquel infierno? Ella se lo había pedido, en varias ocasiones, en las tardes que siguieron a aquel primer encuentro.

Cuánto dolor se hubieran evitado si lo hubiera hecho. Cuánta tristeza, cuántos años separados. Era tarde para arrepentirse, el tiempo había pasado, lento y cruel a ratos, rápido, como un caballo desbocado, la mayoría de las veces, y él podía estar muriendo en esos instantes.

Negándose a aceptarlo, agitó la cabeza. No, rendirse ahora era la última opción. Se sentó sobre la cama, junto al cuerpo inmóvil. Acarició la frente perlada de sudor y suspiró. Se helaría el infierno antes de darse por vencida, decidió. Lo haría volver, costase lo que costase.

A las diez de la noche, tras varias horas organizando la casa, la nueva gobernanta volvió a entrar en el dormitorio. Por unos instantes pensó que no había nadie, hasta que giró la cabeza para ver al sirviente oriental inclinado sobre un libro a la luz de una débil vela.

—Puede retirarse a dormir, Huan. Yo me quedaré con el señor.

—¿Está usted segura? Creo que no ha descansado ni un minuto desde que ha llegado.

—Sí, estoy segura. Puedo con el trabajo que se me ha encomendado y ya sabe lo que el médico ha dicho, parece que no se trata de nada contagioso, así que mi salud no corre ningún riesgo.

—Salvo caer por agotamiento, no, no lo corre. Yo también puedo quedarme.

—Pero le pido que me deje hacerlo a mí.

—No estoy seguro de que sea una buena idea, señora. —El hombre puso un especial énfasis en el tratamiento, mientras se levantaba depositando el libro sobre la mesa que tenía a su derecha.

—No es usted quien debe decidirlo.

—Ya, ya la he entendido. La marquesa ha delegado en la gobernanta y usted es ahora la gobernanta.

—Así es.

—Pero es demasiado joven y pequeña. No podrá con un hombre tan grande.

—La voluntad puede mover montañas, créame, caballero, y yo soy una persona muy voluntariosa.

—No lo he dudado en ningún momento. Sea como la marquesa quiere, entonces. Llame si necesita algo.

—Así lo haré —dijo mientras veía cómo el hombre se acercaba a la puerta abriéndola con suavidad—. Si necesito algo —añadió, finalmente.

Capítulo 8

La mujer se despertó con el sonido de un sollozo. Durante una fracción de segundo pensó que Marcos deliraba. Llamaba en murmullos, repitiendo un nombre que no acertaba a descifrar. Luego, mientras se levantaba del sillón donde descansaba, para sentarse sobre la cama a la derecha del hombre, olvidó su temor y la preocupación por su salud. Había algo en el tono de su voz, una especie de relajación, una calma, una inflexión distinta a todas las que le había oído en los últimos cinco días desde que había llegado de Madrid. Fuera quien fuera con quien hablaba en sueños, no era ninguna pesadilla, no lo acosaban espectros ni la muerte cargada de guadaña, el hombre sonreía levemente a aquel que se le presentaba en mitad de la noche, era alguien especial para él.

Poco a poco comprendió a quién buscaba en sus sueños, descifró el nombre que salía de entre sus labios agrietados. Lo reconoció porque lo había escuchado antes de esos mismos labios. En un jardín repleto de olor a azahar.

Bel.

Entonces ella recordó de nuevo, como si no hubiera pasado más que un suspiro de tiempo, igual que era capaz de recordar cada uno de los momentos pasados junto a él hacía tantos años. Recordó esa tarde y ese palacio bereber. Un lugar idílico en el que por unos días casi llegó a sentirse una princesa.

Hasta que el cuento se rompió, tornándose en la peor de las pesadillas.

La gobernanta recordó perfectamente la voz de mujer que les llegaba desde la puerta de los dormitorios que daban al patio central.

—¡Bel! Es la hora de cenar, ¡Bel!

Llevaban en aquel trozo escondido de jardín casi veinte minutos. Ella solía esperarlo cada tarde al anochecer. La suya era una relación extraña. Poco o

casi nada tenían en común una niña de apenas doce años y un muchacho de más de veinte. Ella ni siquiera le había dicho su nombre, ni él lo había preguntado. No le interesaba mucho de su persona, solo era una molestia a la que él trataba educadamente. Sabía que jamás le hubiera devuelto una palabra en circunstancias más comunes. Él era demasiado hermoso para ser real, ciego o no, debían de caer las muchachas a sus pies como las hojas en otoño. Y ella solo era una niña, aunque la mujer que un día sería se agitaba en su interior cada vez que lo tenía cerca.

No, nunca la hubiera tenido en cuenta, aunque alguien le hubiera dicho que ella era una chica muy especial. Luchaba por no ser demasiado coqueta, pero hubiera deseado con toda el alma que él pudiera verla. Que fuera capaz de apreciar lo que todos decían al conocerla, que un día se convertiría en la mujer más impresionante.

Y, sin embargo, el único ser que hubiera deseado deslumbrar era incapaz de ver lo que todos admiraban.

Los primeros días solo lo había observado desde su propia ventana. La ventana de la alcoba donde las mantenían recluidas, a ella, a su madre y hermana, la mayoría del tiempo. Luego se había atrevido a escapar, para vigilarlo desde uno de los bancos del patio porticado. Deseando que él la viera y se acercara a ella.

Pero eso nunca había sucedido. Sabía que en más de una ocasión el muchacho había notado su presencia. Delatado por un leve giro de cabeza, o una vacilación en sus pasos, pero nunca la había mirado directamente, aunque en al menos tres ocasiones habían estado a pocos pasos de distancia.

Entonces había oído a Mohana hablar del joven ciego.

Y había llorado por él.

Por rabia por su sufrimiento, por su pérdida, porque no conocía la belleza de lo que los rodeaba. Y por ella, porque su vanidad se resintió al saber que nunca la vería realmente.

Luego, por fin, una tarde había reunido el valor para aproximarse. Desde entonces veían anochecer cada día. Ella con su vista, él con los ojos de ella.

—¿Tu gato me arañará si lo toco? —le había preguntado, señalando la pequeña bola de pelo negra que el muchacho tenía entre los brazos.

—Claro que no —le había dicho él, alargando al animal hacia la muchachita—. Sultán es un gato muy cariñoso. Duerme conmigo cada noche.

—Nunca había visto uno con tanto pelo.

—Eso es porque en España no los hay así. Este me lo han regalado aquí, y viene de muy lejos. Los llaman gatos persas.

—Entonces lo llamaré Sultán de Persia, he leído muchos cuentos sobre él.

—De acuerdo entonces. Te presento a Sultán de Persia. Ahora tienes que decirme tu nombre, pequeña.

—¡Bel! —La voz de su madre había vuelto a hacerlos girar hacia los dormitorios que daban al jardín.

—Mi madre nos llama. Creo que es la hora de la cena, debo irme —le dijo ella—. ¿Vendrás mañana a la misma hora? —lo interrogó, reacia a marcharse.

—Sí, vete a cenar, Bel —Lo había notado nervioso mientras le hablaba.

—¡Ah! pero...

Marcos se había apartado, reculando para camuflarse entre los árboles antes de que los descubrieran a ambos. La niña conocía a su madre lo suficiente como para saber que era una mujer de trato difícil, y no culpó al muchacho por evitar el encuentro.

—Así que estabas aquí. —La voz de la mujer, que el joven sabía era la madre de la muchachita, lo había hecho apartarse antes de despedirse—. ¿Dónde os metéis? Os he estado buscando, es hora de cenar. ¡Siempre me hacéis llegar la última! Y todas esas incultas sin modales han metido sus sucias manos en los platos comunes cuando por fin puedo comer...

—No te he oído llamar hasta ahora, lo siento, mamá, yo... —Ella recordaba haberse disculpado con varias excusas rápidas, luego se habían alejado dejándolo entre los arbustos.

Cuando Marcos volvió a sentir su propia piel, notó que no estaba solo. Sin perder el tiempo en el gesto inútil de abrir los párpados, supo que el lado derecho del colchón se hundía bajo el peso de otro cuerpo.

Por unos segundos dudó de si aquel era otro sueño terrible, uno más de esa interminable sucesión de alucinaciones cargadas de sombras que lo atormentaban por las noches. O, quizás, había muerto, había dado el salto definitivo hacia el más allá, porque no recordaba haberse sentido más absolutamente agotado y dolorido en toda su vida, ni más falto de sensaciones exteriores como en ese momento. No veía nada, aun abriendo los ojos de par en par, pero eso no era una novedad. Lo que sí lo hizo

estremecerse fue la absoluta certeza de que sus oídos se encontraban totalmente embotados. Como si le hubieran incrustado sendos tapones de cera y sellado a fuego cualquier resquicio que dejara que el sonido llegara a su cerebro.

Se sintió como en el infierno, un infierno silencioso y oscuro.

Pero estaba casi seguro de que el infierno no olería a almidón y ropa limpia. Así que, si el cuerpo que se apretaba contra su costado no era un demonio, puede que fuera un ángel, un ángel cálido vestido con ropa agradablemente limpia. Aunque aquello era absurdo, por supuesto, ¿quién ha oído hablar de ángeles en el infierno?

Agitó la cabeza, molesto por el cúmulo de tonterías que inventaba, intentando apartar la nube de irrealidad en la que flotaba.

Alargó la mano, estirando los dedos hasta tocar un tejido diferente al de sus sábanas. Al parecer, aquel ángel vestía ropa muy usada, un tejido que se había convertido en suave al tacto por el simple paso de los años y la tina de lavado.

Intrigado por averiguar quién de sus empleados compartiría su cama, subió hasta tocar la cintura de la mujer, porque era una mujer, redonda y suave dónde debe serlo. No se atrevió a apretar el seno erguido y pleno que notó bajo sus dedos. Era un sueño, no tenía dudas en ese momento, un sueño muy real, pero que solo existía en su mente confundida. Lentamente, apartó los dedos de su vestido para subirlos hasta el rostro. Necesitaba tocar piel, comprobar que no era solo un bulto de tela de formas exuberantes. No rozó carne, sus dedos acabaron enredados en una mata de pelo, suave y larguísimo, que cubría casi la mitad de la cama. Le sorprendió que aquel ángel, vestido tan pobremente, se atreviera a caminar con un cabello tan arrebatadoramente sensual. Debía de ser una visión muy hermosa, tal exuberancia escondida bajo un montón de tela barata. Recordó las descripciones que había oído de los ángeles, seres asexuados, aunque con rostros inmensamente femeninos. Bellos especímenes de pelo claro y ojos acuosos.

No, ese ángel era mucho más terrenal, y estaba seguro, la cabellera que lo hacía vibrar tenía el color de la luna llena, por fin su compañera de cabello de plata había atravesado la barrera de sus propios sueños para hacerse carne junto a él.

Exhaló un suspiro. Sonriendo ante sus propios y absurdos pensamientos. Y

el aroma de ella le llegó claro, almidón y mujer. Solo eso. Volvió a tantear, necesitaba tocarla, a ella realmente, no a su ropa o a su magnífico cabello. Por fin, con el dedo índice le tocó la garganta. Lentamente, apenas una caricia suficiente para notar el pulso bajo la yema.

Dormía.

Repitiendo la tentativa, volvió a rozarla. O él estaba demasiado caliente, o su ángel era realmente un ser incorpóreo, la piel bajo su tacto, ahora casi la mano completa, era agradablemente fresca. Tenía un cuello esbelto, y la piel suave como la de un bebé. Sin poder contenerse, elevó la caricia hasta el rostro de la mujer. Una piel impoluta, y unos rasgos elegantes se dibujaron bajo sus dedos. La nariz era pequeña, pero con carácter, y los pómulos suavemente redondeados. Logró rozar las pestañas que protegían unos ojos ligeramente curvados hacia los lados, unos ojos que debían ser enormes en ese rostro pequeño. Años de experiencia en moldear con sus yemas el rostro de algunas de las mujeres más bellas de Madrid, le aseguraron que estaba tocando la cara de lo que era una mujer increíblemente hermosa, sin lugar a dudas.

Marcos soltó de una sola vez el aire que se retenía en sus pulmones.

La mujer debió de oír su suspiro. Casi sin darle tiempo a retirar la mano de su rostro, sintió cómo ella se erguía sobre el colchón.

—¿Se ha despertado, marqués? —las palabras, roncadas y con un tono desagradablemente áspero, le llegaron amortiguadas, como si estuviera sumergido bajo un montón de agua.

El movimiento del colchón le indicó que ella abandonaba la cama mientras le hablaba.

—Creo que depende de lo que se considere despierto —habló, notando que su propia voz no era más que un graznido, y que lo que había considerado que era un ángel, hablaba como una urraca—. Aún intento dilucidar si sigo soñando. Apenas oigo. ¿Qué me ha pasado?

—¿No se acuerda de haberse sentido mal? El doctor ha dicho que debía de llevar enfermo algún tiempo, su cuerpo ha ido perdiendo la batalla contra algo poco a poco, hasta que por fin lo ha tumbado. —Con un repelús, Marcos notó que aquella voz realmente debía de pertenecer a algún tipo de ave, y no precisamente del paraíso.

—Ahora mismo no soy capaz de recordar ni mi nombre.

Trató de erguirse, pero ninguno de los músculos de sus brazos pareció

obedecer. Notó que la sábana que le cubría bajó hasta la cadera. El ahogado grito que siguió le indicó que posiblemente la tela había bajado más allá de sus ingles. Marcos reprimió una sonrisa mientras decidía que no rectificaría la posición de su ropa ni una pulgada.

—Opino que debo llamar al señor Huan, don Marcos —le pareció oírla decir mientras abandonaba la habitación.

—¡Espere! Dígame al menos cómo se llama.

—Yo, yo soy solo Isabel —la creyó oír decir, aunque el nombre le llegó muy amortiguado.

Al día siguiente, fueron las vibraciones sobre el piso de piedra las que lo sacaron del sueño. Seguía sin ser capaz de oír con claridad.

—Hay que abrir esas ventanas. Que el marqués no vea no es excusa para mantener esta habitación como una cueva.

—Pero, señora, el doctor insistió en que no debía haber corrientes.

—¿Qué corrientes? Estamos a principios de primavera. Abra esas ventanas en cuanto el sol salga, y vuelva a cerrarlas en cuanto deje de dar en la pared.

—Lo que diga la señora, ya que...

—Sí, ya que soy la gobernanta y la marquesa me ha dejado todo a cargo —acabó la mujer, repitiendo la cantinela que oía al menos tres veces cada día.

Marcos oyó parte de aquella conversación como si estuviera bajo el agua. El sonido era hueco, grave y con eco. Por unos instantes casi le costó respirar, tal era la sensación de estar dentro de una caja cerrada que le oprimía los oídos.

Se encontró agitando la cabeza sobre una almohada excesivamente blanda, en un intento baldío de despejar sus oídos, taponados hasta el infinito. Nada parecía funcionar, ni siquiera golpear su propia cabeza con el puño cuando por fin logró que el brazo derecho empezara a obedecer parte de sus órdenes y reptara, trepando por su pecho, hasta alcanzar la parte superior de su oído diestro.

Tampoco parecía ser capaz de distinguir quienes hablaban por su olor. A Marcos, su ceguera le había dado a cambio un finísimo oído y un agudo olfato. Ninguno de esos sentidos parecía valer ni un mísero real en aquellos momentos. No era capaz de oír voces sin un eco que repetía las mismas palabras al menos seis veces, y no era capaz de distinguir más olor que el

inmundo que desprendía su propia persona.

—Un baño —atinó a decir cuando el trozo de suela de zapato que parecía tener en la boca hizo las veces de lengua hinchada.

—*Ah, se... o... ra, el mar... és zaaa dees... aa... o, se... ora.*

Bien, esa era una criada, o un criado con la voz excesivamente aflautada, pero era incapaz de distinguir nada entre aquella cacofonía de sonidos. Y la otra voz era la de otra mujer, si aquel «seora» quería decir señora, tal y como suponía.

Lo que era evidente es que los golpes sobre la cabeza le habían hecho poco bien a sus oídos. Ahora escuchaba peor si cabe a aquellos dos. O aquellas dos.

—*T... ae, se... or uan.*

—*... ora ismo, se... ora.*

Alargando la mano todo lo que le alcanzaba el brazo, tocó la sábana y el colchón sobre el que descansaba. Girándolo, siguió palpando lo que le rodeaba. Por instantes respiró aliviado cuando reconoció el cabecero de madera tallada de su propia cama.

Marcos dedujo que debía de ser de día, ya que la llamada «señora» había pedido abrir las ventanas. Y gracias a los cielos por el frescor que empezó a notar, porque si seguía sudando como en ese momento, cualquier buitre hambriento en leguas a la redonda acudiría a comer su carne putrefacta. Olía realmente como un cadáver.

—Bienvenido de nuevo —oyó sobre su cabeza.

El hombre abrió los ojos, no es que intentara verla, pero la voz, bajo el manto de ecos que parecían rebotarle en el interior del cráneo era difícil de distinguir. No era capaz de decidir si era o no femenina, quizás si se olvidara de ese matiz demasiado áspero, de ese deje semejante a un ronquido al final de la frase, pudiera decidir que era la de una mujer. Una mujer a la que sin duda una verruga peluda en la comisura de los labios le sentaría como anillo al dedo. Sin embargo, en todo aquel ruido oscuro la sintió tranquilizadora y se sorprendió deseando que siguiera hablándole.

Marcos subió su palma derecha hasta apoyarla sobre la frente, que sintió húmeda al tacto.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué le dolía cada músculo y cada hueso del cuerpo?
¿Por qué no recordaba cómo había llegado a su dormitorio la noche pasada?

¿Por qué los oídos le silbaban con cada leve sonido? ¿Por qué no era capaz

de distinguir con meridiana claridad la dueña de la voz que le hablaba?

—¿Señor? ¿Me oye, marqués?

—¿Quién es usted?

—¿No me reconoce? ¿Al fin ha perdido toda la audición, señor?

—No se ría de mi desgracia, mujer. Soy un ciego, y ahora al parecer medio sordo.

—Sí, marqués, la vejez le ha caído encima muy rápidamente.

Luego la inconsciencia lo atrapó de nuevo.

—Quiero beber, y comer algo. —Marcos dirigió la cabeza hacia los pasos que se adentraban en la habitación. Supuso que eran pasos de mujer, aunque sus oídos seguían siendo meridianamente inútiles para distinguirlos, luego se detuvieron—. ¿No me oye?

Con la cabeza fija en dirección a la puerta, esperó que la persona que acababa de entrar le contestara. Fuera quien fuera, permaneció callada mientras él giraba el cuerpo y trataba de sacar las piernas apartando las sábanas.

—¡Oh, santo Dios!

El golpeteo de más pasos rápidos y el de la puerta abriéndose y volviendo a cerrar le aclararon que había cometido dos veces el mismo error.

También el hecho de recordar que bajo esas sábanas solo vestía aire.

Trató inútilmente de volver a subir las piernas a la cama. Con una mueca y un suspiro desistió en pocos instantes, preguntándose cuándo volvería a entrar alguien por la puerta. El pequeño esfuerzo, además de asustar a alguna sirvienta, solo había servido para darse cuenta de que estaba muy débil y dejarlo en una posición totalmente indigna: desnudo y despatarrado a medio camino entre el suelo y el colchón. No podría moverse ni un palmo sin ayuda.

Mucho tiempo después, aunque no sabría decir cuánto, porque volvió a caer en un semisopor, el sonido de la puerta al abrirse lo trajo de nuevo al mundo real. Agarrado a su ropa de cama, frunció el ceño hacia su nuevo visitante.

—He visto la cara que se le ha quedado a la pobre muchacha, pero en este momento no sabría decirle si ha sido por verlo desnudo o por la cara

avinagrada que tiene, marqués. —La persona que hablaba se acercó para cubrirlo con la sábana hasta el pecho.

—¿Y usted es...?

—Su ama de llaves. —La voz, aunque amortiguada y demasiado grave en sus oídos, no le pareció para nada la de la anciana doña Teresa, más bien la de alguna bruja habituada a la bebida—. ¿Qué le ha dicho a la pobre muchacha?

—Pedir agua y algo de comer —aclaró Marcos, mientras notó cómo la dueña de la voz se acercaba a la cama—. Y usted no es la señora Teresa.

—He dicho que era su ama de llaves, no le he dicho mi nombre. Pero creo que su esposa ya le habló de mí. —Marcos asintió, aunque no tenía ni idea de lo que hablaba esa mujer, era evidente que había olvidado alguna conversación con Ely—. Iré por ayuda y le traeré algo de sopa —dijo mientras volvía a alejarse de su lado.

Marcos intentó levantarse de nuevo, apoyando las palmas de las manos sobre el colchón. Por segundos, maldijo su afición a los rellenos excesivamente blandos. Aquella superficie no hacía nada por la labor de sujetarlo erguido, más bien tenía tendencia a atraparlos en su interior. Algo que no le había molestado demasiado hasta hacía unos segundos. Desistió de incorporarse, si había suerte, por fin alguno de su docena de empleados acabaría por enderezarlo y traerle algo de comer. O al menos alguna bebida que le permitiera hacer bajar el montón de tierra que parecía obstruir su garganta.

No oyó la puerta, ni siquiera los pasos acercándose hasta que dos pares de brazos férreos lo elevaron hasta sentarlo en la cama.

—Martín, Marcial, recordadme que no os vuelva a echar en cara que tratáis a mis potros con demasiado cariño —habló, convencido de que eran los brazos de sus caballerizos los que lo sujetaban como si fuera un muñeco de paja.

—¡Ah, señor!, cuánto nos alegra ver que se ha recuperado. —El que hablaba debía de ser un demonio del averno, porque nada en el mundo convencería a Marcos de que aquel sonido de ultratumba era la voz de uno de sus hombres.

—Tienen que erguirlo más, así se atragantará con el primer buche de agua.

—El hombre se encogió sobre sí mismo sin poder evitarlo. De nuevo estaba allí la bruja de voz aguardentosa, y a juzgar por el soplo de aliento que había sentido en el cogote, la tenía más cerca de lo que su estado desvalido le permitía admitir—. No se encoja, marqués. Le aseguro que no le voy a golpear, se lo prometo. —Mientras le hablaba, una mano tuvo el descaro de recorrer su cabello, en un simulacro de peinarlo—. Ni siquiera muerdo a menudo —añadió la voz a un suspiro de su oído.

Él se quedó inmóvil.

Imaginó cómo a ella se le curvaban los labios.

—No es usted la señora Teresa, después de todo, ¿verdad?

—Me llamo Isabel Gil, señora Gil.

—Marcos Benedetti, dueño de esta casa, si todavía soy capaz de distinguir mi propio dormitorio, aunque supongo que eso ya lo sabe.

Marcos intentó ladear la cabeza en un saludo, un gesto que teniendo en cuenta la poca fuerza que le quedaba, y la indigna posición en la que estaba, le salió sufrientemente bien.

—¿Y qué hace en mi casa, señora? Y más concretamente ¿qué hace en mi alcoba?

—Soy su gobernanta.

—Ya dispongo de una.

—Ahora tiene una nueva.

—¿No debería ser yo el que decidiera eso?

—¿Acaso no tiene usted una esposa? Y, dígame, ¿me equivoco al pensar que es su esposa la encargada de las cuestiones domésticas?

Ely, Ely.

Aquello era cosa de la intrigante Ely. No pensaba airear los problemas de su matrimonio y, siendo sincero consigo mismo, él le había dado ese poder a la mujer con la que se había casado.

Marcos elevó los hombros, mantuvo el rostro dirigido hacia el lugar dónde había escuchado la voz por última vez y rezó para que ella no hubiera cambiado de sitio. Odiaba la sensación de quedar como un tonto ciego hablándole a una pared vacía.

—Mi esposa tiene mi permiso para manejar las cuestiones domésticas, tiene razón. ¿Dónde se encuentra ese dechado de amor conyugal?

—Tengo entendido que su esposa partió hacia Madrid unos días antes de mi llegada. —Marcos giró la cabeza, molesto, como había temido, ella se

había cambiado de lugar mientras él pensaba su respuesta.

—Y ya que andamos en estas cuestiones, ¿dónde está el señor Gil? Y no me diga que es el sustituto de Huan, porque saldrán ambos por la puerta más rápido de lo que han entrado, sea lo que sea lo que les haya prometido la señora marquesa.

—Soy viuda, señor —le soltó, de nuevo desde el lado de la cama opuesto al que él hablaba.

Marcos gruñó, apostaría unos buenos reales a que aquella bruja lo estaba desconcertando de forma consciente, sabedora de que no era capaz de oír sus pasos sobre la mullida alfombra.

¡Qué demonios! El embotado de sus oídos era tal que podría estar subida a lomos de un caballo sobre un suelo de madera y no oiría ni un solo paso.

—Levante las caderas para que pueda colocarle las sábanas, don Marcos.

—¡Y usted deje de moverse de un lado a otro como una corista, va a matarme, demonios! —bufó cuando la oyó de nuevo en su lado derecho.

—¿No sabe que esa clase de vocabulario no es adecuado para una mujer que ha perdido a su esposo?

—¿Y cómo hay que hablarle a una viuda? —preguntó, dejando claro con su gesto que no era consciente de ese tipo de reglas.

—Con mucho respeto, especialmente a los fallecidos. Ya sabe, frases educadas que no contengan nada relativo a la muerte. Y por supuesto de nada que pueda considerarse triste, indecente o inapropiadamente humorístico.

—Pues eso me deja sin nada de lo que hablar.

—¡Eso sí que es una gran noticia! —aseguró ella resueltamente.

—¡Vaya, eso sí que es impertinente! —Muy a su pesar, Marcos no pudo evitar curvar los labios en un amago de sonrisa mientras se fingía ofendido.

El tintineo del vaso sobre la bandeja que portaba la mujer le recordó que tenía la boca tan seca como una estopa. Pocas veces había sentido tal sensación de impotencia y debilidad.

—Espere, señor, le ayudaré a erguirse un poco más. Los mozos se han marchado ya de la habitación, y así tumbado no podrá beber nada.

Marcos no pudo evitar sentirse como un pedazo de madera inútil cuando la mujer pasó los brazos por debajo de sus axilas intentando erguirlo.

—Una dedicación encomiable, señora. Pero a juzgar por la ausencia total de movimiento que he sentido, diría que soy algo pesado para usted.

—Yo diría que pesa como un verraco, marqués.

—¿Sabe que en algunas culturas llamar cerdo a alguien es un enorme insulto?

—Aún no me he referido a su olor, señor, me refería a su tamaño, pero si quiere entrar en detalles, le aclararé que también huele como un gorrino.

Antes de poder contestar, la boca de Marcos fue silenciada cuando el borde de una taza de loza presionó contra sus labios, haciendo que tuviera que decidirse entre tragar o respirar.

Hablar estuvo totalmente fuera de lugar durante los siguientes tres minutos.

Cuando el agua, fresca y más mojada de lo que nunca había pensado, se deslizó entre sus labios, Marcos olvidó cualquier cuestión que tuviera que aclarar con la mujer. ¡Cielos! No recordaba que nada nunca le hubiera sabido tan bien. Se habría tomado toda la jarra si la mujer no la hubiera puesto fuera de su alcance antes de dar el décimo buche.

—¡Quiero más! —gruñó.

—Lo siento, no hay más agua por hoy —oyó responder a la mujer sobre él.

—Necesito beber un poco más —jadeó impaciente, cuando notó cómo ella realmente se alejaba con su preciosa bebida.

—No le he cuidado durante más de seis días sin descansar para que ahora lo eche todo a perder. Lleva varios días sin apenas meter unas gotas de líquido en el estómago, tiene que tener paciencia y hacerlo poco a poco.

—Pues deme algo de comer.

—Mañana por la mañana le traeré un poco de caldo de pollo.

—¡Mañana! ¿Quiere matarme de hambre?

—No pregunte algo que no quiera oír cómo le responden, señor. Le hemos aguantado mucho estos días, no es lo que yo llamaría un enfermo agradecido y colaborador. Descanse. Mañana se levantará mejor.

Luego la puerta, porque suponía que aquel sonido grueso que rebotaba en su cabeza como si una vaca le hubiera dado una coz era una puerta al dar contra su marco se cerró.

Sus torturadoras volvieron a entrar en grupo, entre ellas debía de estar la gobernanta. A veces, sobre el sonido amortiguado que le llegaba a los oídos, era capaz de distinguir el leve tintineo de un manojito de llaves. Sabía que eran al menos dos, porque una se ocupó de distraerlo arreglándole la almohada mientras su nueva gobernanta lo decoraba con un ridículo babero. Estaba

empezando a distinguir el olor de la mujer, olor a algodón y jabón con un leve toque de menta.

—Abra la boca.

Marcos volvió a gruñir, apartando la cara de los dedos de la bruja.

—No sea niño pequeño y abra la boca. —Aquella mano volvió a atrapar su mandíbula, haciendo que girara hacia el sonido de la voz.

—¿Cuánto le paga esa mujer mía por torturarme? —le espetó, tratando de volver a librarse de su agarre.

—En el placer de hacerlo llevo el pago, señor. —La risa que siguió a sus palabras, coreada por la de la acompañante que en ese momento parecía que se entretenía ordenando la habitación, le recordó de forma muy clara un corral de gallinas.

—Ya lo suponía... —Como si él no fuera más que un muñeco de trapo, la mujer consiguió con pasmosa facilidad sujetar su mandíbula y obligarlo a tragar aquel líquido inmundoso—. *No ...usta... a ...opa...* —El leve balbuceo solo lo hizo acabar cubierto del caldo hasta la barbilla.

Esa noche se sentía un poco más fuerte. No tenía aún ni idea de lo que le había pasado, aunque suponía que algo tendría que ver con ese dolor inmenso de cabeza que le había asaltado durante tres días.

Aunque un poco más fuerte quizás no fuera una frase afortunada, rectificó cuando intentó limpiar con su palma derecha las gotas que habían empezado a alcanzar su pecho y su mano fue apartada de un manotazo.

—Estese quieto, marqués. Va a conseguir que le vierta toda la sopa encima.

—¿A eso le llama sopa? —gruñó, intentando que el sabor le recordara remotamente a algo comestible—. No, no lo creo.

—Pues créalo, caldo de pollo con puerros y...

—Llévelo a la cocina y que lo vuelvan a agitar. El sabor del arsénico aún se nota demasiado.

—No se apure, señor. Si intentara acabar con usted usaría una técnica más dolorosa. —Marcos optó por guardar silencio, y ella, la muy arpía, rio con diversión.

Efectivamente, aquel sonido era lo más parecido a un cacareo que había escuchado en la vida.

Tal vez dos horas más tarde, notó, indefenso, cómo un grupo de tres entraba en la habitación. No sabría asegurar si eran hombres o mujeres. El algodón de su cabeza seguía taponándole el sentido y los oídos.

Fueran lo que fueran, lo habían zarandeado como a un cerdo sobre la madera del despiece mientras trataban de remeter y adecentar la ropa de cama. Una experiencia realmente mortificante.

—Quiero comer —balbuceó mientras un par o dos de manos lo hacían rodar hacia la derecha sobre la cama hasta volverlo bocabajo—. Tengo hambre —logró decir en un susurro sofocado entre los pliegues del colchón que apenas le permitían respirar—. ... *fa... vo; o uedo... ira.*

—¿No te parece que el señor ha dicho algo, Marta?

—¿... *arta?*, ¿*e... tú, arta?*

Girando el rostro, logró un resquicio de espacio para tomar una bocanada de aire, antes de morir asfixiado por su propio colchón. Por desgracia, la bocanada vino acompañada de una molesta pluma que había atravesado desde el relleno. El ataque de tos que le produjo no consiguió extraerla de la garganta, pero fue lo suficiente grave para que, gracias al cielo, sus empleados se dieran cuenta de que estaba a punto de fallecer por anoxia.

—¡Levántale la cara, Marta! ¿No ves que el marqués no puede respirar?

La voz, mucho más espesa que la anterior, provocó que fuera girado casi en volandas hasta volver a descansar de espaldas. Necesitó tres minutos para sofocar el ataque de tos y poder volver a articular palabra.

—¿Eres, Marta... agh? —Aunque al parecer, la pluma seguiría aferrada a su garganta hasta que volviera beber—. Necesito agua y algo de comer, por favor, Marta.

Su petición fue seguida por lo que esperaba fuera su sonrisa más seductora. Marta era la muchacha con la voz más sexy que había oído en mucho tiempo y, según sus lacayos, el cuerpo y el rostro acompañaban con creces dicha voz melodiosa. También era coqueta y descarada como una cortesana, sería incapaz de recordar cada una de las veces que había tenido que refrenar los avances de aquella muchacha.

—¡Ah, mi señor! No puedo, la señora ha prohibido que coma nada, y que si pide agua le demos el caldo que ha preparado, tiene más alimento —volvió a cloquear alguna gallina a su derecha.

—Marta, Marta, Marta. —Tragando la punzada de aprensión que le daba el sonido de aquella voz, Marcos se inclinó sobre la muchacha que en ese

momento le arreglaba la almohada. Era consciente del efecto que tenía sobre el sexo femenino, y se esforzó en emplearlo al completo sobre el oído de ella —. Esa horrible mujer quiere matarme de hambre. No sabes cómo te agradecería que me trajeras algo de pan, preciosa.

—Mmmm... —Marcos supuso que ella pretendía corresponderle con un sonido sensual. Pero él tuvo que agarrarse a las sábanas para no saltar como un resorte de la cama en respuesta a aquel ruido de ultratumba—. Haré todo lo que pueda, mi señor —añadió, mientras descaradamente le lamía el cuello.

—¿Marta? ¿En serio eres tú? —Marcos se odió por no poder reprimir el repelús que le había provocado el roce de su lengua en la piel.

—Sí, claro, soy yo, marqués. —Y, si cabe, aquel sonido fue todavía más estridente que el anterior.

¿Acaso no había en aquella casa una mujer con voz melodiosa?

O al menos femenina. Tampoco pedía tanto.

—¡Oh, gracias a los cielos, por fin esta habitación huele a limpio! —oyó Marcos entre ecos un par de horas más tarde. Luego la persona que hablaba se acercó hasta inclinarse sobre la cama—. Aunque aún hay zonas podridas —agregó olisqueándolo junto a su oído derecho.

—¿Isabel? ¿Es usted la señora Gil? —intentó adivinar el hombre mientras la persona que había entrado se disponía a arreglarle la almohada.

—¿Por fin ha recuperado el oído?

—No, simplemente soy listo. Ningún otro de mis empleados osaría burlarse de mí salvo Huan y la bruja que mi esposa, también bruja, ha puesto para ocupar su lugar.

—¿Y cómo sabe que no soy Huan?

—Usted huele mucho mejor.

—Yo no huelo a nada. —Marcos notó cómo la mujer se enderezaba, apartándose de la posición inclinada que había mantenido hasta hacía un instante.

—No, usted no usa perfume, eso no quiere decir que no huelo a nada.

—Pues deje de husmearme, señor. No soy una chuleta para su cena.

—Entonces deje de hablar y tráigame una. Así dejaré de pensar en devorar arpías.

—¿Nunca le han enseñado a pedir las cosas por favor?

—Tengo sed... ¿Puede al menos traerme agua, señora Gil? Por favor — acabó con un siseo.

—Por supuesto, señor, y puede llamarme Isabel, creo que después de haberle lavado y dado de comer durante estos siete días, me he ganado ese derecho —apuntilló ella.

—Más que un derecho, diría que es un castigo, eso significa que pierde su tratamiento social.

—Usted mismo ya me ha llamado cosas más duras que mi nombre de pila, señor. Ahora sonaría falso si vuelve a tratarme de usted.

—Bien, entonces, tú me llamarás Marcos.

—De acuerdo, Marcos, pero solo cuando no haya nadie. Y bienvenido al mundo de los vivos.

Mientras la mujer se alejaba de la cama para dirigirse hacia el aparador donde la jarra de agua fresca descansaba, sintió cómo él se removía sobre las almohadas, tratando de incorporarse por sus propios medios. Con un gesto que pensó podría ser cruel, sonrió ante los intentos frustrados del hombre, pronto pediría por sí mismo la ayuda que necesitaba, solo era cuestión de tiempo, tal como había rogado por el agua. Podría parecer que era un comportamiento cruel, pero quizás el marqués también necesitara, además de mejorar su salud, una cura de humildad.

—¿Me has echado de menos? No deberías haberme dejado con Marta y las otras mujeres tanto tiempo. —El tono de la voz de él se había hecho tan ronco que hizo que el aire se le retuviera en el pecho.

Aunque ella sabía que era un tonto coqueteo por parte del hombre y solo se refería a ese mismo día, pensó, con un escalofrío, en que no había palabras para describir cuánto. Nada para cuantificar el miedo, el terror de perderlo.

—Solo un poco —mintió, alargándole el vaso de agua. Luego, en el último momento, retiró el recipiente para dejarlo sobre la mesilla a la derecha, mientras finalmente lo ayudaba a enderezarse sobre las almohadas.

Se recreó en observarlo de nuevo. Tendría que llamar a Huan para que la ayudase a bañarlo, ya parecía lo bastante fuerte como para caminar con ayuda hasta una tina colocada en el centro de la habitación. También tendría que afeitarlo, aunque la media barba le favorecía de manera brutal, haciéndolo parecer más real y humano, no solo un dios perfecto e inalcanzable.

Luego Marcos tomó el vaso entre las manos y lo llevó con ansia a sus labios. Ella notó en el movimiento de sus ojos que alguien se acercaba tras

ellos. No apartaba el rostro de ella, pero su atención estaba más allá.

—Señor, señora Gil, el doctor ha mandado recado de que pasará mañana.

—Muy bien, Marta. Llame a Martín y preparen un baño en esta habitación, y avise al señor Huan.

Marcos nunca hubiera pensado que existía algo tan vergonzoso como ser tratado como un bebé. Es cierto que, acostumbrado como estaba a que todos aquellos que lo trataban por primera vez creyeran que no era capaz de subir por sí mismo un mínimo escalón, o tomar una cucharada de sopa, no le debería sorprender que lo agarraran entre tres hombres para levantarlo de la cama, desvestirlo y meterlo en volandas en una tina de agua.

No, lo verdaderamente ignominioso era constatar que ninguno de sus empleados, hasta ahora fieles como perros, le hacía el más mínimo caso a sus órdenes. Aunque en un arranque de falta de contención las hubiera gritado acompañadas de una retahíla de insultos y maldiciones digna de un pirata.

—Ya pueden marcharse, señores, como ven, el señor marqués ha perdido las buenas formas además del oído y la vista —oyó comentar a la mujer que empezaba a reconocer como su nueva gobernanta.

—No debería ser tan brusca, señora Gil —dijo Huan con su marcado acento.

—No señora, no debería serlo, soy un hombre débil y enfermo y merezco todos los mimos que pueda darme. —El hombre continuó hablando mientras empezaba a agacharse en la bañera—. ¿Qué demonios es esto que ha puesto en el baño? —habló agitando con la palma de la mano los pétalos de rosa que flotaban en el agua.

—Hojas de menta, marqués —mintió la mujer—. Tal vez hagan que deje de oler como un cerdo.

—¡Esto no son hojas de menta! —gritó, desalojando de un manotazo varios puñados de flores, acompañados de un montón de agua que cayeron directamente sobre el hombre parado a su derecha, que aún lo sujetaba del otro brazo.

—¡Usted es un incordio enfermo, señor! Y el peor convaleciente que he tenido la desgracia de cuidar —apuntilló Huan, un segundo después de ver cómo su elegante atuendo se humedecía hasta la piel.

—Te quejas incluso más que la vieja Teresa, Huan. Seguro que no han sido

más que unas pocas gotas.

—Sabe perfectamente que con esa manaza es capaz de desalojar todo el Mar Rojo mucho más eficientemente que el propio Moisés, señor. — Finalmente, el hombre, en un gesto de impaciencia, arrojó la toalla que tenía entre las manos al rostro de Marcos y abandonó la sala.

—Felicidades, marqués. Has conseguido que el bastión de la paciencia y los buenos modos acabe arrojándote a la cara toda su cortesía.

—Lo cierto es que creo que tiene un problema —dijo, sin dejar de mover el agua bajo sus dedos—. Creo que Huan se ha enamorado de mí.

—Sí, el hombre es todo devoción y afecto hacia ti —afirmó con ironía—. No sobrevalores tu persona, señor, no creo que inspires demasiado amor.

—No he hablado de amor. —La sonrisa en la cara de Marcos le encogió el corazón, sabía que no podía verla, pero sus ardientes ojos ámbar no le apartaron la mirada durante varios segundos—. Pero no me negarás que pocas veces has visto a un hombre tan maravilloso como yo —agregó, señalando su cuerpo desnudo sin pudor—, todos me lo dicen, incluido Huan.

—¿En serio? ¿Huan es de esos?

Marcos no quería reírse, pero no pudo evitar la carcajada que siguió a la voz desconcertada de la mujer.

—No, claro —dijo por fin, cuando recobró el aliento tras la risa—. No pensé que hubieras oído hablar de esas cosas, solo estaba bromeando, aunque... en realidad no puedo saberlo. Dicen que eso se nota en cómo te miran y, como comprenderás, nunca lo he visto mirarme de ninguna manera.

—¡Tonto! —La segunda, y última toalla seca, calló sobre el pecho húmedo del hombre que comenzaba a enjabonarse dentro de la bañera—. ¡Apáñatelas tú mismo, engreído! Buscaré algún pobre empleado al que el sueldo le compense escuchar al rey de los vanidosos mientras se asea —agregó dispuesta a abandonar el dormitorio.

—¡Isabel! —gritó él antes de que ella acabara de abrir la puerta para salir.

—¿Qué deseas? De todos los hombres insoportables... —Ella se giró con los brazos sobre las caderas, preparada para volver a insultarlo—. ¡Ah!

La diatriba que estaba a punto de soltar se le quedó congelada en la garganta, cuando una ola de agua y pétalos de rosa cayó sobre ella, empapándola.

—¡Oh! Lo lamento. Creo que me he movido demasiado rápido —dijo él con el gesto torcido, mientras se volvía a repantingar sobre la bañera,

haciendo que su pierna derecha saliera de la tina—. Te he salpicado un poquito, ¿verdad? Desventajas de trabajar para un ciego.

—¡Ay, no te apures, mi señor! En realidad, ¿qué puedo objetar cuando un hombre tan maravilloso me baña en flores?

Y con esa frase, la mujer salió dando un portazo y renegando en voz baja.

La muchacha subía las escaleras. La bandeja que portaba mostraba tan solo una jarra de agua fresca, un cuenco de sopa espesa y media manzana. Mientras caminaba, la gobernanta, acodada en el pasillo superior, notó cómo se giraba nerviosa, volviéndose hacia atrás a cada paso. En un gesto que le pareció claramente sospechoso.

Sonriendo ligeramente mientras se acercaba a ella, creyó saborear su próxima victoria. Su gesto de diversión se amplió considerablemente cuando en el último giro sobre el final de la escalera, la mirada de la muchacha tropezó con su persona, justo al volver la cabeza.

—¡Señora! —El respingo la hizo casi juntar los hombros sobre el cuello.

El ama de llaves la saludó con un gesto, sin decir una palabra, solo se limitó a dirigirse hacia ella a grandes pasos.

—Yo, señora.... no la esperaba detrás, me he asustado. Aunque no quiero decir que usted sea tan horrible como para asustar a nadie. —Antes de que ni siquiera tuviera la ocasión de reprenderla, la muchacha comenzó su discurso y sus excusas—. Yo solo le llevo al marqués caldo y agua, como usted puede ver. —Mientras hablaba, la pobre ilusa sujetó con una sola mano la bandeja para palpar de forma nerviosa el bolsillo delantero de su delantal.

—¿Marta? Porque tú eres Marta, ¿verdad?

—Marta, para servirle a usted y a Dios, señora doña...

—Con señora me basta.

Por unos momentos, la gobernanta tuvo piedad de la jovencita. Sospechaba que la pobre había tenido poco que hacer frente al abrumador poder de persuasión del marqués. Sin embargo, el hecho es que el médico había sido muy claro al respecto, el estómago del hombre había sufrido mucho los últimos días, y debía volver a tomar los alimentos muy poco a poco. Era todo por el bien del señor de la casa.

Para nada contaba las ganas locas que tenía ella de verlo sufrir un poco de forma consciente, se dijo a sí misma mientras su boca se curvaba en una

mueca irónica.

Ignorando los intentos de la muchacha por seguir de nuevo su camino, la siguió hasta cortarle el paso. Agarrándola por el brazo, la hizo girar.

—Será mejor que me des eso que escondes.

—¿Yo? Yo no escondo nada, señora. ¿Qué puedo esconder? Solo traigo lo que me ha preparado la cocinera. Incluso le he insistido en que quizás usted no vea bien traerle al señor la manzana —perjuró inquieta, mirando por encima de su hombro en un intento de encontrar algún alma caritativa que la librara de aquella situación.

Al fondo, ambas mujeres encontraron el rostro interesado de Huan, que no sin cierta diversión, observaba toda la escena. Con angustia, la muchacha acató el gesto afirmativo del oriental, y acabó por sacar resignada lo que tenía en el bolsillo del uniforme.

—Le prometo que era con buena intención, señora. Se le ve tan delgado y hambriento que no he tenido corazón para no llevarle algo.

—Ya supongo cómo ha logrado convencerme. Ve a esperar a la cocina, luego hablaré contigo —dijo, tomando lo que ella le daba para colocarlo en el bolsillo frontal de su propio delantal.

—Pero, señora, yo le prometo...

—Haz lo que te pido y no tientes más mi paciencia, muchacha.

—Por supuesto, señora. Ahora mismo, señora.

Entregándole la bandeja que portaba, la chica abandonó la planta con cierta premura, hipando en el camino el amago de un sollozo.

—¿Contenta? —oyó decir a Huan.

—No sé a qué se refiere, solo hago mi trabajo.

—Dedicación loable la suya, especialmente con Marta. ¿Acaso está la señora Gil influenciada por la señora marquesa?

—No sé a qué se refiere, Huan. La señora marquesa se quedó en Madrid, y yo no tengo nada en contra de esa muchacha —acabó por reafirmar irguiendo la barbilla, mientras se alejaba en dirección al dormitorio del marqués.

—Buenos días, señor. —Marcos se giró hacia la puerta, el murmullo que le llegó era bajo, aún cubierto por el velo que acompañaba cualquier sonido a su alrededor—. Le he traído algo, si me ayuda mientras lo enderezo, tal vez pueda comer un poco antes de que...

—¿Marta? Eres tú. ¿Verdad? —murmuró a su vez Marcos, todavía sin poder creer que aquella voz que parecía un ronquido fuera la de la joven Marta.

Cielos, ya no le sonaba ni siquiera como una bruja, más bien era la voz de un ogro.

Un ogro macho, para más señas.

El hombre sintió cómo el colchón cedía a su derecha y el roce de unos dedos contra el rostro cuando ella le acarició el mentón. Marcos suspiró, estremecido al recordar el sonido real de aquella voz. Llevaba meses esquivando los intentos de insinuación de la muchacha, y por aquel entonces sonaba como un verdadero ángel. En cambio, en ese momento, la de cualquier labriego le hubiera resultado una voz más sexy.

Pero la necesidad era la necesidad, y aquella era vital. Tragó su propio orgullo, dispuesto a venderse por un mendrugo que llevarse a la boca.

—¡Ay, mi señor! Está tan guapo con ese asomo de barba, despeinado y ahí sentado entre las sábanas. —La mano de Marcos, como si fuera la de una virgen asustada, elevó la tela hasta cubrirse al menos uno de sus hombros desnudos.

Ella no pareció percatarse de su incomodidad, simplemente suspiró, en lo que le recordó al ronquido de un cerdo en celo, y fue avanzando hasta que él se obligó a tumbarse sobre la almohada para mantener la distancia entre sus alientos. A tientas, Marcos empezó a buscar el bastón con empuñadura de platino que siempre lo acompañaba. Con un jadeo, comprendió que alguien había quitado el arma de su lado.

—Me has traído algo de comer, ¿verdad, pequeña?

—Algo muy largo. —Le contestó la voz, empujándolo por los hombros hasta acabar de hacerlo caer sobre el colchón.

Sin decir una palabra, la supuesta Marta cayó sobre él antes de que hubiera terminado de rebotar en la blanda superficie. Una mano ávida cayó sobre su pecho arrancando la sábana de un tirón, el gesto fue tan rápido que apenas logró sofocar el grito poco viril que salió de su garganta ante el avance.

Marcos, maldiciendo su terrible falta de fuerza, trató de empujar para salir de la cama. En ese momento su mano notó el manojito de llaves que había oído resonar durante los últimos días.

Al parecer, la señora Gil quería reírse a su costa.

De acuerdo, vería entonces quién acababa riendo el último.

Dejándose caer hacia atrás, obligó a la mujer a perder el equilibrio cayendo a plomo sobre él. Afortunadamente, era mucho más menuda de lo que su fuerte carácter indicaba, y además olía realmente dulce. Apoyando la pierna izquierda en el suelo, el hombre logró reunir las fuerzas para hacerlos girar a ambos, y atrapó a la mujer sobre el colchón, bajo el peso de su cuerpo, antes de que ella acertara a decir una sola palabra.

En un arranque de locura, tal vez propiciado por la enfermedad, o porque aquella bruja realmente olía delicioso, solo a mujer y ropa limpia, Marcos se encontró besando la boca que alcanzó a atrapar más rápido de lo que hubiera esperado. Al cabo de un momento, tuvo que respirar en una bocanada. Antes de que ella gritara airada preguntando qué significaba aquello, él la volvió a besar, esta vez más duro y rápido, hundiéndose en ella con avidez. Era el paraíso, aquella mujer sabía a fresa, ácida y madura. Por fin pareció ceder, y sus lenguas se encontraron y se enredaron. Las manos de Marcos, ansiosas por conocer a la mujer que tenía bajo él, avanzaron sobre ella.

La apasionada reacción de la mujer disminuyó. Ella pareció cambiar de repente de opinión, aunque él pareció no notar sus intentos por apartarlo.

Realmente, sí acabó por entenderlo cuando la mujer pellizcó su brazo de manera más intensa, y golpeó su hombro mientras hacía vanos intentos por apartarlo de encima. Entonces, se limitó a sujetar sus brazos e ignorar esos esfuerzos.

Era una viuda, así que sabía lo que era estar con un hombre. Seguro que simplemente estaba un poco asustada por los avances de alguien como él. Aunque no se consideraba presumido, tenía sobrada experiencia con el sexo opuesto como para tener claro que pocas mujeres le negarían sus favores. Y, pese a que no era de los que asaltaban mujeres contra su voluntad, y mucho menos a sus propias empleadas, ella misma había empezado el juego acariciándolo y tumbándose sobre él, ¿qué demonios esperaba?

Siguió besándola y ella pareció empezar a cooperar, volviéndose cada vez más suave y receptiva, respondiendo a cada uno de sus envites y acompasándose a sus movimientos involuntarios.

La verdad, se dijo, es que tendría que detenerse. No tenía fuerzas para acostarse con ella sin quedar como un auténtico patán, pero quería tocarla un poco. De lo que estaba alcanzando a acariciar, podía afirmar que aquella mujer era muy menuda, pero de curvas generosas donde una mujer debe serlo. Además, probablemente en ese momento la puerta permanecía abierta,

no había oído que nadie entrara con ella y seguro que ella cargaba con una bandeja para el almuerzo cuando lo hizo.

No, tendría que apartarse, y aquello iba a ser condenadamente difícil. Se estaba tan bien encajado entre sus piernas, acunado contra toda aquella blandura y calor. Ojalá pudiera hacerle el amor salvajemente. No pudo contenerse y con un gemido de placer adelantó su cuerpo en un movimiento erótico de caderas.

De pronto todas las alertas retumbaron en su cabeza, haciendo que la sangre le subiera desde el lugar donde se apretaba contra la mujer, y que había ido creciendo con su frenesí, y el entusiasmo le bajara repentinamente. Había notado algo grande y muy duro presionar contra su parte más sensible y emocionada.

Intentando hacerse creer que aquello no podía ser, se apretó de nuevo contra ella. Pero aquello, fuera lo que demonios fuera, y en ese momento las imágenes que acudieron a su cabeza no eran muy halagüeñas, seguía allí.

Había algo grueso y muy duro entre las piernas de la señora Gil.

De un solo gesto, a pesar de la debilidad de su cuerpo, Marcos se irguió sobre sus rodillas apartándose.

—¿Qué broma es esta? ¿Qué es eso?

La mujer apenas oyó su voz. Aquel bruto primero la había besado, luego la había asaltado y ahora la apartaba como si fuera una leprosa. La cara y el gesto de repulsa del hombre no daban lugar a dudas.

—¿Qué demonios tiene ahí, señora? —Marcos se apartó aún más, repitiendo la pregunta.

Con el gesto, se había situado en el extremo más alejado de la cama, aunque con el brazo extendido, agitó la mano en un intento de tocar eso duro que se había apretado contra su abdomen un instante antes. Al volver a sentirlo con las yemas, retiró la mano como si hubiera tocado un hierro al rojo.

—¿Ah, esto? —Ella se irguió, volviendo a recolocarse el cabello que se le había soltado segundos antes—. Esto es lo que pensaba darle de comer hoy, marqués.

—¡Apártese de mí en este instante si no quiere que le parta la cabeza, señora...! ¿o debería decir señor Gil?

La risa, esta vez con un timbre totalmente femenino, atronó en los oídos de Marcos, mientras ella se levantaba de la cama. Antes de dar dos pasos, la

muchacha se giró, arrojándole sobre el regazo una barra de pan. El respingo y el manotazo que enviaron el alimento al suelo de la habitación la hizo reír aún más.

—Vaya, señor, acaba de lanzar su almuerzo al otro extremo de la alcoba. Lástima, era la última pieza de pan que quedaba en la cocina.

—¿Pan?

—¿Qué si no creía que era, caballero?

Capítulo 9

La mujer estaba intentando recomponer el mundo que ella misma había creado. Miraba al hombre tumbado sobre la cama y sabía que no podía, no debía, no le convenía sentir lo que sentía. Pero cielos, era tan difícil hacérselo entender a su cabeza, a su cuerpo, a toda ella. Especialmente en momentos como aquel. Viendo cómo dormía, casi recuperado ya de la enfermedad, que a punto estuvo de llevárselo para siempre, pareciendo un niño grande, totalmente relajado y brutalmente hermoso, tan bello que casi sentía ganas de llorar por tener que contener las manos que deseaban acariciarlo.

Era fácil comprender lo que habrían sentido todas esas mujeres que habían habitado su espacio, que habían estado a su alrededor año tras año, notando que realmente él no las percibía. Hablaría con todas, educado hasta la médula, pero no las vería, nunca vería a nadie, y no porque fuera ciego, simplemente pertenecía a un nivel superior. Hacía unos meses había oído que una vez estuvo enamorado de la mujer de su hermano. Ella había visto a la mujer solo una vez, pero aquella visión fue suficiente para odiarla eternamente. La duquesa era hermosa, vital y arrolladora. Y tan rica y afortunada.

Debía de serlo, ninguna mujer rechazaría a un hombre como el marqués si no era por alguien muy valioso. La gobernanta no conocía mucho al duque, pero de lo que estaba segura era de que sería alguien tan excepcional como su hermano.

Luchando contra el impulso de retirarle el mechón de pelo que le tapaba el ojo derecho, la gobernanta se retiró para volver a sentarse sobre el sofá de la alcoba. No quería caer en la tentación de tocarlo de nuevo, pero tampoco poseía la fuerza necesaria para resistirse a seguir mirándolo.

Por unos minutos se recreó en observarlo dormir, procurando casi no

respirar para evitar que despertara, aunque era consciente de que el ruido que empezaba a bullir en la casa pronto lo haría inevitable.

Poco a poco el cuerpo sobre la cama se agitó, estirando inconscientemente las extremidades y girando el rostro hacia el sonido que llegaba desde el pasillo. Marcos sonrió desde la cama. Lo hizo lentamente, sin ninguna prisa, dejando que los bordes de su generosa boca se curvaran con laxitud hacia los extremos. Se irguió despacio sobre los cojines. Ella conocía aquellos gestos, esa seguridad de un hombre que sabía lo que inspiraba en sus semejantes, el marqués de Monteferro era tan conocido por su fortuna y su título como por su sorprendente encanto. Así que no le extrañó cuando de nuevo la aduló descaradamente con otra sonrisa, a ella y a las dos criadas que entraban en ese momento en la habitación para retirar la ropa usada.

—Vaya, señor. No existe mujer que pueda resistirse a esos hoyuelos sobre tus mejillas —le confesó ella, inclinándose para ayudarlo a sentarse sobre los cojines, y aprovechando que las muchachas que la acompañaban abandonaban la habitación.

—¡Doña Isabel!, me alegro de que hayas reparado en mí de esa manera, pensé que te repelía mi triste persona.

—Nunca he negado que tal vez no fueras tan difícil de mirar, como sugería la forma en la que gruñías los primeros días de mi presencia en esta casa.

—¿Solo poco difícil de mirar? Me ofendes, señora, siempre me han dicho que soy un hombre poco corriente.

—He visto pocos como tú, si he de ser sincera, pero no me suelen gustar las personas tan vanidosas ni las cosas muy usadas.

—Vaya si eres regañona, casi como mi madre. ¿Qué edad tienes, Isabel?

—¡Oh! ¡Qué descarado es, señor! ¿Acaso no sabes que es de muy mal gusto que un caballero le pregunte eso a una mujer?

—De acuerdo, me declaro culpable de ese pecado, pero no me negarás que yo no soy un caballero común, para mí no son válidas esas reglas.

—No veo por qué no.

—Pues hasta un niño lo vería, Isabel. Cualquier hombre es capaz de intuir la edad de una señora, solo con mirarla. Yo no puedo hacer esa simple valoración, a no ser que le pregunte a alguien. ¿Prefieres que ande cotilleando con mis criados acerca de tu edad y tu aspecto? O también puedo valorar la edad de una mujer tocando ciertas partes de su anatomía que tienden a mantenerse prietas o no. ¿Me dejas probar a ver si acierto?

—No, no será necesario.

—¿Y bien?

—Más de veinte y menos de cuarenta —le espetó ella.

—Eso no es justo.

—Es lo que te diría cualquiera de tus empleados, señor. A riesgo de que yo los vapuleara con mi escoba si se aventuran a dar más detalles.

—¡Tramposa! —gruñó él con una sonrisa.

—¡Cotilla! —contestó ella. Luego le acercó a los labios el jarrillo de agua para que bebiera.

—Dámelo, puedo beber solo.

—También puedes caminar solo y hace un par de semanas que no lo haces, don Marcos. Ahora deja que te ayude a beber y así no tendré que cambiar toda la cama cuando vuelques el resto del agua.

—¿Vuelvo a ser don Marcos? Creí que habíamos superado la fase de señor-empleada. Y lo de esta mañana ha sido un accidente, la chica me movió la mesa que siempre está junto a la cama para barrer, por eso se cayó el agua.

—Se cayó porque estás enfermo y no puedes comprobar con tus manos dónde está la mesilla, y ahora mismo la mesa sigue estando demasiado alejada para alcanzarla desde la cama. No quiero ser cruel, pero eres ciego, Marcos.

Luego, volviendo a inclinar la taza, lo dejó beber de nuevo. La mujer presintió que estaba tramando algo cuando el hombre frunció levemente el ceño, pero no dijo ni una palabra más. Aún algo desconfiada, volvió a llenarle la taza y dejó que el tiempo pasara observando en silencio cómo su garganta subía y bajaba mientras tragaba el líquido con ansiedad. Un deleite que se permitía sabiendo que él no notaría cómo lo devoraba con la mirada.

—Muy bien. ¿Se te ha llevado la lengua el gato, marqués? —preguntó ella, después de unos segundos en los que él apartó la bebida y se mantuvo callado.

—No sé por qué dices eso, Isabel —respondió.

Ella decidió que era hora de dejarlo con sus pensamientos, fueran cuales fueran, y apartó por fin la taza levantándose levemente e inclinándose hasta alcanzar la tapa de la mesilla a más de un brazo de distancia. En ese instante, en el que dejó indefensa su retaguardia, notó la mano que con descaro se posó en su trasero apretando como si probara la madurez de una fruta.

—¡Marqués! Esa mano.... —casi gritó, apartándose hacia delante a riesgo

de acabar con los dientes sobre la madera.

—¿Qué mano? ¡Ah, disculpa! Soy un pobre ciego, no sé dónde pongo la mano. Creo que acortaré el intervalo en más de veinte y menos de treinta — acabó por decir, aún concentrado en lo que acababa de palpar con los dedos.

Llegó la mañana, dos días después, en la que Marcos decidió que era el momento de levantarse. Nunca había tenido miedo de la oscuridad, ni siquiera cuando se convenció de que era su destino, pero aquel encierro en sí mismo, aquel ruido de viento en su cabeza era mucho más terrible que el silencio, casi como una pesadilla hecha realidad. ¿Realmente sería así el resto de su existencia?, ¿un ciego rodeado de murmullos y cacofonías ininteligibles?, ¿incapaz de reconocer a sus semejantes?

Totalmente vulnerable.

Se tapó los oídos. El ruido, el viento susurrando entre sus pensamientos siguió allí. Apartó las manos y abrió los ojos de par en par, se esforzó en oír el entorno, reconocer algún sonido con sus órganos totalmente atentos, pero apenas sí notó la diferencia. El esfuerzo le provocó pinchazos de dolor en los ojos, en las sienes.

¿Era su destino quedarse ciego y sordo?

Golpeó el colchón con la mano abierta, ansioso de destrozar cualquier cosa.

Era cierto, no temía a la oscuridad, se había repuesto a esa perdida. No temía al peligro, era un hombre con unos reflejos por encima de la media, pese a su minusvalía. Pero en ese momento, todos esos años de entrenamiento le parecieron infructuosos. Sin el oído sus facultades estarían muy mermadas, y la idea de verse inútil de por vida era demasiado horrorosa para poder ser expresada con palabras. Y sabía que se había sentido realmente inútil durante los últimos días.

Luego tragó, recuperó la posición erguida y arregló el boquete que sabía había producido en el colchón con su arrebato. No había tiempo para lamentarse. Solo se permitió unos instantes para recobrar la serenidad.

Esa sensación, como de tener la cabeza repleta de paja, todavía persistía, pero sabía que seguiría allí hasta que el cuerpo se le acostumbrara de nuevo a moverse en vertical. Por muy engarrotadas que estuvieran sus extremidades, por mucha falta de fuerza que sintiera, no podía permanecer en la cama ni

una hora más. Refugiarse en el silencio y la oscuridad no le haría recuperar el estado de inconsciencia que parecía ser lo único que le devolvía parte de paz. Abandonarse al sopor tampoco iba a mejorar su oído, y si había que enfrentarse al mundo con un nuevo sentido disminuido, era mejor hacerlo cuanto antes.

Llevaba despierto menos de una hora. Huan y uno de los mozos lo habían levantado de la cama, uno de cada brazo, y lo habían ayudado a asearse, desvistiéndolo y metiéndolo de nuevo en la bañera, como si no fuera capaz de bañarse por sí solo. Luego se habían empeñado en volverlo a acompañar a la cama, sin dejar ni por un instante que anduviera por sí mismo, guiándose con su bastón. Incluso lo habían vestido con una molesta camisola, un tipo de prenda que él nunca usaba y que le metieron por la cabeza en dos tirones antes de que se diera cuenta.

Ese dichoso oriental lo había peinado. Y sospechaba, a juzgar por el olor concentrado que emanaba de su persona, que hasta se había entretenido en perfumarlo como si fuera una señorita. Luego lo habían dejado allí, renegando de cada uno de sus empleados, con la única compañía de su gato, que había permanecido junto a él de forma permanente durante casi toda su enfermedad.

Estaba cansado de sentirse como un enorme muñeco de trapo.

Un muñeco muy hambriento y enfadado.

Llamó varias veces sin que nadie acudiera. Hasta que una bocanada de aire seguida de un golpe lo hizo silenciar. Giró la cara hacia las puertas dobles que daban al balcón, el viento entraba en lo que parecía el comienzo de una tormenta. Estaba convencido de que al menos un par de los vidrios emplomados había acabado hecho añicos disperso por la habitación. Tuvo que elevar la sábana para protegerse del repentino frío. Debían de ser las diez de la mañana y no parecía que el día fuera demasiado apacible.

Girándose molesto por el súbito tiritar que lo azotó, advirtió que el relleno del colchón estaba mal distribuido, eso o la piel de su trasero empezaba a ser más sensible de lo que recordaba. Maldiciendo, se intentó acomodar, golpeando con el pie a Sultán, que lo obsequió con un bufido y un bonito bocado en el talón del pie infractor.

Estaba claro que era hora de levantarse de una vez por todas. Su colchón, su alcoba y hasta su propio gato, parecían querer echarlo de allí a patadas.

No intentó llamar a nadie de nuevo, dejó colgar las piernas por un lado de

la cama y se sentó con los codos sobre las rodillas, mientras se frotaba perezosamente el cabello, retirando el peinado militar que suponía le habían hecho. Con poco esfuerzo logró volverlo a su estado caótico habitual.

Un golpe en la puerta lo hizo volverse hacia la entrada de la habitación.

—¿Ha llamado, don Marcos? —Lo intentó durante unos segundos, pero no logró identificar la voz.

—Supongo que podría llamarse así a la sucesión de voces, gritos y maldiciones que he pronunciado hace media hora —dijo, con la voz enronquecida por el enfado—. Sí, definitivamente, creo que he llamado.

—¡Oh! El viento ha roto los cristales. Pediré que los retiren. No se mueva, señor. Podría sangrar si anda descalzo.

—Tú vas a sangrar si no me acercas ahora mismo mi bastón, una muda de ropa y unos zapatos.

—Claro, señor, lo que diga usted, don Marcos.

Pero a pesar de sus sumisas palabras, salió de allí olvidando sus órdenes y sus, al parecer, inútiles amenazas. Armándose de paciencia, Marcos decidió aguardar hasta que su visitante, sin rostro ni nombre identificable, regresara con ayuda y una escoba.

—¡Ah! ¿Has decidido levantarte, por fin? —La voz era la de la señora Gil, aún no era capaz de distinguirla por el acento, aunque sí por la cadencia al hablar y, sobre todo, por la falta de ceremonia que exhibía la mujer al dirigirse a quien se suponía era su empleador. Claro que él mismo había insistido en ese tuteo—. Estamos de suerte, entonces. Huan me ha informado de que tienes visita. Un par de damiselas muy arregladas, por el frufrú de ropa que he notado, y una vieja arpía charlatana.

—¡El cielo me asista! Deben de ser la condesa de Monteverde y sus dos retoños. Viven en la finca de al lado. La visita debe de ser cosa de mi madre. Soy incapaz de aguantar un cuarto de hora oyéndolas cacarear a mi lado. Diles que me encuentro mal, que vuelvan en otro momento.

—¿Y hacer que tu madre se preocupe y venga desde Madrid?

—No, creo que tienes razón. A mi madre no la soportaría ni dos minutos, y en cualquier caso la hija pequeña es realmente agradable, a pesar de su señora madre —razonó irguiéndose de la cama con algo de dificultad.

—No te muevas aún. La chica vendrá en unos minutos a recoger los

vidrios. Yo me ocuparé de que sirvan un café a tus invitadas y llamaré a Huan para que te ayude.

—Si no hay otro remedio.

Tres larguísimas horas más tarde, Marcos se encontraba despidiendo a la visita. Se sentía mareado y terriblemente cansado, aunque intentó que su malestar no saliera a la superficie. Haciendo gala de la exquisita educación por la que era famoso, había oído cada chismorreó, cada crítica y cada velada alusión a su estrafalaria boda con la más que inconveniente Ely sin mudar el gesto, y sin soltar ni una palabra de información que aquellas cotorras pudieran llevar de vuelta a la capital. Casi estuvo a punto en más de una ocasión de defender a su esposa, y aquello sí hubiera sido el colmo de lo ridículo, pensó.

—Espero que se recupere pronto, don Marcos. —La hija más pequeña y menos inaguantable, con diferencia, de la condesa, se acercó a él tomándole la mano.

—Muchas gracias, Mercedes, creo que pronto me habré recobrado totalmente.

—¿Sabe una cosa?

—No, dígame. —Marcos seguía reteniendo la mano de la muchacha.

Sabía que no era demasiado agraciada, aunque su rostro, según había oído, era lo bastante bonito, todos decían que a Mercedes Letrán le sobraban muchas libras, y esa mano regordeta entre las suyas se lo confirmaba. Pero a Marcos esos comentarios hacía tiempo que le importaban un bledo. Hacía un lustro que había dejado de verse atraído por lo que todos consideraban bello. Para él, aquella muchacha solo tenía un defecto: su madre.

—Pensé, en realidad soñé, que algún día pediría mi mano. —La voz de la muchacha no era un murmullo, las palabras habían salido con mucha claridad de sus labios.

Marcos retuvo el aliento, manteniendo el silencio unos segundos. No le eran extrañas ese tipo de declaraciones. Supuso que su amabilidad y su ceguera hacía que las muchachas perdieran el miedo a confesar sus sentimientos. Pero sabía que nunca se acabaría de acostumbrar a aquellas situaciones, ni sabría cómo atajarlas sin causar dolor.

—De cualquier forma —continuó la muchacha, salvando por fin el

incómodo silencio—, eso parece que ahora ya no tiene importancia. Espero que me siga considerando su amiga, aunque no haya sido digna de ser su esposa.

—No hay en Madrid otra mujer más digna de lo que lo hubieras sido tú, Merche —confesó él antes de darse cuenta—. Siento que el matrimonio no fuera una de mis metas.

—Pero te has casado con ella.

—No, bueno, sí me he casado, pero no era mi intención. Aunque espero que no cuentes esto a nadie.

—Sabes que no lo haría nunca. Puedes contar conmigo.

—Y siempre serás mi amiga, yo...

—¡Merceditas!, despídete del marqués, no debemos agotar a don Marcos. —La voz estridente de la condesa hizo que Marcos girara hacía la mujer, soltando la mano de la muchacha.

—Tengo que marcharme, promete que te cuidarás.

Luego la oyó caminar sobre el suelo de grava. Unos segundos después escuchó cómo el carruaje se apartaba por el sendero.

—Veo que sigues despertando adoración, aun después de ser un hombre casado. —La voz de su gobernanta le sorprendió antes de que lo tomara bruscamente del brazo para acompañarlo hasta la puerta, a solo unos metros.

Por unos instantes estuvo a punto de rechazar el gesto, pero había llegado hasta allí acompañado por Mercedes y, sin su bastón, sería incapaz de encontrar la entrada sin ir dando tumbos.

—Te aseguro que nunca he deseado la adoración de nadie —farfulló mientras subían los escalones de la entrada—, no me gustan estas visitas.

—Embustero. Te has comportado encantador, incluso esa vieja te comía con los ojos mientras hablabas. Se te veía como un pavo real, irguiendo la cola para exhibirse.

—No voy exhibiendo mi cola erguida por ningún lado, señora. Aunque, si tienes interés, igual puedo hacer una excepción contigo. —Marcos se giró de improviso hacia ella, atrapándola sobre la pared de la entrada. Sorprendido, notó que ella a penas le llegaba al esternón, nunca hubiera creído que semejante carácter se encerrara en un cuerpo tan pequeño. Lentamente acercó su rostro y colocó la mano en la pared, rozándole, aunque ella no sabría decir si de forma intencionada o no, el lateral del pecho con el brazo—. ¿Qué te pasa, Isabel? ¿Estás celosa? —le preguntó, con los labios pegados a su oído.

—No seas absurdo. Solo me preocupa tu salud, estoy intentando hacer bien mi trabajo, señor.

Ella odiaba que él detectara cada cambio en su humor. No era propio de su carácter ser tan transparente.

—¿Ahora eres mi enfermera?

—Tu esposa me dejó a cargo de esta casa, y de todos sus habitantes, incluido el señor marqués. Sí, ahora soy tu enfermera, y tu gobernanta y la persona que hará que vuelvas a la cama inmediatamente.

Ella no sabía el porqué, pero necesitaba verlo de nuevo en la cama, enfermo e indefenso. Su imagen, vestido, poderoso y alto, no era para nada controlable, al igual que los sentimientos que le estaba inspirando.

—Sí. —El aliento del hombre le rozó la piel de la oreja, antes de apartarse un par de palmos—. Los deseos de mi querida esposa. ¿Y también velas porque cumpla mis votos matrimoniales?

Ella lo apartó ligeramente empujando su pecho para disimular el temblor que le había causado su cercanía. No se movió un ápice, en cambio, el hombre bajó el rostro de nuevo, y un mechón de pelo negro le rozó la mejilla a la mujer.

—Olvida a esa bruja, no es, ni será nunca, nadie en esta casa.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer.

Pasando por debajo de su brazo, escapó de la jaula en la que la tenía atrapada y caminó acelerada escaleras arriba.

—Muy bien. —Marcos suspiró y se pasó una mano por el pelo, recolocando el mechón caído—. Ya seguiremos esta conversación, señora Gil.

No dio ni dos pasos antes de comprender que su cuerpo no estaba tan preparado como pensaba para salir de la cama. Con un gran esfuerzo, logró llamar al chico que se ocupaba de abrir la puerta de la casa.

—Tenía visita, tú misma me dijiste que debía bajar. —Sentado de nuevo en la cama, Marcos se preparó para oír la riña de su empleada mientras esta le retiraba la chaqueta y los zapatos.

—¡Vaya, para una vez que me haces caso! No tenías ninguna obligación de aguantarlas varias horas y acompañarlas hasta el carruaje. Ni de plantarte allí

al frío durante media hora. Huan hubiera podido espantar a esas chismosas sin ningún esfuerzo.

—No hace ningún frío. Y no me gusta tratar así a nadie, y menos a alguien tan agradable como Mercedes. En fin, no tengo por qué darte ninguna explicación, no eres ni mi madre ni mi esposa.

—Por fortuna no los soy. Y no es la buena educación lo que te hace ser agradable con las muchachas, se te ve a la legua que te gusta esa adoración incondicional.

—No hay muchas alegrías en la vida de un hombre ciego, Isabel. Hablar con buenas personas que me tratan como un ser humano, y no como un pobre inútil, es una de ellas.

—¡Menudo niño mimado estás hecho, marqués! —exclamó ella. Sin saber el porqué, estaba algo irritada desde que había llegado la visita—. Y no me hagas opinar lo contrario, no creo que tu vida no haya sido lo que parece, tienes todo lo que un hombre haya podido desear jamás. No ofendas mi inteligencia. Si quieres compasión, pídesela a una damisela rica y delicada, yo sé lo que es no tener todo lo que deseo.

—Señora Gil, no me importa lo más mínimo lo que opines de mi persona —añadió él con sorna, haciendo que ella, a su pesar, esbozara una sonrisa y recobrarla el buen humor.

—Eres un hombre insufrible y caprichoso. No entiendo cómo aún no te he dejado revolcándote en tu autocompasión.

—¿Será que al no ser una rica y delicada damisela necesitas este trabajo? —dijo, enfureciéndola todavía más—. O tal vez porque te regocijas regañándome y reprendiéndome con esa lengua afilada. Voy a empezar a pensar que me estás tomando demasiado cariño.

De forma intencionada, bajó la voz hasta convertirla en una caricia y tomó la mano de la mujer, cuando ella notó su contacto, elevó el rostro sin poder refrenar una sonrisa.

—Vaya, marqués. No existe mujer que pueda resistirse a tan férrea determinación. —Le devolvió la insinuación, con la más seductora de sus voces, mientras le apartaba uno a uno los dedos que aferraban su mano.

Capítulo 10

La gobernanta estuvo a punto de llamar a Marta, tal vez sería mejor que la muchacha empezara a servirle las comidas al marqués. Su función en la casa estaba llegando al final, él cada día estaba más recuperado, y aquellas insinuaciones cada vez más habituales lo demostraban. No era tan tonta como para negarse a sí misma el secreto anhelo que la acompañaba desde que había pisado la hacienda, quería que acabara necesiéndola, quería recuperar ese esbozo de amistad que tuvieron hacía diez años, esa conexión más allá de sus diferencias de sexo, experiencias y edad. Pero había tantas mentiras, tantos errores y pesadas cargas en su pasado que temía que aquello acabaría siendo el mayor error de su vida.

Casi estuvo a punto de llamar a la chica que la había acompañado hasta la puerta del dormitorio portando la bandeja del café. La misma que en ese momento se giraba de vuelta hacia la escalera, para dejar que ella entrara la merienda en la habitación. Solo a punto, en lugar de eso, se adentró sola en la oscuridad de la alcoba de Marcos.

Dejando la bandeja sobre el mueble de la entrada, caminó hacia las ventanas, no le agradaba la sensación de indefensión que la asaltaba cada vez que entraba en la estancia. Sabía que él estaba allí, oculto por las sombras, totalmente consciente de su presencia, y totalmente conocedor de su identidad. Él ya se movía como un gato en la negrura, tras recuperar solo una mínima parte de su sentido del oído. La mujer tuvo que tantear los muebles antes de llegar a tocar las contraventanas.

—¿Quieres que acabe partiéndome el cuello, marqués?

—No te he oído titubear mientras atravesabas la habitación, Isabel. La ceguera, al contrario de otras enfermedades, es superable en parte. Tú misma eres capaz de caminar sin apenas tropezar mucho mejor que hace unas

semanas. Aún sin conocer que he movido varios muebles de lugar.

Ella se concentró en abrir la doble hoja que tenía entre las manos, cerrando los ojos cuando la súbita claridad la asaltó.

—Te aseguro que los dedos de mis pies han sido conscientes de cada uno de esos cambios. ¿No tienes algo mejor que hacer que moverlo todo de sitio?

—¿Algo como leer un libro, señora?

La mujer se volvió de improviso, solo el golpe seco de la madera que acababa de soltar al sacudir la pared delató su enfado.

—Eres demasiado infantil, Marcos. Ni siquiera mereces que conteste semejante idiotez. Si quieres mi lástima te sugiero que cambies de táctica, no me das ninguna.

—Entonces, ¿no te ofrecerás a leer para mí?

—No entra dentro de mis responsabilidades entretener al señor de la casa.

—Creí que estabas aquí para hacer que me recuperara. Poco haces en ese sentido si me dejas solo en esta habitación completamente a oscuras.

—Permite que te recuerde, que tú siempre estás a oscuras. En cuanto a la soledad, si no fueras un ogro gruñón, podría pedirle a Huan que te leyera algo.

Los ojos de la mujer por fin se adaptaron lo suficiente para ver la silueta del hombre, sentado en el sillón junto a la chimenea apagada. Todavía era temprano, pero en un par de horas el sol dejaría de calentar la fachada, y aquellas brasas deberían de avivarse, la primavera aún no estaba tan avanzada como para apartar el frío nocturno. Con cuidado se acercó hasta la chimenea, donde descansaba el quinqué de petróleo y lo necesario para prenderlo.

La luz de la lámpara hizo que una caja de madera oscura, que descansaba sobre el vuelo de la chimenea, llamara la atención de la mujer. Un recuerdo de otra caja muy parecida le llegó a la memoria, su propio padre tenía una igual, un carísimo juego de damas, realizado en ébano y marfil. No lo sabía a ciencia cierta, así que alargó la mano hasta alcanzarla. Mientras lo hacía, era consciente de cómo el hombre notaba cada uno de sus movimientos.

—¿No piensas darme el café?, ¿o realmente pretendes matarme de calor encendiendo la chimenea?

Ignorando su intento de pincharla, se mantuvo ante el hogar, tomando la lujosa caja en las manos. Allí estaban las piezas, a diferencia de las de su padre, el trabajo de artesanía era mucho más esmerado. Cada una de las fichas tenía tallado el busto de una mujer diferente, con unos rostros propios,

vestidos, peinados, incluso entrevió rasgos de etnias diferentes. Por unos instantes apretó entre sus dedos una de ellas, deleitándose en la calidad del trabajo, claramente sensible al tacto.

Levantó la mirada de la pieza cuando los pasos masculinos sobre el suelo de madera llegaron hasta ella, acompañados de la clara presencia de un cuerpo enorme a su lado. Se giró, para comprobar que él se esforzaba en entender qué la tenía tan silenciosa.

Sin dejar de mirarlo, devolvió la pieza que sostenía entre los dedos al cofre que contenía el resto, tratando de dominar la impresión que le provocaba la imagen que en ese momento tenía ante sí. Pocas veces lo había tenido tan cerca estando ambos de pie, mucho menos en esa situación de intimidad. Un hombre enorme, apenas vestido con pantalones y un fino batín semiabierto hasta la mitad del pecho, moreno y tremendamente guapo.

—No creo que sea buena idea encender la chimenea, el cielo sabe que tengo el suficiente calor. —Ella trató de mantener un tono impasible en la voz.

Él arqueó un poco las cejas.

—No estoy seguro de cómo tomar esa afirmación, Isabel. —El hombre dio un paso más, haciendo que las telas de sus prendas entraran en contacto. Alargando el brazo, alcanzó a tocar el vuelo de la chimenea, justo a un suspiro de los dedos de la muchacha—. Veo que has encontrado mi juego de damas.

La mujer carraspeó aclarándose la garganta, que de pronto se le había quedado seca. Se giró hacia el hogar de la chimenea, él estaba demasiado cerca para poder mirarlo a la cara si no quería doblarse el cuello. De forma automática, acarició la madera del cofre.

Otro minuto de embarazoso silencio. La gobernanta volvió a coger una pieza, esta vez de las blancas, haciendo girar la pieza de marfil entre sus dedos, antes de depositarla de nuevo en su lugar, perfectamente ordenadas en dos líneas paralelas.

—¿Puedes jugar a las damas, Marcos?

Él atrapó su mano, antes de que ella pudiera cerrar la caja y salir del hueco de sus brazos.

—Puedo jugar a muchas cosas. —Su voz era baja y ronca, respondiendo con miles de matices e interpretaciones diferentes en una misma frase.

—Pero ¿cómo sabes dónde se sitúa cada pieza en el tablero?

El hombre dejó de nuevo pasar el tiempo en silencio, haciéndola especular con cuál sería su respuesta. Ella se sintió incómoda, y muy a su pesar se obligó a girarse para volver a enfrentarlo cara a cara, contemplando sus penetrantes ojos.

—Tengo mucha paciencia y cuidado, puedo tocar cada pulgada de tablero, cada pieza, y recordar dónde se sitúan —indicó con un murmullo—. Aunque, hace meses que no he disfrutado de una buena partida. Una verdadera pena, creo que nadie disfruta jugando a las damas como lo hago yo.

Sus palabras no dejaban la menor duda en su interpretación, y la mujer tuvo claro la descarada insinuación. Era una situación imposible, pero casi podía jurar que su mirada recorría cada uno de los recovecos de su rostro, como si fueran sus dedos, y no sus ojos los que pudieran verla, haciendo que la impresión le provocara una repentina sensación de bochorno.

—¿Sigues queriendo encender la chimenea, Isabel?, ¿o prefieres jugar conmigo? —Dejó que la pregunta se extendiera unos segundos—. ¿A las damas?

La muchacha entendió que él no esperaba que respondiese. Se limitó a permanecer frente a ella, casi ocupando su espacio vital, mostrando una sonrisa ladeada en sus sensuales labios.

—Podemos jugar —contestó ella finalmente, alzando el rostro—. Puedo ser muy buena respondiendo a cada uno de tus movimientos, marqués. No presumas si no conoces las habilidades de tu contrincante.

—No sabes cuánto me alegro de oírte. Nunca me ha gustado el juego si no hay un reto en la victoria. Puede que una noche de estas te invite a una larga y profunda partida, señora Gil. —El hombre se había recreado pronunciando cada uno de los adjetivos.

Un relámpago de anhelo se agarró en el vientre de la muchacha. No podía creerse las palabras, claramente insinuantes del hombre. Necesitaba salir de esa prisión de sus brazos, o acabaría hecha un charco de pura anticipación en el suelo.

—Creo que esa noche aceptaré tu reto, señor —declaró con la voz más templada que fue capaz—. Pero hace tanto que no juego, que quizás sea poco rival para un hombre tan entrenado —añadió mientras inclinaba la cabeza para pasar por debajo de su brazo extendido. Necesitaba al menos una vara de distancia y una bocanada de aire que no supiera a él.

—Lo tendré en cuenta, pero recuerda que cuando empiezo una partida

suelo acabarla, y nunca me dejo ganar.

Apartándose del hombre, la mujer caminó con nerviosismo hacia la puerta, dio gracias al cielo de que él no pudiera ver el color anaranjado que estaba segura tenía su rostro. Antes de tocar la madera, se pasó ambas manos por la frente, sintiendo la humedad. Dios santo, estaba mojada en cada maldito palmo de piel.

—Tal vez hoy deberías pedir a la cocinera que sirviera la cena en la terraza. Realmente la noche promete traer mucho calor.

—Iré a transmitir tus deseos, Marcos —aceptó, aprovechando la excusa para salir de allí.

Se maldijo mientras abandonaba la estancia, recordando con meridiana claridad la sonrisa de satisfacción que había aparecido en los labios del hombre ante su evidente pérdida de compostura. Era increíble que él le hubiera hablado de aquella manera, un hombre joven, rico y abrumadoramente hermoso. A ella, una simple gobernanta viuda de la que no sabía ni la edad, ni el aspecto.

De pronto, el calor de la excitación dio paso a la furia.

Estaba claro que no era más que un sinvergüenza sin ningún reparo, un ruin perro en celo que asaltaba a cualquier mujer que tuviera al alcance de la mano. Deseó volver atrás y mandar a aquel degenerado al lugar donde pertenecía, marqués o no, había demostrado la pasta de la que realmente estaba hecho.

La gobernanta se detuvo en medio de su discurso mental, soltando una carcajada.

¿A quién quería engañar? Aún sentía cada poro de la piel encendido. Con gesto brusco, usó el mandil de hilo que llevaba sobre el sobrio traje gris para abanicarse. Sabía qué era aquel sofoco, y no tenía nada que ver con el bochornoso día de marzo. El calor provenía de ella misma y de la reacción de su cuerpo que siempre había estado ahí, que siempre aparecía como una punzada cuando hablaba con él, aun cuando había estado delirando de fiebre era consciente de cómo lo devoraba con los ojos. Hambrienta de cada palmo de su ilustre cuerpo. Sí, había dos personas dispuestas a jugar, y no era a un sencillo juego de mesa.

Marcos se sentía más inútil que nunca, allí sentado en su propia cama,

tomando café, e intentando no manchar las sábanas. Al parecer su convalecencia duraría algunos días más, incluso el peso de la ligera taza de porcelana le hacía mella en el músculo del brazo. Cielos, de nuevo se sentía tan débil como un gatito recién nacido.

—Buenos días, marqués.

Levantó la vista al oír la voz que sabía era la de la gobernanta. Seguía sin oír bien y, aunque casi podía pensar que iba mejorando, empezaba a dudar que algún día recuperara ese sentido del todo. De nuevo se preparó para la posible pérdida, para alejarse un poco más del resto de la humanidad. Notó que caminaba hacia él. La mujer apartó enérgicamente la silla que estaba junto a la cama y tomó la taza que él casi estaba a punto de dejar caer.

Se maldijo por dentro cuando el olor de la joven invadió sus sensibles fosas nasales. Nunca había sido ningún monje, pero hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Demasiado.

—¿Marcos? —empezó ella.

—¿Sí? —contestó él al ver que dudaba.

—¿Te encuentras bien? —soltó de repente.

Marcos parpadeó, recostándose sobre la almohada. No sabía cuánto había notado ella de la reacción de su cuerpo, pero instintivamente, llevó ambas manos sobre el regazo, evitando respirar por la nariz para no inhalar de nuevo su aroma. Si la olía una vez más, seguro que se excitaría irremediablemente.

Ansioso por desviar su pensamiento, Marcos se dedicó a plegar el esbozo de la sábana.

—¿Qué tratas de hacer con esa tela, señor mío? —le preguntó ella con sorna, inclinándose hasta posar su pequeña mano sobre las suyas.

El perfume de ella lo atrapó de nuevo. Imaginó cómo sería pasarse la noche envuelto en sábanas impregnadas de ese olor. Si además podía sentir las piernas y los brazos de ella enredados con los suyos, sería vivir en el paraíso.

—¿Siempre has olido tan bien, señora Gil? —Ladeó la cabeza para enterrarla en su pelo.

La mujer retrocedió un poco confusa.

—Marcos, en serio, hoy me estás poniendo nerviosa.

Él sonrió y le cogió el brazo que tenía más próximo.

—¿Te pongo nerviosa?

—No es eso, solo que eres ciego y no puedes ver lo que...

—¿Te molesta mi ceguera, Isabel? —Marcos la seguía sujetando por el antebrazo.

—Tu ceguera me es indiferente, yo puedo verte perfectamente.

Él tiró del brazo con la que la sujetaba y la acercó ladeando la cabeza para acomodar sus rostros. Y entonces, sus labios, esos labios tan bien esculpidos que tanto podían hechizar como exasperar, rozaron los de ella.

—No voy a seguir negando lo que siento, Isabel. —Le lamió los labios y gimió suavemente—. Dios, tu olor me vuelve loco.

—Señor, Marcos —susurró ella con la respiración entrecortada. Lo empujó por los hombros y la mirada se le desvió al comprobar que sus sábanas revelaban su excitación. No pudo evitar que le temblaran los labios en respuesta—. Alguien puede entrar.

—No me importa. —Volvió a tirar de ella hasta juntar sus rostros y le pasó la lengua por la boca—. Quiero esto, y lo quiero ahora. —La acarició suavemente con la mano que tenía en su nuca y bajó la voz—. Todo.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué? —La mano que tenía libre descansaba al lado del muslo de ella, no tuvo más que moverse un palmo para acariciarla por encima de la ropa.

—Por favor, no hagas esto.

—¿Por qué no?

—Porque acabaremos odiándonos si lo haces —acertó a decir mientras huía de la habitación.

Tras horas de agotador trabajo, la mujer había logrado olvidar el encuentro de esa misma mañana. Reconoció que, en muchos aspectos, llenar las horas con una faena continua y bien hecha le permitía olvidarse de todo y centrarse tan solo en lo que la ocupaba en cada instante.

Media hora más tarde de aquellos pensamientos, seguía tan absorta que no notó los pasos. La mujer se encontraba en la habitación de techo bajo que hacía de almacén de productos frescos, repasando las últimas cajas de verdura y frutas que habían llegado esa misma mañana. Los manojos de hierbas secas que colgaban de las vigas llenaban la estancia de una fragancia muy agradable. Alargó el brazo para apretar entre los dedos un puñado de tomillo, llevando las yemas a la nariz para recrearse en el aroma.

No se percató de la presencia de la otra persona hasta que el bastón del hombre golpeó la pata de la mesa de trabajo, sobre la que ella había depositado el cuaderno donde contabilizaba los víveres.

—¿Marcos? —habló mientras alzaba la vista.

—No recuerdo haber entrado aquí desde que era apenas un niño. Pero el recuerdo ha llegado a mí como un golpe en el pecho. Es un olor que nunca he podido olvidar.

—¿Solías venir de niño?

—A comerme cada uno de los pasteles que escondía la cocinera, lo confieso.

La risa de la muchacha le llegó a Marcos como un canto. ¡Cielos! Era tan agradable empezar a casi oír de nuevo. Especialmente oír la voz de esa mujer.

—Así que eras un goloso.

—Muchísimo, y lo sigo siendo. No puedo resistirme a probar un succulento dulce. —La cadencia en la última palabra no dejó dudas de qué era realmente lo que le apetecía probar.

—Creo que la cocinera ha preparado unas natillas para esta noche, estás de suerte. —Ella se esforzó por mantener un tono sereno, aunque era consciente de cómo el corazón le latía, y cómo aquel almacén parecía hacerse más pequeño por momentos, volviéndola brutalmente consciente de su presencia.

—Sí, estoy de suerte últimamente, por lo que veo.

—Me alegro de que así lo creas.

—¿En serio te alegras? —preguntó mientras se aproximaba un palmo más.

Por unos instantes, ella contempló sus ojos, pero, como de costumbre, su expresión era difícil de leer. No reflejaban lo mismo que el resto de los ojos que estaba acostumbrada a contemplar. No es que estuvieran vacíos, a pesar de ser ciegos. No, solo eran pasmosamente inquietantes. Se mordió el labio en un movimiento inconsciente y apartó la mirada intentando que él no notara su turbación, aun sabiendo lo inútil del gesto.

Marcos siguió inmóvil, haciéndola sentir que más que verla la desnudaba con el peso de sus ojos ámbar. Bajo aquella mirada opaca, ella se notó más y más caliente. Aunque él no había vuelto a avanzar, lo percibió cada vez más pegado, como si emanara una fuerza magnética que hacía que el aire a su alrededor se cargara de su presencia. Sin saber mucho cómo actuar, la mujer se esforzó en seguir respirando.

Él tenía claro a qué había ido hasta esa habitación, y sabía que ella no

movería un dedo para evitar que ocurriera lo que había ido a buscar. Avanzando con deliberada lentitud, se colocó hasta rozar el vuelo de su falda. La mujer intentó apartarse un poco, en un último esfuerzo por desprenderse de la confusión que la asaltaba, pero los brazos de Marcos y la mesa situada tras ella la atraparon, impidiéndoselo.

La respiración se le retuvo en la garganta cuando él agachó la cabeza hasta enterrarle la nariz en el pelo. Solo podía ver la pechera blanca de su camisa, pero pudo oírlo respirar sobre ella, inhalando en lentas inspiraciones antes de moverse para desplazar la punta de la nariz y los labios por el arco de su cuello, hasta el escote, en el punto justo donde empezaba el extremo del recatado vestido de algodón.

La sangre de la muchacha atronó en sus sienes, mientras odiaba aquel trozo de tela que había detenido su boca. Lo sintió exhalar una bocanada de aire caliente sobre su cuello, mientras elevaba la mano hasta alcanzar la cadena que siempre llevaba prendida. Luego notó cómo tiraba de la joya.

—¿Llevas un camafeo? —preguntó él, tomando entre los dedos el colgante que ahora salía de la camisa de la muchacha.

—Es solo un relicario —contestó ella, recuperando el objeto de sus manos para volver a sumergirlo entre sus ropas.

—Extraña joya para una joven. ¿Acaso es un retrato de tu esposo?

—No, es un retrato de mi hermana y otro mío, era de mi padre.

Marcos volvió a sacar el objeto para abrirlo y pasear las yemas sobre él. El colgante tenía forma de lágrima, del tamaño de una moneda, y se abrió fácilmente entre sus dedos revelando dos superficies rugosas, supuso que por la pintura utilizada en las imágenes. Sonrió, y cerró el relicario dejándolo colgar de nuevo entre los pechos de la muchacha.

—Me alegro de que no añores a tu esposo tanto como para llevar su retrato junto al corazón. Es duro lo que digo, lo sé, pero suelo ser sincero.

Fue en ese momento, sin aviso previo, que se vio inclinada hacia atrás sobre la mesa en la que se apoyaba, acunada dentro del arco de su brazo, y su boca descendió sobre ella.

Marcos solo había querido hablar con la mujer, lejos del resto de sus empleados que parecían surgir de todos lados en cualquier instante, pero no había contado con el potente efecto de las esencias en su ropa y piel. El abrazo se volvió más íntimo, el beso más profundo, haciendo que los pulmones del hombre se llenaran de los aromas a comida, especias y vino

añejo.

Ella solo notó su boca, su presencia, y el lugar donde los dedos de sus manos se aferraban a la leve tela de algodón de la camisa masculina. Le pareció que no había nada más allá de aquel tacto almidonado.

Finalmente, un suspiro más tarde o tal vez varias horas después, él acabó por retirarse un palmo, lo suficiente para dejarla ver su rostro.

—¿Es así como tratas a todas tus empleadas? —Se obligó ella a recriminar, para romper el pesado silencio que los rodeaba.

—Sabes que no. —La frase fue lo suficientemente tajante para que ella supiera que era cierta—. ¿Vas a luchar contra esto, Isabel?

—¿Vas a llevarme a una guerra? —Se esforzó en parecer serena, aunque los brazos que tendió hacia atrás, buscando estabilidad sobre la mesa en la que se apoyaba, temblaban gritando lo contrario. Por fortuna, él no podía notarlo.

—Nada más lejos de mi intención. Voy a llevarte al cielo, si tú me lo permites.

Una punzada de calor ardió en el vientre de la mujer, haciendo que exhalara el aire que había retenido durante los últimos segundos. Quiso contestarle, hablar con él, pero casi por primera vez en muchos años no encontró ni una sola palabra. La sonrisa sobre el rostro del hombre acentuó la sensación de licuación en sus entrañas.

—¿Vas a venir conmigo, verdad? —insistió él, alargando los brazos hasta volver a cerrar el arco que la retenía. Aunque él no la sostenía, ella podía sentir sus manos a través del tejido de su vestido, haciendo arder la carne bajo ella. No apretaba, ni cargaba su peso, pero ella supo que, si en ese momento él se apartaba, acabaría desmoronada de espaldas sobre la mesa.

—Nunca te han negado nada, ¿me equivoco? —atinó a decir.

—Sé cuando alguien desea lo mismo que yo. Mi olfato no falla en esas ocasiones, y tú, amor, hueles a tomillo, almidón y profundo deseo.

—Puede que te falle más de un sentido, señor marqués.

—¿Ponemos a prueba mis sentidos?

—¡No!

—Veo que tienes miedo de equivocarte, señora Gil.

—No tengo miedo. Déjame pasar, tengo cosas que hacer.

No supo si dar las gracias u odiarlo cuando él aflojó el abrazo y se retiró un par de pasos, dejándole el camino libre y la piel fría por su abandono. Lo vio

erguirse hasta alcanzar toda su altura, peinar hacia atrás el largo cabello en suaves pasadas, y obsequiarla con una demoledora sonrisa antes de marcharse tanteando las paredes con el brazo derecho extendido. No habló mientras lo hacía, pero ella pudo oír la cadencia de su respiración, visiblemente agitada. Un reflejo de su propio estado.

Solo cuando cerró la puerta tras él, ella se permitió expulsar el aliento que había estado reteniendo. No fue hasta más de diez minutos después cuando el pulso se le serenó lo suficiente como para volver a pensar con claridad.

No había ningún ruido en el pasillo, lo cual no era raro a las doce de la noche. Marcos caminaba con la única ayuda de su mano derecha, tanteando con las yemas de los dedos la rugosidad de la pared. Llevaba años orientándose de esa forma en los intrincados pasillos de la hacienda, tiempo de sobra para apenas errar el paso. Sin embargo, estaba tan excitado que dudaba si llegaría sin problemas a su destino. Había logrado controlar durante todo el día su deseo de acercarse a la mujer, y esa no era una hazaña cualquiera. Pero en esos instantes, rodeado del silencio, sus motivaciones se habían elevado y sus convencimientos se habían venido abajo estrepitosamente. No había nada más importante para él más allá de hablar con ella, y sabía exactamente dónde encontrarla.

La habitación de la nueva gobernanta estaba en la segunda planta, no era tan importante como para ocupar el primer piso, ni tan insignificante como para habitar con criados y lacayos en el último, así que le fue sencillo llegar hasta su puerta.

Por unos instantes permaneció allí plantado, rígido e indeciso como un colegial. Sudando por cada poro de la piel.

Agitó la cabeza confundido. No recordaba haberse sentido así por ninguna mujer en muchos años, una docena si era sincero. Él no tenía que hacer ningún movimiento para atraer a tantas como quisiera, siempre venían dispuestas ofreciéndosele. Y ahora, justo cuando era un hombre casado, se sentía ardiendo por la menos indicada de todas. Ni siquiera sabía su edad, ni el color de sus ojos o cabello.

¿Qué demonios tenía aquella mujer?

—Dentro de poco estarás en mi cama —pensó, sin un ápice de duda—. Debe ser esta sensación de prohibido, los meses sin una mujer, lo que me

hacen venir a tu puerta como un perro en celo. Pero no voy a caer en la tentación.

No obstante, la mano de Marcos buscó a tientas el pomo de la puerta. La desgraciada estaba abierta, ni siquiera esa pequeña esperanza de ver frustrados sus avances le fue concedida. El ruido sobre la cama le confirmó que su ocupante estaba despierta. Posiblemente enderezándose sobre el colchón intentando recuperar un aspecto presentable.

—No digas nada, por favor —dijo él, antes de que ella protestara por su invasión—. Necesito hablar contigo, y si me interrumpes no seré capaz de terminar. —Marcos tanteó con el brazo extendido hasta encontrar una silla de enea—. Deja que me siente unos minutos.

Solo un leve movimiento sobre el colchón siguió a sus palabras. Magnífico, ella parecía colaborar.

—Necesito contarte algo, no sé por qué a ti, ni por qué esta misma noche, pero voy a pedirte mucho, y quiero que comprendas las razones por las que soy un hombre casado que no vive con su esposa. Quiero que entiendas quién soy y qué soy capaz de hacer. —Meditó unos segundos antes de empezar a hablar de nuevo—. Hace unos diez años me vi envuelto en un hecho muy desagradable. Había viajado a Marruecos intentando cumplir la última voluntad de mi padre. Él estaba convencido de que en algún lugar existía una cura para mi ceguera. Nunca compartí esa idea, pero la promesa hecha en su lecho de muerte me obligaba a intentar, al menos, su búsqueda. Mis indagaciones me llevaron hasta África, al palacio de un caíd, un juez musulmán. En mi ingenuidad juvenil, pensé que mi relación con Alí, el hijo del hombre que me hospedaba, me haría inmune a cualquier disputa o ataque, y que me mantendría alejado de cualquier problema. Estaba muy equivocado. Estando allí, supe de la presencia en el palacio de una mujer española junto a su hija pequeña, ambas eran retenidas por el caíd a cambio del pago de una deuda. No quiero escandalizarte, pero como mujer casada supongo que sabrás que los musulmanes todavía tienen esclavos, y tratan especialmente de forma vejatoria a las mujeres con esa condición. Ese era el destino que les esperaba a ambas si su familia no accedía a pagar el dinero pendiente. Quizás debí mantenerme al margen, ignorar la situación. Al fin y al cabo, estas cosas ocurren miles de veces en muchas partes de este mundo sin que ninguno hagamos mucho por evitarlo. Pero conocer algo y verlo en primera persona es muy diferente. Hablé con el caíd, pero ningún ofrecimiento fue suficiente

para que me entregara a las mujeres. Yo sabía cuál sería su destino, y a pesar de todo fui tan tonto como para relacionarme con la niña pequeña. Bueno, en realidad, la chica era muy difícil de evitar, siempre estaba en el siguiente rincón, en la próxima curva del pasillo, esperando a que yo llegara. —La sonrisa de Marcos se ensanchó recordando aquellos momentos—. Hubo un punto, no sabría decirte a partir de qué momento, en el que supe que no me iría de allí sin la muchacha. Sabía que sería peligroso para ambos, sabía que tenía muy pocas posibilidades de éxito, al fin y al cabo, un ciego no es el mejor paladín que puede elegir una joven dama. Creo que mi amigo Alí llegó a sospechar mis intenciones, aunque jamás me reprochó nada. Esperé el máximo tiempo, rezando para que la familia de las mujeres apareciera, eran los únicos que hubieran podido recuperarlas pagando lo debido al caíd. Gasté mucho dinero en sobornar a varios criados, y durante todo aquel tiempo, aquella espera, la voz de aquella niña, suplicándome que la sacara de allí, que la devolviera a su casa, me acosó cada noche. Las cosas se fueron poniendo peor, uno de los empleados del juez, su hombre de confianza, había puesto los ojos en la chiquilla y, según entreví en las palabras de la niña, también sus manos en alguna ocasión. Dos días antes de ejecutar mi plan de huida, las cosas se precipitaron trágicamente. ¿Sabes lo que es oír el llanto desgarrador de una niña violentada? —Los puños de Marcos se cerraron sobre el duro asiento de cuerda, clavando las uñas sobre él—. No, afortunadamente creo que no. No llegué a tiempo de evitarlo. Nunca he odiado tanto ser ciego como en ese momento, mientras golpeaba mis piernas y hombros con cada obstáculo en el camino, tropezando y cayendo de bruces en un intento patético de llegar a ella. Solo pude abrazar su cuerpecito desmadejado y desnudo sobre el frío suelo. Tocar los restos del llanto sobre sus mejillas, y maldecirme por ser el más inútil de los hombres. No lo pensé, busqué a aquel monstruo, aquella bestia. Lo perseguí hasta acorralarlo en su propio dormitorio y lo ahogué con mis propias manos. No cesé en mi agarre cuando descubrí que no era más que un anciano sin demasiada fuerza el que se debatía entre mis dedos. No oí sus súplicas de piedad, ni las de la muchacha que había sido su víctima y que me gritaba para que parase. Me ensañé, y disfruté de ello. Por desgracia, mis acciones no acabaron con mis huesos en la horca. No, fue la muchacha, que yo creía haber vengado, la que pagó mi castigo. Cuando llegó su hermano a saldar la deuda, esta ya era impagable. El caíd, tremendamente indignado por la muerte de su hombre, y sin el valor

suficiente como para ajusticiar a un noble europeo, se negó a negociar, y la muchacha desapareció esa misma noche.

Marcos estiró las piernas. Rezó para que ella siguiera en silencio unos instantes más, lo suficiente para terminar de contar todo lo que apretaba su corazón.

—Soy un hombre colérico y vengativo, un asesino por el que una pobre muchacha pagará con una vida de miseria durante toda su existencia. Asolé de dolor una familia, y cargué con una deuda que me ha perseguido durante una década, una deuda que he pagado casándome con la hermana de la muchacha que llevé a la desgracia. Debería aceptar mi penitencia, tolerar a mi esposa y cumplir con mi parte de condena. Y, sin embargo, aquí estoy, olvidando esos votos que solo hice bajo coacción, por el simple motivo de que nunca dejaría que mi hermano cargara con la mancha pública de mis acciones en Marruecos. Un hombre casado que reza cada día por librarse y olvidar a su mujer, un hombre que desea con todas sus fuerzas tu compañía, tu cuerpo, tu amor y puede que algún día tu perdón.

Poco a poco las manos de Marcos se relajaron sobre su agarre. La confesión, más allá de la purga, pareció dejarle el pecho despejado, las piernas lasas y hasta una sonrisa en la comisura de los labios.

—Sé que todo esto es demasiado abrumador, no necesito que me perdones en nombre del resto del mundo, no es esa mi intención. Tampoco necesito tu simpatía, ni que intentes hacerme ver que soy nada por encima de un miserable. —Ella no contestó y eso le alentó a continuar su monólogo—. Solo necesitaba que supieras realmente lo que siento, lo que soy, y no te hicieras falsas ilusiones. No soy un hombre bueno, ni siquiera voy a pretender serlo. Por ahora, estar a tu lado en esta habitación es lo único que necesito y te pido. Sé que posiblemente estés vestida exclusivamente con un camisón, y desearía con toda el alma que me permitieras meterme en la cama contigo. Te prometo que solo te abrazaré durante un rato y luego me iré para...

Un maullido de desperece gatuno seguido de un suave ronroneo le contestó desde la cama interrumpiendo sus palabras.

Levantándose lentamente, caminó hasta que sus rodillas tocaron el colchón. Adelantó el brazo para toparse con el denso pelaje de Sultán, que le devolvió el gesto arqueando el lomo. Lentamente, Marcos se subió al colchón para palpar la cama estirada y perfectamente hecha, salvo por el leve

hundimiento dónde la presencia aún caliente del gato era patente. El hombre tuvo que echarse a reír ante su patética actuación. Había abierto su corazón a un gato dormido y una cama sin abrir.

Capítulo 11

Los siguientes días la tensión pareció rodearlos. Él, a pesar de lo absurdo del sentimiento, creía que ella era capaz de ver dentro de su alma, que conocía cada una de sus miserias, sus defectos y su pasado, como si realmente hubiera estado allí, oyendo cada una de sus confesiones nocturnas.

Ella, por su parte, intentaba mantener las distancias. No era capaz de remediarlo, y se acostumbró a ir pasando de una habitación a otra cuando lo notaba cerca. Notó que la seguía siempre que podía, supuso que guiado por el tintineo de las llaves que colgaban en su cintura. Acabar con aquel tormento era fácil con el simple gesto de olvidar su llavero en algún cajón de su alcoba, pero algo en su interior se lo impedía. Así que, pese a su determinación de evitar encontrarse a solas con él, le fue difícil mantenerse firme.

Marcos no trataba de tocarla, ni siquiera de entablar más conversaciones superficiales, quizás algún día volviera a reunir el valor para confesarse de nuevo. Pero el hombre era consciente de cómo se avivaba en él una llama de esperanza, de ilusión por lo que le deparaba el futuro, una llama que ardía con fuerza siempre que la tenía cerca.

De nuevo, como si hubiese notado que ella lo estaba mirando, Marcos levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Un ligero cosquilleo partió del escote de la muchacha, hasta alcanzarle las mejillas.

Cielos, cómo podía él causarle esa sensación, aun sin verla.

Aquel era un hombre que destacaba sobre el resto de la humanidad con sólo su presencia, resultaba imposible no darse cuenta. A ella le bastaba con estar en la misma habitación para sentir esa sensación de necesidad en todo el cuerpo, una sensación que, después de todo lo que había vivido, nunca había creído que sentiría. Esa mañana se le veía muy relajado, sentado en un sillón frente a las puertas que daban al jardín. Él retiró los ojos de ella, y casi creyó

verlo contemplar la belleza que se asomaba allí en el exterior, como si aquel pensamiento no fuera del todo absurdo.

—Dime que has venido a hablar conmigo, por todo lo que más quieras —creyó oír un tono de súplica en sus palabras.

—¿El poderoso y rico noble se aburre?

—Tanto que creo que voy a empezar a ronronear como Sultán.

El gesto del hombre hacia su regazo hizo que la mujer reparara en el enorme gato que se enroscaba sobre él.

—¡Vaya! El minino ha recordado por fin quién es su dueño. ¿Sabes que lleva toda la semana colándose en mi habitación?

—Algo había sospechado —añadió con cierta ironía—. ¿Acaso no te gustan los gatos?

—No especialmente. Por desgracia ellos no parecen darse cuenta —acabó con un suspiro—. Tengo gran facilidad para que rondan a mi alrededor.

—Los gatos son animales curiosos, pero no les gusta que los soben salvo que a ellos les apetezca. Es normal que busquen descansar y holgazanear cerca de aquellos que saben no los van a importunar demasiado.

—Muchos hombres desearían holgazanear como ese gato y como tú, supongo que eres consciente de ello. Aunque te concederé que en tu situación yo habría comenzado a gritar hace tiempo.

—¿En mi situación? ¡Oh, cielos! La durísima gobernanta con corazón de institutriz se ha apiadado de mí —concluyó con un gesto teatral, en el que su mano derecha se posó sobre el corazón.

La mujer agitó la cabeza con un aspaviento divertido.

—Si doy esa impresión se trata de un imperdonable desliz, procuraré no cometer ese tipo de fallos en el futuro.

—¿Y qué piensas hacer para enmendar este?

Viendo que una sombra repentina de sonrisa hacía brillar los ojos del hombre, la mujer elevó los hombros y luego caminó hasta situarse a un par de palmos de él.

—Creo que me debes una partida de damas.

—¿Damas? —Marcos suspiró.

—Es un juego de mesa, marqués. Y creí entender que eras un experto jugador.

—Que nadie diga que el marqués de Monteferro desdeñó una buena partida de damas —dijo mientras retiraba al perezoso gato de sus piernas

antes de levantarse en toda su altura—. ¿Dónde desea la señora que la derrote?

—¡Cuánta prepotencia, mi señor!

Era mucho después del atardecer cuando Huan, cargando con una bandeja repleta de queso, pan y fiambres, interrumpió la partida. La seria sonrisa del hombre se congeló en una mueca en dirección a la gobernanta cuando sus miradas se cruzaron por unos instantes. La mujer, tras haber perdido la mayoría de los pasadores de pelo, se veía mortalmente hermosa, sonriendo con el cabello desbordando sobre su espalda y pecho. Marcos, inclinado sobre la mesa baja que los separaba, reía también, susurrándole algo a la muchacha con ojos resplandecientes, mucho más relajado de lo que el sirviente podía recordar en años.

—Pasa, Huan —habló, aún dirigiendo la opaca mirada hacia ella—. Sé testigo de la caída de la señora Gil. —Con un último gesto, retiró la ficha ganadora del tablero—. Por décima vez.

—Como buen sirviente, el señor Huan es consciente de que ningún asalariado inteligente osaría ganar a un empleador tan orgulloso, don Marcos.

La mujer lanzó la puya a la vez que trataba de retocar su inexistente peinado. Nunca reconocería que había sido vencida tan rotundamente, casi una docena de veces en una sola tarde.

Sentado frente a ella, al otro lado de la pequeña mesa de juegos, Marcos estiró perezosamente las piernas, sin inmutarse por las palabras de la mujer. Con una mano extendida, buscó el lomo del enorme gato que tenía sobre sus pies. Mientras ellos observaban, señaló el montón de pasadores bajo su otra mano.

—Como gran señor, obviaré su último y resentido comentario, señora Gil. —Su buen humor volvió a hacer sonreír al oriental.

La mujer, a quien tanto a Huan como al resto de los empleados de la hacienda les había parecido una mujer solo llamativa, brilló en ese momento como una joya a los ojos del sirviente.

Evidentemente, el marqués pensaba lo mismo en esos instantes, porque sonrió diabólicamente. Huan, por su parte, había visto antes esa sonrisa y sabía qué significaba. El hombre se aclaró la garganta y caminó adentrándose en la habitación. Los dos jugadores se giraron hacia él, intentando al unísono erguirse sobre sus asientos, abandonando la postura relajada de hacía unos

instantes.

—Creo que he desocupado mis quehaceres durante mucho tiempo —dijo ella con voz seria y la espalda inconscientemente en tensión, esperando la reacción de desagrado de Huan ante la escena evidentemente íntima que acababa de interrumpir.

—Creí que te había quedado claro que tu principal deber en esta casa es atender al señor, Isabel —habló Marcos, ante el tormento de la mujer.

Ella se levantó del sillón y, con manos nerviosas, igual que una cría descubierta con los dedos en una tarta de manzana recién horneada, empezó a recoger las lujosas fichas.

—Mar... esto, el marqués me ha pedido que juguemos a las damas —confesó, molesta por sentirse obligada a explicar lo evidente, ya que Huan la miraba con atención, irguiendo una de las cejas en gesto irónico.

—¡Ah, claro! Nuestro marqués es un jugador de damas de reconocido prestigio —lo oyó murmurar con ironía mientras abandonaba la sala, ante las carcajadas del dueño de la casa.

Marcos se despertó agitado, poco a poco la negrura volvió. Se reprendió a sí mismo por ser tan débil. Al igual que muchas otras noches, había vuelto a soñar. Se dijo que no eran más que meras pesadillas, pero no era tan tonto para engañarse a sí mismo, eran más que eso, una mezcla de horribles alucinaciones y sueños eróticos, que lo mantenían en ese momento con el corazón acelerado, deseando más que nunca escapar de la negrura que lo rodeaba continuamente.

Se incorporó de repente en la cama, sacudiendo la cabeza en un intento de despejarse. Tan solo el sonido de su propia respiración lo rodeaba en el silencio de la noche.

Apartando las sábanas, estiró las piernas y se sentó al borde del colchón. Masajeándose la nuca intentó recuperar el aliento y parte del sentido de la orientación. Cansado de dar vueltas en el mismo colchón decidió levantarse para beber algo. Dudó unos instantes en llamar a algún criado, pero pensó que se despejaría más si se levantaba y se procuraba su propia bebida.

Alargó la mano buscando su kimono, maldiciendo cuando no lo encontró dónde solía dejarlo. Se regañó en silencio por ese descuido, algo que parecería carente de importancia para cualquier observador; para cualquiera

que no fuera consciente de la lucha que existía en la mente de aquel hombre. Solo la disciplina más severa lo había mantenido cuerdo durante los últimos diez años, pero aquella maldita enfermedad lo había convertido en pocas semanas primero en un inválido, incapaz de comer por sí mismo, para luego ir sacando a la superficie cada uno de los demonios interiores que tanto le había costado tener sujetos. No, debía ser muy cuidadoso. Ejecutar cada paso, cada pequeña acción con controlada y férrea mano.

Bufó cuando, a pesar de sus buenas intenciones, la prenda se empeñó en no aparecer. Mandando todo al diablo, se colocó los pantalones que por suerte acabaron tropezando con sus dedos mientras buscaba el kimono en el vestidor.

Avanzó hacia la puerta. Había deambulado tanto buscando la prenda que supo que le sería imposible localizar de nuevo su bastón. Giro el picaporte en un gesto mecánico y abandonó el dormitorio.

Sabía que la casa estaría desierta, y apenas iluminada por un par de lámparas de aceite cada varias habitaciones, pero eso a él le traía sin cuidado. Vaciló un momento, preguntándose si no sería mejor volver a buscar el bastón, pero decidió seguir adelante y encontrar algo para beber en la planta inferior, algo que le ayudara a dormir de nuevo.

Bajó dos tramos de escaleras, giro a la derecha tres veces y luego a la izquierda, repasando mentalmente el plano de la vivienda. Su entrenamiento de los últimos diez años le permitió hacer todo el trayecto tropezando en solo dos ocasiones hasta llegar a uno de los salones que daban paso a la biblioteca. No necesitaba nada que hubiera allí, de hecho, llevaba años sin detenerse frente a las nutridas estanterías. Una amplia y carísima biblioteca propiedad de un hombre invidente, tal vez algún día pediría que alguien le leyera alguno de aquellos títulos. El placer de la lectura era una pérdida que le seguía costando asimilar.

La brisa que le llegó desde la biblioteca le hizo ir hacia esa habitación. No era gran cosa en esa noche sin viento, solo una leve corriente de aire frío que llegaba a través de la ventana de la derecha. Debía de estar abierta del todo, y supo al instante que había alguien parado frente a ella. El olor de la mujer le gritó quién era.

—Hola, Marcos. ¿Te encuentras mejor? Te he oído, me pareció que tenías una pesadilla, pero no me he atrevido a despertarte.

—Creo que he sido yo quien te ha despertado. Suelo tener noches bastante

inquietas. Lo lamento.

—No te preocupes, señor mío. Aún no había conseguido coger el sueño y, si no voy a poder dormir, mejor que me levante para ver algo interesante —apuntilló la mujer, haciéndole notar que él había salido de la habitación tan solo con los pantalones puestos.

Y gracias a Dios, pensó Marcos, que se le había ocurrido aquello en el último momento. No estaba acostumbrado a tener mujeres trabajando en la casa durante la noche. Sus criadas dormían en otros edificios anexos, y solo la vieja antigua gobernanta dormía bajo aquel mismo techo, y era tan dura de oído que sabía que nunca se levantaría a comprobar un ruido nocturno.

El marqués sonrió ante la situación. Iba completamente despeinado y ella, posiblemente, tenía los ojos fijos sobre la piel bronceada del pecho. Y, con vanidad, notó que aquello le gustaba más de lo que debiera.

La mujer agitó el rostro, estaba segura de que él sabía dónde tenía ella la vista, y se regodeaba en ello. En cualquier caso, él debería ser totalmente consciente de que su aspecto hacía que las mujeres dejaran de pensar durante unos segundos.

Pero ella no quería permitirse mostrar ningún interés. Estaba empezando a pensar que aquel ya no era el muchacho que había conocido. Se había convertido en un hombre demasiado egoísta y egocéntrico como para anteponer las necesidades de otra persona a las suyas propias. Intentando acabar con aquel encuentro que la agitaba tanto, la muchacha se giró a contemplar de nuevo la noche de luna llena que se veía desde la ventana.

Marcos caminó hasta que sus pies tropezaron con los del cuerpo que se asomaba al exterior. Supo al instante que ella no estaba cómoda con ese contacto. Como supo también que, sin embargo, lo dejaría hacer. Se inclinó hacia el frente hasta abrazar el espacio que ocupaba la mujer ante él, sin llegar a rozarla, apoyó las manos sobre el alfeizar de la ventana a ambos lados de ella.

—No te des la vuelta —le dijo con firmeza.

Marcos pensó que era agradable sentir el frío de la noche sobre el pecho descubierto. Sonrió, pensando que su gobernanta estaría a punto de reñirle por exponerse de esa forma a volver a enfermar.

Aunque ella no parecía querer desobedecer su orden.

En realidad, la mujer no hubiera podido moverse aunque lo hubiera deseado. Se mantuvo inmóvil, sintiendo ambos el calor y la presencia del

cuerpo situado a su lado.

—¿Tú tampoco puedes volver a dormir? —murmuró la mujer frente a él—. Yo bajé por algo de lectura, supongo que no podrías recomendarme algo realmente aburrido.

—¿No has visto los manuales de trigonometría? Me extraña mucho, debe de haber docenas en esos estantes. Mi hermano Carlos es un fanático de las matemáticas, y mi padre le compraba todo lo que se editaba —mintió, reacio a confesar que era él el auténtico apasionado de las matemáticas en todas sus vertientes. Otra muesca en la pérdida de sus placeres.

—No creo que pase de los prólogos antes de dormir. Podría ser una buena idea. Nunca pude entender del todo la trigonometría.

—¿Dónde has estudiado matemáticas, señora gobernanta? —indagó él—. Pensaba que las clases medias no preparaban tan concienzudamente a sus hijas.

—Mi padre era comerciante, un hombre versado en las matemáticas —mintió a medias ella, inmediatamente arrepentida de su desliz.

Lo sentía rígido a su espalda, como si meditara sus palabras pretendiendo encontrar lo que había mal en toda aquella historia. Desechó intentar argumentar, sabía que había formas más fáciles para una mujer de distraer a un hombre. Incluso cuando la mujer no era de su agrado del todo, todos reaccionaban instintivamente de la misma manera. Aparentando una lasitud no del todo fingida, se inclinó lentamente hacia atrás, hasta que su cuerpo acabó rozando contra el de Marcos, hombros junto a pecho, nalgas frente a piernas. Alargó el brazo derecho para tomar la muñeca del hombre que descansaba sobre la madera de la ventana, percibió de pronto el calor de la carne bajo su mano. No esperaba que fuera tan cálida, suave y acogedora. Apretó los dientes. No debía mostrar debilidad alguna por tales cosas, ella no era una mujer que soportara el contacto de un hombre. Ella ya no era así. Perdió esa capacidad hacía años.

—Algún día hablaremos de ti, mi misteriosa y suave empleada, y entonces se acabarán todos los secretos —musitó el hombre tras un lento suspiro, claudicando ante ella. Inclinandose sobre su coronilla, besó el pelo suelto de la muchacha—. De hecho, ahora mismo no me importa en absoluto tu árbol genealógico. Ni siquiera quiero pensar en nada más allá de este instante.

La mujer notó que su cuerpo empezaba a calentarse, a pesar de la brisa nocturna que le acariciaba el pelo. Inclinó la cabeza hacia atrás, hasta

descansar sobre su hombro. Su cuerpo buscó el contacto completo con el de él. Las piernas del hombre se separaron ligeramente, sus músculos se movieron instintivamente para acoger a la muchacha, se amoldó a ella. Fácilmente. Sin esfuerzo. Los huesos de la mujer parecieron fundirse en él, y su carne se ajustó a las prolongadas y limpias líneas y al duro músculo del cuerpo de Marcos, apretándose contra su pecho, al sólido abdomen, a la prominencia de los muslos.

—Eso es, mi niña —murmuró Marcos con voz profunda.

Separó los brazos que había mantenido a ambos lados apoyado sobre la ventana, para sujetar las caderas de la mujer, apretándola contra sus pantalones. Ella era mucho más pequeña, y se sintió poderoso en esa postura. Y muy protector, como si temiera que alguien pudiera apartarla sin su consentimiento. Entornó los ojos, sus inútiles ojos, que lo convertían en alguien incapaz siquiera de defenderla, y tragó su malestar desechando cualquier pensamiento negativo, a la vez que la acariciaba con movimientos intencionadamente lentos.

—¿Quieres esto, Isabel? —le susurró al oído—. Dime una palabra y me detendré. Nunca he impuesto mis atenciones a nadie, y jamás antes he puesto las manos encima de una persona cuyo trabajo depende de mí. No debes temer decirme que no.

Tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes, apretando muy levemente, lo justo hasta hacerla temblar.

—Por favor —musito ella, suplicante. Incapaz de contenerse, elevó la mano hasta que sus dedos rozaron la mejilla del hombre a sus espaldas.

—Tomaré eso como un permiso concedido. —Marcos elevó su propia mano hasta unirla a la de la mujer—. ¿Te han amado alguna vez en la oscuridad? La falta de otros sentidos agudiza el tacto, el olfato y el gusto. A veces creo que nunca había sentido tanto un orgasmo cuando podía ver. La oscuridad te hace sentir todo en cada palmo de piel, notar que estás realmente vivo, acariciado por todos lados, envuelto en el perfume y la piel de la otra persona. ¿Quieres que te enseñe?, ¿quieres venir y ser amada en mi mundo?

Marcos notaba la respiración agitada de la mujer frente a él, enredada con su propio aliento, corazones latiendo en sus pechos, en sus oídos y entre sus piernas.

—Marcos —repitió con un susurro—. Por favor...

—Dime lo que deseas —murmuró él, volviendo a besarla en la piel

sensible bajo el oído—. ¿Quieres viajar conmigo a la oscuridad? Quédate, ven a mí totalmente. Permíteme ver de nuevo luz a mi alrededor.

La mujer no habló, solo el movimiento de sus caderas, rodando sobre él, le indicó que era exactamente eso lo que quería. Ser abrazada, absorbida por cada palmo de él.

—Voy a dejar de luchar, no soy capaz de resistir más —oyó ella en un susurro sobre su coronilla.

Los dedos del hombre habían ascendido hasta el frente de su camisón, deshaciendo el lazo que lo mantenía cerrado al cuello. Poco a poco alcanzó la piel desnuda, fría en el instante en el que la brisa que entraba por la ventana acarició la piel de la mujer. Caliente en el momento siguiente bajo la palma del hombre.

—¿Vas a luchar tú? —insistió en preguntar, necesitado de obtener su permiso.

La mano abierta descendió, abriendo y separando la tela en el camino, hasta acariciar el abdomen de terciopelo de la muchacha. Si la mujer tenía aún un retazo de conciencia, de pesar por lo que estaba sucediendo, desapareció de golpe en el instante en el que sus dedos acariciaron el vello entre sus piernas. Un toque suave, casi inexistente, que la hizo tambalearse hacia atrás mientras sus piernas se separaban por iniciativa propia facilitándole el camino. Todo sucedió muy deprisa, o muy lento en el espacio relativo y casi irreal que la rodeaba. En cuanto él la rozó, su cuerpo dejó de sostenerla. Sus labios se abrieron, a punto de pedirle que se detuviera, aunque solo un suspiro de placer salió de ellos.

Ella se aferró a los antebrazos que la rodeaban. Era tan agradable perder el control por una vez en la vida. Liberarse de cualquier pensamiento consciente, jugar todo a una carta, rozar el límite. Allí estaban, solos en la penumbra. En esos momentos deseó ser solo una viuda, una gobernanta con su señor. Especialmente cuando Marcos empezó a acariciarla con más insistencia, con la precisión de un artista que toca un arpa bien afinada, tanto que ella se sintió derretir como la cera de una vela.

La boca de Marcos descendió para dejar una línea de besos a lo largo del cuello de la muchacha.

—Cierra los ojos. ¿Oyes ese sonido en el silencio? —le susurró cuando volvió de regreso hacia la mandíbula—. Es tu respiración, tu corazón acelerado entre mis manos. —La besó en la comisura de los labios. La barba

incipiente del hombre le provocó cosquillas.

—Creo que esto no es nada adecuado, no es sensato que tú... y yo...

—Nada que merezca la pena puede ser sensato. —Los labios del hombre acariciaron el hombro expuesto, y un escalofrío de placer atravesó la espina dorsal de la mujer. —Calla, cierra los ojos y disfruta de esto. Déjame el placer de sentir cómo lo haces. ¡Cuánto he deseado tocarte!

La mujer creyó que estaba a punto de desmayarse por la oleada de placer que la atravesó cuando él volvió a centrar su atención en ella. Luego, ninguno volvió a hablar.

La casa parecía desierta. Era domingo, y la mayoría de los empleados habían acudido al pueblo más cercano, situado a escasas dos leguas, a oír misa. La gobernanta también había ido a la celebración, pero al contrario de los otros sirvientes, no tenía familia con la que almorzar el domingo en el pueblo, así que había vuelto escasamente dos horas más tarde.

La posición de la señora Teresa, gobernanta de tres generaciones de Monteferro, le permitía utilizar el palco protegido con celosía y reservado en el lateral de la iglesia para la familia noble. Así que, acompañando a la anciana, la señora Gil pudo disfrutar de mucha intimidad durante el servicio religioso.

Retirando la mantilla negra, que había colocado sobre su cabeza, la mujer atravesó el hall de la hacienda para dirigirse a la biblioteca. Supuso que le esperaba una muy aburrida tarde de domingo. Tomó aleatoriamente un libro de una estantería, mientras recorría con la vista los títulos que se alineaban en la siguiente. Reconoció al instante los pasos que se acercaron a su espalda.

No necesitó girarse para imaginar al hombre. Llevaba dos días evitando y deseando ese encuentro. El encuentro después de la noche que ella había intentado primero olvidar, luego echar a un lado, como si no tuviera la menor importancia, y finalmente había rememorado cada instante en su cabeza, una y otra vez. Pero él se había mantenido totalmente esquivo, como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si no la hubiera besado y tocado en sitios totalmente privados.

—¿Qué vas a leer hoy?

El corazón se le alteró de forma inmediata. Esa voz se agarraba en cada palmo de su piel. Ella se obligó a volverse lentamente. El estremecimiento de

hacía dos noches regresó como un latigazo sobre la base de su columna. Inspiró profundo. Otra sacudida de anhelo la recorrió cuando lo observó frente a ella. Él tenía un aspecto que mejoraba a medida que se lo conocía, si eso era posible. La muchacha tragó saliva y agarró el libro que llevaba entre los brazos, apretándolo sobre el abdomen que ahora notaba, le había empezado a palpar.

—Buenas tardes, señor —dijo, intentando no parecer demasiado ansiosa.

Casi estuvo a punto de felicitarle por la frialdad de su recibimiento, cuando notó, con alarma, que su boca seguía emitiendo sonidos, palabras que su cabeza no parecía lograr controlar del todo.

—No te he visto en dos días —dijo, enfatizando lo obvio—. Supongo que has estado muy ocupado. Bueno, realmente te vi un par de veces hablando con Huan, y ese señor tan simpático que te lleva los papeles. El señor Martínez, creo, pero parecías muy ocupado y no he querido interrumpir. Claro que, con tantas propiedades y casas, con tantos empleados en esas tierras de cultivo y con los olivares y viñas que sé que tienes en Italia... —Cállate, pensó por unos segundos—. Seguro que has tenido que hacer cientos de cosas importantes. Posiblemente todavía tengas mucho que hacer y yo te estoy entreteniendo de forma imperdonable —acabó por decir, antes de que el silencio tuviera la oportunidad de hablar.

Por fortuna, Marcos no pareció notar su exceso de verborrea. Aunque, para su tormento, una sutil sonrisa curvó sus labios.

—No tenía noticias de que estuvieras tan al tanto de mi patrimonio, Isabel —dijo, inclinando la cabeza a un lado—. Pero siento decirte que mis viñas están en Cádiz y Granada, no en Italia. Allí solo poseo olivares y tierras de labor. Claro que, si tienes interés real en conocer mis finanzas al completo, deberíamos dedicar mucho más que unos pocos instantes aquí de pie en la biblioteca. No me gusta presumir de estas cosas, pero soy un hombre muy dotado, como creo que estás llegando a comprobar.

La mujer notó el calor que subió hasta su rostro. Debía de estar roja como un tomate maduro. Por fortuna, a cambio, sus tripas parecían haber dejado de retorcerse de placer anticipado.

—No, no, no por los cielos, no estoy interesada en nada de eso —balbuceó—. Solo trataba de mantener una conversación educada después de... quiero decir que yo, como no nos hemos vis... esto... tropezado, digo encontrado. —Las cejas de él cada vez estaban más arriba, enfatizando diversión—. ¡Oh,

demonios! Esto es patético —acabó por claudicar.

La mujer se movió nerviosa hasta el centro de la sala. De un golpe, abandonó sobre la mesa allí instalada el libro que llevaba aún entre los brazos. Con martirio, contempló el título de la novela que había abrazado con amor: «Decálogo para casarse con un noble español». Por segundos dio gracias al cielo de que él no hubiera sido testigo de aquella última humillación. Luego una carcajada acudió a su garganta.

—No te atrevas a reírte de mí, Marcos —dijo, después de recuperar la compostura.

—Tengo tres hermanas mayores, el humor siempre ha sido mi mejor defensa contra esas arpías —se defendió él.

—Te comprendo, los hermanos mayores suelen ser una suerte de peste que no le deseo a muchos.

—¿Tienes hermanos, Isabel?

La muchacha se agitó ante la pregunta, no esperaba que la interrogara sobre su vida familiar, de hecho, era lo último que deseaba.

—Sí, un hermano y una hermana —aclaró finalmente.

—Y cuñados, supongo. Los hermanos siempre traen nuevos miembros a la unidad familiar. —Por fortuna, él continuó hablando, ajeno al nudo de angustia que ella tenía en la garganta—. ¿Tienes entonces un cuñado y una cuñada?

—Se podría decir que sí en cierta forma. En realidad, hacía diez años que no veía a mi hermana, ahora ella es una mujer casada.

—¿Y qué tal es su marido?

—Es un hombre muy especial —contestó la mujer entre dientes, dirigiéndose con paso enérgico hacia la salida de la habitación.

—¿Qué tiene de especial el marido de tu hermana?

—No me hagas caso, es solo que no acabo de comprender ese matrimonio.

—Bueno, no seré yo quien hable de matrimonios incomprensibles —acabó por decir—. Y si hace tanto tiempo que no veías a tu hermana, puede que también ella sea ahora incomprensible para ti. Dale tiempo, y os volveréis a encontrar y ser como cuando erais niñas. Yo también estuve un tiempo algo distanciado de Carlos cuando volví de mi viaje, pero ahora todo ha vuelto a ser como debería.

—No sé, hay pecados y errores que son difíciles de perdonar. Y creo que cada día que pasa me alejo más de merecer ese perdón.

—¡Bienvenida al club de los pecadores, querida!

—Señora. —La voz de Marta les llegó desde la puerta abierta, cortando la contestación de la gobernanta—. Creo que debería venir a la cocina. La señora María se ha hecho un corte muy feo con el cuchillo de la carne y no para de sangrar.

—¡Oh! Iré a mirar. Corre a avisar a Mohana, debe de haber vuelto con el resto de vosotros del pueblo. Ella sabrá cómo detener la hemorragia.

Aquel día, Marcos salió de su despacho tras tres horas retomando sus abandonadas cuentas. Con sorpresa, había constatado que durante su enfermedad alguien se había ocupado de seguir anotando cada gasto y entrada de dinero, utilizando el mismo punzón y la misma tablilla encerada. Asegurándose de que el dueño de la casa pudiera retomar los balances cuando se encontrara en buen estado. Sospechó que aquello era cosa de Huan, su fiel empleado y amigo, y se prometió retribuir al hombre como merecía.

Quería hablar con alguien. No acertaría a decidir si era por su naciente necesidad hacia la mujer que era ahora la gobernanta de su casa, o por la estrecha relación, que no sabría definir si era o no de amistad, con Huan. La realidad era que cada día le atraía más el trato con personas más corrientes, mucho más que el que solía tener con los que se suponía eran sus iguales socialmente hablando.

Pero no había nadie cerca. No habían acudido cuando usó la campana de llamada, ni siquiera Huan. Por eso se encontró atravesando la parte noble hasta las cocinas. No solía hacer ese trayecto, y no conocía los pasillos como a él le hubiera gustado, pero las risas y los murmullos parecían atraerle cada vez más.

Desesperado por un breve descanso y por oír algún otro ser humano, intentó distinguir alguna voz abriendo la puerta que daba a uno de los pasillos. Su oído levemente recuperado captó los murmullos que llegaban más allá del salón principal. Siguió el rastro de aquellas voces, preguntándose dónde estaría la señora Gil. Para su consternación, cada día se descubría más atado a su presencia y más dependiente de su voz y sus sarcasmos.

Atravesando el pasillo principal, alargó el brazo para tantear la puerta de la cocina, de donde partía el sonido de voces de mujeres.

—¡Buenas noches, don Marcos!

—Buenas noches, señora Gil —respondió él.

Cuando Marcos entró los murmullos cesaron. Ya había notado en más de una ocasión la molesta costumbre de sus empleados de dejar de hablar en cuanto entraba en una habitación, por eso había comenzado a tener el hábito de esperar unos minutos en el marco de la puerta antes de entrar.

Debía de haber al menos cinco personas en la amplia sala que hacía de cocina. Recordaba muy bien la habitación de su juventud, antes de perder la vista. Casi podía recrearla en su cabeza: un gran salón repleto de altas vigas ennegrecidas por el humo de los hogares; en el extremo opuesto, el tiro de una enorme chimenea ocupaba toda la pared. Había una mesa en el centro, fabricada en clara madera de pino español, coronada con una piedra rosada, que su madre decía había sido traída desde Egipto, haciendo de tapa de mesa.

—¡Doña María, hoy el merengue le ha quedado realmente espectacular! — La voz de su joven gobernanta le llegó casi nítida—. Le prometo que no he probado nada tan dulce en toda mi vida, nadie diría que casi pierde dos dedos de la mano hace unas horas.

—¡Vaya, veo que ha extasiado a la señora Gil, doña María! —habló Marcos, notando cómo el silencio se hacía tras sus palabras y todos los rostros se giraban hacia su persona—. ¿Qué te ha ofrecido mi cocinera para captar tu atención, Isabel? Pero sigan con lo que hacían, no he venido a molestarles, solo, como la señora Gil, busco algo dulce.

—¿Qué desea, señor marqués? —oyó decir a la gobernanta.

—A ti, obviamente —confesó sin ningún reparo—. Aunque, ahora que lo pienso bien, supongo que todos tienen cosas que hacer en algún lugar de esta enorme casona. Si son tan amables, pueden dejarnos a solas a la señora Gil y a mí.

Un silencio ominoso siguió a las palabras del hombre antes de que todos empezaran a desaparecer de la estancia, coreados por alguna risilla y muchos murmullos de sorpresa. Marcos ignoró cada uno de los cuerpos que pasaron casi rozando el suyo mientras atravesaban atropelladamente la puerta en la que él permanecía apoyado. Luego esperó un par de minutos antes de dirigirse hacia la mesa.

Sabía que ella seguía allí, no había notado su perfume característico a frescor y menta entre los que habían pasado a su lado. También sabía que debía estar muy enfadada por haberla puesto en esa situación delante del resto

de empleados. Pero, sinceramente, estaba llegando al punto en el que le importaba un bledo todo lo que pasaba a su alrededor, más allá de aquella mujer.

La notó a unos pasos, siguió caminando hasta que su bastón rozó el borde de piedra de la mesa. Lentamente dejó sobre ella el bastón y se giró hasta colocarse a un palmo de distancia de la mujer que permanecía en silencio.

—Creo que no debería haber hablado así, a veces me olvido del resto del mundo —se oyó decir—. ¿Dónde está ese maravilloso merengue?

Alargando la mano, tanteó la mesa unos segundos, hasta que ella claudicó con un suspiro. Tomó su mano depositándola junto al enorme cuenco, repleto hasta el borde de la crema. Con la otra mano, Marcos tanteó hasta que notó el cucharón de palo.

—¿En serio no querías ponerme en evidencia delante del resto de los criados? —preguntó ella.

Marcos supuso que su gesto avergonzado le parecería lo suficientemente sincero. Sonrió, e introdujo la cuchara de madera en el cacharro, sacándola repleta.

—Lo cierto es que lo siento, a veces tengo un humor poco afortunado. — Pensó que su voz sonaba lo bastante apenada—. Pero esto no lo siento — habló, moviendo la cuchara hacia ella. La mujer apenas tuvo tiempo de recular un paso antes de que el merengue acabara sobre su rostro y pecho. Ella lo miró con incredulidad—. ¡Oh! Creo que sigo siendo un ciego torpe.

—Creo que sigues siendo un niño mimado —gruñó ella con un fingido tono frío, mientras trataba de retener la risa que pulsaba por salir de su garganta.

—Mejor será que te limpies esa dulzura, ya eras irresistible antes de oler como un pastel —dijo tomándola de la mano y girándola hacia la pila del agua.

—¡Oh, no, esto no se va a quedar así! Tú también olerás dulce —chilló ella, separándose de su agarre un segundo antes de arrojarle parte del resto del lebrillo a la cara.

Ella casi se arrepintió justo después de su acción. Casi.

Un segundo antes de soltar la mayor carcajada que recordaba en muchos años. Aunque le supo en cierta forma cruel, no pudo reprimirla al ver los inútiles intentos que hacía el hombre para quitar el merengue de su pecho y rostro.

—Supongo que necesitaré mucho apetito para retirarme la mayoría, y bastante agua y jabón para acabar con los restos de tu ataque.

—No deberías empezar una batalla si no sabes cómo acabará.

—¡Oh! Pero sé cómo acabará esta guerra, pequeña, y eso es lo que verdaderamente me interesa, no una simple batalla. —Tiró de ella hasta acercarse ambos a la pila de agua.

Con incredulidad, la mujer vio cómo él se retiró la chaqueta y se quitó la camisa, antes de tomar agua con ambas manos y sumergir la cabeza en la pila.

—Espero que sea agua limpia, no me apetece meter la cabeza en los restos del desayuno.

—Lo es, no te preocupes —acertó la muchacha a articular mientras contemplaba la musculatura tensa de su espalda. Se sentía tonta y nerviosa, observando cómo él se permitía presumir de todo ese montón de piel y músculos.

—¿Quieres que te ayude a lavarte? —dijo él, volviéndose mientras el agua le chorreaba por la cara y el pecho. Sonrió, y ella sintió el golpe de esa sonrisa en el abdomen. Apartó la vista, aun cuando era consciente de que él no podía saber cuánto la perturbaba esa imagen.

¿O sí lo sabía?

—Veo que no, aquí tienes —continuó hablando a la vez que le tendía un paño húmedo.

La mujer tardó medio segundo en entender de qué hablaba, totalmente perdido el hilo de la conversación. Azorada, alargó el brazo para coger la tela y limpiar su propia ropa y piel. Durante unos instantes no dijo una palabra, aunque sintió el escrutinio del hombre. Era consciente de cada uno de sus movimientos y de cómo estos se transmitían al aire alrededor de ella y de ahí hasta los finos oídos de Marcos.

—¿Sabes una cosa? —Por unos segundos él pareció mantener la vista fija en sus propias manos, casi parecía ser capaz realmente de contemplar la magnífica labor de manicura que caracterizaba sus dedos de largos huesos—. Me es difícil no pensar en ti a cada instante —confesó. Como si fuera lo más natural vaciar así sus pensamientos.

—Marcos... —Ella intentó decir algo más. Pero las palabras se le agolparon taponando su boca.

—Tsee, déjame hablar. Creo que ese agua fría sobre mi cabeza me ha

sentado muy bien —añadió, aproximándose hasta tocar sus hombros—. He conocido muchas mujeres, muchas muy hermosas, me consta. Los hombres son muy dados a describirte lo que codician. Sé lo que es la belleza, Isabel. La he conocido y deseado siendo joven, y ese deseo, esa búsqueda de la belleza clásica me ha perseguido durante mucho tiempo, pese a ser un hombre ciego. —La mano derecha de él, colocada bajo la barbilla de la mujer, la obligaba a mirarlo al rostro—. Pero hace un tiempo que busco mucho más que eso. No te negaré que mis manos son tan válidas como los ojos de cualquiera para reconocer un rostro bonito y simétrico, un cuerpo proporcionado, pero no es lo que me hace palpar las entrañas. Es el sonido de una voz, el olor impregnado en la piel de una mujer lo que me hace querer acercarme a ella antes que a nadie más, lo que hace que ella destaque entre una muchedumbre. Oír sus palabras, aunque no escuche lo que dice, sumergido en cada matiz, cada inflexión y cada suspiro, en el calor de su aliento sobre mi piel. Es esa mujer la que me hace cosquillear por dentro cuando la oigo, la que me excita con solo entrar en una habitación, al oír la cadencia de sus pasos. —Levantando la otra mano, tomó la cara de la muchacha apoyando ambas palmas en las mejillas de ella—. Hay algo en ella que me atrae más allá de un aspecto físico. Algo que desafía a las palabras. No sé cómo es realmente, qué edad tiene ni el color de su pelo o sus ojos. Y no deseo, o mejor, no necesito saberlo. Solo necesito saber que eres tú.

La mujer elevó una mano, hasta colocarla sobre la de él, acunando su propia mejilla. Estaba inmovilizada. Sus palabras la habían calado muy adentro, pero eran solo eso, palabras. No podía dejar que significaran mucho más allá. No podía, no permitiría que su corazón se volviera a rasgar de parte a parte. No estaba segura de poder sobrevivir si llegaba a tenerlo para perderlo irremediabilmente un instante después.

—Creo que te he dejado muda por fin. —El pulgar del hombre se elevó hasta la comisura de sus labios, acariciando toda su longitud de parte a parte—. Voy a besarte, Isabel —dijo un segundo antes de bajar el rostro sobre ella, provocando que una oleada de calor le arrasara la piel—. Y voy a ganar esta batalla. —La voz de Marcos sonó ronca y gutural, mientras la apretaba contra su cuerpo y el beso progresó, haciéndose mucho más intenso en pocos segundos.

Sus lenguas se encontraron en una danza acompasada. Ella bajó las manos hasta enlazarlas a la altura de las caderas del hombre, recreándose en cada

músculo y cada plano, cada pulgada de piel desnuda y caliente.

Lo abrazó, febril, agónica, atrayéndolo hacia ella como si temiera que se separara en cualquier momento. Los labios de él atraparon los de ella una y otra vez. Y entonces él se paró.

—Señora Gil. Creo que por fin me he ganado toda su atención.

—Señor marqués. —Ella respiró arreglándose las ropas a la vez que se lamía los labios—. Tiene mucho más que mi atención desde hace días.

Luego, haciendo acopio de todo el carácter y fuerza que le quedaban, ella salió de aquella habitación, procurando no volver la vista atrás ni una sola vez.

Capítulo 12

Para Marcos, lo más extraño fue la naturalidad con la que ocurrió, lo fácil que le resultó olvidarse del resto del mundo y tomar la decisión de romper con todo. Ante él tenía lo que había estado buscando tanto tiempo y, a pesar del mundo, de la sociedad y hasta de la iglesia católica que lo condenaría como adúltero, estiró la mano y lo tomó.

La mañana del siguiente domingo decidió que era un buen momento. Ella no había rechazado sus últimos avances, se había dejado acariciar y tocar en lugares que solo una esposa o una amante permitirían. Eso le hizo tener claro que lo dejaría ir hasta el final cuando él tomara ese camino.

Como cada día, su voz dulce lo despertó de sus ensoñaciones, anunciándole, junto con el canto de los pájaros en el árbol próximo a su ventana, que era de día. Estaba tan relajado, tan eufórico con lo que vendría a continuación, que pudo imaginar claramente los colores del amanecer, con una sorprendente nitidez. Un cielo azul celeste soportado por un horizonte naranja. Era un día nuevo, una nueva vida, una nueva esperanza. Y todo, absolutamente todo, se le antojó más claro y real de lo habitual.

Y lo curioso fue que sucedió tal y como Marcos había soñado.

Ella entró tarareando una canción, retirando la cortina sobre sus rieles y abriendo los postigos de la ventana. Luego se giró hacia la puerta y dijo algo a la chica que invariablemente entraba cada día tras ella, cargando con la bandeja del desayuno. Un instante después, la tenía inclinada sobre su propia cama.

—Hoy tiene mejor aspecto de lo habitual, marqués —la oyó decir mientras ajustaba las almohadas a su espalda, tan formal y correcta como siempre—. Y eso es mucho decir en su caso, porque he de confesar que no recuerdo a nadie a quien una camisa de dormir de algodón le sentara tan bien, mi señor

—acabó diciendo, solo para él y con voz insinuante, junto a su oído derecho.

El leve cosquilleo que atravesó la espina dorsal del hombre en respuesta al susurro en su oído, fue todo lo que necesitó para tomar la decisión final. Aunque, en realidad, no tenía mucho más que decidir. Fue consciente de que la decisión había ido creciendo en su pecho y en su cabeza mucho tiempo antes.

Erguido y apoyado sobre el cabezal de la cama la dejó hacer durante unos minutos, podía imaginarla moviéndose de un lado a otro de la habitación, con un mechón de aquel glorioso pelo que olía tan bien suelto sobre su oreja derecha, cayendo sobre su mejilla, en esos momentos tal vez coloreadas por el ir y venir. No sabía qué aspecto tendría, no tenía ni idea de su edad, pero para él era cientos, miles de veces más guapa que cualquier mujer que hubiera conocido antes.

No podría decir cuánto tiempo pasó allí, sobre la cama, sosteniendo la taza de café que ella le había preparado y tomando un sorbo de vez en cuando en un gesto automático, admirando la belleza inusual del traquetear de sus tacones. Debían de dolerle, no eran zapatos delicados como los que usaban las señoras. Tendría que hablar con ella para que se comprara unos nuevos, o tal vez diez, o cientos si era su deseo. Y hermosos vestidos, y joyas si era de las que les gustaban las piedras preciosas. Podría pedirle el mundo que él lo pondría a sus pies en ese mismo momento. Mientras su bebida se fue quedando progresivamente helada, trató de preguntarse a sí mismo por los motivos de aquel sentimiento inesperado, pero se le hacía difícil elaborar pensamientos complejos.

—Ven a sentarte a mi lado, Isabel.

El silencio se mantuvo unos momentos. Luego oyó cómo ella se dirigía hacia la puerta. Por unos segundos pensó que se marcharía de allí sin decir una palabra. El sonido de la madera cerrándose lo hizo suspirar de desilusión. Entonces, el cerrojo chasqueó contra el extremo en un golpe seco y los pasos de la mujer regresaron, se acercaron hasta detenerse a su lado. No hubo ninguna palabra mientras ella ocupaba el colchón a su derecha. Tampoco fue necesario hablar cuando Marcos sacó las piernas hacia el suelo para poder abrazarla con comodidad.

Durante la convalecencia de Marcos, ella había pensado que él la acabaría volviendo loca, la había acosado con exigencias, impertinencias y hasta gritos de impotencia. Por aquel entonces ella sabía que era principalmente la

pérdida de audición lo que lo volvía más irritable. Se sentía inseguro en un mundo en el que no podía ver y apenas era capaz de oír la mitad que una persona normal. No, ella sabía que aquello no era justo, y una nueva mala jugada del destino. Para un hombre que dependía tanto del oído, ese nuevo revés debió de parecerle un castigo divino.

Ya había recuperado parte del oído, y sin embargo su carácter a ratos no había mejorado mucho, no había aparecido por ningún lado el hombre que había conquistado a medio Madrid con su caballerosidad y elegancia. Pero a pesar de que la siguiera volviendo loca con sus peticiones, muchas veces absurdas, de dejar entrar la luz del sol cuando era casi noche cerrada, o exigir desayunar a media tarde. Y sabiendo que puede que nunca consiguieran que sus fuertes caracteres acabaran por conectar, lo cierto es que el hombre sabía abrazar, y hacer que encajaran durante unos segundos, unos instantes de tiempo robado a la realidad. En esos instantes lo decía todo con las caricias sobre sus hombros. Una caricia casi fraternal en la que ella sabía reconocer el deseo que se ocultaba en su interior. Él lo decía todo con sus manos, sin necesidad de palabras.

Que estaba allí, y deseaba seguir estando allí para ella, aunque ello significara vivir bajo las limitaciones que su ceguera le producía. Que la necesitaba y ansiaba su compañía. Que intentaría ser lo que creía que ella necesitaba, lo que creía que quería. Que haría lo improbable y hasta lo imposible por no dejar que se fuera. Que serían dos.

Y mientras la envolvía en sus brazos ella suspiraba, porque él no tenía ni idea de quién era ella, de dónde venía y todo lo que había hecho para estar allí junto a él. Todo lo que sería capaz de volver a hacer por no perder ni un segundo de aquellos momentos.

—Debes dejar que me levante, Marcos —dijo ella por fin, deslizando la palma de la mano sobre la mejilla del hombre y, sin que él se diera cuenta, diciéndole en silencio cuánto lo quería.

El cuerpo de Marcos actuó mucho antes que su cerebro, haciéndole convertirse en el animal instintivo que siempre había sabido que era. Un quejido sordo, profundo y húmedo resonó en el fondo de su garganta y se giró en un movimiento casi felino atrapándola por la cintura y girando en el aire hasta tenerla de espaldas sobre la cama, con su propio cuerpo aplastando la blandura del de la mujer, que no acertó a hacer ni un solo movimiento de resistencia ni a soltar más que un leve gemido de asombro.

Ella, paralizada por la sorpresa, y ante la visión del rostro del hombre sobre el suyo propio, solo atisbó a cerrar los ojos y orar. Rezó por estar despierta.

«Cielos, Dios santo, por favor, no dejes que esto sea un sueño. Y si lo es, no me dejes despertar. No todavía».

Una pierna suave, grande, musculosa y tremendamente masculina rozaba su mano derecha, enroscada entre sus propios muslos. Por momentos odió los lienzos de tela que le impedían rozar con su propia piel la superficie, cubierta de fino vello oscuro, que cubría la pierna que tenía al alcance de los dedos. Desplazó la mano hasta alcanzar a tocarlo y su gesto, totalmente espontáneo, provocó un estremecimiento en el cuerpo sobre ella.

Solo fue un roce, apenas con la punta de la yema de un dedo. Pero pareció ser suficiente para que se quemara.

—Yo... Yo quiero hacerlo. Quiero sentirte —se oyó decir la muchacha—. Quiero comprobar qué se siente al hacer el amor de verdad, deseándolo con toda el alma.

Marcos dudó un momento de sus palabras. De lo que le pedía y de lo que afirmaba. ¿Qué quería decir con eso del amor de verdad? Ella había estado casada, ¿acaso su matrimonio no había sido una unión por amor? Marcos se obligó a no pensar en aquello, su cuerpo no estaba enviando el suficiente riego al cerebro como para detenerse a discutir.

—Te daré lo que quieras, Isabel —confesó, sabedor de que en aquellos instantes no podía hacer nada diferente a eso.

Le acarició el cabello repetidamente, adorando cada mechón. Retiró las horquillas que encontraba en el camino, aquella mata gloriosa pareció cobrar vida entre sus manos cuando acabó por liberarla por completo.

—Deja que te quite la ropa, Isabel, deja que te toque —le pidió él con la voz ronca.

—¿Acaso notas que me opongo? —murmuró ella.

Sonriendo, el hombre la instó a sentarse de nuevo sobre el colchón recuperando la verticalidad perdida. Con dedos rápidos y diestros, palpó encontrando con facilidad el abotonado del vestido en el frente de la mujer. Un vestido de tela rígida y cuello almidonado que le rozó las puntas de los dedos. Gruñendo por la poca delicadeza de sus vestimentas, se juró que la haría vestir de seda a partir de ese momento. Lentamente retiró el vestido y soltó los lazos de las enaguas, de un paño gastado y deshilachado en las costuras. No llevaba corsé, solo una faja de rígida sarga sujetando sus pechos

sobre el abdomen. Luego, simplemente encontró piel. Hermosa, suave y tremendamente caliente.

Retrocedió sobre el cabecero de la cama, como si fuera capaz de vislumbrar la belleza que ahora tenía ante él. El olor de la mujer, jabón, menta y deseo femenino le inundó las fosas nasales sin ningún género de duda.

De un único gesto se arrancó la camisola con la que había dormido esa noche. La sintió acercarse, posiblemente gateando sobre el colchón, hasta situarse al alcance de su mano. No se dejó rogar, alargó el brazo y la acercó abrazándola, hasta sentir sus pechos sobre su piel desnuda. Deseaba tocarla, acariciar hasta el último palmo de piel. Necesitaba sentir, notar su presencia, saber que ella era real y estaba allí mismo. Cálida y deseosa en sus manos. La muchacha se subió a horcajadas sobre sus piernas, regalándole el contacto de la suave piel sobre sus muslos. Las manos de Marcos se desplazaron sobre sus pantorrillas, hasta casi las rodillas, arrastrando las medias en el camino de vuelta, la última barrera entre ellos. Ella alargó los brazos hacia él, abrazando sus hombros, creando surcos con sus dedos en el camino descendente hasta el abdomen del hombre.

—¿Soy una mujer fácil si quiero esto? —le susurró inclinándose hasta rozar con los labios el cuello del hombre—. Porque lo quiero.

Él se quedó rígido ante el latigazo de placer que le llegó hasta el estómago. Quizá fuese una mujer fácil, quizás fuese la más inocente o la más versada de las cortesanas. En ese momento no le importaba absolutamente nada.

Solo era una mujer, llena de curvas y recovecos al alcance de sus manos. Una piel y un aliento caliente. Puede que no fuese más que una mujer llena de sensualidad que él iba a tomar y disfrutar hasta caer rendido.

—Tócame, Marcos —la oyó en un jadeo—. Tócame como lo hiciste la otra noche en la biblioteca. Nunca me he sentido tan viva y perdida como en tus manos.

Quería ser delicado, ir despacio. Deseaba adorarla, tratarla como el regalo que era, venerarla. Era tan pequeña a su lado, de miembros delicados, huesos finos. Iría despacio. Con suavidad, sus dedos comenzaron la danza de la seducción entre las piernas de la muchacha.

La templanza de Marcos lo abandonó de un puñetazo cuando ella lo apremió y le clavó los dedos en los hombros.

La besó, asaltando la boca con la ferocidad de un hambriento, retiró los

dedos y la posicionó sobre él. Entró de un solo movimiento. La necesidad de sentirla moverse alrededor de él lo instó a impulsarla con sus propios brazos. Pronto la mujer se acopló al ritmo, ascendiendo juntos a la cima en un baile ancestral.

Ella siguió su cadencia con la respiración entrecortada, levantando y descendiendo sobre sus caderas en respuesta a cada acometida del hombre.

—Sigue —se oyó jadear ella misma—. Sigue —repitió, sin comprender que aquella palabra salía de su propia boca.

Obediente, el hombre elevó el ritmo en un crescendo continuado, hasta que la mujer gritó y se retorció sobre él. Apretándolo en su interior en la cúspide del clímax, arrastrándolo con los últimos movimientos de su pelvis a explotar en su interior.

Agotada, descansó el cuerpo sobre el pecho sudoroso del hombre. La reacción física de ambos había sido tan intensa que apenas les llegaba el aire a los pulmones. Un pecho sobre otro, un corazón galopando al ritmo desenfrenado del otro.

Él quiso decirle que eso era amor.

Ella deseó, con toda el alma, que aquello no fuera amor.

Algo despertó a la muchacha.

Puede que fuera la diferente blandura del colchón. O, quizás, el tacto demasiado suave de las sábanas. La gobernanta no estaba acostumbrada a un tejido tan fino.

Irguiendo el torso, intentó determinar dónde estaba, qué hora era. Abrió los ojos, sintiendo de repente lo que era ser ciega. Luego, una leve rendija de claridad le llegó desde unos pasos a su derecha. Procurando no tocar el cuerpo que respiraba a un palmo de su mano, giró para sacar las piernas hacia el suelo. Las migajas de día, que alumbraban el suelo de piedra, la guiaron hacia la ventana.

No fue hasta que había dado los primeros cinco pasos que su mente empezó a recordar, a comprender quién era y dónde estaba.

Lo que había hecho apenas hacía un suspiro.

No se volvió hacia la cama y el hombre tumbado sobre ella hasta que abrió de par en par las contraventanas. Por unos segundos, la claridad del mediodía la cegó. Luego todo apareció nítido, ante sus ojos y ante su mente. Recordó

cómo ella misma había cerrado esas ventanas hacía unas horas. Permitiéndose relajarse y dormir junto al hombre con el que había hecho el amor en dos ocasiones.

¡Dios, santo!

¿Cómo podría ahora justificar sus acciones?

La muchacha agitó el cuello en un intento vano de desenredar su pelo. Suelto, despeinado y desplegado más allá de las caderas. La niña vanidosa que siempre había habitado en su pecho se giró buscando el espejo que sabía había a la izquierda de la cama. Una pulida superficie de la altura de un hombre.

Allí estaba esa mujer que era ella ahora. Observándola completamente desnuda desde la pared. La piel, fina, blanca y casi transparente de sus brazos se erizó. Mezcla del frío que de pronto la asaltó y la respuesta de su cuerpo a la imagen que le devolvía el espejo.

Movió el cuello, agitando el cabello, claro como la superficie de la luna llena, y la imagen le pareció hermosa, vívida y lujuriosa.

Todo lo que nunca pensó ser. Lo que siempre había soñado. Lo que le había repugnado desde aquel día en África. Había disfrutado con un hombre, cuando se había convencido de que nunca podría hacerlo después de esa noche. Después de ser golpeada, tocada y violada.

Pasó más de tres minutos recordando aquellos instantes, y todo lo que aconteció en las horas previas y los años posteriores. Y supo que, aunque nunca lo había confesado a sí misma, era tarde para ella.

Tarde para el hada del espejo.

Para la gobernanta.

Para la mujer.

No fue hasta mucho después, en el instante en el que el frío del suelo de marzo le llegó a las pantorrillas, cuando comenzó a moverse hacia la silla donde había dejado la ropa. Se vistió en silencio, acompasado por la respiración suave del hombre sobre la cama.

La gobernanta no estaba muy segura de cómo actuar. Casi había tenido que pellizcarse durante los últimos tres días para asegurarse de que aquello no era ni un sueño ni una pesadilla. Luego, el tiempo pasó esperando una palabra, un acercamiento del hombre que no llegó. La más pura de las alegrías

pugnaba en su interior con el mayor de los sentimientos de culpabilidad y de temor. Por instantes creyó que lo tenía, que el hombre era suyo, al menos todo lo que suponía era capaz una mujer de poseer a un ser salvaje como Marcos. Pero esa dicha, ese sentimiento de victoria, estaba enmarañado en un cúmulo de dudas y nudos de mentiras, simulaciones y engaños. No, pobre y efímera dicha era esa, y pobre e ilusa sería ella si no era consciente de que su felicidad momentánea tenía pies de barro.

Caminó hasta el despacho del hombre, consciente de que lo había mantenido en espera más de media hora desde su llamada. Supuso que debía confesarse su propio miedo, una ausencia de seguridad que hacía años que no sentía.

Se quedó en la entrada, perdido cualquier valor con el que se hubiera cubierto en el trayecto. Esperó a que él notara su presencia y la invitara a entrar. Pero Marcos no pronunció ni una palabra durante un rato. Tan solo se mantuvo allí, sentado al otro lado del escritorio de su despacho. Ella supuso que tal vez él estaba tratando de aclarar sus pensamientos. O sus nervios.

O únicamente jugaba con ella.

La joven notó que estaba ruborizándose, un rubor que destacaría en su piel de alabastro como un farol. Enfadada, no la consoló mucho que él no fuera consciente de ese bochorno. Decidió mantener el silencio, devolverle la insolencia. Repasándolo de arriba abajo mientras Marcos se erguía para salir de detrás de la mesa. Era un hombre que difícilmente pasaría desapercibido. Con un físico arrollador y atlético. Reparó en sus pantalones de ante, cómodamente ceñidos a sus piernas sobre las botas de caña alta. La camisa, blanca, destacaba sobre la chaqueta negra abierta. Era fácil notar la personalidad y la seguridad del hombre tan solo en el modo en que lucía su ropa, perfectamente descuidada, atrayentemente abierta, elegante a pesar del cuello descubierto. Estaba claro que él imponía su propia moda, reflejado incluso en el corte largo de su cabello negro, y en el descuido con el que lo movía de un lado a otro, manteniendo un pulcro despeinado.

Definitivamente, un hombre de imponente apariencia. Casi inalcanzable si no se tenía el placer de contemplar su cálida sonrisa, un gesto que daba a aquel rostro el aspecto de un niño pícaro. Pero en ese momento no había ni rastro de calidez.

—Creo que tenemos que hablar.

—Creo que tienes razón. Aunque me sorprende que hayas tardado tantos

días en darte cuenta de eso —respondió ella.

—Sí, tienes razón —estuvo de acuerdo—. Aunque una conversación se puede empezar por ambos contertulios. Y no es fácil encontrarte entre mis criados.

—Hoy te ha resultado pasmosamente fácil, ya ves. —La mujer no deseaba enredarse en una tonta discusión, pero no iba a dejar que fuera suya la última palabra—. Solo tenías que mandarme llamar, y yo acudiría de inmediato.

—Yo no diría que has acudido de inmediato —murmuró—. Pero no quiero discutir nimiedades. Necesitamos hablar.

—Soy todo oídos.

—Lo que pasó el otro día...

—No debe volver a suceder —acabó por él—. Ambos estamos de acuerdo en que...

—¡No, por los cielos! —Marcos elevó el tono con cierta premura—. Lo que ocurrió entre ambos, eso que tuvimos, fue lo mejor que me ha sucedido en mucho tiempo, y espero que sea el primero de muchos momentos juntos. No me refería al encuentro en sí.

—No te entiendo, Marcos. —La mujer no pudo evitar cierto tono de esperanza en su voz.

—Me refiero a la falta de cuidado que ambos tuvimos.

—¿Falta de cuidado?

—Ya sabes, precauciones. —Un pequeño carraspeo precedió a las siguientes palabras de Marcos—. Supongo que no tienes hijos de tu matrimonio.

—Ciertamente no.

—Bien, me alegro. Debo decirte que suelo tener mucho cuidado en mis encuentros. Normalmente son mujeres que controlan sus periodos o usan esponjas especiales. O en caso contrario, soy yo quien facilita el medio adecuado para evitar la concepción.

—No creo que debas preocuparte en ese sentido. —La mujer, de pronto, quiso acabar con aquella conversación. Lo que menos deseaba en el mundo era hablar de su matrimonio, y de sus relaciones con su esposo.

—En ese caso me quitas un peso de encima. Tengo que decirte que mi enfermedad es hereditaria, y por nada del mundo la voy a transmitir a ningún hijo.

—Te comprendo.

—No me malinterpretes, adoro a los niños. Pero sé lo que es vivir siendo ciego y no quiero ser el responsable de tal herencia. —Marcos caminó hasta situarse frente a ella—. Y ahora, después de haber aclarado ese aspecto, necesito que entiendas que te deseo a mi lado.

—Pero yo debo irme. —Las manos, las piernas y los labios de la mujer empezaron a temblar ante las palabras del hombre—. Mi misión era recuperarte de tu enfermedad, mi familia me está esperando, debo volver, y tú debes volver con tu esposa, ella espera que...

—¡Deja a Ely de lado! —Tanteó hasta encontrar los hombros de la muchacha y colocar ambas manos sobre ellos—. Ahora somos tú y yo. No te vas a ir.

—¿Acaso no tengo voz en esto?

—No necesito tu voz, te he tenido en mi cama y sé lo que quieres, lo que deseas. Y no es marcharte de mi lado. No te puedo dar un apellido, lo sabes, ni siquiera hijos, pero si tú lo deseas, me tendrás entero, en cuerpo y corazón.

—Marcos, yo... —habló, mientras, en un soberano esfuerzo, se apartaba de su contacto. La muchacha caminó varios pasos, los suficientes para no percibir el olor del hombre junto a ella. Un olor que le hacía tragar saliva de anticipación—. Yo no puedo quedarme.

—No te entiendo. No tienes esposo, no tienes hijos. ¿Son tus padres? Pueden venir a vivir aquí, los trataré como si fueran los míos. Deja que les explique la situación de mi matrimonio.

—¡Oh, cielos! ¡Esto es una locura! No puedes entenderlo —casi balbuceó, dirigiéndose a la salida de la habitación con un revuelo de faldas.

—¡Isabel!

—¿Qué quieres? —Ella se volvió un poco reacia, esperando otra orden de aquel hombre.

—Solo invitarte a cenar esta noche.

—¿Me vas a llevar al pueblo?

—Te espero en la sala que hay entre mi habitación y la de la marquesa.

—No me parece una buena idea...

Dando un par de pasos, volvió a tocarla, tomándola por la cintura. La entereza de la muchacha cayó desinflada a sus pies en el mismo instante en que la voz del hombre le susurró en el oído.

—Vas a cenar conmigo, y lo vas a hacer vestida tan solo con ese camafeo que llevas al cuello, Isabel.

No hubo contestación de la mujer mientras reunía las fuerzas para marcharse de allí.

Para qué negar lo evidente, sabía perfectamente que seguiría sus palabras al pie de la letra.

Una semana después, ninguno había dado un paso al frente para volver a hablar en serio. Marcos había llegado a la conclusión de que ella necesitaba tiempo para romper con todo, para adaptarse a lo que les deparaba el futuro. Sus sirvientes estaban claramente al corriente de lo que pasaba entre el señor de la casa y su primera empleada.

Ella solo estaba atesorando el valor para abandonar la casa. Para volver por donde había llegado e intentar reparar al máximo el daño que había hecho.

Un daño que, se temía, era ya irreparable.

La muchacha había entrado en la biblioteca de nuevo. Todo aquel lugar la atraía como la luz a las polillas. Siempre lo habían hecho los libros.

Al fondo, notó que la puerta que daba paso al gabinete del marqués, y que de ordinario estaba cerrada, parecía entornada. Había probado en varias ocasiones a girar ese pomo, encontrándose con la llave echada. Solía ser una persona curiosa, y una habitación cerrada con llave la llamaba a voces. Probó todas, pero ninguna de las llaves en su poder encajaba en aquella cerradura.

Con satisfacción, la puerta cedió con el primer empuje y se abrió lentamente con un chirrido. Nerviosa ante ese pequeño ruido, entró en el cuarto que permanecía en sombras, dándole a sus ojos solo un segundo para que se acostumbraran a la penumbra, y avanzó rápidamente en dirección a lo que ella supuso era la silueta de una ventana cubierta con un cortinaje grueso. Retiró la tela, dejando entrar la luz de la tarde y se giró para encontrarse con lo que parecía un estudio, porque bajo el resplandor de la luz, que ahora entraba a raudales a través de las cortinas abiertas, apareció una sorprendente colección de objetos extrañamente curiosos.

Diferentes maquetas, fabricadas en madera, de extrañas máquinas articuladas cubrían las paredes de la habitación, colocadas en estanterías. Sobre la mesa central, una tapa enorme de madera negra pulida, reposaban montones de bocetos y material para pintarlos. Reglas, semicírculos y compases de diferentes tamaños. En un rincón, una pila de libros cubierta de polvo y abandonada hacía años aguardaba a ser consultada. Eran tratados de

matemáticas, trigonometría e ingeniería.

El suelo, cubierto de listones de madera de pino, apenas se veía tapado por una alfombra de chillones contrastes. Con la mirada y los sentidos relajados, la mujer no reparó en el gato que se enroscaba sobre el único sillón de la estancia. Hasta que el maullido de saludo rompió el silencio.

Tan repentino e inesperado fue el sonido que casi saltó sobre sus rudos zuecos de trabajo. Durante un segundo miró fijamente a los ojos anaranjados del felino. El animal pareció calibrarla antes de volver a su posición. Fue entonces cuando sintió la presencia de alguien más.

—¿Eres tú, Isabel?

La aludida se mantuvo en silencio, y se giró hacia la puerta del estudio. Allí estaba él, con un aspecto solo mínimamente alejado de la perfección.

—Soy yo —respondió con dulzura, a falta de algo más original que decir—. La puerta estaba abierta, y yo... —Su elocuencia volvió a fallarle estrepitosamente.

Y él parecía ser consciente de su aturdimiento, mientras se acercaba al sillón y al animal allí tumbado.

Indiferente a lo que sucedía, el gato saludó a su recién llegado amo. Irguió el cuerpo, y se estiró hasta apoyar las patas delanteras sobre el torso del hombre. La mano de Marcos se arrastró, perezosa, sobre el lomo del hermoso animal.

—Te prometo que estaba abierta —murmuró ella.

Marcos sonrió lentamente.

—La abre Sultán —reconoció finalmente—. Debo echar la llave para evitar que salte sobre el tirador y la abra con su peso.

—¿El gato abre el pomo?

—Con mayor facilidad que yo mismo, me atrevo a afirmar. Al fin y al cabo, a veces debo tantear más de una vez para dar con la maneta. —Él no había movido el rostro, pendiente de seguir agasajando al animal.

—¡Un bicho ciertamente inteligente! —confesó con total naturalidad, como si eso lo explicara todo—, siempre me pregunté qué habría aquí para protegerlo bajo llave.

—Tan solo mi sillón preferido de las uñas de este «bicho» —repitió con cierto énfasis la última palabra.

—¿Eres de los que piensan que los animales son más que animales?

—Soy de los que piensan que un gato no es un bicho. Especialmente mi

gato. —Volvió a mirarla y le dedicó una sonrisa cínica.

—Bueno, un gato inteligente este Sultán de Persia, pues —agregó con muchísima rapidez, no deseando arriesgarse a que la odiara también por no ser amante de los gatos—. ¿Quién ha hecho estos bocetos y maquetas?

—Es mi casa, Isabel. Mi biblioteca, mi gato y mi sillón preferido. Creo que eres lo bastante inteligente como para averiguarlo tú sola —dijo, arrastrando las palabras, aun pensando, sin saber por qué, en la última frase que le había oído a la mujer.

Ella no supo cómo responder. Una nueva oleada de pena la asaltó. Había sido fácil detectar la tristeza, la ira y la resignación en las palabras del hombre. ¿En qué estaba pensando cuando decidió violar su intimidad?

Él pareció advertir la turbación, los pensamientos que atravesaron la mente de la mujer.

—No pasa nada, Isabel —dijo con voz tranquilizadora, haciendo un gesto con la cabeza para que contemplara todo lo que la rodeaba—. Hace años que no lloro por esta pérdida en concreto. Solo fueron sueños tontos de un adolescente. Por unos instantes fantaseé con mejorar el mundo con mis ideas. Todos los chicos de quince años lo hacen en algún instante.

Ella, sin ningún pensamiento consciente de que lo hacía, se acercó a él. Alargó el brazo hasta colocarlo sobre la mano que en ese momento reposaba en el lomo de Sultán. Agarrando la muñeca del hombre, confió en que el sentimiento de pena remitiera y poder transmitirle cualquier cosa menos tristeza. No quería que él pensara que ella le tenía lástima.

—Pero no todos los chicos de quince años son genios. Esto no es obra de un muchacho corriente. Y estoy convencida de que ese muchacho sigue aquí dentro —añadió mientras elevaba el brazo hasta el pecho del hombre, extendiendo la palma sobre la chaqueta de paño gris—. Y sé que debe de haber formas para hacer que vuelva a salir y nos obsequie con toda esa imaginación e ingenio. He visto cómo eres capaz de hacer cálculos mentales. Seguro que en tu cabeza todavía puedes ver todas esas máquinas en funcionamiento.

—Yo sí —confeso con un tono irónico—. ¿Pero de qué sirven si no pueden salir de ahí?

—Eres capaz de describirlas lo suficientemente claras como para que alguien que sepa las plasme en objetos reales. Al fin y al cabo, aún tienes tus manos para comprobarlo.

No retiró la mano mientras hablaba. El cuerpo firme del hombre le transmitió la tensión a través de ese punto de unión.

—Querida mía —le dijo, separando de su muñeca la mano con que lo sujetaba—. No pretendas meter de nuevo en un cubo toda el agua derramada. Mucho menos después de tantos años. Siempre habrá una parte perdida, lo sé y lo intento asumir.

Tomándola por los hombros, la atrajo hacia él. Elevó la vista para encontrarse con sus ojos, y el corazón continuó acelerándosele, si eso era todavía posible. Con pereza, se reclinó hasta unir su pecho con el de Marcos.

—Siento tanto todo. No es justo lo que has perdido.

—La vida está llena de pérdidas, Isabel. Eres viuda, tú deberías saberlo —la corrigió con voz pastosa, intensificando su abrazo—. Al menos ahora te tengo. No me dejes.

La muchacha se envaró entre los brazos del hombre. Pretendió separarse. Ese abrazo era demasiado íntimo. Mucho más que los que habían compartido en la cama. Casi lloró por haberse puesto en esa situación. Por haberle devuelto las esperanzas que sabía no tenían. Sin pensarlo, le puso las manos en el pecho y lo empujó para soltarse.

El gesto de Marcos se endureció. Reacio, la soltó, dándose la vuelta bruscamente para tantear el camino hacia la puerta. Sin embargo, apenas dio unos cuantos pasos, se detuvo una vez más y giró sobre sus talones para enfrentarla.

—No sé qué te ocurre. Pero voy a averiguarlo. Te he dejado estos días para que te adaptes, pero no puedo seguir así. Prométeme que no te marcharás.

Ella dio un paso hacia atrás, aturdida, porque casi había sentido sobre el pecho la dureza en sus palabras.

—Promételo, Isabel —exigió.

—Lo siento —le soltó, no muy segura de qué otra cosa decir—. Yo no puedo. Hice una promesa a alguien, tengo que volver...

La voz de la gobernanta se fue silenciando, al tiempo que los pilares que mantenían su decisión iban cayendo uno a uno.

—Al menos, prométeme que hablaremos. —Después de un tenso silencio, se marchó sin esperar su respuesta.

Ella continuó mirando la puerta por la que había salido durante varios minutos. Un dolor abrasador le atenazó el pecho, y se mordió el labio inferior para sofocar el amago de sollozo. Respiró profundo y trató de recuperar el

ritmo de su corazón antes de volver a sus obligaciones en la casa.

Capítulo 13

Tenía que aclararlo todo, hablar con él y confesar. Tal vez la verdad no le daría la felicidad, pero al menos acallaría su conciencia, y partiría sabiendo que él la odiaría, pero no lloraría su pérdida. El dolor es mucho más llevadero si conocemos un culpable, si la venganza tiene un rostro.

La muchacha cruzó la puerta del dormitorio principal en silencio, sin llamar ni pedir permiso. La bañera estaba situada en un pequeño vestidor aparte. No se molestó en andar despacio, sabía que era inútil, el hombre había recobrado casi por completo el oído, así que notaría el caminar de su propio gato sobre un lecho de cojines.

Estaba sumergido en la bañera, apoyando el cuello sobre el borde de zinc. Ni siquiera cambió la cadencia de la respiración cuando ella entró en la habitación. El ambiente estaba cargado de humedad por el vapor de agua que se desprendía de la tina. La gobernanta aprovechó el tiempo que él le daba para recrearse en el cuerpo que descansaba en el agua. La espuma apenas dejaba visible nada, excepto el torso y las larguísimas y musculosas piernas que salían a ambos lados de la bañera. Gracias a los cielos, le era difícil contenerse sin ver nada, no sabía qué hubiera sentido si se mostrara totalmente visible. El pensamiento de lo que ocultaba el agua le aceleró el pulso.

Marcos se movió ligeramente.

—Isabel —la llamó.

El silencio se mantuvo más de lo necesario. En el ambiente flotaban, junto con el agua evaporada, todas esas cosas que no querían decirse y toda esa necesidad que sentían.

—Ven aquí, Isabel —ordenó la voz profunda del hombre.

Ella le recorrió el cuerpo con la mirada. Y él pareció notarlo, respondiendo

con un movimiento que ella alcanzó a ver incluso por debajo del agua.

—No podemos —atinó a articular, después de un minuto de silencio. Luego se giró hacia la salida—. Creo que no es el momento para hablar.

Un segundo después, oyó el agua salpicando y aceleró el paso hasta salir de la habitación.

Tres segundos más tarde sintió cómo era levantada del suelo por unas manos que atrapaban su cintura. Toda la ropa se le pegó a la piel, instantáneamente mojada por el agua que él desprendía.

—Para —le pidió, con poca insistencia.

Marcos la giró entre sus brazos y dejó que se resbalara por su tórax hasta volver a pisar el suelo, sin soltarla. Ella se quedó con la cara pegada a su pecho desnudo y húmedo. Como una boba, sus ojos permanecieron contemplando el charco de agua que se había formado a los pies de ambos.

—Tengo que irme.

—No es cierto. —Mientras hablaba, Marcos la apretaba aún más contra su pecho—. Mírame, Isabel.

La mujer obedeció levantando el rostro, y la boca de él capturó la suya, con fuerza, deslizándose la lengua por sus labios a un ritmo cargado de necesidad. Mientras le sujetaba la nuca con una mano, con la otra buscó el extremo de la falda para levantárselo.

—¡No, para! He venido solo para hablar. —La voz de la mujer hizo que el hombre soltara la tela.

Antes de que ella fuera consciente de lo que iba a pasar, Marcos tiró de ella de nuevo hacia la habitación, cerrando la puerta y girándose hasta poner su propia espalda sobre la hoja de madera. Quedó atrapada entre sus brazos.

—Marcos —habló, tomando una bocanada de aire.

Él se pegó a su espalda, colocando las manos unidas sobre su cintura. La acarició arriba y abajo, hasta que las manos de la muchacha acabaron por buscar el contacto, enredando los dedos entre los suyos.

El cuerpo de Marcos casi quemaba tras ella, como si aún siguiera asolado por la fiebre. De pronto, sintió que su propia piel comenzaba a arder, en todos y cada uno de los puntos en contacto con él.

—No puedes irte —le susurró al oído, inclinándose hasta llegar a su altura—. Te he buscado durante mucho tiempo y no voy a consentirlo. —Ella notó cómo parte del recogido que sujetaba su pelo en la coronilla comenzaba a desprenderse, empujado por la mejilla del hombre que ahora se aplastaba

contra su cabeza—. Júramelo, por favor, dime que no me dejarás —insistió.

La muchacha sabía que estaba en peligro, él era un arma peligrosa cuando decidía conquistar y seducir. Ninguna mujer estaría a salvo cuando le susurraba de ese modo.

—Dime qué quieres que haga, ¿qué puedo hacer para convencerte de quedarte? —Sus manos subieron un palmo hasta abarcar cada pecho. La respiración de la mujer se detuvo. Tuvo que apretar los labios para que el gemido que había germinado en su garganta no estallara en un grito de placer.

—¡Demonios, no vas a abandonarme, Isabel!

—¡No! —Sacando fuerza de muy adentro, ella logró girarse y desasirse de su contacto, pasando a su lado se separó unos pasos para escapar de su control—. No está bien, no...

—¿Qué no está bien? Esto es lo condenadamente mejor que me ha pasado.

En dos zancadas volvió a estar junto a ella.

—No lo entiendes. —Inútilmente, intentó esquivarlo. Pero la garra de su brazo la volvió a retener por la cintura. Sin ceremonia la elevó hasta su pecho, apretándola sobre él, llevando los pies de la muchacha hasta la altura de sus rodillas.

—¡Qué pequeñita eres, amor! —afirmó, y en un único movimiento la giró para enfrentarla, cara a cara—. Pequeña y ligera como una pluma. No me extraña que no me movieras ni un palmo cuando tratabas de arreglar mis almohadas.

—Yo no soy tan pequeña, tú eres un gigante.

Entonces la besó, con una cadencia lenta, perezosa. Dándose todo el tiempo del mundo en llevarla al cielo. Poco a poco, los pies de la muchacha volvieron a tomar tierra, mientras su cabeza emprendía el vuelo.

Agarrada a su piel mojada, sintió su propia ropa empapada. Él se separó, sonrió y agitó la cara obligando a que las gotas suspendidas en su cabello, frente y barbilla volaran en todas direcciones, impregnándolo todo.

La mujer dio un paso atrás. Un paso de retroceso, no de huida, se atrasó para permitirse contemplarlo con un ángulo más generoso, todo de una vez, sin tener que repartir la mirada. Marcos no la dejó, no permitió que se alejara y recuperó la distancia, reduciéndola hasta abatirse sobre ella.

—Pueden golpear hasta derribar la puerta, caerse el techo, hundirse la tierra —habló descendiendo y apoyando la cara en el cabello de la mujer—,

pero no te vas a mover de donde estás, no te alejarás de mí ni un palmo en la próxima hora, o te prometo que haré algo muy grave.

El fino tacto de sus dedos, apartándole el pelo detrás del oído derecho mientras le susurraba, volvió a dejarla muda. Acercó los labios, sosteniendo el lóbulo de la oreja con la punta de los dientes, un contacto que activó todas las señales y todas las zonas sensibles del cuerpo de la mujer, cualquier trozo de piel desde ese punto a los dedos de los pies.

No podía pensar, no después de que un único contacto de su boca sobre el oído la hubiera casi llevado a culminar allí mismo, vestida y todavía de pie. Logró controlar la movilidad de sus manos, que avanzaron para escalar el vientre plano del hombre, hasta alcanzar el pecho, ancho, duro y caliente. Enredando en el camino cada dedo sobre el suave vello oscuro, contando cada lunar, cada curva, cada diminuta montañita alrededor de los pequeños pezones. Abrió la boca sobre su superficie, bebiendo los restos de agua mezclada con la sal de la propia piel.

El cuerpo de Marcos respondió como un resorte, agitándose, retorciéndose y gimiendo. La arrastró aún más hacia la pared, obligándola a sentir las consecuencias de su acción, dura contra su estómago. En un movimiento acompasado, volvieron a unir labios y lenguas en un beso salvaje.

La gobernanta protestó cuando él, apoyándole las manos sobre los hombros, dejó de besarla. Protestó y se resistió a soltarlo, pero el arco de sus labios al posarse en los de ella delató la sonrisa que le provocó. Desarmada, acabó por permitir que se apartara.

—... hay un problema... Bueno, solo un inconveniente. Tal vez... Verás, me gustaría llevarte a la cama, no quiero hacerlo en el baño... Pero dudo que sea capaz de cargarte y caminar sin mi bastón y sin errar. No me gustaría acabar tirándonos a ambos por la ventana.

Ella sonrió, siempre supo que él la haría reír incluso en esa situación. Agarró su nuca obligándolo a agacharse y besarla de nuevo.

—No hay problema, aún puedo andar.

Con lentitud, él descendió hasta agacharse a sus pies, sujetándola por los tobillos. La mujer tembló cuando sus manos subieron paulatinamente sobre las pantorrillas, rodillas y muslos bajo las faldas, alcanzando las nalgas por debajo de la tela.

—¿Qué haces ahora, Marcos?

En un rápido movimiento la elevó del suelo, como si no fuera más que una

muñeca. La mujer tuvo que enlazar su cuello con los brazos y sus caderas con las piernas para evitar caer hacia atrás.

—Lo he pensado mejor, lo haremos en el baño y el dormitorio.

Ella soltó una carcajada y le extendió los dedos sobre el cabello mojado, jugando a recolocarle el flequillo y obligándolo a volver a besarla.

Marcos dejó de sostenerla con la mano izquierda para centrarse en la abotonadura de su traje. Protestó entre dientes, frustrado ante la imposibilidad de deshacer con una única mano los botones sobre la tela rígida y empapada.

—¿Y ahora qué haces? —habló entre carcajadas la muchacha cuando observó cómo caminaba en dirección al dormitorio.

—He vuelto a pensarlo mejor, solo tengo un disparo y prefiero el colchón.

—Por favor, haz lo que quieras, pero quítame este traje empapado de una vez —habló ella mientras la dejaba certeramente en el centro de la cama.

Los muelles gimieron cuando la muchacha cayó sobre ella, hundiéndose en su blandura. Parado frente a ella permaneció erguido, sin pudor, dejándole ver la perfección de su desnudez, el brillo dorado de la piel, la blandura de sus labios gruesos, la dureza de su masculinidad.

Impaciente, la mujer tironeó del canesú de su vestido. Jaló, estiró y acabó maldiciendo su resistencia y la inutilidad de sus nerviosos dedos en esos instantes.

—Deja, yo lo haré. —Arrodillado a los pies de la cama, él tiró de las piernas de la muchacha sujetando cada uno de sus tobillos, hasta colocarla al borde del colchón, frente a él. Sus dedos, aparentemente mucho más serenos, hurgaron sobre los botones unos instantes—. No me vendrían mal unas buenas tijeras.

—¿Bromeas? Es mi mejor vestido. —Sentada, observó cada movimiento de los dedos del hombre—. ¡Demonios! ¿Dónde están esas tijeras? —claudicó ella, por fin.

—No hará falta destrozarse esta maravilla —comentó con ironía, tanteando el feo tejido y mostrando los extremos desabrochados del canesú. Luego la desnudó con pasmosa facilidad.

Marcos soltó el último trozo de tela para atrapar de nuevo los hombros de la mujer, empujándola con suavidad hasta obligarla a juntar sus bocas de nuevo. Bajo dulces bocados intermitentes, apretándola sobre su pecho duro, piel contra piel, permitiéndole sentir la fricción de su vello contra los sensibilizados pezones de la muchacha, la hizo olvidar todo el resto de la

humanidad.

Una mano de Marcos abandonó el hombro de la mujer para tomar un pecho en su palma, abarcándolo casi por completo bajo su enormidad; apretó, moldeó y amasó con lentitud, justo lo suficiente para que ella vibrara cuando su boca atrapó el otro en un electrizante contacto con la punta de la lengua, obligándola a curvar la espalda en el instante en que sus labios la tocaron.

Se dejó hacer, volviendo a recostarse sobre el colchón bajo el suave empuje de su cara, que ahora le descendía sobre el vientre, dibujando extrañas figuras geométricas sobre la piel del abdomen, buceando en la profundidad sensible del ombligo de la joven. Cuando sus dedos alcanzaron los rizos entre sus piernas, ella no pudo reprimir un ahogo y un amago de risa de anticipación ante lo que vendría después, eso mismo que le confirmó la sonrisa pícara de la cara que comenzaba a profundizar entre sus muslos.

El primer roce no fue más que una caricia leve, un cosquilleo de reconocimiento. El segundo, solo una muestra de sus posibilidades, deslizándose despacio entre cada pliegue, explorando en mayor profundidad, adentrándose.

Ella se agitó, vibró y tembló entre sus manos. Gimió en respuesta al creciente ritmo, un movimiento que no cesó hasta mucho después de que los suspiros de la mujer llenaran la habitación.

En un último espasmo la muchacha elevó la parte superior del cuerpo, para acabar de descargar toda la electricidad que la atravesaba. Apretando los labios en un vano intento de detener el último gemido que acabó por escapar, junto a los jadeos de su respiración acelerada.

Agotada, agradeció el cuerpo que se elevó desde el suelo, permitiéndole descansar sobre sus hombros unos instantes. Un descanso efímero antes de obligarla a recuperar la horizontalidad, de espaldas sobre el colchón, mientras caminaba sobre ella sin dejar de unir los labios, hasta acabar situados en el centro de la cama.

Una leve mirada a su cuerpo le confirmó su estado de excitación. La vista de su rostro, con un gesto entre el dolor y el éxtasis, la volvió osada. Elevando las caderas, lo obligó a entrar en un movimiento lento, candente y rítmico.

Ahogó un gemido de dolor cuando acogió toda su longitud, un dolor efímero que dejó paso a una sensación de totalidad, placer y plenitud que la completaba en todos y cada uno de los sentidos.

A las cuatro de la madrugada escuchó sus quejidos. La mujer se incorporó como un resorte, aún manteniendo el silencio. Tardó unos instantes en darse cuenta de que se había quedado dormida en la cama de Marcos.

Ella pensaba que él no estaba despierto, pero si no era así, no quería avergonzarse. Suponía que no querría ser visto mientras se despertaba de una de sus pesadillas. A Marcos, como a ella, le gustaban los muros.

Elevar muros enormes, altos y fuertes, que los protegieran y apartaran del resto del mundo.

No estaba despierto, aún dormía junto a ella, totalmente desnudo y enroscado sobre sí mismo, igual que un niño que tuviera frío. Y no lloraba, cielos, no estaba llorando, sonreía en sueños, recreándose en lo que ella supuso era un sueño maravilloso.

La mujer permaneció silenciosa e inmóvil. Era tan hermoso verlo sonreír.

Pasaron minutos enteros, puede que dos decenas de ellos y ella siguió sin moverse, apoyada sobre el cabecero de la cama.

Luego él despertó por fin y, durante un instante, ella creyó que la miraba, como si fuera realmente capaz de verla. A ella, a la mujer misma, a la verdadera Isabel.

Poco a poco, la mujer abandonó la madera para inclinarse sobre él, apoyada sobre sus rodillas hasta rozar con el cabello el pecho del hombre. Sabía que podía oírla, que la sentía respirar mientras lo hacía. Se limitó a girar el rostro hacia ella, en silencio, dejando unos segundos de intervalo antes de actuar. Luego alargó el brazo y la arrastró hacia él, en un movimiento brusco y decidido. Incuestionable.

Aunque ella nunca hubiera osado cuestionar esa acción.

En medio de la oscuridad de la madrugada, semitumbada sobre todo su cuerpo, dejó que la apretara contra su pecho desnudo. Poco a poco, Marcos relajó el abrazo, y elevó la mano derecha, hasta abarcar su cara y rozarle la mejilla con el pulgar. Un deslizamiento suave, circular. Maravilloso.

Deseó que la besara. De una manera tan intensa, tan urgente, que casi creyó bullir. Pidió con sus ojos otro beso para guardar eternamente. Otra leve muestra de lo que hubiera podido ser en otras circunstancias, en otro tiempo. Si todo hubiera sido distinto para ellos, tal vez si ninguno hubiera viajado a África jamás, ni regresado jamás del infierno. Pidió a aquellos ojos que no

podían verla algo que llamar suyo. Un trozo diminuto de lo que nunca tendría, para poder atesorarlo durante toda una vida.

«Dame un atisbo, Marcos, una muestra, un adiós dulce».

Por un momento, casi pensó que él lo haría, y ella se sintió caer sobre el colchón en el que se apoyaba.

Pero no hubo beso. Lentamente, el hombre se acercó a su boca, pero no llegó a la meta, no recibió el regalo esperado, solo su aliento le rozó los labios, para desplazarse hasta su oído y susurrar sobre él.

—Gracias, Isabel. Nunca he despertado de una pesadilla tan dulcemente.

Luego la abrazó, apretándola sobre su pecho. Un abrazo que la hizo soltar de un golpe todo el aire que había estado reteniendo en los pulmones. De un sentido suspiro. Creyó que aquel abrazo era único, diferente, como no había recibido antes, al menos en muchos años. Sabía que llevaría sobre su pelo la esencia de él, su olor, durante varios días, después de aquella noche. Y, aunque él no añadió una palabra, reconoció en aquel acto una declaración de dominio, de posesión.

La reclamaba como suya. Y ella estuvo a punto de comenzar a ser quien llorara.

Cinco días más tarde, Marcos despertó presintiendo que algo estaba cambiando. Por fortuna para él, aún disfrutaría de unos minutos de felicidad. Rodó en busca del cuerpo caliente que había encontrado a su lado aquellos últimos días. La frialdad de las sábanas le gritó que hacía mucho que la mujer había abandonado la cama.

Sus recuerdos se llenaron de sensaciones mientras se estiraba sobre el colchón, el olor de su piel, las sonrisas dibujadas sobre sus labios, claramente visibles bajo el tacto de sus dedos. Esa arruguita leve que se le acentuaba en los ojos cuando contaba algo gracioso. Ese defecto en su mejilla izquierda que tanto le costaba aceptar y que a él no le había parecido más que un símbolo de su paso por el mundo. No, su Isabel no era una de esas muñecas de porcelana impolutas, insulsas y perfectas. Ella era sincera, humana, natural y magnífica en todos sus defectos, en su carácter exultante y en su genio vivo, en su fuerza y en su pena. En sus labios de seda y en su rostro regalado por una vida construida sobre el valor y la fuerza.

En mitad de su ensoñación, Huan entró para preguntarle si esa mañana

bajaría a desayunar al salón.

—Sí, dile a la señora Isabel que me espere para desayunar.

—No he visto a la señora esta mañana, marqués.

—Tal vez ha ido al mercado, quería buscar algo de carne para la cena de esta noche.

—Sí, tal vez... ¿desea el señor vestir de forma informal? ¿O espera alguna visita?

—No, quiera Dios que nadie decida visitarme hoy. Prepara el kimono y la ropa de entrenamiento, hoy retomaré la rutina en el invernadero después de desayunar.

—Sí, señor. ¿Desea algo más?

Marcos pensó que en ese momento no necesitaba nada más. Era un hombre dichoso, y esa sensación de querer, de desear siempre algo y sentir que se le escapaba de los dedos, que le había acompañado en los últimos tiempos, ese deseo de algo y de todo que nunca era suficiente, había desaparecido.

Dos días después, la sonrisa todavía perduraba en el rostro de Marcos mientras, sentado detrás de su escritorio, repasaba el correo con su secretario y Huan. Ese día había poco en el montón de correspondencia sin abrir. Dos invitaciones a sendas conferencias en la universidad, y una carta que supo desde el instante en que su secretario la tomó para abrirla que era de su señora madre. El olor del perfume le llegó claro con solo agitar el sobre.

—¡Oh, vaya! —oyó renegar al secretario mientras esperaba a que comenzara a leer—. Su madre ha metido un par de documentos en el sobre y se han caído al suelo, señor. Deje que los coja y comenzaré a leerle lo que...

El sonido casi nítido de los papeles al ser abiertos para su lectura le llegó claro al hombre, luego un mantenido silencio le hizo empezar a preocuparse.

—Y entonces, señor Martínez, ¿qué cuenta mi querida madre? —La ausencia de respuesta hizo que Marcos perdiera súbitamente el humor. No era tan tonto como para no notar que allí ocurría algo, y casi era capaz de ver las miradas que en ese momento se estaban cruzando su secretario y Huan. Como un resorte, el hombre se levantó del sillón, sin saber muy bien qué hacer a continuación—. ¿Y bien?

—Señor, yo... creo que debería tomar asiento de nuevo —oyó balbucear al señor Martínez.

Un terror súbito asoló a Marcos. ¿Qué noticias eran tan terribles como para enmudecer a un hombre tan pausado como el señor Martínez?

—No voy a sentarme, pero voy a retorcerle el pescuezo si no empieza a leer esa misiva.

—Tal vez debería hacer caso a su secretario, marqués. —La voz de Huan hizo que Marcos girara con brusquedad la cabeza hacia el lado opuesto de la habitación.

—¿Acaso sabes qué dice?

—Por supuesto que no, señor. Pero valoro las opiniones del señor Martínez, y usted debería hacerlo también.

—Esto... yo creo que será mejor que lo lea usted, señor Huan.

—Cobarde —murmuró Marcos, mientras imaginaba cómo la carta pasaba de manos—. Y entonces, ¿alguien me dirá por fin qué ocurre?

—«Querido hijo —la voz acentuada de Huan comenzó a leer—, espero que te encuentres bien a la llegada de estas letras. Por mi parte, mi salud sigue un poco delicada, como ya sabes, especialmente desde que fui obligada a abandonar tu casa de manera tan brusca y poco educada. Supongo que eres consciente del daño que has hecho a esta familia, y especialmente a tu madre, eligiendo de forma tan defectuosa a la madre de tus hijos. Nunca me ha engañado el instinto y, desde que la vi, supe que esa mujer no traería más que dolor y desgracia a esta familia. He de avisarte de que el desastre ha llegado mucho antes de lo que pensaba. A pesar de su aspecto, y supongo que principalmente por él, nunca sospeché que fuera una mujer capaz de semejante traición. He de informarte de que ahora todo Madrid sabe que eres un desgraciado cornudo. Media ciudad ha visto a tu marquesa verse repetidamente y en público con un hombre que, claramente, no es de la familia. Un hombre extranjero. Después de comprobarlo con mis propios ojos, pedí a un hombre de confianza que la siguiera día y noche. Te adjunto el informe que me hizo llegar después de unos días. Como puedes comprobar, no solo se ha visto en público con él, en dos cafés conocidos en Madrid por ser frecuentados por parejas no bendecidas por la iglesia y en la ópera, sino que pasó dos noches seguidas con ese hombre en el hotel Casino, compartiendo las mismas habitaciones. El honor de esta familia...». —Huan detuvo la lectura para observar a su señor; muy al contrario a lo esperado, no era ira lo que vio en los ojos del hombre—. Señor, no debe tomar al pie de la letra lo que dice su señora madre. Estoy seguro de que todo este asunto es un

error, la señora marquesa no es el tipo de mujer que...

—La señora marquesa me ha puesto un buen par de cuernos, al parecer — acabó por decir el aludido levantándose para abandonar la habitación—. Deja esa nota en el escritorio, en el cajón de la derecha. Dejaremos que Ely nos explique su posición cuando se digne a aparecer de nuevo por esta casa. Si es que se atreve a hacerlo.

—Señor, no debería creer todos los chismes que se cuentan.

—Mi madre asegura haberlo visto con sus propios ojos, ¿acaso es doña Susana una chismosa?

—No quiero decir eso, solo que no puede estar seguro.

—¡Basta ya, Huan! —cortó antes de tomar su bastón y empezar a alejarse—. No sé qué especial vínculo te une a esa mujer, pero no pretendas que yo comulgue con ruedas de molino. Sé perfectamente con qué víbora me casé.

La muchacha no escuchó la puerta abrirse tras ella, pero notó el frío que venía de fuera y, cuando se giró, fue para darse de bruces contra el torso de un hombre. Marcos la levantó tomándola por la cintura para dar vueltas sobre sí mismo mientras dejaba oír su sensual risa. Una risa que hacía pensar que la cargaba un hombre que en ese instante era el más feliz del mundo.

—¡Marcos! —se quejó, golpeándole los hombros—. ¡Bájame!

—Mi querida Isabel —le dijo Marcos con una sonrisa aún más profunda—. Esta mañana he recibido la noticia más maravillosa que puedas imaginarte. ¡Mi esposa me engaña!

Ella parpadeó confusa, y notó que se mareaba. De pronto, una arcada le vino a la garganta.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi madre me ha escrito desde Madrid. Ella odia incluso más que yo a Ely, así que imaginarás que no ha reparado en adjetivos ni detalles a la hora de contarlo todo. Dice que todo el mundo habla de mi esposa, la han visto cenando y acudiendo a la ópera con un hombre que, evidentemente, no era yo. Y tiene pruebas de que ha pasado varias noches con él. Así que podré acusarla de adúltera y repudiarla públicamente. Será difícil demostrar que no hubo consumación para poder anular el matrimonio, pero eso no me importa, no pienso volver a casarme. Pero nadie dirá una palabra si vivo mi vida con otra mujer.

—Puede que no sea ella.

—¡Vamos! Tú la has visto, según dicen nadie podría confundir a esa mujer. Era ella, y estaba con otro.

—Tampoco sabes si era o no su amante.

—Me da igual con quien se acueste esa bruja. No la quiero de vuelta.

—No puedes repudiarla públicamente, eso la destrozará. Es tu esposa, debes pensar muy bien lo que vas a hacer.

—Ahora tú eres mi mujer. Pero aún estoy casado con esa bruja avariciosa e intrigante y no dejaré que se me acerque ni un palmo.

Con el corazón comenzando a latirle de nuevo después de varios años de inmovilidad, Marcos se acercó hacia la mujer. Notó que ella le dio la espalda, entonces supo con certeza que ella tenía la intención real de abandonar la casa, de abandonarlo a él.

—Isabel.

Cielos, el tono la hizo vibrar, a pesar de estar a más de una vara de distancia. Decidida, continuó caminando hacia la puerta, hasta que la mano del hombre se posó con determinación sobre su codo.

—Isabel —repitió, ahora mucho más cerca de su oído.

La mano extremadamente caliente de Marcos la tomó por la barbilla, obligándola a girarse hacia él. El amarillo de sus ojos volvió a estremecerla.

—Por favor, no me mires así —susurró ella.

—No te miro de ninguna forma, Isabel, no puedo mirarte.

Una leve sonrisa escapó de las comisuras de los labios de ella, consciente de lo absurda que le habría podido parecer la frase que acababa de decir.

—Que no me veas no significa que no me estés mirando. Necesito un tiempo para pensar.

—Te daré tu tiempo. Pero nada de lo que hagas cambiará la farsa que es mi matrimonio, así que no te sacrifiques por algo que no es nada —dijo antes de abandonar la habitación.

Marcos se desató de un solo gesto el pañuelo que cerraba el cuello de su camisa, lo lanzó sobre la cama y se desplomó en una silla, mientras recordaba los últimos minutos con un ánimo cada vez más sombrío.

Oyó a Huan recoger la ropa que acababa de arrojar. No solía ser tan descuidado, normalmente intentaba facilitar el trabajo del oriental, pero ese

no era su mejor día.

Notó que había permanecido inmóvil durante demasiado tiempo, contemplando la negrura ante él y se esforzó en recordar cómo solían ser los días, antes de que todo pasara a ser noche cerrada. Su mano cruzó el espacio que sabía lo separaba de la mesa auxiliar y de la botella sobre ella. Le haría bien tomar un par de copas para conciliar el sueño.

Su criado se adelantó colocándole entre los dedos una copa con un par de dedos de Jerez.

Para su desgracia presente, él no era un hombre al que le gustara beber demasiado, más bien era un catador del buen vino, un experimentado sumiller al que era la calidad más que la cantidad lo que realmente embriagaba. Y eso era algo que lamentar en aquel preciso instante.

Sí, una pena no ser capaz de beber hasta caer redondo sobre un colchón o sobre el suelo de su sala de trabajo, pensó mientras giraba entre sus dedos la copa repleta del brillante vino que él sabía era tan transparente como un día de verano. Llevó el cristal a sus labios, aun conociendo de antemano que solo conseguiría de recompensa un fuerte dolor de cabeza y un dolor de estómago, acrecentado por el odio que empezaba a bullir en su interior.

«¡Idiota!», se dijo a sí mismo justo antes de dar el trago. «Eres un hombre casado, y ella la mujer más perfecta que has conocido, y solo puedes ofrecerle vergüenza y desprecio por parte de todos los que os rodean. Hasta el último criado no tardará en darse cuenta de que la joven gobernanta pasa las horas nocturnas con el señor de la casa. Pronto no le quedará ni un jirón de respeto». De un solo trago, apuró la copa.

Con la mano que tenía libre, hizo un gesto a Huan para que volviera a llenarla.

—¿No me has visto, Huan? —preguntó un par de minutos después ante la pasividad del hombre mayor—. Te he pedido más.

—El problema, mi señor, es que precisamente lo estoy viendo, por eso no le voy a servir más vino.

—Creo que quieres acabar en la calle.

—Y yo creo que usted quiere acabar con unos demonios que están pegados a usted, que son usted mismo. Bebiendo no arregla nada, solo asegurarse una tremenda resaca y que todos acabemos teniendo el mismo dolor de cabeza que usted, sin el beneficio adicional de saborear un buen vino, por supuesto.

—Sabes que no me emborracho fácilmente. Pon más vino en mi copa y

déjame solo.

—Ya está solo, marqués, solo con sus pensamientos. La soledad más profunda que existe —le oyó murmurar antes de notar cómo abría la puerta y abandonaba la habitación, dejándolo aún con el brazo de la copa vacía extendido.

—¡Al infierno! —dijo levantándose de la silla—. Yo mismo me serviré.

No tardó en volver a maldecir a su empleado oriental cuando descubrió que había retirado la botella y cerrado la vitrina del vino, llevándose la llave.

Tres horas después de dejar de entrenar ella seguía sin aparecer. Cuatro veces habló con Huan. Y en todas ellas el oriental le repitió que la señora parecía haber pedido a uno de los caballerizos que la llevara con él al pueblo, muy temprano, en la carreta en la que se cargaba la madera comprada para consumir en la hacienda. El caballerizo había vuelto sin la gobernanta una hora después, para volver a salir a por leña. Todavía no había vuelto tras el cuarto interrogatorio, y así se lo hizo saber Huan cuando volvió a inquirirlo.

—Quiero que ese muchacho venga a mi despacho en cuanto desenganche a los caballos.

—Por supuesto, señor —contestó la voz serena del criado—. Así se lo haré saber.

—Que no se entretenga en bajar la carga, ya lo hará después de hablar conmigo.

—¿Algo más, señor?

—No, solo déjame.

Marcos lamentó el tono huraño, pero le había molestado especialmente el dejo insolente de su criado durante todo el día. Incluso lo había golpeado con saña un par de veces durante el entrenamiento al que se sometía de forma rutinaria.

Desde que había conocido a Huan, hacía ya casi diez años, el oriental había trabajado las habilidades de Marcos para moverse en su entorno carente de luz, y lo había enseñado a luchar. Poco a poco se había convertido en un ciego que era capaz de ver el volumen a su alrededor simplemente utilizando el oído y el olfato. Su propia piel era capaz de notar un cambio sutil en el aire que lo rodeaba. Hasta hacía poco tiempo, justo antes de perder el oído con la enfermedad, hubiera sido capaz de luchar contra dos hombres sin más arma

que su bastón guía.

Por fortuna, parecía que su sordera remitía cada día, y su habilidad de movimiento volvía a él. Sin embargo, esa misma mañana había recibido un severo castigo por parte de su maestro en la alfombra de entrenamiento, lo que unido al tono que había notado en las palabras de Huan, le hacían pensar que algo rondaba en la cabeza del hombre.

Algo nada halagüeño para Marcos.

Por fin, a las cinco de la tarde, el caballerizo habló desde la puerta del despacho.

—Señor, don Marcos. —La voz ahogada le indicó que el hombre había llegado corriendo desde algún sitio relativamente lejano. Posiblemente desde las cuadras, y apremiado por alguno de los criados a los que Marcos había interrogado acerca del paradero del hombre repetidamente—. ¿Me buscaba el señor?

—Sí. Pasa, Martín. Me han dicho que esta mañana has llevado a la señora Gil al pueblo.

—Sí señor, la señora me pidió que la llevara antes de ir a por la madera.

—¿Y a qué hora te pidió que volvieras a recogerla?

—No tenía que ir a recogerla, señor. Doña Isabel tomó un coche de correos hacia Madrid.

Marcos se levantó como un resorte ante la afirmación de su empleado. Carraspeó en un intento de modular su voz y su enfado, pensaba que ya había aireado demasiado sus asuntos personales delante de sus empleados.

—¿Llevaba la señora mucho equipaje?

—Creo que todo lo que trajo cuando llegó, señor. Recuerdo el pequeño baúl porque yo mismo lo entré en la casa el día que llegó.

—Eso es todo, Martín. Puedes ir a descargar la madera. Gracias por venir tan rápido —habló pidiéndole con el gesto que cerrara al marcharse.

Marcos soltó de un bufido la rabia contenida en su pecho en cuanto oyó el picaporte de la puerta.

Arrancar sus uñas de la superficie pulida de la mesa pareció costarle algo más esfuerzo.

Se había marchado.

Sin una palabra ni una explicación. Sin un adiós.

Un sentimiento entre la pena, la ira y el deseo de destrozar algo se le agarró de pronto en el estómago. Obligándose a mantener la calma, volvió a sentarse en el sillón que tenía detrás. Con los codos sobre la mesa, juntó las palmas sobre la cara. Apretó las cuencas de los ojos en un intento inútil de detener las lágrimas que empezaron a pugnar por salir.

La impotencia de reprimir el llanto se unió al cóctel que agitaba su estómago.

Una hora más tarde, después de recuperar un aspecto casi relajado, Marcos se dirigió al dormitorio de la gobernanta, temeroso de lo que iba a encontrar, o no, en él. Había supuesto que la decisión final en todo aquel enredo era suya. Él quien tiraría por tierra su posición ante su familia y la de su esposa, ante sus criados. Él quien decidiría que viviría para sí mismo en lugar de para el resto del mundo. Y en esa decisión final nunca había contado con la otra incógnita de la ecuación, Isabel.

Por desgracia, empezó a ser consciente de su tremendo error a cada escalón que lo acercaba hacia la realidad.

La había perdido, quizás para siempre. Marcos movió la cabeza al recordar su estupidez. Él había sido el más jovial de los hombres hasta su viaje a África. El serio, el educado, el formal, el rígido, siempre había sido Carlos, y no es que fuera una persona lúgubre, pero siempre se había comportado con más seriedad.

Pero todo cambió en aquel maldito viaje en busca del Santo Grial, la cura imposible, la quimera más inútil y engañosa. Luego conoció a aquella muchachita, joven, vital y soñadora. La conoció para perderla irremediabilmente, sin llegar a saber jamás qué sería de ella, en qué mujer magnífica se convertiría.

Desde entonces se sentía incapaz de reponerse, de afrontar la vida con su entusiasmo habitual. Se sentía como si le hubieran dado una paliza y, enfadado y dolorido, se lo cuestionara todo, especialmente a sí mismo.

Nadie lo había llenado como aquella niña.

Nadie hasta que había llegado ella.

De pronto, parado ante la puerta del modesto dormitorio, una certeza le atravesó el corazón.

Era ella.

¡Dios de los cielos!

Era ella. La misma risa, la misma forma de tocar su mano, de acariciar sus dedos desde la palma a las yemas. El mismo cabello, suave y liso, tremendamente abundante.

La única persona que sabía que su gato se llamaba Sultán de Persia.

Bel, Isabel.

Casi quiso darse cabezazos contra la puerta cerrada.

Capítulo 14

Madrid, abril de 1823

La casa de la calle del Prado era muy espaciosa y elegante. Aunque nada que ver con el hogar de los Monteferro. Ely supuso que para ser un hogar temporal estaba muy bien. Una mujer podría ser feliz allí, especialmente si tuviera a su lado un hombre que la amara. Desde que había entrado por la puerta de aquella casa, había sido una mujer entendida y querida. Se había sentido valorada y arropada como no lo había estado en casi la mitad de su vida. Y ahora, casi podía empezar a pensar en un futuro para ella.

La puerta se abrió a su espalda haciéndola que apartara la vista del amplio prado, que se veía desde la ventana del dormitorio, para girarse hacia la persona que entraba en ese momento en la habitación.

Ely miró a su hermana. Llevaban tres meses sin verse, desde que Alí la acompañó al hotel en el que Bel se hospedaba. Y, en aquella ocasión, esos dos días seguidos hablando, y casi sin comer o dormir, le habían parecido demasiado poco.

—Alí me ha dicho que has comido poco desde que estás en la casa.

—No tengo mucha hambre, Bel. Y Alí es un hombre demasiado bueno.

—Sí que lo es, y te ha tomado mucho cariño por lo que me ha contado. No te ves demasiado bien, Ely. Matarte de hambre no va a mejorar las cosas en tu vida. —La muchacha se acercó hasta ella, para tomarle las manos entre las suyas.

—Mi color de piel nunca me ha dado muy buen aspecto, Bel.

—Desde luego, tampoco yo soy una afortunada. Una pelirroja pecosa y una albina. ¡Vaya pareja!

—¡Sí! —afirmó sonriendo. Luego Ely agarró a su hermana por la cintura

hasta que estuvieron unidas en un abrazo sincero—. ¡Cuánto me alegro de volver a tenerte con nosotros, Bel! No sabes cuánto lloré por todo lo que te hice.

—Ya hemos hablado muchas veces de aquel viaje a África. Tú no me hiciste nada. Las circunstancias fueron las que fueron. Y, al fin y al cabo, quizás yo me llevé la mejor parte. He acabado teniendo al hombre al que he amado muchos años.

—¡Y no sabes cuánto me alegro por ti! Sé que tengo fama de rencorosa y envidiosa, Bel. Pero te prometo que en este caso no voy a envidiar tu felicidad. Me apartaré para que sea feliz, al menos, una de nosotras. Esa Ely ha desaparecido para siempre, nada he logrado actuando egoístamente, más que el odio de mi marido.

—Creo que debemos hablar las dos antes de decidir nada. Sin miedos, mentiras o medias verdades, y olvidando todo lo que ha pasado, todo lo que hemos vivido, salvo el hecho de que somos hermanas y nos queremos.

—No hay mucho que yo pueda decidir o elegir. Otros que tenían ese derecho han decidido por mí.

—No sé, Ely. Creo que no es justo que yo me quede con todo y tú no...

—Ttsee... calla. Está decidido. Para mí no hay esperanza, pero tú debes luchar por él y por ti. No dejes que las habladoras, la familia o la iglesia te impidan ser la mujer que quieres y tener al hombre que te ama.

—Necesito un tiempo para pensarlo bien.

—Marchaos de aquí si es necesario, Bel. Pero asegúrate de tenerlo contigo.

—¿Y tú?

—Yo siempre he sobrevivido a las circunstancias, ya sabes, Ely siempre sale a flote. Esta vez no te niego que voy a salir herida, pero la culpa es mía por querer alcanzar las estrellas.

—No puedo hacerlo.

—¡Bel! No empieces otra vez.

—Vas a volver, Ely. Vas a ir y hablarás con él. Si es necesario iré contigo y le haré entender que debe estar con su esposa.

—Creo que será inútil, y acabaremos perdiendo ambas.

—Que así sea entonces. Al menos estaremos juntas.

Madrid, junio de 1823

—Buscar en Madrid a una mujer es como pretender encontrar una aguja en un pajar. —Mariano observó a su cuñado sentado frente a él en el salón de visitas de su propia casa familiar. La casa que compartía con su amada esposa.

—Siempre puedes usar una magnetita para encontrarla —apuntilló la voz enfadada de Marcos.

—No soy un hombre versado en ciencia, ya lo sabes, Marcos. Aunque supongo que te refieres a esas piedras que atraen al hierro. Si conoces una que atraiga a tu señora Gil, te agradecería que me la cedieras siquiera una semana. Mis hombres están agotados de recorrer las calles buscando a una mujer sin rostro.

Hacía más de mes y medio que Isabel se había marchado. Una semana después, cuando le quedó claro que ella no volvería y su orgullo fue superado por su necesidad de la mujer, Marcos había viajado hasta Madrid para tratar de encontrarla. Una empresa imposible para un hombre ciego.

Por eso no había tardado más de otra semana en perder parte de su orgullo de nuevo, y acudir a hablar con su cuñado Mariano, el inspector de policía que se había casado con su hermana mayor. No era la primera vez que contrataba los servicios del hombre, y sabía que si alguien podía encontrarla era él.

—¡No entiendo por qué dices eso! —Marcos se levantó del asiento y caminó hacia la ventana. No pretendía mirar por ella, pero la brisa caliente que le llegaba desde ella le permitía pensar que quizás pudiera respirar mejor allí—. Que yo sea incapaz de describirla no significa que no puedas seguir las indicaciones de mis sirvientes.

—Muy bien. Tal vez yo sea un hombre poco espabilado, pero dime si tú serías capaz de encontrar a alguien siguiendo estas descripciones. —Mariano alargó la mano para tomar la libreta a su derecha y empezar a leer—: «La señora Gil es culta, atenta y cariñosa, ama los dulces y las flores»; descripción de tu cocinera. «No demasiado baja, aunque se podría tildar de menuda y pequeña. El cabello le llega a la cintura cuando lo lleva suelto, pero suele recogerlo en la nuca con un moño apretado»; descripción de tu caballerizo. «No diría que es rubia, pero desde luego no es morena y tiene la piel acorde con el cabello, los ojos son muy hermosos y de largas pestañas, muy bonita la señora»; esto me lo ha contado tu otro caballerizo.

Mariano levantó el rostro para observar a Marcos. Había hecho que le leyeran aquellas descripciones media docena de veces desde que habían llegado de su casa en la sierra. Unas descripciones que él mismo había pedido por carta a través de Huan.

—¿Quieres que te lea también la de Huan? En mi opinión es la mejor y más descriptiva.

—Ya recuerdo la de Huan.

—«La señora Gil es una joya» —apuntilló Aurora, la hermana mayor de Marcos y esposa de Mariano, sentada en el asiento contiguo al del policía.

—Gracias por tu aporte, mi querida hermana.

—Siento decirte, querido, que no hay que ser muy sagaz para entender que tu señora Gil no quiere ser encontrada. Y que tus empleados desean cumplir sus deseos.

—No entiendo por qué me hacen esto.

—Creo que deberías saberlo, Marcos. No soy quién para meterme en tu vida, pero me da la impresión de que es una mujer decente e íntegra a la que has puesto en una difícil posición. Deberías pensar en ella y dejarla ir. Y deberías volver con tu esposa.

—¿Qué sabes tú de mi esposa?

—Sé que Carlos cree que es alguien muy adecuado para ti.

—¡Claro! Como soy ciego...

—¡Marcos! —Aurora se levantó para andar hacia él, hasta tomarle la mano. El hombre, aunque un poco reacio, acabó por dejarla hacer—. Sabes perfectamente que nunca lo diría por eso. Si no a mí, debes creer en el criterio de tu hermano. Siempre lo has hecho y nunca te has arrepentido.

—Mi hermano habla como duque, no como hermano. Busca evitar el escándalo, no mi felicidad en este asunto.

—Dime qué tengo que hacer para buscar tu felicidad, hermano, y si es encontrar a esa mujer que amas lo haré por ti. —La voz de Carlos hizo agitarse la mano de Aurora entre los dedos de Marcos—. Que no te oiga decir que prefiero mi rango a la felicidad de mi hermano.

—Carlos, yo no...

—El amor duele, Marcos. Siento que lo hayas aprendido tan cruelmente. Y a veces nos hace perder la perspectiva. —Carlos caminó hasta situarse frente a sus dos hermanos—. Voy a creer que te equivocas al no darle una oportunidad a Ely por el resto de mi vida, pero no voy a ser yo quien te evite

ser feliz si realmente quieres a otra mujer junto a ti.

—Quiero a otra mujer junto a mí —afirmó con rotundidad mientras le extendía la mano para recibir de vuelta un agarrón y un abrazo.

—Pues busquémosla —acabó por decir Mariano desde el centro de la sala.

Madrid, finales de agosto de 1823

La muchacha entró en el dormitorio de su hermana, sin detenerse a llamar ni a cerrar la puerta tras ella. Era ya más de mediodía y las cortinas continuaban echadas y la mujer encerrada entre las sábanas. Olía a cerrado y las sombras cubrían la espaciosa habitación, caminó hasta el extremo y de un tirón descorrió las cortinas, para luego abrir la ventana. El sol de la mañana solo le haría daño en los ojos a la mujer acostada. El aire caliente tal vez la obligara a salir del capullo que ahora formaba entre las ropas de cama.

Apoyó ambas manos en las caderas y se giró hacia el cuerpo que empezó a gruñir sobre el colchón.

—¡Márchate! —El sonido era casi nasal y lastimero.

—No pienso hacerlo hasta que no te vistas y salgas de aquí.

—No hay nada para mí ahí fuera.

—Si madre no logró nunca doblegarte, no creo que haya fuerza en la naturaleza que acabe contigo. Vas a salir de ahí y vas a asearte, comer y arreglarte para viajar.

—No voy a volver.

—Vas a volver. Ya no tienes otra opción.

—Tengo otra opción, puedo quedarme aquí.

—No te vas a quedar aquí. Tu sitio está con Marcos. Eres tú la única que debe estar a su lado. Es tu marido y hay lo suficiente de mujer en ese cuerpo sucio que ahora veo para que acabes llevándolo a ti.

—Te equivocas, Bel. Él quiere a la niña que conoció, a la gobernanta que lo enamoró, a Isabel.

—Isabel no va a volver y lo sabes, y si hace falta se lo diré yo misma. Ya te dije que era una muy mala idea, pero no me hiciste caso. Eras tú, Ely, tú quien tenías que sacarlo de ese boquete, quien tenía el deber de recuperarlo para el mundo, pero especialmente para ti. Ve allí, habla con él y haz que la olvide.

Ely acabó por incorporarse. Sabía que su hermana tenía razón. No arreglaba nada escondiéndose como un conejo asustado. Apoyó los hombros sobre el cabecero y suspiró, mirando a la mujer que continuaba dando paseos de un lado a otro.

—De acuerdo, si Isabel no va a volver, bien puedo hacerlo yo. Al fin y al cabo, no puedo perder lo que no es mío.

La muchacha frente a ella sonrió palmeando la cama.

Después de que la arrastrara hacia el vestidor, la obligara a tomar un baño y la vistiera con unas galas poco habituales en ella, Ely se sintió un poco mejor, casi viva.

Sabía que no debería tener ninguna esperanza, un entumecimiento había arraigado en su pecho. Agradeció ese sentimiento, esa ausencia de sensaciones, de rabia y de tristeza, evitaba que volviera el dolor que la había acompañado en los últimos tiempos.

Se sentó a la mesa del desayuno. Ya no quedaba nada allí. La hora había pasado hacía mucho, y los criados solo habían dejado los platos y la taza de su servicio. Pero aquella casa se movía como un reloj, sin necesidad de pedir nada, dos criados árabes le sirvieron un succulento desayuno en menos de cinco minutos.

Bel la contempló mientras ella misma tomaba una taza de café. Aún le costaba asimilar que la pequeña Bel era aquella muchacha tremendamente hermosa que se sentaba frente a ella. Se habían separado siendo ambas unas niñas, pero la que la miraba ahora desde la silla frente a ella era una mujer.

—Tu pelo es más hermoso de lo que recordaba, Bel.

—No lo creo, pero gracias, Ely. —La aludida sonrió, haciendo que los hoyuelos que siempre habían estado ahí reaparecieran—. Bueno, era difícil de imaginar que aquellas trenzas ingobernables acabaran así. Tu cabello también es muy hermoso. Me atrevería a decir que lo más hermoso que he visto.

—Algo hermoso en Ely. ¡Qué novedad!

—¡No seas tonta! —La taza de Bel golpeó contra la loza del platillo cuando la muchacha la soltó de pronto—. Tú eres alguien único, Ely. Y nada de lo que te hicieron ha restado belleza a tu aspecto. Solo lo ha vuelto más único de lo que era.

—¡Oh, mi querida! Mi queridísima Bel. Nadie ha estado más ciego a mis

defectos que tú, jamás. Prométeme que nunca volverás a marcharte de mi lado, que nunca más vas a desaparecer.

—Prometedme que no vais a desaparecer nunca más ninguna de las dos — la voz de Daniel, parado en la entrada de la habitación, las hizo a ambas girar el rostro—. Estoy cansado de ir de aquí para allá buscando a mis hermanas. No pienso ir detrás de ninguna señora Gil ni una vez más.

Ambas muchachas se levantaron, para alejarse del hombre que acababa de entrar. En un movimiento acompasado caminaron hasta unir sus manos en un gesto de protección.

—¿Cómo has encontrado este sitio, Daniel?

—Todo el mundo habla de mi querida Ely, y de cómo la marquesa ha estado viviendo en pecado con un hombre extranjero. Me ha sido fácil encontrar a un hombre que ya había visto en una ocasión. Ahora, queridas, me vais a explicar qué está ocurriendo.

—Siento no haber podido retenerlo en la entrada. —El hombre que entró en la sala se dirigió a las mujeres ignorando a Daniel—. Podía haberlo devuelto de una patada al nido de víboras al que pertenece, pero me ha parecido que quizás no queráis que trate así a vuestro hermano. Solo tenéis que decir una palabra y acabaré con la cortesía.

—Está bien, Alí. —Ely se dirigió con una sonrisa de agradecimiento hacia el hombre moreno y tremendamente guapo que hablaba desde la puerta—. Deja que hable, hace tiempo que decidí no huir de él.

—Hola, Daniel. ¡Cuánto tiempo! Voy a tranquilizarte, hermano. —Las palabras de Bel hicieron que todos se giraran hacia ella—. No tendrás que salir a buscar a ninguna de nosotras más, porque ninguna señora Gil huirá más de tu lado. Y no lo haremos porque ninguna volverá a depender de ti ni de nuestra madre. Bienvenido seas, mi valiente y gallardo hermano, mi rescatador. —El tono de la muchacha no dejó a nadie dudas acerca de la ironía de aquellos adjetivos.

Capítulo 15

Sierra de Madrid, casa de los marqueses de Monteferro, septiembre de 1823

—Le anunciaré al señor que usted está en casa, señora.

No conocía al criado que le abrió la puerta, pero evidentemente, él la había reconocido al instante. Era lógico, nadie que hubiera oído hablar de la marquesa de Monteferro podría confundirla.

Se detuvo en el vestíbulo y se retiró ambos guantes, sacando cada dedo de uno en uno. Luego los depositó lentamente en el mueble de la entrada. Se tomó su tiempo y aprovechó esos instantes para que su acelerado corazón retomara un ritmo normal. Un intento del todo inútil.

Ely no podía dejar de preguntarse por qué había vuelto a aquel lugar. Según le había informado Huan, Marcos había mandado quemar, sin abrir, todas y cada una de las cartas que ella le había enviado y él no le había dictado ninguna de vuelta. ¿Qué esperaba consiguiendo regresando junto a él?

Ely había deseado con todas sus fuerzas que su matrimonio fuera real. Había amado a aquel hombre desde hacía una década, y cuando lo encontró de nuevo, en aquella fiesta de disfraces, hubiera dado cualquier cosa por hacerlo feliz, porque Marcos le hubiese permitido amarlo. Pero en cambio lo obligó a casarse contra su voluntad, y ahora lo había alejado de la mujer que amaba, la mujer que ella misma dejó en su lugar.

Se alisó la lana de la falda y se pasó una mano por el pelo. Cuando se dio cuenta de lo absurdo de lo que estaba haciendo, se detuvo y masculló una palabra soez. Era ciego.

Acompañó al criado hasta el despacho, intentando recuperar el valor. Venía a suplicar, y eso le agarraba el estómago mucho más que cualquier otra

cosa en este mundo.

A pesar de haberlo contemplado tantas veces, al ver la espalda de su esposo volvió a perder la calma con la que se había disfrazado. Marcos estaba de pie frente a la chimenea, y parecía si cabe más alto y mucho más fuerte. Ely perdió momentáneamente la capacidad de hablar.

Sabía que él era perfectamente consciente de su presencia, se dio la vuelta antes de que ella pudiese decir nada. Y su visión frontal hizo que a la mujer se le cerrara la garganta.

Ahí estaba el hombre con el que se había casado.

Se quedaron en silencio. Apenas habían pasado unos meses, pero parecía toda una vida.

Marcos no era el mismo hombre. Su rostro seguía brutalmente hermoso, pero había perdido cualquier atisbo de alegría. El ámbar resplandeciente de sus iris, que a tantas mujeres había hecho suspirar y enamorarse de él, era ahora más intenso si cabe.

Ely levantó una mano y se la llevó al pecho para controlar su agitada respiración. Se obligó a respirar despacio y luchó con todas sus fuerzas para que él no oyera su corazón galopar, sabía que volvía a ser capaz de oír y sentir mucho más que cualquier otro ser humano.

—Hola, Ely. Siéntate, por favor.

Él le señaló con un gesto de la mano una silla que tenía cerca. La muchacha tomó asiento, mientras él mismo lo hacía frente a ella.

Marcos guardaba silencio. Y ella, afinando su voz, comenzó a hablar. El lenguaje, la facilidad de palabra que siempre la había caracterizado, pareció reaparecer en esos momentos de manera brusca, haciendo que su boca cabalgara mucho más rápida que sus pensamientos. Era lo que le ocurría siempre que estaba nerviosa.

—Quizás debería empezar a hablarte de hace unos años. Lo que soy, cómo soy, cómo actúo, todo tiene un origen, supongo. Al fin y al cabo, no somos más que lo que el cincel de la vida hace de nosotros. Tenía ocho años cuando viajé a África por primera vez. Creo que ese fue el momento más feliz de mi vida, la casa de mi tío en Tetuán era un palacio de más de trescientos años. Un lugar rodeado de inmensa riqueza, colorido y diversiones. Pasé allí tres semanas maravillosas. Supongo que ese recuerdo de un lugar encantado y vibrante me persiguió los siguientes años. —Ely tragó saliva antes de seguir—. Mi tío no volvió a invitarnos, por una serie de razones tenía mala relación

con mi padre, su hermano. Así que cuando mi madre habló de viajar de nuevo a África, mi mente se negó a permitirle que nos dejara en Algeciras, hice todo lo posible porque nos llevara con ella, a mi hermana Bel y a mí. Es sabido de todos que mi padre nunca fue un buen hombre, creo que solo sus hijos lo llegamos a querer un poco, y solo los primeros años de nuestra vida, cuando aún no éramos capaces de entender que no éramos para él más que posesiones de las que presumir. He de decir que, paradójicamente, hubo un tiempo en el que casi pensé que era la única persona que me tenía algo de afecto. Al menos quería que me casara, y dejó una parte de su fortuna sin dilapidar en el juego para convencer a algún pobre desesperado de aceptarme. Así que creo que si hubiera conocido de antemano que viajaríamos con mi madre no lo hubiera permitido de ninguna de las maneras.

El gesto de Marcos seguía serio, solo los dedos del hombre, haciendo garra sobre la tela de su pantalón, le indicaron que empezaba a reconocer la historia.

—Creo que adivino adónde va a parar esto —señaló apenas sin mover los labios.

—Nunca tuve una madre realmente. Mis dos ayas, Bashira y Mohana, se ocuparon de nosotras desde que tengo recuerdos. Y actuaban casi como abuelas, no como severas institutrices. Ella, Cristina, no fue más que esa mujer que solo tenía tiempo para ocuparse de tener el mejor de los aspectos. La mujer que toleró mi presencia mientras me pudo presentar como una futura princesa, mientras mi aspecto exterior fue una copia de su propia vanidad. —Ely entornó los ojos—. Supongo que puedes entender que eso no duró mucho tiempo, no es que yo sea la princesa con la que sueña cualquier madre.

—Sí, puedo —repuso él sin molestarse en negar la evidencia.

—Y tampoco ayudó a cultivar ese amor el hecho de que yo fuera la responsable final de haber perdido a su otra hija. Cuando me di cuenta de lo mucho que me necesitaba mi hermana, de lo mucho que realmente la había querido, de lo que ella me había querido a mí, entendí que verdaderamente solo ella pensaba que yo valía la pena. El resto, o únicamente me soportaban con pena, o pensaban que era una abominación que debía estar oculta de la vista de las personas piadosas. ¿Pensaban que era horrible? Pues sería horrible. No quiero justificar mis actos, ni mi forma de ser, Marcos, no hay justificación cuando te mueves por puro egoísmo en cada acción que realizas.

Mi fama de «la bruja de los Fernan-Gil» comenzó a mi regreso de ese segundo viaje a África. Lo oía continuamente, delante de mí y a mis espaldas: «Es tan increíble que debes mirarla más de una vez para asimilarla por completo», murmuraban las ancianas beatas. Los chicos de mi edad y un poco mayores se agolpaban a la puerta de mi casa, solo para verme salir y rodearme en grupo en el momento en que me quedaba sola. «¿Quién será el novio de Ely?», coreaban. «¿Algún voluntario?». Así que no intentaba buscar la compañía de ninguno. Aprendí a responder con puyas cualquier intento de acercamiento, en el convencimiento de que nadie realmente deseaba estar a mi lado. Ataqué a mis familiares, haciéndolos responsables finales de mi aspecto, y recopilé todos los pecados de cada una de las personas que me rodearon. No para ayudarles a volver al buen camino, únicamente para arrojarles una flecha certera si me sentía mínimamente amenazada. O simplemente, mínimamente aburrída. ¿Es extraño que acabara siendo quién soy?

—Ely. —La mano de Marcos se adelantó en un gesto que se detuvo a medio camino, antes de rozar la falda de la mujer.

—¡No me compadezcas! —Ella alzó la barbilla y expulsó aquellas palabras con orgullo—. Yo no lo hago. No quiero tu compasión, ni tu comprensión. Alguien con tu aspecto jamás podría ponerse en mi lugar. Solo quiero que me entiendas mínimamente, y que me perdones si puedes por haberte obligado a este matrimonio. Y, sobre todo, deseo que me permitas demostrar que soy capaz de cambiar si tú me das la oportunidad. —Le temblaba la voz. Y luchó con todas sus fuerzas por no perder los girones de orgullo que le quedaban llorando frente a él.

Marcos no habló, el silencio la volvió a agitar. Absurdamente, pese a estar frente a un hombre ciego, la mirada era tan fija que ella tuvo la impresión de ser un insecto observado al microscopio.

—Sé lo que piensas —se atrevió a aventurar ella—. Que mi pasado, mis vivencias, no me daban derecho a obligarte a este matrimonio. Pero créeme, te prometo que siempre pensé que podíamos ser un matrimonio compatible. Yo, yo te hubiera amado como nadie en este mundo, Marcos, yo...

Él negó con la cabeza.

—No, Ely. Te equivocas, el amor es un binomio, que debe estar equilibrado. No solo por amar a alguien conseguirás que ella te devuelva los sentimientos en igual medida. No puedes jugar con las personas de esa

manera, como no puedes controlar el corazón de nadie.

—Sé que me equivoqué —dijo ella—. Pero en ese momento mi vida había llegado a un punto sin retorno. Tenía que casarme, y no es que tuviera una legión de pretendientes. Sé que ese no era tu problema, y te obligué a tomarlo como tal. Yo quiero creer que en realidad no soy mala persona, que no soy cruel, ni la bruja que todos creéis. No sé cuándo dejé de ser yo misma y pasar a interpretar un papel, el papel que todos me habían asignado por el simple hecho de ser diferente al resto. Quiero acabar con todo eso, quiero ser yo misma, para bien o para mal, solo Ely. Pero ahora no veo cómo podría haceros cambiar de opinión, dejar de ser lo que todos esperan. Dejar de ser la horrible y extraña Ely.

—Dime qué quieres de mí, Ely.

Marcos hizo una mueca cuando se oyó a sí mismo pronunciar aquellas palabras. ¡Dios de los cielos! Iba a claudicar como un tonto.

—Quiero que me des una oportunidad, Marcos. Que nos des una oportunidad a los dos. Deja que me acerque a ti como una amiga, no pido más de momento. No me obligues a irme de aquí.

—Señora —dijo él, su voz era tan grave como un disparo—, puede permanecer en esta casa de momento. Pero no me pida mucho más en estos instantes.

—¡Gracias! Yo...

—Pero antes, debes asegurarme que no soy un cornudo y que tú no has tenido nada que ver en la desaparición de la señora Gil.

Marcos consiguió avanzar sin errar el paso hasta el pasillo que conducía a sus aposentos, antes de que necesitara apoyarse en la pared de su propio dormitorio. Una vez allí, apretó los puños y se maldijo en silencio.

Tendría que haber estado preparado para oírla suplicar, en lugar de pensar que se enfrentaría a gritos y reproches. Su actitud sumisa lo había tomado completamente por sorpresa, esa bruja sabía mover bien sus cartas. Golpeó la frente contra la pared, en un intento de recuperar el sentido común y evitar regresar al despacho y claudicar como un calzonazos.

Reprendiéndose en silencio por no haber sido capaz de una bienvenida más brusca, Marcos se sentó en la silla junto al escritorio y empezó a confeccionar una lista mental de cómo podría actuar con su mujer de nuevo en casa.

—¿Señor? —Dos horas después, no necesitó elevar el rostro para saber que Huan estaba en el marco de la puerta.

—¿Dime, Huan?

—La señora pregunta por usted. Quiere saber si la acompañará en la cena.

Reflexionó unos instantes, ella le había jurado que no le había sido infiel, que no había hecho huir a Isabel, tal vez fuera cierto. Él mismo había hecho huir a la mujer que amaba y ahora, teniéndola cerca, era mucho más consciente de que tenía una mujer, una esposa. Tal vez debería tragar su orgullo y darle una oportunidad a aquel matrimonio. Estaba claro que no conseguiría a la mujer que amaba. Hacía seis meses que Isabel había desaparecido, sin dejar ningún rastro ni dirección. Sin un adiós.

Se apartó del escritorio y se puso en pie.

—¿Está en el comedor o en el salón?

—La señora está en su alcoba, señor.

El pecho de Marcos se agitó un segundo, sintió que sus nervios se tensaban de nuevo. Ella le había pedido una oportunidad para su matrimonio, y él sabía que en parte se lo debía. La había acusado de adulterio cuando al parecer solo se había visto con un hombre que tenía información sobre su hermana perdida. Era él mismo el único que había actuado de esa forma.

Un músculo en su garganta se tensó. No, no le debía nada, tan solo tratarla con respeto. No debería olvidar cómo sus maquinaciones y las de su hermano lo habían obligado a ese matrimonio, y todo ello a perder a la única mujer que había amado en su vida.

Perfecto, ella quería enfrentarlo en su propio terreno, le daba exactamente igual dónde cenaran, ni qué llevara puesto, era un hombre ciego, podía presentarse ante él desnuda como su madre la trajo al mundo y no lo tentaría ni siquiera a extender el brazo hacia ella.

Mientras subía la escalera, pensó en los escasos instantes que habían llegado a pasar juntos. Apenas recordaba la primera vez que la oyó. Bueno, sí recordaba su voz cantando aquella hermosa melodía. Tenía que reconocer que, aunque no era una mujer guapa, su voz ciertamente le recordaba a la de una sirena arrastrando un barco hacia los más terribles escollos.

No, no se conocían de nada, a pesar de ser marido y mujer. Él no la había dejado acercarse ni un palmo, y eso no iba a cambiar pese a sus ruegos. Su futuro sería amable y educado, pero seguiría careciendo de importancia o intimidad.

De acuerdo, podrían ser simples conocidos, dos educados esposos. Marcos elevó la mano y golpeó con los nudillos la puerta que tenía frente a él.

Ely respiró profundo al oír el suave golpe, y luego le dio permiso para entrar. Marcos tardó unos segundos, pero finalmente abrió la puerta, por un momento se detuvo en el umbral, y ella vio algo que nunca antes había visto: lo vio dudar. El marqués de Monteferro era un hombre que pocas veces dudaba.

El hombre se quedó allí, tenso, con el rostro perfectamente dirigido hacia el lugar donde ella se encontraba, como si realmente pudiera verla. Por unos instantes, Ely se arrepintió de haberlo llamado. Creyó que él por fin entendería, cuando entrara en el dormitorio, pero evidentemente, nada había cambiado desde aquella primera noche en la que le arrojó a la cara su desprecio.

Ella llevaba dos horas decidiendo cómo comportarse, una parte de su mente le pedía volver a suplicarle, mientras su verdadero yo la hacía sentirse repugnante por aquellos leves instantes de debilidad que la habían llevado a pedirle otra oportunidad. Finalmente, irguió los hombros y le enfrentó la mirada vacía. Ella era quien era, quien el tiempo, las circunstancias y ella misma habían forjado con los años, y no volvería a ser ese ser miserable, indefenso y patético que una vez fue.

No, decidió que debía ser ella misma, la Ely de siempre; llena de defectos, pero con el corazón de piedra, un corazón que nadie volvería a traspasar jamás.

—Creo que a estas alturas la sopa estará algo fría —musitó, acabando con el silencio que los amenazaba con tragar—. Aunque no tengo mucha hambre.

—Mejor entonces, porque yo tampoco. —Marcos cerró la puerta tras él.

—De todas formas, deberíamos comer algo, creo que es más civilizado si tenemos algo entre las manos mientras conversamos —dijo ella, señalando inútilmente la mesa repleta de platos—. Está todo junto a la ventana. No me gustaría incomodarte con mi presencia, pero si necesitas que te guíe hasta allí, te rogaría que me lo pidieras sin problemas.

—Gracias, no es necesario, sé dónde está la ventana, y conozco

perfectamente dónde mis criados colocan la cena en esta habitación—. Él esbozó una lenta sonrisa, que ella sintió ácida. Evidentemente, él no pensaba en Ely cuando hablaba de cenas en esa habitación, y ese conocimiento le heló el corazón.

Marcos caminó hasta sentarse en la silla de la derecha, con mano certera, atrapó la servilleta que reposaba sobre el plato frente a él y la colocó, aún doblada, sobre su regazo, esperando que ella hiciera lo mismo.

—¿No vas a cenar? —le preguntó él—. Pensé que me habías invitado para eso.

Movió la mano en un gesto brusco, pretendiendo apartar la frustración que lo asaltaba, apretando la servilleta situada sobre sus piernas.

Fue entonces cuando lo encontró entre los pliegues de la tela.

Lo tomó en la palma de la mano y lo ocultó de la vista de Ely, manteniéndolo bajo la tapa de la mesa. Procurando que la emoción no se le reflejara en el rostro, comprobó con el tacto qué era el objeto que ahora tenía en su palma. Tomó la servilleta para retirar las gotas de sudor helado que empezaron a recorrer su frente. Luego volvió a tantear el objeto que tenía entre los dedos, frío, sólido, familiar. Su camafeo, el camafeo de Isabel.

Pensó que posiblemente su esposa lo mirara anonadada e incrédula. No era corriente en los últimos años ver al marqués de Monteferro sonreír como un idiota en una fracción de segundo mientras miraba sin ver algo situado sobre su regazo.

Ella, Isabel, le había dejado lo que más apreciaba en este mundo. Entonces supo con absoluta certeza que volvería a su lado.

—¿Y bien, señora? ¿Ya sabes cuándo regresarás a la casa de tu madre? —preguntó con brusquedad a la mujer que sabía seguía al otro extremo de la habitación. De pronto convencido de lo que quería realmente, y de lo que era capaz de hacer para conseguirlo.

—Pero hemos hablado esta mañana y yo pensé que... —balbuceó ella.

—Esta mañana te he escuchado, Ely. ¿Acaso me has escuchado tú? —Marcos apretó el collar en su puño y se preparó para luchar por su futuro—. Lo siento, he conocido a alguien mientras estabas en Madrid. Quiero a esa persona y no voy a renunciar a ella.

—Pero tal vez yo pueda ser esa persona.

—No me hagas reír. Ni por asomo te pareces a ella. No eres de fiar, Ely. Ni siquiera estoy seguro de que hayas sido tan casta como dices en Madrid,

muchos te vieron con ese hombre. Pero lo que sí sé con seguridad es que me has enredado en este matrimonio sin preguntarte qué quería yo, qué necesitaba. Puede que no desee tener niños, pero tal vez hubiera unido mi vida a una mujer a la que amase. Ahora me has quitado esa oportunidad, la he perdido en parte porque tú existes.

Algo en el pecho de Ely se había empeñado en galopar desbocado. Con lentitud, se apoyó sobre la pared a sus espaldas. La fuerza en sus rodillas la había abandonado de pronto.

¡Cielos, que tonta había sido!

No había futuro para ellos y nunca lo había habido. Era consciente de que ella misma había decidido sus cartas desde el momento que lo obligó a aquella boda. Pero había pensado que él, de entre todos los hombres, sería el único que no la vería tal como aparecía ante el resto de la humanidad.

Un ciego. Y ni siquiera era capaz de engañarlo.

Había soportado durante años el desprecio de todo el mundo, las miradas disimuladas, las sonrisas, los movimientos de cabeza y hasta los gestos de pesadumbre. Era consciente de cada palabra de censura, crítica y, lo que era peor de soportar, pena. También sabía que el odio hacia su persona había crecido exponencialmente después de anunciarse su boda, y los chismes habían corrido como el agua cuando se supo que vivirían separados.

Pero nunca pensó que se fijaran en ella, en lo que hacía y con quién se reunía en Madrid, al parecer había subestimado la importancia de su persona. La marquesa de Monteferro ya no era la fea Ely, y todo el mundo estaba atento a cada uno de sus pasos, y era evidente que los chismes de sus encuentros habían llegado rápidamente a su esposo.

Ella también había pensado que, dado el poco interés de Marcos en su persona, este sería inmune a las habladurías. Por desgracia era evidente que sí le importaba lo que hiciera o no ella. Y lamentó no haber sido todo lo discreta que hubiera podido, si hacía unos meses tenía pocas posibilidades de salvar ese matrimonio, estaba claro que en ese instante eran nulos. Necesitaba intimar con él y de forma rápida, o el hombre acabaría por descubrir la maraña de mentiras que ella misma había vuelto a crear entorno a su persona. Y después de eso, cualquier oportunidad de reconciliación se iría al traste.

Sin saber muy bien qué hacer para minimizar el daño causado, se sentó frente al hombre, tomó la servilleta sobre el regazo, y esperó veinte interminables minutos a que él acabara su cena y se marchara.

Los días pasaron calurosos, largos y solitarios. Un mes de septiembre para olvidar. Ely apenas volvió a hablar con Marcos. Esas semanas le recordaron demasiado a las pasadas tras su boda, solo que ahora los criados la miraban con pena en lugar de odio, con tristeza en lugar de rebeldía.

—La señora no debería andar tanto tiempo bajo el sol.

La voz de Marta, la joven criada a la que tanto había hecho rabiar una vez, la trajo de sus sueños diurnos. Poco a poco dejó los útiles de jardinería en el suelo y se levantó con dificultad para limpiar las manos en el delantal.

—Hola, Marta —saludó, sin poder evitar que una sonrisa curvara sus labios—. Creo que mi sombrero es lo suficiente amplio para cobijar a una docena de críos bajo él —la mujer habló recolocándose la formidable pámela de paja.

—Ciertamente es enorme, señora —bromeó la criada a su vez—. Pero estamos en el veranillo de San Miguel, y hoy el sol calienta más de lo esperado. La señora tiene una piel tan fina y blanca que da miedo verla al sol.

—Gracias por pensar en mi bienestar, Marta.

—Es mi deber, señora. Y la señora es tan buena y...

—Tssseee, Marta. —Ely casi estuvo a punto de salir corriendo de allí, no estaba acostumbrada a esa amabilidad—. No quiero oírlos hablar así. Casi os prefería a todos cuando me llamabais bruja a escondidas.

—Le juro por lo más sagrado que yo no.

—¡Marta!, o callas esa boca mentirosa o vas a volver a recibir los regalos de Sultán en tu regazo.

—¡No, por los cielos! —La risa de la bonita chica coreó de nuevo en el jardín—. ¿Quiere que la acompañe a la casa?

—Gracias, puedo ir sola. Pero te agradecería que llevaras ese cubo y las tijeras de podar.

—No debería trabajar tanto, señora.

—Poco más hay que hacer en una casa como esta. Al menos no para la señora de la casa.

—La señora ya trabaja suficiente ordenando y administrándolo todo. Debe descansar y pensar en su salud y en...

—Marta, debes ir a ayudar a doña María con el almuerzo, ya acompaña yo a la señora a casa.

La voz de Huan, llegando por el camino a unos dos metros, hizo que la muchacha se despidiera con una pequeña reverencia.

—No necesito una niñera, Huan —se quejó en cuanto el hombre la tomó por el brazo.

—Usted nunca necesita nada de mí, señora, ni de nadie, a juzgar por sus acciones. Pero puede que necesite mi apoyo cuando oiga lo que tengo que decirle.

Ambos se pararon, mirándose frente a frente.

—Hable, Huan. Prometo no caer desmayada como una damisela enferma, no tendrá que cargar con este peso pesado. De hecho, aunque todos se empeñen en lo contrario, estoy completamente sana.

—El señor ha partido esta mañana de nuevo a Madrid.

—Lo esperaba. —La voz pretendía ser relajada, el agarre sobre el antebrazo de Huan le indicó lo contrario—. Sé que quiere encontrar a la señora Isabel Gil.

—Sabe que quiere encontrar a su hermana Bel.

—Sí, también sé eso. Encontró el camafeo de mi padre en mi habitación. Es capaz de sumar uno y uno. O una y una, en este caso.

—¿Y la encontrará en Madrid? —preguntó el hombre.

—¡Ojalá sí pudiera hacerlo! —El agarre sobre el antebrazo de Huan se hizo más fuerte—. Estoy tan, tan cansada de todo esto, tan cansada de luchar.

—Hay mucho más en juego que su felicidad, señora. Tiene que hablar con él de una vez por todas y decirle la verdad.

—Lo sé, mi querido Huan, esa verdad es lo único que evita que desaparezca de aquí para siempre.

Capítulo 16

Residencia de los marqueses de Monteferro, sierra de Madrid, noviembre de 1823

Marcos bajó del coche de caballos. Su mano rozó el blasón del marquesado que decoraba la puerta. Con el dedo índice, trazó el contorno del caballo rampante que lo presidía. Imágenes de su padre mostrándole el emblema y explicándole cada uno de los símbolos que lo conformaban le vinieron a la memoria.

El carraspeo del hombre a su izquierda lo hizo volver a la realidad.

—Señor, ¿desea que lo acompañe hasta la entrada?

—No, Martín. —Marcos cerró lentamente la puerta del vehículo antes de volverse hacia el hombre—. Si has situado el coche como siempre, seré capaz de encontrar yo mismo el camino a casa.

A casa.

La palabra resonó en su cabeza de nuevo. Aquella no era ya más que la casa de la sierra. No había un hogar, como había sentido cuando vivía allí con sus padres. No era ese lugar acogedor que había creado Isabel.

No. Únicamente la casa.

Habían pasado ya más de siete meses desde su marcha. Debía ser capaz de olvidarla, pero no sabía por qué no podía. Ni siquiera tenía una imagen de ella. Nadie, ninguno de sus empleados, aun bajo la más y feroz amenaza de despido, habían claudicado para darle una descripción útil. Ningún arma para encontrarla.

Nada para dibujarla en su imaginación.

Había vuelto a contratar nuevos hombres y habían vuelto a fracasar. Isabel Gil no existía en ningún rincón de su mundo conocido. Casi empezaba a creer

que todo había sido un sueño, una mala pasada de su mente enferma.

Agitando la cabeza, se enderezó y dirigió sus pasos y su bastón hacia las escaleras de entrada.

Ely permaneció inmóvil asomada en el pasillo, hasta que oyó los pasos de Marcos mientras subía la escalera. Luego regresó a su dormitorio. Había oído llegar su carruaje hacía unos minutos y subió hasta allí para verlo desde la ventana de la alcoba. Unos instantes más tarde pudo sentir cómo él se movía en la habitación de al lado.

Armándose de valor, se dispuso a enfrentarlo antes de que se escondiera en el baluarte inexpugnable que había demostrado ser su dormitorio. Tomó el picaporte entre los dedos y con gesto decidido abrió la puerta. No esperaba encontrarse lo que vio.

Marcos, llevando tan solo unos pantalones, permanecía de pie junto al perchero dónde había colocado pulcramente el resto de su ropa.

—Señor —habló en voz baja, notando como el pulso se aceleraba más aún si cabe.

Él se envaró, pero no levantó el rostro hacia ella.

—¿Qué deseas, señora?

—Creo que debemos hablar.

—Debo estar perdiendo facultades, marquesa. Creo recordar que ya hablamos todo lo que teníamos que hablar.

Ely tomó una bocanada de aire y cerró la puerta entrando en la habitación.

—No, Marcos, no hemos hablado, y es necesario hacerlo, nuestro futuro, nuestro matrimonio depende de...

—¡No tenemos futuro, Ely! ¡No hay matrimonio!

Entonces Marcos sí elevó el rostro para enfrentarla. La mirada de odio que le lanzó la obligó a sujetarse, colocando la espalda sobre la hoja de la puerta que acababa de cerrar.

—Ya te he pedido perdón, no pensé que desearas encontrar el amor y casarte, ¡todos decían que no tenías intención de casarte!

—¿Y cuándo me lo has preguntado a mí? —Marcos apretó la mandíbula, antes de seguir hablando—. Soy ciego, no estoy muerto. No quiero hijos, nunca he querido hijos a los que maldecir con esto —añadió señalando sus propios ojos—. Pero no tener hijos no significa no encontrar una mujer a quien querer y amar. Solo estaba buscando a esa mujer, alguien que me diera lo que María le da a mi hermano, lo que mi padre le dio a mi madre. ¡Incluso

Aurora acabó encontrando a alguien! Yo lo sabía, Ely, sabía que habría alguien ahí fuera para mí, los hijos serían solo una cuestión que hablaríamos después. Si ella quería tener hijos podríamos haber hecho algo al respecto, hay cientos de niños sin padres. Pero eso ya no es un futuro para mí, la he encontrado, Ely, y la he perdido, porque tú y tu hermano me obligaron a esta farsa de matrimonio.

—¡No tiene por qué ser una farsa! ¿Por qué no puedo ser yo esa mujer? Puedo darte todo lo que has deseado, puedo ser para ti lo que tú quieras, yo...

—Tú, Ely, eres falsa, zafia y mentirosa. Eres envidiosa, rencorosa y, según cree saber medio Madrid, infiel. Aunque esto último no te lo tendré en cuenta, al fin y al cabo, yo tampoco te he sido fiel. —Luego el hombre acabó de abrirse los pantalones delante de la sorprendida muchacha—. Ahora será mejor que te marches, creo que en este momento no soy buena compañía.

Ely negó con la cabeza y se mantuvo sobre la puerta, dudando si seguir avanzando.

—Dime qué puedo hacer, cómo puedo cambiar, cómo quieres que actúe.

—No te gustará la respuesta que me acaba de venir a la cabeza, Ely. Así que te aconsejo que te vayas.

—No bromes, Marcos. Esto es serio. Soy tu esposa, te guste o no, juraste respetarme y amarme, ¡con todo tu cuerpo!

—Fuera de aquí, Ely. Si insistes en seguir hablando conmigo, no terminarás en mi cama, señora, pero puedo encontrar alguna forma de amarte sin riesgo de embarazo que no te gustará, y al mismo tiempo encontraré una forma de mantener ocupada esa boca.

Ely parpadeó atónita cuando entendió la obscena referencia, por desgracia un ramalazo de anhelo también acompañó a las palabras del hombre. ¡Cielos! Era tan patética que en esos momentos hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera.

Era consciente de que Marcos estaba siendo especialmente maleducado porque quería asustarla, desgraciadamente el efecto en ella era diametralmente opuesto a lo deseado por el hombre. Notó el ramalazo en su interior que la hizo temblar y le agitó la respiración.

Permaneció de pie, apoyada sobre la puerta, observando cómo el hombre llevaba los pantalones hasta el suelo y sacaba lentamente cada una de sus piernas quedándose completamente desnudo ante ella. No sabía muy bien qué pretendía él que hiciera después de eso.

—¿Marcos?

Él no contestó.

Ely sabía que hiciera lo que hiciera no tenía oportunidad, no había ninguna posibilidad de cambiar el pasado, pero si tenía que ponerse de rodillas frente a él, lo haría, y mañana se maldeciría por ser tan patética. En dos pasos se plantó ante él.

Marcos no se movió ni un paso mientras ella se arrodillaba delante y colocaba ambas manos sobre sus piernas, acariciándole ambas pantorrillas. Solo un leve suspiro salió de su pecho antes de hablar.

—Para usted, soy el marqués de Monteferro, o don Marcos, señora. ¡Váyase! Ya le dije hace unos meses que no necesitaba nada de usted. Si quiero una puta, puedo pagarla, y seguro que será más hermosa y eficiente.

Finalmente se apartó de ella tomando un kimono blanco que usó para cubrirse antes de dejarla allí, plantada sobre el frío suelo mientras él abandonaba la estancia en dirección a la bañera que lo esperaba.

Marcos pensó que estaba adecuadamente vestido y salió del dormitorio. Echó de menos el perfume de su esposa, ese que se había quedado clavado en sus fosas nasales desde el primer momento en que la conoció. No, ella ahora no olía a nada, o solo a jabón si se esforzaba un poco. Estaba sentada junto a las puertas francesas del salón de té, y lo aguardaba, supuso que dispuesta a seguir la conversación que habían comenzado. No le sorprendió comprobar que ella lo había esperado durante la media hora que había tardado en arreglarse. Sabía que no se iría. Ella no era de la clase de personas que huían de las situaciones incómodas. Puede que no le agradara hablar sobre el asunto, pero jamás huiría de un enfrentamiento. En realidad, esa era una de las pocas cosas que le gustaban de ella.

Suspiró y se maldijo por haber dejado que las cosas llegaran a ese momento, pero había sido incapaz de ver el futuro tan meridianamente claro como en ese instante. No la quería con él y no sabía cómo pedirle de nuevo que se marchara sin sentirse un auténtico desalmado en el proceso. Aunque era consciente de que ella se merecía cada cosa que le sucediese.

—¿Señora? Veo que continúa en mi casa —habló desde la puerta, evitando tutearla para mantener un trato impersonal.

Ely dejó de mirar hacia el jardín, lo había oído llegar, pero no consideró

necesario enfrentar su mirada, al fin y al cabo, el hombre era totalmente ciego.

—Le recuerdo, marqués, que, muy a su pesar, esta es ahora mi casa.

—Bien, entonces habrá que cambiar eso —dijo, girándose hacia el pasillo y el camino que conducía hacia su despacho.

—¿A qué te refieres? —Ely se levantó con cierta dificultad de la silla en la que se encontraba para correr tras su marido—. ¡Marcos!

Sin hacer caso de su llamada, el hombre siguió hasta colocarse apoyado sobre el escritorio, vuelto hacia la puerta por la que sabía, ella entraría en pocos segundos.

—¡Marcos! No puedes hacer eso.

—¡Ah!, ¿realmente no puedo? —El deje de desprecio le supo amargo incluso al mismo hombre—. Te informo que dos de los actuales cardenales son tíos míos. No creo que tenga dificultades para romper un matrimonio por poderes, realizado bajo coacción y que no se haya consumado.

Ely no era propicia a la violencia, su carácter era más dado a la venganza fría y meditada. Pero ni su carácter ni su cuerpo eran el mismo desde hacía meses, nada en ella era lo mismo. Ni su cabeza, ni su corazón, ni su propio cuerpo hinchado.

—¡Maldito bastardo egoísta! —atinó a decir antes de lanzarse sobre el hombre con las uñas apuntando a su bonita cara.

Marcos nunca se hubiera esperado esa reacción. Apenas atinó a volver el rostro y sujetar a la mujer por la cintura.

Su desaparecida cintura de muchos meses de embarazo.

—¡Estás encinta!

Ely fue consciente de su error justo antes de que Huan entrara en la habitación avisado por el tumulto de sus señores. Por unos segundos, el oriental creyó que tendría que pelear para separar a aquellos dos. Para su sorpresa, ambos se apartaron al unísono, sorprendidos de sus propias reacciones.

—¿Estás esperando un niño, Ely? —El tono de asombro de Marcos casi hizo reír a la mujer.

—No, imbécil. Soy fea y además gorda como una vaca —dijo apartándose y saliendo antes de matarlo con sus propias manos.

El silencio que quedó tras la marcha de la mujer hizo pensar a Marcos que Huan también había salido. Con parsimonia se irguió de la mesa

entreteniéndose en adecentar su chaqueta y su cabello descolocado.

—¿Está embarazada?

—Sí, señor, de siete meses. —La voz del oriental sonó como si estuviera hablando de la edad de un potro.

—Manda recado para que venga mi hermano. Cuanto antes.

—Muy bien, señor.

Carlos tardó cuatro días en llegar. Los mismos que Marcos se mantuvo peleando en el invernadero hasta agotarse. No volvió a cruzarse con Ely hasta que Huan le hizo volver de su entrenamiento para tomar un baño y recibir a su hermano.

Ely bajaba las escaleras con lentitud, el peso de su embarazo parecía haber subido el doble en los últimos días, las piernas hinchadas y el cansancio la hacían jadear por el esfuerzo.

—Creo que mi esposa infiel sufre los rigores de sus pecados —no pudo evitar comentar Marcos cuando se cruzó con su jadeante mujer a mitad de las escaleras.

—Habló el amante y fiel marido —apuntilló Ely sin poder sujetar su lengua.

—Al menos yo no cargo con mi pecado, ni lo haré por el resto de mi vida. Por fortuna, no tendré que poner los ojos encima de ese bastardo ni un segundo de mi vida.

—Ni yo permitiré que se te acerque, no te quepa duda.

—¿De verdad pretendes repudiar a tu esposa?

Marcos conservó el rostro erguido frente a su hermano mayor. Dos horas después de su brusco enfrentamiento con Ely y, muy a su pesar, las palabras que le había lanzado todavía le rondaban la cabeza.

Quien no lo conociera, pensaría que le sostenía la mirada, pero el duque de Azahara no era de esos. Conocía a su hermano tan bien como a sí mismo. El hombre no perdía el tiempo en conversaciones inútiles, pero sabía ver y observar como nadie, y no había nada en la mente de Marcos que pudiera ocultarle.

—Por supuesto que sí.

—Mezquino —susurró Carlos—. Eso es caer demasiado bajo. ¿No te basta con haberla alejado de ti de esa forma sin haberla tocado siquiera?

—Por eso mismo, mi esposa virgen está embarazada de siete meses, ¿puedo tener un pretexto mejor para mandarla al otro extremo del mundo? No voy a dejar que media España se regodee del pobre cornudo ciego.

—Nadie tiene por qué saber que el niño no es tuyo, no seas idiota. Nunca has deseado un hijo propio por temor a que heredara tu enfermedad, el destino te ha puesto un niño en las manos al que puedes criar como hijo propio, sin que nadie se entere de la realidad.

—¿Olvidas que habrá al menos alguien que lo sabrá con absoluta certeza?

—Ely no es tan tonta como para pregonar su adulterio, no dirá una palabra cuando le propongas aceptar al niño.

—¡No me refiero a la zorra de mi mujer, sino al hombre que le ha plantado el niño en el vientre! Él sabrá que soy un maldito cornudo, y no pienso darle ese poder a nadie.

—Te recuerdo que una vez me sugeriste que cuando te casaras podría actuar de semental para ti.

—Y tú rechazaste la idea como si te hubiera quemado con agua hirviendo.

—Reconocerás que la idea no era precisamente agradable.

—No creo que fuera para tanto, y aún me duele la mandíbula de tu rechazo.

—Si en ese momento hubieras estado casado como yo lo estaba, no se te hubiera ni pasado por la imaginación. ¡Mira cómo estás reaccionando ahora!

—Te aseguro que si ese niño fuera tuyo, ahora mismo estaría exultante de alegría.

—Pues yo no veo la diferencia.

—En ese caso eres más tonto de lo que crees. —Marcos se levantó en ese momento, pretendiendo zanjar el tema—. De cualquier forma, no pienso aceptar ni a Ely ni al niño, mañana hablaré con mi abogado para pedir la anulación. No he tocado a esa bruja, y no voy a cargar con el bastardo de ningún desesperado inútil capaz de acostarse con ella.

—No sé qué hizo que te casaras con ella, y a pesar de lo que dicen no acabo de ver por qué ni siquiera has dado una oportunidad a este matrimonio.

—No eres tú el que tiene que ver nada en este matrimonio. Ya he decidido lo que hay que hacer.

—La marquesa viuda no va a estar muy contenta con tu decisión.

—Susana no tuvo empacho en decirme lo horrible que era mi novia, no creo que proteste demasiado cuando la repudie, alegando no haber consumado el matrimonio y vea el estado en el que se encuentra.

Carlos se quedó observando a su hermano con mirada seria. No acababa de entender la aptitud del marqués. Sin ninguna duda, aquella podía ser una oportunidad única para hacerse con un hijo, sin el riesgo de cargarlo con su enfermedad hereditaria. Y no habría ningún problema sucesorio si lo aceptaba como suyo propio, ¡que más daba quien era el padre de la criatura, si nadie podría negar su paternidad si él así lo decidía! Luego, podría enviar a su esposa no deseada donde quisiera y buscarse alguna buena mujer para compartir el resto de su vida, o una docena de ellas si así lo decidía, el cielo sabía que no le faltaban oportunidades ni candidatas.

De cualquier forma, pensaba que su esposa no era tan mala elección. Carlos recordó por unos instantes a su cuñada y agitó la cabeza, la mujer se adecuaba perfectamente a lo que Marcos necesitaba. Por lo poco que había hablado con ella era inteligente y aguda. Ni planeándolo hubiera encontrado mejor esposa para él, o una que pusiese más furiosa a su madre. Ely era de estatura pequeña, pero poseía unas curvas de infarto; tenía un cuerpo hecho para dar placer a los hombres, puede que los evidentes defectos de su rostro hicieran dudar a cualquier hombre, pero sinceramente él no creía que le restaran valor y, por supuesto, a su hermano ciego deberían haber pasado completamente desapercibidos. Tal vez tuviera un corazón duro, pero la sociedad y el mundo no la habían tratado demasiado bien. Posiblemente fuera solo un acto de defensa toda aquella soberbia y rencor que parecía exudar, a él le había parecido percibir cierto anhelo e incluso algo parecido al cariño cuando le habló de Marcos el día de la boda. El hecho de que le hubiera sido infiel tampoco era un fallo demasiado grande, al menos teniendo en cuenta el trato cruel que le constaba había recibido por parte del marqués. No, no entendía la actitud de su hermano.

—Señor, tiene visita. —La voz de Huan rompió el tenso silencio que se había instalado entre los dos hermanos—. Desea que les haga pasar o irá a verlos a la sala.

—Ve a la sala a recibir a tu visita, Marcos. Yo miraré esos papeles que quieres que usemos para la anulación —dijo Carlos. Aunque no estaba resignado a la decisión de Marcos, no pretendía seguir discutiendo con él de momento.

—Hola.

Marcos entró en la sala y reconoció al instante la voz de su amigo. Hacía diez años que no había tenido noticias de él. De pronto, todos los recuerdos volvieron a su cabeza. Todo aquello que tanto había luchado por desterrar.

—Marcos.

De nuevo solo su nombre. El marqués permaneció en la entrada, apoyado sobre la empuñadura de su bastón. No dio un paso, ni habló. Necesitaba que Alí fuera quien rompiera esos años de silencio.

—Marcos. Creo que te debo muchas explicaciones. —El acento, lleno de inflexiones, le resonó a música en los oídos.

—Creo que ambos nos debemos muchas explicaciones.

—Es cierto. Pero me gustaría que me dieras la mano. Luego habrá tiempo para hablar.

El hombre caminó hasta enfrentarse a Marcos, era un palmo más bajo y bastante más delgado que el marqués. Pero Bel, sentada en silencio junto a la puerta de salida al jardín, contempló extasiada la belleza de ambos amigos. Una sensación acrecentada por la sonrisa que apareció en ambos rostros cuando juntaron sus manos.

—Bienvenido seas a mi casa, amigo mío. —La voz de Marcos reflejó el sentimiento de felicidad que el encuentro había provocado en él—. Tal vez será mejor que nos sentemos —añadió, señalando las dos filas de sillas enfrentadas que sabía siempre colocaban sus empleados delante de la chimenea.

Ambos caminaron hasta sentarse en las dos que estaban más próximas. Casi podían tocar sus dedos si extendían las manos.

—No sabes cuánto lamento lo que ocurrió en la casa de tu padre, Alí. Yo era un invitado, alguien agasajado y cuidado, y usé esa posición para matar a un hombre de confianza, yo...

—Ese hombre era un maltratador, un violador y un ladrón, Marcos —Alí cortó la frase de su amigo—. Hasta mi padre lo sabía. Pero Hamid era un hombre con mano de hierro que servía a los propósitos más oscuros de Malik. Sé quién era mi padre, Marcos, nunca he sido ciego a ello, y yo mismo he tenido que escapar de su mano de hierro. Hamid murió por tu mano, pero lo hubiera hecho por la mía si hubiera estado en tú lugar.

—Tenía que haber sacado a la muchacha mucho antes. Perdí un tiempo precioso y por ello aquella chiquilla fue violada y luego desapareció, quién sabe el dolor que habrá padecido desde entonces.

—Muchachas, Marcos. Teníamos que haber sacado antes a aquellas muchachas —lo corrigió Alí—. Y era mi casa y mi obligación. Yo debí actuar antes. También tenía todo preparado para sacarlas junto a su madre tres días después. Pero las cosas se precipitaron de una manera desafortunada.

—¿Muchachas?

—Sí, dos muchachas. —Alí lo miró sorprendido—. Es cierto que siempre estabas hablando con la mayor, pero la pequeña os andaba detrás. ¿Acaso no sabías que eran dos las niñas?

—No, siempre había ruido de criados alrededor nuestro, no distinguí a ninguna niña más. También yo tenía preparado sacarlas de allí, a ella y su madre. ¡Vaya rescatador he resultado ser! Olvidando a la pequeña.

—No te culpes, estabas en un país extraño, apenas entendías la lengua e, incluso así, ideaste una forma para sacarlas de allí.

—Un plan totalmente inútil. La muchacha acabó atacada y desapareciendo.

—Te equivocas. Mi padre había puesto los ojos en la mayor, es cierto. Hubiera dejado ir a la madre con la pequeña. Pero dos días antes del día que había previsto para huir con ellas, doña Cristina, la madre de las niñas, puso en pie un plan del todo disparatado. Convenció a mi padre para hacer una celebración de despedida, una especie de puesta de largo de la muchacha que iba a ser tomada como esclava. Malik permitió que la criada de doña Cristina tatuara a la muchacha con henna. Es muy habitual usar el tinte en las celebraciones musulmanas. Las mujeres pintan motivos intrincados y florales sobre la piel de las chicas jóvenes. Mohana adormeció a la niña con opio y tatuó a la chica medio rostro, desde la frente hasta el comienzo del pecho derecho. Pero obligada por la madre de la niña, no lo hizo con una caña hueca, utilizó el punzón que se usa en su propia isla nativa para tatuar de forma permanente, introduciendo el tinte bajo la piel.

—¡Dios santo!

—Así es. En su ignorancia, la mujer pensó que eso le restaría valor a la muchacha. Aunque solo la convirtió en alguien incluso más raro y extraordinario. ¿Imaginas cómo destaca la henna en la piel blanquísima de una mujer albina?

—¿Era albina?

—Sí, al parecer es un defecto genético que aparece en la familia paterna cada varias generaciones. Mi padre nunca había visto una mujer con ese aspecto, y menos una tan hermosa. Todos quedamos asombrados con la muchacha.

—¿Y surtió efecto el plan de doña Cristina?

—No realmente, solo la convirtió en alguien de más valor. Hasta que Hamid acabó con ese valor arrebatándole lo que tanto precio podía tener, su virginidad. Mi padre hubiera matado a Hamid si no lo hubieras hecho tú, ya ves —afirmó Alí—. Después de todo, le hiciste un favor acabando con esa alimaña.

—¿Por qué entonces la hizo desaparecer?

—No lo hizo. Entregó de vuelta a la muchacha albina a su madre y hermano, y los dejó marchar a cambio de parte de la deuda. El hermano había llegado con dinero para zanjar lo debido, pero no alcanzaba ni a la mitad.

—¿Y el resto de la deuda? —Marcos fijó la mirada en el lugar donde sabía estaba su amigo—. Malik nunca perdonaría una moneda.

—El resto del dinero se pagó con la hermana pequeña. Aunque no tan extraordinaria por su rareza, era una bonita pelirroja.

—¡Dios santo! Ese perro de Daniel nunca me dijo que iban a dejar allí a la muchacha. Me afirmó que había desaparecido. No hubiera permitido que la abandonara.

—No la abandonó —Alí volvió a hablar—. Como dices es un perro, pero no tan desalmado, al menos. No te mintió, la niña desapareció esa misma noche.

—Si pudiera ponerle las manos encima a tu padre ahora mismo...

—Por fortuna para todos ya no puedes. Mi padre falleció hace dos meses. Y no fue él quien hizo desaparecer a la pequeña, fui yo.

—¿Tú? —Marcos tuvo que agarrarse al asiento de la silla para no agredir a su amigo.

—Sí. Y lamento no haberte contado nada en todos estos años. Sé que siempre te has culpado por la desaparición de Bel. Pero no podía arriesgarme a ponerme en contacto contigo. Mi padre no era un hombre capaz de perdonar una falta de lealtad, y mucho menos por parte de su hijo. Yo me llevé a la muchacha, tal como tenía planeado hacer con toda la familia. Estuvo en casa de mi abuelo en Tánger todos esos años, cuidada por mi madre y sus hermanas, asistiendo a una escuela cristiana para mantener su

cultura.

—¡Dios te bendiga, Alí!

—¿Mi Dios o el tuyo, querido amigo?

—Tengo entendido que es el mismo. Y dime, ¿sabes si Bel ha vuelto a España últimamente?

—Así es. Hace unos meses su hermana fue a buscarla a la casa de mi padre. Sé que Ely estuvo interrogando al hombre, aunque no pudo hablar de lo que no sabía. También sé que reconoció a la muchacha, a pesar de ir cubierta. Mi padre no era el mismo desde su último ataque de pecho, no una vez que vio la cara de la muerte junto a su puerta. En un intento de mitigar algo del dolor que había causado en su vida, y aterrado por el hombre que iba a dejar en su lugar, mi propio hermano, decidió que cambiaría el futuro. Me mandó llamar a través de mis abuelos y me pidió perdón por todo. Voy a ser yo quien herede todo su patrimonio y su poder. Una herencia que ciertamente no deseo ni necesito en estos momentos, pero que he aceptado por ser la última voluntad de un moribundo. Luego me habló de la muchacha española que buscaba a su hermana y por eso viajamos a España, para encontrarla y reunir las a ambas.

—¿Viajamos?

—Sí, Bel y yo. Nos reunimos con Ely en Madrid.

—Hola, Marcos.

La voz resonó en los oídos de Marcos por unos instantes. Luego el hombre se levantó y caminó hasta la muchacha que en ese momento se acercaba hasta encontrarlo.

—¿En serio eres tú? ¿Bel?

—Sí, Marcos. Soy yo. Y he oído todo lo que habéis hablado.

—¡Dios santo, Isabel! No tienes idea de lo mucho que te he buscado. —La mano del hombre se adelantó para tomarla por la cintura.

—Creo que te confundes, señor. —La muchacha dio un paso atrás observando el gesto de sorpresa de Alí—. Yo me llamo Bel, Belén. Mi hermana es Isabel.

—¿Isabel? No te entiendo. Tu hermana es Ely, Elisa.

—No, ¿acaso no conoces el nombre de pila de tu mujer? Me bautizaron Belén por mi abuela materna, y porque mi pelo rojo es igual al de ella. Ely es por mi abuela paterna, Elisabeth, la madre de mi padre que era inglesa. Pocos la llaman Isabel, mi padre se empeñó en utilizar el nombre inglés en honor a

su madre.

—No, no, nunca he visto su nombre, no puedo ver lo que firmo... —Luego pensó durante un segundo antes de volver a hablar—. Tampoco me molesté nunca en preguntar. Simplemente, guiándome por las habladurías, asigné rostro, nombre y personalidad, sin siquiera comprobar si lo que mi mente construía era realmente así, sin realmente mirar dentro de la mujer.

—Marcos, ¿podrías dejar de apretar la mano de mi esposa?

—¿Tu esposa?

—Sí, al menos por el rito musulmán. Quizás me ayudes a convencerla de que nos casemos en una iglesia también. ¿Va todo bien? Pareces algo pálido y...

Todo ocurrió muy rápido. Como uno de esos sueños lúcidos, de los que no conseguía despertar del todo. Salió de la habitación dejando a su amigo con la palabra en la boca, para subir los escalones de dos en dos, hasta aparecer en la puerta del dormitorio de Ely.

Por desgracia, no necesitó que nadie le comunicara que ya no había nadie sobre la cama. Que todavía estaban las sábanas retiradas y la almohada caliente. Cuando se acercó, notó su aroma aún en ella, el olor de Isabel, de Elisabeth, de Ely.

Marcos no pudo evitar el sollozo que acudió a su garganta. Luego se irguió y caminó hacia el descansillo de la escalera.

Asomando medio cuerpo por la baranda, gritó a viva voz el nombre de su esposa. Aunque era consciente de que ella ya no le oía. Fuera donde fuera que estuviese, se había marchado para no volver.

Esa verdad no impidió que siguiera gritando su nombre durante más de cinco minutos. Hasta que todos y cada uno de sus criados se agolparon en el hall de entrada, y Huan subió a retirar sus dedos de la baranda de madera a la que se aferraban.

—¿Se ha ido, no es así?

—Sí, señor, se ha ido —repitió el hombre, tomándolo por el codo para dirigirlo escaleras abajo hacia su despacho.

—Esta vez la he fastidiado del todo. ¿Sabes dónde puede estar?

—No me lo ha dicho, señor, sabe perfectamente que yo no podría negarme a decírselo a usted si lo supiera.

—Pero eras consciente de que se iría.

—No, no, señor, no hasta que tropezó en la escalera y usted la acusó de

infidelidad.

—Es mi hijo, Huan. Ella es Isabel.

—Lo sé, señor. Le recuerdo que ni yo ni el resto de los criados somos ciegos.

—¿Por qué me habéis traicionado todos de esa manera?

—Porque ella nos lo pidió. Y porque muchos pensábamos que era la única forma de que usted comprendiera cómo era en realidad, que mirara en el interior de la señora y de usted mismo.

—Pues he mirado, y ahora veo claramente lo que he perdido, Huan—. Enderezándose sobre sí mismo, Marcos se apartó de la guía del hombre para caminar por sus propios medios. Era su casa, no necesitaba ningún lazarillo para hacerlo—. Vamos al despacho. Voy a buscarla y la encontraré, aunque tenga que tantear cada piedra de este mundo y levantarla por mis propios medios para comprobar que ella no se esconde debajo.

—Lo sé, marqués, lo sé.

Centro de Madrid, una semana después

El llamador de la puerta resonó tres veces seguidas. Huan tuvo que detener la mano de Marcos cuando se acercó por cuarta vez al puño de hierro que colgaba sobre la madera.

—Si hay alguien ahí dentro, le aseguro que ya nos ha oído. Temo que algún ancestral habitante salga a recibirnos si sigue golpeando ese llamador, señor. De seguro habrá despertado a los muertos.

—Voy a matar a ese cabrón si sabe dónde está Ely y no nos lo ha dicho, Huan.

—Ese cabrón, lo quiera o no, es familia. No creo que su esposa esté muy contenta cuando regrese para ver que ha golpeado a su hermano.

—Mi esposa mejor que nadie sabe lo atrayente que puede ser para alguien golpear al señor Fernán-Gil.

—¿Qué desean? —La muchacha que les abrió la puerta parecía recién salida del colegio. Delgada en extremo, el uniforme de sirvienta le bailaba por todos lados.

—Dígale al señor que su cuñado, el marqués de Monteferro, quiere verlo —le aclaró Huan, más preocupado de que su señor no golpeará nada, que de

saludar correctamente.

—¡Un marqués! ¡Ay, Dios! Pasen, pasen —la muchacha habló mientras les abría la puerta de par en par y se esmeraba en estirar sus arrugadas prendas—. Lamento que la señora Bashira no haya podido atenderles, voy a llamarla, estaba ocupada preparando la cena, como ya no va a volver la cocinera, ella...

—¡Anita! —Marcos se giró hacia la voz que reconoció como la de su suegra.

No había vuelto a oírla en diez años, pero el timbre agudo le recordó rápidamente aquellos días en el palacio de Malik. ¡Cuántas veces había reído con Ely escondiéndose de sus llamadas! Ely, no Bel. Siempre había sido Ely.

—Anita, vuelve a la cocina y no vuelvas a chismorrear. ¿Les puedo ayudar en algo, señores? —La mujer, por fin, reparo en los elegantes invitados, que tanto contrastaban con la modesta casa en la que en esos momentos habitaban.

—Creo que debo presentarme, señora. —Marcos se adelantó dos pasos y, cambiando el bastón de mano, extendió el brazo derecho para saludar a la mujer—. Soy su yerno, creo, Marcos Benedetti.

Marcos casi creyó oír el crujido que hizo la mandíbula de la mujer al caer sobre su pecho.

—¿El marido de Ely? ¿Usted es el marido de Ely?

—Me temo que sí, doña Cristina. —Por fin, la mujer adelantó la mano para recibir el saludo del hombre que aún permanecía con el brazo extendido—. Necesito ver a mi esposa, y tengo motivos para pensar que está en su casa.

—Bueno, lo cierto es que Ely no me había dicho que su esposo era un hombre tan... así, yo pensé que al ser ciego...

—Madre, tal vez deberías ir a ayudar a Bashi.

Marcos reconoció la voz de su cuñado Daniel, el hombre debía de estar descendiendo por algunas escaleras situadas a su derecha.

—Pero es el marido de tu hermana, Daniel, ¡el marqués! Creo que...

—Ya hemos hablado de esto, madre, y tú vas a dejar que yo trate con don Marcos.

Un silencio tenso siguió a las palabras del hombre. Luego, los pasos de la mujer alejándose le confirmaron a Marcos quién había sido el ganador de la contienda.

—Me alegro de su visita, señor. —El tono de Daniel expresaba cualquier

cosa menos alegría en esos momentos—. ¿A qué debo tal honor?

—Quiero recuperar a mi mujer, Daniel.

—Tengo entendido que fuiste tú quien la echó de tu casa. —Daniel obvió cualquier protocolo y optó por tutearlo también.

—No es asunto tuyo, nada de mi vida es asunto tuyo.

—Ella es mi hermana, yo diría que es asunto mío.

—No desde el momento que me la entregaste. —Marcos trató de calmar sus nervios. Nada sacaría de bueno si insultaba o golpeaba a aquel hombre. Necesitaba sacarle toda la información que tuviera—. Quiero hablar con ella, Daniel.

—No sé dónde está. Mi madre la echó de casa hace unas semanas. Cuando apareció en ese estado después de que todos hablaran de sus líos con el musulmán.

—Nunca ha estado con nadie, salvo conmigo. Ese musulmán es el marido de tu otra hermana.

—Ya lo he averiguado finalmente por mí mismo. Parece que no me llevo demasiado bien con mis queridos cuñados, ya ves. La vida es dura muchas veces. Los dos ricos como Creso y ninguno tolera apenas mi presencia.

—¿Te has preguntado el porqué de ello? —Daniel, involuntariamente, caminó dos pasos hasta regresar a subir al primero de los escalones que acababa de descender. Desde esa posición se sentía mucho más cómodo hablando con aquel hombre que le sacaba más de una cabeza.

—No necesito la adoración de nadie, Marcos. Ni la tuya ni la de Alí. No voy a pedir nada más, nunca, a ninguno. Ni siquiera por mi patética madre. Creo que por fin he conseguido hacerla entender que nunca volverá a ser el centro de una fiesta.

—Perfecto, porque no pensaba darte ni un real.

—Ya que estamos de acuerdo en esto, puedes irte por dónde has venido, señor marqués.

—¿Y Ely?

—No te apures, no te guardo ningún rencor. Si vuelvo a verla le diré que la buscas. Aunque sospecho que ella ya lo sabe.

—Así que no sabes nada de su paradero.

—Piensa lo que quieras. Pero no te voy a engañar, aunque lo supiera, me pensaría mucho en darte esa información. No creo que realmente merezcas a mi hermana. Ni siquiera se te pasó por la cabeza darle una mínima

oportunidad a tu matrimonio.

—¡Vámonos, Huan! Este individuo se cree con el derecho de dar lecciones.

Diciendo aquello, Marcos se giró hacia la salida sin esperar la contestación de su empleado.

—Piense bien cómo va a actuar, señor —Huan se dirigió a Daniel mientras Marcos caminaba hacia la puerta—. No hagamos de este sainete una tragedia sin motivo alguno. Nadie amará más a su hermana que el hombre que acaba de marcharse.

—Un hombre que debería tomar las mismas cucharadas de humildad que anda recetando a sus semejantes —sentenció Daniel antes de que el oriental acabara siguiendo a su empleador.

Escondida en el silencio de su dormitorio, Ely se sirvió una copa de jerez antes de sentarse en la butaca situada frente a la ventana. Había oído perfectamente la llamada a la puerta, y había reconocido la voz de Marcos hablando con sus familiares.

Aquella situación era insoportable, incluso para ella, acostumbrada a que todo fuera en su contra. Nada parecía ir bien, nada desde que obligó a su familia a viajar a África. Por unos segundos volvió a odiar a aquella niña, ese ser caprichoso y egoísta que había sido ella misma.

Al haber hablado con la marquesa viuda, Ely sabía qué era lo que nunca llegaría a perdonar ese hombre. Y no era la posibilidad de que le hubiera sido infiel en Madrid.

Podía imaginarse su dolor, ella había oído de sus propios labios cómo amaba a sus sobrinos, incluso lo había contemplado conversando y bromeando con los hijos de sus criados. Cuánto hubiera disfrutado siendo padre, y con cuánto ahínco se había negado a sí mismo ese derecho. No admitiría un hijo de otro hombre desconocido, pero sobre todo no perdonaría un hijo propio.

Mucho tiempo después, Ely dejó de llorar. Cuando el frío de la noche entró a través de los ventanales de su habitación, ella continuaba acurrucada sobre sí misma, intentando evadirse de los ruidos de la ciudad. De nuevo había regresado al comienzo, al mismo lugar del que había luchado con uñas y dientes por escapar, en cuya lucha había vendido su alma y su futuro. Echaba

de menos el silencio de la casa de campo de los Monteferro, el balar de las ovejas y hasta a ese gallo molesto que siempre anunciaba las cinco de la madrugada. En comparación con los ruidos que ahora le venían desde el exterior, parecían lejanos y hasta bellos.

—Ely. —La voz de Daniel le llegó desde fuera de la habitación.

—Pasa —dijo, sabedora de que nada haría que el hombre se marchara sin decir aquello que traía en la cabeza.

—Tienes que bajar a cenar. Y no puedes seguir bebiendo.

—No he tomado más que una copa en toda la semana, tal como lo dices, parece que he acabado con tus reservas.

—Ely y sus sarcasmos. No hay ninguna reserva con la que acabar, y lo sabes. Seguimos siendo pobres como ratas.

—Y ahora tienes una boca más que alimentar.

—Y pronto dos, o tres, si ese marido tuyo es tan prolífico como su hermano el duque.

—¡Dios no lo quiera! —Muy a su pesar, una carcajada sincera salió de la garganta de Ely—. Ciertamente, las cosas pueden ir a peor.

—Debes cuidarte, Ely. Eres mi hermana y ese niño es de mi sangre, os quiero a ambos, aunque te cueste creerlo y ciertamente no te lo haya demostrado en exceso.

—Tal vez tampoco te haya correspondido mucho en los últimos tiempos.

—Nuestro tío Anselmo me ha ofrecido trabajo en su notaría de Algeciras, Ely. No dará para vivir con lujos, pero podré manteneros a todos, y hasta comprar un par de vestidos nuevos para madre. Pero no quiero tener que ir a buscarte a África de nuevo como hace unos meses, ni a ningún otro sitio que se te ocurra.

—Sabes que si Bashi y yo no hubiéramos hecho ese viaje, no habríamos recuperado a Bel, fue el propio Malik quien le dio nuestra dirección en Madrid a Bel y Alí. Después de tantos cambios de domicilio le había sido imposible contactar de nuevo con nosotros. Pero ahora lamento no haber confiado en ti, y también siento que tuvieras que buscarme y haber huido de ti en aquella posada de Cádiz.

—Lo sé, y siento no haber sido yo el que diera con ella. Alí ha resultado ser un buen hombre, lo honra el gesto de permitir ser bautizado para casarse por la iglesia católica con ella.

—Sí, al menos uno de los innumerables Fernán-Gil va a acabar con un

«vivieron felices para siempre».

—Nosotros también lo haremos, Ely. No necesitamos a nadie para ser felices.

—Gracias, Daniel. —Por primera vez en muchos años, ambos se aproximaron hasta abrazarse en un gesto totalmente espontáneo.

—Sabes lo que pienso, ¿verdad?

—Sí, que debería volver con Marcos. Y lo haría si no llevara este niño — dijo señalando su vientre de más de siete meses—. Pero nunca me va a perdonar haberlo traicionado de esta forma, y yo no puedo enfrentar otra vez su odio, aunque ya conozca todo lo que he mentado y engañado.

—Sea como pides, entonces. No voy a contradecir tus deseos.

Cinco semanas después aún no había señales de ella. Marcos se prometió a sí mismo no desesperarse, perseverar. El inspector, su propio cuñado, le ayudó en todo lo que estaba en su mano. Mariano le prestó a todos sus hombres disponibles. Buscaron día y noche, incluso él mismo había vuelto a hablar con su hermano Daniel. Algo que había jurado no hacer desde que se separaron tras su última y brusca conversación.

El miércoles siguiente, Mariano pidió verlo. Marcos supo que aquello no podía ser bueno, si la hubieran encontrado, la propia Aurora hubiera acompañado a su marido para darle la buena noticia. Bajando hacia el despacho, se intentó convencer a sí mismo de no abandonar, fueran cuales fueran las palabras de su cuñado.

—Siéntate, Marcos. —La voz del inspector surgió desde su derecha.

—No. Gracias. Puedo escucharte desde aquí.

—Prefiero que lo hagas.

—De acuerdo, todos parecéis tener la sensación de que me voy a desmayar como una damisela ante las malas noticias —concedió el marqués, dirigiéndose sin aparentar vacilación hasta la otomana que había junto a la puerta que daba al jardín—. ¿Estoy lo suficiente sentado para ti? ¿O prefieres que me tumbe?

—Así estarás bien. Marcos. Mis hombres...

—No te andes con rodeos, soy un hombre adulto, Mariano. Dime lo que te está encogiendo la garganta hasta dejarte casi ronco.

—Hay pocas noticias nuevas, y las que tengo no son buenas.

—Lo supongo. Nunca eres demasiado efusivo, pero francamente, nunca te he oído un tono más siniestro.

—No es nada definitivo.

—Bien, dime, puedo soportarlo.

—Tengo noticias de una mujer embarazada que llegó hace diez días a la posada del Cuervo.

—Tus hombres ya estuvieron allí, y nadie habló sobre ese asunto.

—Ahora tengo un nuevo testigo. Es la cocinera, mis hombres no hablaron con ella la primera vez, su hija había estado enferma y no se encontraba en la posada aquel día.

—¿Qué les ha dicho?

—Aunque se cubría el rostro con un pañuelo era de la edad de Isabel, y a punto de dar a luz. La mujer la atendió en las cocinas. Eran las tres de la mañana y solo se encontraba trabajando en ella la cocinera. Un cochero la metió en brazos. Dice que estaba perdiendo mucha sangre y que el niño estaba casi a punto de nacer. Luego apareció un hombre, y se la volvió a llevar cuando comprobó que el médico, que él pensaba se hospedaba en la posada, ya no se encontraba allí. No tiene dudas en afirmar que el cabello de la muchacha era casi blanco.

—¿Quién era el hombre?

—No lo vio bien, pero asegura que era rubio, joven, elegante y no demasiado alto.

—¡Daniel! Voy a matar a ese hijo de puta cuando lo encuentre.

—No sabemos si es él.

—Es él, créeme. Al parecer es mejor actor de lo que yo pensaba. Iremos a buscarla, estará en su casa de Madrid.

—No, ya he hecho averiguaciones y la familia partió de allí por la época que los vio la cocinera, seguramente iban camino de algún otro sitio y les sobrevino el parto en el camino.

—¿Tienes idea de dónde pudieron ir? ¿Algún familiar que viva cerca y que hemos pasado por alto?

—Hay más —lo interrumpió Mariano—. La cocinera dice que cinco minutos después volvieron a entrar en la posada y le pidieron una cama. El hombre volvía cargando a la mujer. Otro hombre que dijo ser el médico iba tras ellos.

—¿Le pasó algo a Ely?

—No sabe qué sería de ella. Tras el parto estaba muy pálida y apenas sí respiraba cuando volvieron a sacarla antes del amanecer.

—Ella es fuerte, y si había un médico en el parto estará bien.

—Lo siento, Marcos. El hombre le pidió una sábana, y cree que lo vio amortajar al bebé. Le pareció oírle decir al chico que lo ayudaba que había nacido con el cordón enrollado al cuello y no respiraba.

Sorpresivamente, el corazón de Marcos se le apretó en un puño al oír la noticia. Había evitado pensar en su hijo durante todos aquellos días. Ely era su objetivo principal, lo más importante. Pensaba que le perdonaría traer un niño al mundo, incluso a sabiendas de que él no quería.

Pero ahora sintió cómo las lágrimas abandonaban sus ojos, recorrían su mejilla y acababan goteando sobre sus puños cerrados sobre las rodillas.

No, no había pensado en el bebé, lo había ignorado conscientemente y ahora veía lo equivocado que había estado. Ahora lloraba por el hijo que nunca conocería y que en el fondo de su corazón sabía que hubiera amado con toda el alma. A pesar de que, tal vez, no fuera el ser perfecto que él hubiera deseado.

—Lo siento, Marcos. Pero te juro que seguiremos buscando hasta encontrar a esa sanguijuela de cuñado que tienes.

—No cargues con él, Mariano. —Marcos apartó con la palma de su mano derecha las lágrimas de sus ojos, antes de elevar el rostro hacia el otro hombre—. Al fin y al cabo, puede que en el fondo haya hecho todo porque la quiere. Podía haber negado que era su firma en los pagarés, y no ganaba nada para sí mismo casándola conmigo. Cualquiera otro cuñado le hubiera prestado dinero, pero era consciente de que yo lo odiaba por obligarme, y que tendría que pasar por encima de mi tumba para sacarme un solo real. No, tal vez no es esa sanguijuela que pensamos, y es solo un hombre arrepentido de un tremendo error cometido hace años. Un error tan desastroso como el que yo mismo cometí.

Marcos se había convencido durante aquellas semanas y meses de que el tiempo no es una variable universal, a pesar de los cientos de tratados que afirmaban lo contrario. No, no había una única vara de medir para las horas, los minutos o los segundos. Las horas se convertían en minutos y los días en años, todo en función del ánimo y la impaciencia de quien percibía ese

tiempo. Conocía momentos en los que los meses le habían durado una vida entera, o semanas transformadas en milenios gracias a la desesperanza y el anhelo que le oprimía el pecho.

Habían pasado apenas diez semanas desde que Ely había desaparecido, pero para él ese puñado de días fue una condena de años. No, el tiempo no era universal. Una semana no eran siempre siete días, ni un día veinticuatro horas. La ley física que hace rotar el mundo no obliga a los mortales, y la percepción de que una hora se alarga hasta el infinito es una ley mucho más infalible para todos aquellos a los que acosa el deseo y la desesperación.

Se pasaba las horas sentado junto a la ventana de su dormitorio, en el mismo lugar donde había compartido tantos momentos con ella. Su pequeña amiga, su amante nocturna, su esposa. Todas una misma.

Intentaba no pensar en ella, al menos durante media hora al día, no pensar en nada por unos instantes, pero, invariablemente, esa nada siempre acababa por convertirse en alguna de sus múltiples caras. Todas ellas fruto de su imaginación. Aunque había llegado a la conclusión de que su rostro verdadero era el de la mujer de sus sueños, hermosa, esbelta y suya.

El oriental caminó hacia la puerta del despacho de su señor. Alargó la mano ante la puerta semientornada. Sabía que el hombre llevaba allí más de tres horas, en silencio, sentado ante la chimenea apagada, supuso que contemplando la negrura de su propia mente. Llamó con el nudillo mientras con el pie empujaba la puerta antes de esperar respuesta.

—Entra, Huan. ¿Para qué te molestas en solicitar un permiso que nunca aguardas?

—Veo que el señor ha recuperado el oído completamente —Huan habló entrando en la sala. El olor a alcohol lo puso sobre aviso, pensó que era el momento de hacer reaccionar a Marcos de una vez por todas. Avanzó por la habitación que permanecía en penumbras con las contraventanas cerradas.

—¿Qué quieres? —Mientras hablaba, el joven recuperó algo de verticalidad en el sillón donde había acabado por estar casi tumbado, con las piernas totalmente extendidas en dirección hacia el hogar extinguido de la chimenea. No había sido consciente de cómo, poco a poco, la blandura del asiento había acabado casi por engullirlo.

—Nada en especial, marqués. Simplemente creo que alguien debe hablarle con la verdad.

—Dirás que voy a tener que oír tu verdad, lo desee o no —murmuró,

dándole un último buche inútil a la copa vacía que tenía entre los dedos.

Huan se adelantó un paso más, situándose erguido frente a él. Lástima que esa posición de poder fuera inútil al enfrentarse a un hombre ciego. Mantuvo el silencio unos instantes, observando cómo movía lentamente entre los dedos el vidrio vacío. Giró el rostro hacia la licorera, apenas llena una décima parte, que reposaba sobre el suelo, a un palmo de distancia de las botas del hombre.

—¿Cuánto ha bebido, señor?

—Te aseguro que mucho menos de lo que necesito y deseo.

—¿Y le ha servido de algo?, ¿o solo para merecer el dolor de cabeza que tendrá mañana a estas horas? —Marcos giró el rostro hacia el hombre frente a él, volviendo a erguirse sobre el respaldo del sillón.

—Solo para embotar mis oídos y mi estómago. Un gasto del todo inútil, hubiera tenido el mismo efecto el vino remontado que usa la cocinera. —Su voz era vacía, hueca de cualquier sentimiento.

Huan percibió la amargura, el dolor que emanaba de esa conversación sin sustancia. Había vivido con ese joven casi diez años, lo había educado para ser el hombre que su padre hubiera deseado, fuerte e íntegro, totalmente independiente y capaz, a pesar de su falta de visión. Había moldeado a un muchacho hasta hacer el hombre magnífico que sabía se escondía bajo ese borracho. Pero nunca había podido apartar de él ese dolor escondido, esa amargura que flotaba en él desde los sucesos de África. Esos recuerdos que acechaban tras la fachada de hombre seguro que emanaba de él. Si no lo conociera realmente bien, pensaría que las circunstancias, el pasado y sus fantasmas habían acabado por alcanzarle.

—Aún puedo traerle media arroba de la cocina, no creo que a estas alturas sea capaz de paladear una buena cosecha.

—¿Intentas reírte de mí, Huan?

—¿Prefiere que lllore con usted?

—El niño murió, he perdido a mi mujer y mi hijo.

—Ha perdido un niño no nato. —Dio otro paso hacia él—. Todos los días pasa.

—No todos los días es mi hijo.

—Nunca deseó ese hijo, señor. Nunca hasta que lo perdió, ¿no cree que es una incongruencia?

—¿Quién ha dicho que los humanos somos congruentes? —Marcos dejó caer la cabeza contra sus propias palmas.

—Hacemos elecciones, cada día, cada hora de nuestra vida, y debemos enfrentarnos a cada una de ellas. Ese niño no va a volver, no va a respirar porque su padre se envenene con alcohol. Busque a su mujer, tráigala de vuelta y hágale cinco hijos más. Altos, bajos, guapos o feos. Listos o bobos, ciegos o no. El nacimiento de un ser humano siempre es una ruleta, un juego de azar, nunca sabremos qué cartas le dará el destino a nuestros hijos, y no debemos ser quién para suponer que no serán capaces de jugar una mano ganadora. No juegue a ser Dios.

—Tú, en cambio, te permites ser un filósofo. —Lentamente, depositó la copa en el suelo, junto a la botella vacía. —Sabes que hay más fantasmas a mi alrededor que el de mi hijo no nato.

Huan se retiró un par de pasos, para sentarse en la silla que estaba tras el escritorio.

—Sus fantasmas, ya recuerdo. —Cruzando las piernas con pereza, apartó la vista del hombre más joven—. ¿Violó usted a aquella joven? —preguntó en voz baja.

—¿Verdadera o metafóricamente hablando?

—A mi modo de entender, del único modo en que se puede hacer.

—Sabes perfectamente que no.

—Claro, claro que no. Pero fue usted quien abandonó a su hermana en un harén, bajo las garras de un hombre cruel.

—Ni siquiera sabía que eran dos muchachas diferentes, Daniel me aseguró que volverían con su hermana a la península.

—Pero no me negará que ahogó a Hamid con sus propias manos, y disfrutó mientras lo hacía.

—¡Y lo haría diez veces, cien, si fuera necesario! Ese hombre era una alimaña. —Marcos se irguió a la vez que hablaba.

—Y dígame, ¿por qué se empeña en regodearse en todo este sufrimiento? Se siente con derecho a ello, ¿no es cierto? Cree que su vida es una desgracia y piensa disfrutar de cada uno de sus instantes de autocompasión. No voy a volver a protegerlo de sí mismo, aprenda a soportar el dolor, señor. No busque excusas para desentenderse del pasado, o formas de no enfrentar el futuro.

—¿Autocompasión?

—No se ofenda, marqués. Debe ser que estoy equivocado y bebe por otra persona, aunque siempre he pensado que el alcohol tiende a embotar la

cabeza del que bebe, no del que observa. Pero acláreme, para quién es esta borrachera, ¿para la chica violada?, ¿la niña desaparecida y arrancada de su familia?, ¿ese hijo nunca deseado? o, tal vez, ¿será para usted mismo?

Capítulo 17

Algeciras, cinco meses después

La voz de Ely sonaba lejana, hablaba con alguien en un tono demasiado bajo, incluso para su portentosa audición. Marcos elevó el bastón con el que se guiaba, no deseaba seguir haciendo ruido mientras se acercaba al origen del sonido, aunque el ruido de su corazón agitado pareció retumbar por todos lados. Casi había matado de agotamiento al último tiro de caballos que había tomado de refresco, gritando y exigiendo al cochero que continuara su camino. No hubiera soportado ni una noche más alejado de ella, el tiempo le había pasado en una neblina desde que Mariano le confirmó que ella vivía con su tío en Algeciras.

Tanteando la pared, que su cuñado Daniel le había asegurado que lo conduciría hasta ella, se esforzó en mantener el paso. Ella seguía hablando, y dijo solo una frase antes de empezar a cantar una canción de cuna, tres palabras que hicieron que dejara de latirle el corazón.

—Ven con mamá.

«Isabel, Elisabeth...», pensó el hombre. Aunque ninguna palabra salió de sus labios, solo se deleitó volviendo a oír la armoniosa voz de su esposa.

—Ely... —articuló por fin en voz alta.

Ella supo quién estaba en la puerta antes de que su nombre escapara de los labios masculinos. Sentada en la hamaca de mimbre, dormía a su hijo frente a la ventana. Elevó el rostro para ver al hombre que llegaba.

Se le veía triste, solo y cansado. Había restos de rojeces en sus ojos. Y, exceptuando el cabello, tan largo como siempre, le era difícil ver en aquel hombre al joven que había conocido años atrás. Permaneció quieto, paralizado frente a la puerta. Ely ya no recordaba realmente la última vez que

lo había visto, por alguna extraña razón solo la imagen del joven de veinte años acudía a su mente. No quería ni necesitaba lastimarse volviendo a rememorar los momentos pasados junto a él durante el año anterior. Simplemente se refugió en el pasado.

La última vez que lo había visto como su amigo, como alguien cercano, como su perfecta mitad. Antes de ser sólo una esposa molesta, indeseada y odiada. Entonces eran muy jóvenes, ella apenas una niña, y él le había pedido fe, tiempo para arreglarlo todo. Así que ella le había dado ambas cosas. Luego, tan solo le había quedado el recuerdo y tiempo para esperar. Había aguardado una década, diez años hasta que se volvió a cruzar en su camino; luego todo pasó a ser un desastre. Cada una de sus propias decisiones, cada una de las respuestas recibidas de él.

Giró la cabeza hacia la labor de costura que acababa de soltar, antes de tomar al niño del modesto moisés, y rezó en silencio. Rezó a un dios en el que posiblemente no creyera. Oró para volver atrás en el tiempo, para permitirle escapar, que volviera a ser el hombre libre que siempre había deseado. Para que nada del último año y medio hubiera ocurrido. Para no explicarle que lo que tenía entre sus brazos era el heredero de Monteferro, un niño quizás condenado a la ceguera.

Él nunca la perdonaría.

Puede que tal vez pasara por alto el engaño, las maquinaciones. Tal vez olvidara los reproches. Puede que solo se girara y volviera a apartarse de ella para seguir vidas separadas. Una solitaria y eterna vida en su propio caso.

Pero nunca pasaría por alto la existencia del niño, que de nuevo cabeceaba sobre su pecho exigiendo ser alimentado. Y ante esa verdad, ella casi comenzó a temblar.

Empezaría a gimotear, luego a llorar, y él lo sabría.

En silencio, Ely aceptó su futuro y lo inevitable. Se abrió la camisa y dejó que el niño encontrara bajo ella lo que deseaba; durante los siguientes minutos no dejó de tocar la cabeza de su hijo, con un cabello casi tan negro como el de su padre, solo para asegurarse de que estaba viva. De que ambos estaban vivos.

—Me han dicho que en este mundo existían los milagros. —Marcos por fin rompió el silencio, roto por el suave mamar del niño—. Hasta este instante nunca había oído uno. Tuve que buscar mucho para encontrarte, Ely.

—No quería que lo hicieras.

—Ya lo sé, y lo comprendo. Supongo que no he sido un buen marido.

—Has sido un marido horrible, realmente atroz. Aunque supongo que yo tampoco soy tu novia soñada.

—No sabes lo equivocada que estás en esa cuestión... pero eso no es importante ahora. Tenemos que hablar, Ely. Creo que nos lo debemos. Hablar sinceramente, siendo por una vez solo Marcos y Elisabeth, sin diminutivos ni nombres abreviados.

—Aún no has visto lo que tengo entre los brazos.

—No necesito verlo para saberlo. ¿Es mi hijo, Ely?

Un silencio, amortiguado solo por el gorjeo del niño fue la única respuesta. Luego la mujer respiró profundo y soltó el aire lentamente antes de abrir la boca.

—Sí.

Confesar aquello fue con seguridad lo más difícil que había hecho en su vida. De alguna forma siempre asumió que tras aquella única sílaba todo se acabaría. Sabía que se iría, una vez confirmadas sus sospechas, ella no le merecía la pena.

«Te dejaré, Ely», pensó, mientras el silencio, provocado ahora por la ausencia de respuesta del hombre, se hizo eterno.

—Ayer volví a despertarme a las dos de la mañana —habló él por fin—. No lo hacía desde hace meses. Oí algo, noté una voz, atravesando el sopor de mi sueño. Alguien me llamaba, murmuraba mi nombre. Me despertó con suavidad, casi pude sentir su aliento en mi oído, de nuevo dulcemente. Sabía quién era, quién estaba a mi lado. Recordé a la muchacha que conocí hace años, también reconocí a la mujer del cabello blanco que nunca he visto. Ambas son una misma, ahora lo sé, y han sido inaccesibles para mí, siempre fuera de mi alcance, salvo en sueños. He llorado cada una de esas noches, lágrimas por la niña que creí muerta, y llantos y suspiros de anhelante deseo por la que yo suponía era solo una amante imaginaria.

—Lloras en sueños, Marcos. Te he visto hacerlo. Siempre he supuesto que sufrías pesadillas.

—Lloro incluso despierto. Y no, no son pesadillas. Esa era mi vida, solo vivía realmente durante esas noches, cuando esos sueños venían a mí. Cuando ellas venían a mí. Pero quizá ya haya despertado.

—Vuelve con ellas, Marcos, vuelve a tus sueños, aquí nada de lo que hay te haría feliz.

—¡Feliz! —Marcos abrió los brazos repitiendo la palabra—. ¡Mírame! ¿Crees saber lo que es mejor para mí? —Permaneció en silencio mientras dejaba que lo recorriera con la mirada, consciente de su aspecto demacrado y ojeroso, de su barba de varias semanas—. ¿Me ves feliz? —Dio un par de pasos hasta situarse al alcance de su mano, pero no hizo intento de rozarla—. ¿Lo crees en serio?

—Sabes lo que soy, Marcos, no voy a negar mis engaños, mis maquinaciones, mi aspecto o lo que me hicieron con doce años. Soy horrible, mentirosa y rencorosa. Pero no quiero tu pena, ni tu perdón, ni que vengas a mí porque tu conciencia te obligue.

—¿Pena? —La voz se le quebró, a medio camino entre la risa y las lágrimas—. Yo lo llamo amor. Alguien te puso en mi camino, alguien juntó nuestro pasado y nuestro presente, atándolos con nudos corredizos que a punto han estado de ahogarnos. No me importa cómo te vean los demás, para mí eres el ser más hermoso que he conocido. Dime qué puedo hacer para recuperarte, dime qué necesitas, dime que me arrastre, que suplique y me arrodille... y lo haré —añadió dando un paso más, hasta rozar el vuelo de la falda de la mujer con sus pantalones—. Aquí tienes a este tonto inútil, soberbio y egoísta. Puedes quedarte con él, te doy todo lo que tengo, lo poco que soy. Vuelve conmigo, Ely, porque solo tú, solo tú... mi amor... me entiendes, porque solo tú ves el hombre que puedo llegar a ser, el padre que necesitará mi hijo. Solo tú puedes enseñarme a que no me preocupe de lo que digan los demás, a luchar con cada revés que me traiga el futuro. Solo tú puedes enseñarme a ser como mi padre soñó que sería, como quiero que sea mi hijo. —Adelantando la mano, acarició la rodilla de la mujer mientras se agachaba frente a ella, hasta que sus ojos ciegos contemplaron los iris femeninos.

Epílogo

Sierra de Madrid, casa de los marqueses de Monteferro, marzo de 1824

—No me has preguntado cómo es el niño —le reprendió ella.

—Está sano, eso es lo que me interesa de momento.

—Pero cómo es, no lo has preguntado, a mí al menos no.

—Querida, ciertamente no he querido indagar demasiado. Aunque le he oído decir a alguien que el pobre se parece a su madre. Lo que no he querido preguntar es si es realmente feo o solo albino.

—¿Cuándo supiste que soy albina? ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi querido amigo Alí, por supuesto, siempre le ha gustado darme malas noticias.

—Y no soy fea, al menos no lo fui siempre —renegó la mujer, consciente de que él solo quería oírla enfadada—. Tú, en cambio, eres tonto de remate, y lo has sido desde siempre, es algo que temer que herede.

—Veo que tu mujer sigue tratándote como un bobo, hijo —La voz de doña Susana hizo a ambos girar el rostro. —Por fortuna, ese pequeño no se parece en nada a su madre —apuntilló tomando al niño en brazos y marchándose de la sala.

Mientras la marquesa viuda se alejaba del salón, Ely permaneció callada e inmóvil, apretando los puños sobre el vuelo de su falda. Así no alcanzarían el jarrón de porcelana china que tenía a menos de un metro y este a su vez la cabeza de la marquesa tras ser arrojado por sus manos.

No, no debía flaquear, era consciente de la endemoniada puntería que siempre le había valido obtener las mejores puntuaciones en las ferias de su ciudad natal y acabar en la cárcel, tras haber desnucado a aquella señora no le apetecía demasiado, aunque mucha parte de la población en varias leguas a la

redonda alabaría su acción.

Sí, no le cabía ninguna duda de que aquella señora levantaba sentimientos allá por donde pasara. Y se temía que el carácter de esos sentimientos no era demasiado piadoso.

Marcos permaneció expectante, con los hombros echados hacia atrás, mientras ella sopesaba la posibilidad de acabar con su madre.

—Si decides marcharte de esta casa lo comprenderé —habló él—. Pero debes entender que no te dejaré pasar del primer escalón de la puerta de salida. Así que haz lo que realmente llevas un rato pensando y acaba con ella, o al menos anúlala con esa lengua bífida que no ha hecho más que fustigarme estas últimas semanas. Nadie se cree que no seas capaz de contraatacar.

—Es tu madre, y una marquesa, no creo que...

—Te ha dirigido la palabra y te ha retado. Lo que en su retorcida forma de pensar significa que le has parecido interesante. Así que no nos defraudes, ni a ella ni a mí, y contraataca.

Por fortuna para la familia, aquella noche aparecieron María y Carlos con su tropa de zagales, lo que amortiguó la guerra latente entre ambas mujeres.

—Dime la verdad, Ely, ¿cómo eres? —Tumbado en la cama, todavía con los pantalones puestos, Marcos alargó la mano para tocar el rostro de la muchacha.

—Aún te lo sigues preguntando, ¿no has interrogado suficiente a tus criados y a tu familia?

—Ellos no cuentan, por alguna razón incomprensible te quieren, y piensan que eres buena para mí. Dirán que eres la mujer más hermosa, aunque seas una bruja. No acabo de encontrar a nadie a quien no hayas encandilado, salvo tu madre y la mía, y a ellas prefiero no preguntarles. Es imposible que digan la verdad. ¿Cómo eres en realidad?

—¿La verdad?

—Sí, te juro que me dará igual, seas como seas.

—Horrible.

—¿Qué?

—Soy horrible, una bruja realmente. Tengo los ojos bizcos y una verruga en la comisura de la boca.

—Te he besado, no tienes ninguna verruga.

—Sí la tengo, con pelo, pero siempre me los quito antes de acostarme contigo.

—Mentirosa, no tienes ninguna verruga.

—Aunque creo que lo peor es la falta de dientes, me cuesta mucho soportar las migas de pan que uso para tapar los huecos cuando me besas, tal vez lo cambie por dientes de ajo, se pegan menos al paladar. Y también tengo...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah

9788491881452

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

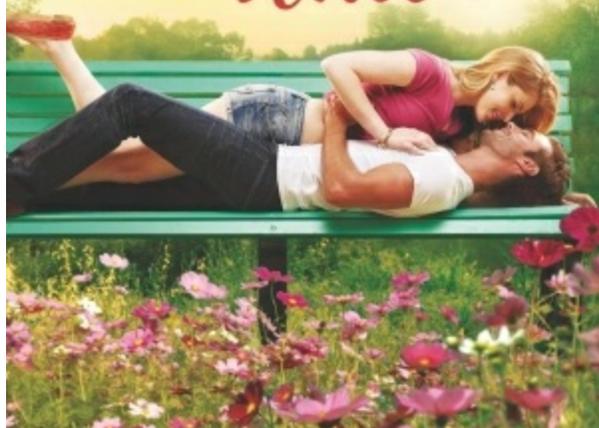
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

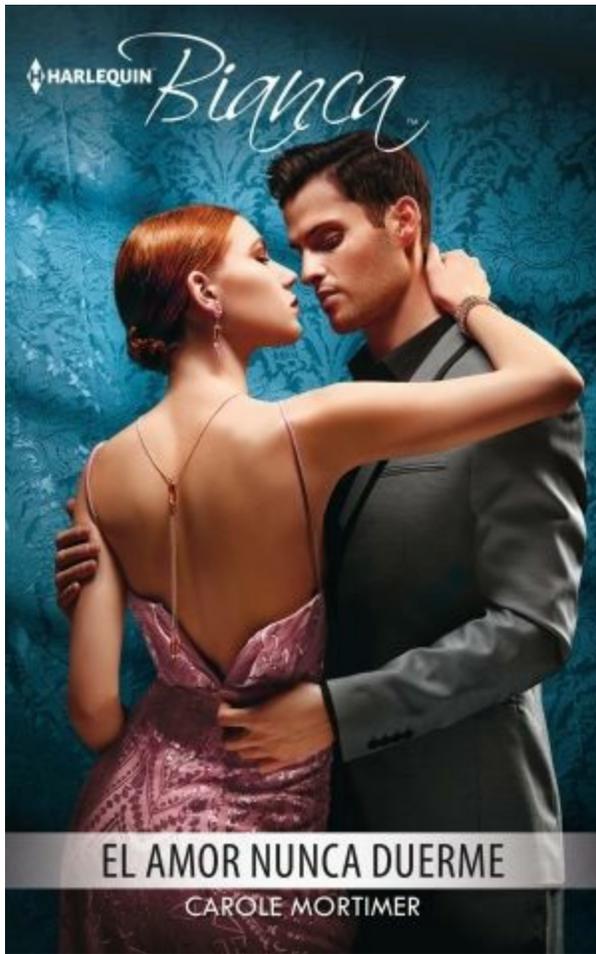
9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

AL
SUR
DE
TUS
OJOS

ARLETTE GENEVE



Al sur de tus ojos

Geneve, Arlette

9788413072470

266 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

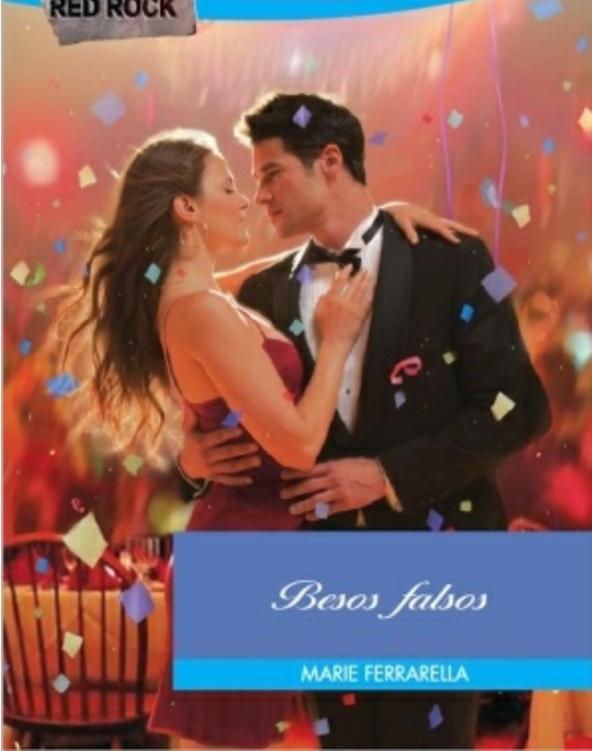
Roy Moore, cirujano de pediatría del hospital Northwest en Seattle, decide aceptar un puesto de médico rural en Silvertawn, Colorado. Tiene poderosos motivos para huir, tanto emocionales como profesionales, pero nada en Silvertawn es como había imaginado. El pueblo es demasiado pequeño. Los habitantes no solo desconfían de su llegada, también de sus habilidades como médico. Y para colmo, una bruja-curandera le disputa los pacientes...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Julia™

AMORES
EN
RED ROCK



Besos falsos

MARIE FERRARELLA

Besos falsos

Ferrarella, Marie

9788467180909

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Primero de la serie. Que un alto, moreno y guapo soltero besara a una chica que acababa de conocer sólo ocurría en los cuentos de hadas. Pero el impresionante texano que apareció de repente junto a Jane Gilliam era bastante real; así como también lo fue el profundo beso que le dio al repicar las campanas con la llegada del Año Nuevo. Como soltero de oro del clan Mendoza, Jorge tenía una reputación que mantener, hasta que saboreó la dulce pasión que Jane le ofreció. Todo comenzó como un juego, pero ¿no se estaba convirtiendo en un amor que estaba tentado a aquel atractivo rompecorazones a cambiar su vida para siempre?

[Cómpralo y empieza a leer](#)